SAGA DEL JURAMENTO ETERNO



La Corona Lunar del Alfa

JAYMIN SNOW

La Corona Lunar del Alfa

Un romance paranormal entre hombres lobo y compañeros predestinados

Jaymin Snow

Derechos de autor 2025 por Jaymin Snow
Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma sin permiso por escrito del editor o autor, salvo lo permitido por la ley de derechos de autor de EE. UU.

Contenidos

CAPÍTULO UNO

CAPÍTULO DOS

CAPÍTULO TRES

CAPÍTULO CUATRO

CAPÍTULO CINCO

CAPÍTULO SEIS

CAPÍTULO SIETE

CAPÍTULO OCHO

CAPÍTULO NUEVE

CAPÍTULO DIEZ

CAPÍTULO ONCE

CAPÍTULO DOCE

CAPÍTULO TRECE

CAPÍTULO CATORCE

CAPÍTULO QUINCE

CAPÍTULO DIECISÉIS

CAPÍTULO DIECISIETE

CAPÍTULO DIECIOCHO

CAPÍTULO DIECINUEVE

CAPÍTULO VEINTE

CAPÍTULO VEINTIUNO

CAPÍTULO VEINTIDÓS

CAPÍTULO VEINTITRÉS

CAPÍTULO VEINTICUATRO
CAPÍTULO VEINTICINCO
CAPÍTULO VEINTISÉIS

CAPÍTULO UNO

Aurora

—Señorita Belmont —una preciosa pelirroja entra en la recepción, sus ojos recorren las caras de la sala.
Levanto lentamente un dedo para llamar su atención. —Esa soy yo. —Todos los ojos se vuelven hacia mí, e intento que la atención no me intimide. Has asistido a muchas entrevistas en empresas de primer nivel, Aurora. Esto debería ser pan comido para ti. Me animo mentalmente, intentando que mis nervios se calmen. No funciona, y mi mente, siempre activa, elige este momento para recordarme que, aunque mis entrevistas pasadas fueran de alto perfil, no se comparan en importancia con esta. El futuro mismo pende de un hilo aquí.
Me mira con superioridad, sus ojos recorren indiscretamente desde mi cabello hasta mis pies antes de detenerse brevemente en mis ojos. Marca una casilla en el archivo que sujetaba contra su pecho.
—Por aquí, el responsable de personal le está esperando.
Da media vuelta y la sigo, sintiendo cómo la ansiedad se apodera lentamente de mí. A pesar de haber pasado gran parte del día anterior viendo múltiples vídeos de entrevistas en YouTube y de que Lucien me aseguró que lo haría genial, siento que mis palmas se humedecen y mi pecho se oprime.
Me seco las manos en la camisa, el movimiento disfrazado como un rápido ajuste de mi camisa de seda roja y no como el manojo de nervios que soy en este momento. Con los años, esta camisa se ha convertido en mi versión personal de la capa de un héroe. Siempre recibo muchos halagos cada vez que la uso. Combinada con mis pantalones de traje negros y una imitación barata de las suelas rojas de Louboutin, es seguro decir que estoy vestida para impresionar. Pero con cada paso que nos acerca al responsable de personal, me siento menos como una depredadora y más como una presa.
La pelirroja se detiene frente a una imponente puerta de madera con las palabras "sala de reuniones" escritas en elegantes trazos cursivos colgados sobre ella. Mi corazón late acelerado por la

anticipación, y mis nervios se vuelven erráticos, enviando impulsos nerviosos por todo mi cuerpo.
Uno de los puntos más enfatizados en todos los vídeos que he visto para mis entrevistas es el poder del lenguaje corporal y cómo la inferioridad puede detectarse a kilómetros de distancia, así que enderezo mi columna y alzo la cabeza. Aunque la naturaleza me haya dado una mala mano en esta empresa, estoy decidida a convertirla en un éxito. Este es mi sueño más grande y duradero. Muchas cosas en mi vida solo han servido para llevarme a este momento. No puedo echarlo a perder.
—Buenos días, señora. Esta es Aurora; solicitó el puesto de asesora financiera adjunta —anuncia la pelirroja al entrar en la sala de reuniones.
Una mujer de mediana edad, de aspecto severo con su traje de Chanel plisado y su moño apretado, está sentada a la cabecera de la mesa, observándome por encima de sus gafas.
—Gracias, Jenny. Yo me encargo —su voz es plana y monótona, sin revelar nada.
—Buena suerte —susurra Jenny antes de salir de la habitación, sus palabras sonando más a burla que a buena voluntad.
La temperatura de la sala desciende unos grados tras la salida de Jenny. La responsable de personal sigue escudriñándome sin decir una palabra. Al carraspeo, decido romper el hielo. —Buenos días, señora. Tengo una entrevista programada para hoy. —Inyecto una dosis extra de dulzura en mi voz por si tiene mal carácter.
—Ya lo sé. Me pregunto cuánto tiempo piensas permanecer ahí antes de empezar a venderte.
¿Venderme? ¿Cómo se supone que voy a saber que tengo que empezar si apenas me ha dirigido una palabra de saludo?
—Siéntate —ordena suavemente, y mis pies se mueven por su propia cuenta, llevándome hacia una silla cerca de ella. Junta sus manos sobre la mesa, inclinándose para apoyar la barbilla sobre ellas —. Dime, Aurora, ¿por qué debería considerarte como asistente de finanzas?
Una sonrisa se dibuja en mi rostro. Esta es exactamente la pregunta que esperaba escuchar. Es una oportunidad para venderme y

mostrar mi excelente rendimiento académico y experiencia. —Me gradué como la primera de mi clase tanto en el instituto como en la universidad, y mis mejores notas siempre fueron en estadística, economía y finanzas. A través de varias prácticas y trabajo de campo, he podido perfeccionar mi...
—Ya sé todo sobre tu destreza académica y tus múltiples premios —me interrumpe, clavándome una mirada que no logro descifrar—. Lo que quiero saber es por qué la manada debería confiar en ti con sus finanzas.
La pregunta es diferente de lo que había preparado, pero entiendo su necesidad. Quien maneja las finanzas de la manada controla muchas cosas, y aunque los títulos y los premios son importantes, la confianza y la fiabilidad también son fundamentales.
—¿Señora...?
—Kingston —responde—. Anna Kingston.
Asiento, retomando donde lo había dejado. —Señora Kingston, entiendo la necesidad de alguien en quien se pueda confiar; por eso estoy aquí. Creo que puedo ser un activo para la manada si me contratan. Conmigo en el equipo de finanzas, no tendrá que preocuparse por inconsistencias. Todas las transacciones serán transparentes. Desarrollaré un sistema para asegurarlo, y me dedicaré al crecimiento financiero de nuestra comunidad. Estoy segura de que puedo hacer cambios increíbles en un tiempo récord. Solo quiero la oportunidad de demostrar que las finanzas de la manada prosperarán conmigo en su equipo.
Ella deja escapar un lento —hmm —, reclinándose en su silla y observándome detenidamente. Sus ojos se sienten como pesos visibles sobre mis hombros. Si esta es alguna táctica de intimidación, me temo que está funcionando en mí. Mi loba prácticamente se encoge bajo el peso dominante de su mirada mientras intento evitar retorcerme visiblemente en mi asiento. Mala suerte.
Pasa un largo minuto antes de que finalmente diga algo. —Aurora, tus notas son impresionantes, y lo mismo ocurre con tu experiencia, pero me temo que la manada está buscando algo ligeramente diferente en este momento. Necesitamos a alguien que pueda

mostrar tanto fuerza intelectual como física, y alguien que no pueda ser forzado a la sumisión. ¿Lo entiendes?
Parpadeo, dejando que el significado detrás de sus palabras se asimile. Así que de esto se trataba la mirada fija. Mi madre es humana, por lo que no soy una cambiaformas de sangre pura. Pero sigo siendo una cambiaformas. Ciertamente no tan fuerte como las de sangre pura, pero dudo que eso tenga algo que ver con mi capacidad para hacer un buen trabajo. No es como si hubiera pedido que se me permitiera defender a la manada en una gran guerra.
—Tengo un lugar donde podrías prosperar —dice, cogiendo un archivo que no había notado frente a ella y deslizándolo hacia mí. Repaso rápidamente el documento, y una ola de humillación y desdén me golpea con cada palabra.
—Los trabajadores domésticos de por aquí parecen carecer de estructura, y esperaba que, con toda tu experiencia, pudieras darles algo con lo que trabajar como jefa de limpieza o algo así.
Jefa de limpieza. Lo dice como si fuera algún tipo de honor. Cuatro años en la universidad, esforzándome por ser vista como valiosa, y termino siendo la jefa de limpieza. ¿No es eso con lo que se hacen los sueños? Sigo mirando las palabras en el archivo, cada trazo de las letras me devuelve la mirada de una manera casi burlona, como si dijera ¿cómo te atreves a ser tan ambiciosa?
Finalmente, levanto la cabeza, ocultando mi humillación tras una sonrisa. —Gracias por considerarme para el puesto. Lo pensaré y le daré una respuesta.
Ella devuelve mi sonrisa, levantándose. —Esperamos con ilusión trabajar contigo, Aurora. Estoy segura de que harás un gran trabajo para la manada.
Asiento, imitando sus movimientos. Mis ojos arden de humillación, pero mantengo una expresión neutral mientras salgo de la sala de conferencias. Sus palabras me parecen un insulto disfrazado, como si quisiera mostrarme cuál es mi lugar.
—¿Cómo ha ido? —pregunta Jenny en cuanto entro en la recepción, con una sonrisa tan falsa como las suelas rojas de mis zapatos.
Le devuelvo mi sonrisa más radiante, y cuando sus cejas se fruncen de sorpresa, me recreo en mi pequeña victoria. Puede que me hayan

tratado como un miembro inferior de la manada, pero me niego a agachar la cabeza y actuar como tal. Si busca entretenerse con la desgracia de alguien, quizá debería mirarse al espejo.
Sabía que la manada valoraba a los cambiaformas de sangre pura por encima de todo. Lo que no esperaba es que tomaran decisiones cruciales basándose en esos valores tan anticuados. La empresa pertenece a la Manada Blackwood, y aunque hemos asegurado nuestra posición en la política mundial, aún nos queda por destacar en el departamento de finanzas. Recuerdo que Lucien mencionó que adentrarse en el sector financiero sería una prioridad máxima cuando fuera alfa. Eso, junto con mi amor por los números, hizo que me quedara con las finanzas en la universidad, y ahora ni siquiera tengo la oportunidad de demostrar todo lo que puedo hacer. No intento ser arrogante, pero puedo decir que nadie en Blackwood tiene un currículum tan impresionante como el mío.
En la universidad, cuando trabajaba principalmente con humanos, era considerada una valiosa aportación en todas las empresas en las que trabajé. A todas les costaba dejarme marchar, así que sabía que esto no tenía que ver con mi incapacidad para desempeñar el puesto. Tenía que ver con el humano que hay en mi ADN.
El trayecto a casa es mayormente silencioso. Ni siquiera pongo música. No dejo de preguntarme cómo sería la vida si fuera de sangre pura. Quizá me tratarían con un poco más de respeto cuando enviara solicitudes y tendría una voz que realmente importara.
Mi padre era de sangre pura, pero su pareja predestinada, mi madre, era humana. Siempre me contaba historias de cómo lo desanimaban constantemente para que no se casara con ella y cómo le advertían que no manchara su linaje. Pero no les hizo caso y siguió adelante para casarse con el amor de su vida.
Tuvieron la historia de amor más hermosa, aunque breve. Pero eso les dejó a mí, la mancha, y ahora me trataban como tal. Algo me decía que, si él siguiera vivo, las cosas no serían tan malas.
Cuando llego a la pequeña cabaña de mis padres, estoy agotada y lo único que quiero es acurrucarme en mi cama con un bote de helado y desahogarme. Quizá visite la tumba de mis padres para hablar.

Abro la puerta y encuentro a Lucien recostado en el sofá, con un ramo de lirios blancos en la mano. —Enhorabuena —dice, aunque la frase suena más a pregunta que a una palabra de celebración, mientras sus ojos buscaban respuestas en los míos.
La emoción que recorre a mi lobo al ver a nuestra pareja contrasta bruscamente con la nueva ola de tristeza que fluye por mí. Me alivia verlo y saber que tengo a alguien con quien compartir mis sentimientos, pero también desearía haber vuelto con mejores noticias. Ha estado fuera casi tres semanas, y quería darle la bienvenida con buenas noticias.
Mis hombros se relajan y desvío la mirada, sin querer ver la decepción en sus ojos cuando se dé cuenta de que ha traído flores para nada.
—Ven aquí —dice Lucien, dejando las flores sobre la mesa y atrayéndome hacia un abrazo. Es entonces cuando dejo escapar el primer sollozo. Este trabajo se suponía que era mi as bajo la manga, mi forma de contribuir a la manada y mostrar mi apoyo a Lucien. Ahora, no tengo manera de hacerlo.
—Han dicho que no soy lo suficientemente buena.
Se tensa brevemente, separándose del abrazo para mirarme a la cara. —¿Quién ha dicho eso?
Su voz es cortante y sus ojos se estrechan. No tengo ninguna duda de que si le doy un nombre, él saldrá a buscarlo. Suelto una risita seca. —No lo dijo exactamente, pero me ofreció el puesto de conserje. Aparentemente, a pesar de mis cualificaciones, necesito ser de sangre pura para que me consideren.
Su expresión se suaviza y me abraza con más fuerza, colocando un largo beso en mi cabeza. —Eres más que suficiente, y algún día, cuando seas Luna, no podrán negar lo increíble que eres.
Cuando seas Luna. Es lo único que dice. Ha habido momentos en los que he esperado que haga algo al respecto, pero él dice que su entrenamiento es muy crítico y delicado, y que no puede arriesgarse a alterar el equilibrio hasta que sea nombrado alfa. No soy una persona demandante ni desconsiderada, pero a veces deseo que las cosas fueran diferentes y que él pudiera luchar abiertamente por mí.

—¿Cuánto falta para que lo vean? —pregunto, con la voz apagada por su pecho. Lucien y yo descubrimos que estábamos destinados hace tres años durante la ceremonia anual de la manada, poco después de que se expusiera la conspiración de las brujas blancas. Sin necesidad de una confirmación pública, decidimos mantenerlo en privado y darle algo de tiempo para que se asentara en su papel mientras yo me centraba en mis estudios. Cuando estemos listos, haremos una declaración pública. No fue una mala idea en su momento, pero ahora me encuentro deseando más que miradas furtivas y encuentros a escondidas.

—Tan pronto como termine mi entrenamiento, te llevaré a ver a mi padre. Una vez que recibamos su bendición, serás mía públicamente —su voz se suaviza—. Ya hemos llegado tan lejos. Solo necesito un poco más de tiempo, ¿vale?

Asiento, hundiéndome más en su abrazo. Tiempo. Solo es cuestión de tiempo, y si he esperado tres años, ¿qué diferencia hace un año más?

Nuestro abrazo pasa lentamente de reconfortante a sensual, con sus manos recorriendo todo mi cuerpo. Desde mi espalda hasta mi trasero, donde hunde sus dedos y aprieta con fuerza hasta que grito. Aprovecha el momento para atrapar mis labios en un beso, introduciendo su lengua en mi boca de un solo movimiento.

Un cosquilleo se extiende por mí mientras nuestras lenguas se enredan en una intensa danza de pasión, su sabor intoxicando mis sentidos. Me pongo de puntillas, tirando de su cuello para tener más de él, y él responde a mi urgencia con el mismo fervor.

Sus hábiles dedos desabrochan rápidamente los botones de mi camisa, y mi sujetador sigue poco después, la brisa fresca de la tarde rozando mis pezones endurecidos y enviando un delicioso escalofrío por mi cuerpo.

Lucien baja la cabeza, tomando un pezón en su boca mientras su mano juega con el otro, amasando la carne como si fuera masa y tirando del brote tenso.

El calor recorre mi columna vertebral, arqueando mi espalda y empujando mis pechos aún más hacia su cara. Él suelta una suave risita, mordiendo mi pezón y reemplazando inmediatamente sus

dientes con el suave roce de su lengua. La alternancia entre el dolor y el placer arranca un fuerte gemido de mí, y mis manos se aprietan alrededor de su cuello, tirando de la mata de pelo en su nuca.
Lucien suelta un gruñido antes de levantarme, y yo instintivamente enredo mis piernas alrededor de él. Me lleva al dormitorio y me deja caer en la cama sin separar sus labios de los míos.
Sus manos van inmediatamente al botón de mis pantalones mientras yo forcejeo con su camisa, ansiosa por arrancar la prenda que separa su cuerpo del mío. Somos un lío de extremidades agarrando el uno al otro y luchando por deshacernos de las barreras que nos separan.
—Levanta las caderas, cariño —susurra, y yo apoyo mi peso en los codos, viendo cómo arranca mis pantalones y bragas de un tirón, descartándolos descuidadamente en el suelo.
Su camisa cae, y aprovecho el breve instante antes de que cubra mi cuerpo para admirar el suyo, desde la anchura perfecta de sus hombros hasta las venas que serpentean alrededor de sus brazos y sus abdominales marcados, formando una profunda «v» que desaparece en sus pantalones con un leve rastro de vello.
Si no fuera por el peso de su cuerpo presionando el mío y sus dedos distrayéndome con suaves círculos en mi clítoris, me encantaría seguir ese vello hasta el punto donde se detiene para revelar la dura longitud que ahora mismo está clavándose en mis muslos.
—Tan mojada —gruñe Lucien, frotando sus dedos alrededor de mi coño y esparciendo mis jugos por todas partes—. He echado de menos lo hambrienta que se pone tu coño por mí, prácticamente llorando para que meta mi polla dentro de ti y te follé hasta el olvido.
Sus palabras hacen que mis paredes se contraigan, y Lucien sonríe, bajando la cabeza a mi cuello y mordisqueando mis orejas. —Te gustaría, ¿verdad? Te gustaría que mi polla se metiera en ti y destrozara este precioso coño tuyo hasta que el único sonido que pudieras producir fuera mi nombre.
—Por favor... —es el único sonido inteligible que logro formar entre el balbuceo que sale de mi boca. No tengo ni idea de lo que estoy

suplicando, pero cuando desliza dos dedos dentro de mí y los curva hacia arriba, sé sin duda que quiero que me llene.
Deja escapar un gemido ahogado, observando cómo sus dedos entran y salen de mi coño antes de que su boca se aferre a mi clítoris, haciendo que mis caderas se levanten por la intensidad del sentimiento. Mis ojos se ponen en blanco y todo mi cuerpo tiembla de necesidad.
Siento como si estuviera flotando en una nube de placer interminable, y cuando esa baja presión comienza a acumularse en el fondo de mi estómago, sé que estoy a punto de caer por el borde.
Como si pudiera sentir lo cerca que estoy, Lucien aumenta el ritmo de sus dedos, sus labios succionando con más fuerza mi clítoris.
Pequeños puntos de luz se forman detrás de mis ojos con la creciente intensidad en mi estómago, y antes de darme cuenta, una ola intensa de orgasmo me golpea, arrancando un grito agudo de mi garganta.
A través de la niebla de mi placer, apenas puedo registrar a Lucien cubriendo mis labios con los suyos, tragándose mis gritos de placer.
Mi cuerpo se siente como si estuviera flotando en el espacio, una masa de placer sin huesos temblando por la intensidad del sentimiento que la recorre. Los orgasmos que me di durante su ausencia no se acercaron a esto.
No me da tiempo a recuperarme antes de que meta su polla dentro de mí, enterrándose hasta el fondo en un rápido empujón. —¡Dios mío! —grito mientras la cegadora ola de placer se extiende por mí como un fuego ardiente.
—Lucien, cariño. Grita mi nombre, no el de Dios —gruñe mientras continúa empujándose dentro de mí.
Cada movimiento provoca una nueva sacudida de placer, cada una mayor que la anterior, hasta que siento la siguiente ola de orgasmo acumulándose dentro de mí con una intensidad aún mayor que la primera.
En un instante, la segunda ola de orgasmo me golpea, arrancándome otro grito. —¡Lucien! —grito mientras las olas recorren mi cuerpo, a punto de desmayarme por la intensidad.

Lucien emite un gruñido profundo, tan crudo que puedo sentir a su lobo cerca de la superficie, antes de sentir los chorros cálidos de semen recubriendo mi interior. Montamos la ola juntos antes de caer en un montón exhausto y sin aliento.
—Te quiero —susurra, dejando un beso en mi pelo. Estoy agotada por el subidón, pero reúno fuerzas para decir: —Yo también te quiero —mientras saboreo la suavidad de sus labios presionando diferentes partes de mi cuerpo.
Un sonido de timbre irrumpe en el espacio, cortando nuestra neblina de sexo. —¿Esperas a alguien? —pregunta Lucien, separándose de mí como si estuviera en llamas y cogiendo su ropa del suelo.
Enmascaro la punzada en mi pecho con una tos. —No, ¿y tú?
Me lanza una mirada extraña. —Nadie sabe que estoy aquí —dice, abrochándose el último botón de su camisa.
Sé que no pretende que sus palabras duelan, y simplemente está afirmando un hecho sobre la naturaleza de nuestra relación. Nadie puede saber sobre nosotros hasta que él esté listo. Pero eso no hace nada para calmar el dolor de mi lobo.
Lucien me mira, una expresión solemne cruza sus ojos. Mi rostro debe estar traicionando mis sentimientos. —Lo siento, cariño. No lo dije con esa intención. Es solo que—
El timbre suena de nuevo, esta vez más largo y urgente. Salto de la cama, cojo un vestido del armario y me dirijo hacia la puerta mientras Lucien me sigue manteniendo cierta distancia.
Abro la puerta y encuentro a Liam, el amigo de la infancia de Lucien y su segundo al mando, de pie con preocupación grabada en su rostro.
—Perdona que te moleste, Rora. ¿Has visto a Luc?
—¿Pasa algo? —Lucien aparece a mi lado. Le lanzo una mirada rápida y lo encuentro impecable, cada evidencia de nuestro amorío oculta tras sus ojos de acero, su pelo perfecto y su camisa planchada. Me siento instantáneamente cohibida con mi vestido de casa y mi probable pelo despeinado.
—Sí, y tu padre nos ha convocado —responde Liam, y mi mirada se clava en él. —¿Va todo bien?

—Nada de lo que debas preocuparte —Liam sonríe, pero apenas llega a sus ojos. Miro de nuevo a Lucien, que ya está saliendo por la puerta y poniéndose los zapatos. Algo diferente está mal.
—Gracias por recibirme, Rora. Veré si puedo poner una buena palabra por ti en Recursos Humanos —dice Lucien, sin mirarme a los ojos y con una voz cargada de frialdad, mientras hace señas a Liam para que lo siga.
Quiero insistir, pero sé que no obtendré una respuesta. Así que me quedo mirando mientras el Mercedes de Liam sale de mi entrada, sintiendo cómo mi corazón se hunde en el estómago con cada metro que nos separa y una sensación que no puedo nombrar carcomiéndome los sentidos.

CAPÍTULO DOS

Lucien

—¿Cuántas bajas tenemos? —le pregunto a Liam mientras salimos de la casa de Aurora.
—No se han registrado muertes, pero hay algunos soldados heridos e instalaciones destruidas.
Mis dedos se cierran en un puño, y siento un impulso repentino de golpear algo. Maldito Lobo Plateado. Llevan un tiempo comportándose de manera extraña, queriendo tomar el control del cuartel general y acceder a la política de la manada, manteniendo el equilibrio entre humanos y hombres lobo.
El territorio ha estado bajo el control de Blackwood durante décadas. De vez en cuando, el Lobo Plateado decide armar un escándalo por nada, pero esta es la primera vez que hacen contacto físico y causan daños reales. Esto significa guerra en cualquier idioma de los cambiaformas.
Guerra antes de que me nombren Alfa. ¿Podría la vida ser más entretenida?
—¿Y mi padre, está al tanto de esto?
—Sí, ha convocado una reunión para discutir la mejor manera de abordar la situación —responde Liam, desbloqueando su coche y subiéndose al asiento del conductor.
Me subo al asiento del acompañante y suelto una larga retahíla de maldiciones. Que mi padre me reprenda por no anticipar un ataque o evitarlo es lo último que necesito, y con él enterándose de la situación antes que yo, eso es exactamente lo que me espera.
—No te machaques por eso, tío —dice Liam mientras sale del camino de entrada de Aurora—. No podías haberlo previsto ni contrarrestarlo. Personalmente, yo estaba en un bar cuando recibí la llamada.
Suelto una risotada. —Me alegra oír de tus libertades y tu libertad para hacer lo que te plazca.
Liam siempre ha tenido una vida fácil. A pesar de que su padre es el segundo al mando del mío y de haber sido criado para encajar en el

papel de mi segundo al mando, nunca ha sentido la presión de esa carga.
Se le permitió vivir la vida en sus propios términos y hacer lo que quisiera, siempre y cuando no deshonrara a su familia.
Yo, por otro lado, tengo que vivir mi vida según la voluntad de la manada. Se espera que piense en cómo mis decisiones afectarán a la manada y que considere el futuro de la manada antes de tomar la más mínima decisión.
Como mi padre siempre dice: —Contrario a la creencia popular, ser alfa no se trata solo de poder. Como alfa, existes para servir a la manada, y eres una representación de tu comunidad. Cada parte de ti debe reflejar eso. Eres para la manada antes que para ti mismo.
Las palabras se repiten en mi cabeza como un disco rayado día y noche, recordándome que no puedo permitirme cometer errores o disfrutar de algunos de los placeres que mis compañeros sí pueden. Un simple error mío puede poner en peligro las vidas de mi comunidad, y ahora mismo, estoy a punto de recibir una buena reprimenda sobre cómo debería estar en todas partes en todo momento. A veces, me encuentro deseando tener una vida diferente.
—Eso no viene al caso, Luc. Esto estaba fuera de tu control, y a pesar de tu entrenamiento y actividades en la manada, tu padre sigue siendo el alfa, y siempre obtendrá información antes que nadie. Esto no es culpa tuya.
Las palabras de Liam deberían aliviarme de la presión de la culpa que siento sobre mis hombros, pero solo consigo hundirme más.
Cuando llegamos a la casa de la manada, estoy a medio salir del coche antes de que Liam lo aparque, subiendo las escaleras corriendo para decir algo y tal vez explicar la razón detrás de mi incompetencia —como le gusta llamar a mis errores— antes de que comience la reunión.
Entro en una reunión en curso con el padre de Liam y otros miembros importantes de la manada. Los ojos de mi padre se crispan de decepción, pero no dice nada mientras tomo asiento.
Liam entra poco después.

—Es un placer que por fin te unas a nosotros. Supongo que ya te han informado sobre la situación actual —dice mi padre, mirando alternativamente a Liam y a mí.
—Sí, Alfa —respondemos ambos. Me enseñaron desde muy joven a mantener la profesionalidad y a nunca referirme a él como padre en entornos públicos.
—¿Qué sugieres como siguiente línea de acción, entonces?
La pregunta va dirigida a mí, y todas las miradas se posan sobre mí, cargadas de expectativas. Me aclaro la garganta, preparado para dar una respuesta digna de un alfa. —Creo que deberíamos buscar ayuda del rey antes de recurrir al combate físico. Prefiero agotar todos los enfoques diplomáticos antes de poner en peligro las vidas de los miembros de la manada en una guerra total.
—Y si tu súplica por un enfoque diplomático encuentra resistencia y Kaden sigue invadiendo nuestros límites, ¿pondrás en peligro las vidas de los miembros de la manada en una guerra total? —Mi padre lanza la siguiente pregunta, con una mirada de desafío brillando en sus ojos.
Mi primera respuesta fue satisfactoria, y todos estuvieron de acuerdo, pero no sería el Alfa William si no me pusiera contra las cuerdas hasta el límite delante de todos. Además, la pregunta era complicada, y su elección de palabras la hacía aún más difícil de responder.
Después de pensarlo un momento, encontré una respuesta. —A veces la guerra es necesaria para mantener la paz, y elegir no lanzarse de cabeza a la guerra no es un signo de debilidad, sino de respeto por las vidas que se nos han confiado. Blackwood no es débil bajo ningún estándar, y si el Alfa Kaden se niega a actuar correctamente, tendremos que mostrarle por qué hemos sido la manada líder durante siglos. Pero primero intentaría un enfoque diplomático.
Mi respuesta es recibida con asentimientos y gruñidos de aprobación, y se programa una visita al palacio para el día siguiente. La reunión se levanta, dejándonos a mi padre y a mí en su despacho.

—¿Dónde estabas en el momento del ataque? —pregunta, encendiendo un cigarro. A los cincuenta y ocho años, uno esperaría que el viejo dejara la mayoría de los malos hábitos y adoptara un estilo de vida saludable, pero es tan terco como una mula, y ya había dejado de intentar convencerlo de que dejara de fumar.
—Entrenando con Liam —respondo. Lo esperaba, pero me encontré buscando palabras.
—Mmm —coloca el encendedor sobre la mesa, exhalando una nube de humo—. ¿Qué te dije sobre estar siempre un paso por delante?
—Sus palabras son seguidas por ataques de tos que duran más de lo habitual. Mis ojos se llenan de preocupación, pero rápidamente oculto la mirada. Con mi padre, la compasión suele percibirse como un insulto.
Espero a que los ataques de tos cesen antes de responder.
—Lo siento. No volverá a ocurrir —más que la incompetencia, mi padre tiene un odio ardiente hacia las excusas, y he aprendido a nunca darlas, por muy justificadas que estén. Para él, no pueden cambiar el resultado de la situación y son inútiles.
—Díselo a las víctimas de un ataque que se habría evitado si hubieras hecho tu trabajo. Una muestra más de imprudencia, y no tendré más remedio que enviarte de vuelta al campo de entrenamiento. Estás despedido.
Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago, pero no muestro signos de dolor. Dios no permita que demuestre que tengo emociones. —Gracias, padre —digo en su lugar y me dirijo hacia la puerta.
—Luc —me llama al salir—. Me acompañarás al palacio en lugar de mi beta. No me avergüences.
—Sí, padre —respondo, saliendo de la habitación y tomando una bocanada de aire.
—¿Cómo ha ido? —La voz de Liam surge de la nada, casi sobresaltándome.
—Quiere que lo acompañe al palacio.
—¿Solo vosotros dos?
—Sip. —Añado un énfasis en la 'p', apartándome de la pared y dirigiéndome al comedor mientras Liam se pone a mi lado.

—Cosas complicadas. ¿Qué vas a hacer?
—Sumergirme en todos los artículos que encuentre sobre conflictos entre manadas y estrategias de negociación antes del amanecer. — Cojo una manzana de la mesa y le doy un mordisco a la fruta roja y carnosa.
La visita al palacio será mi primera salida oficial a solas con mi padre, y mis nervios están disparados a un ritmo alarmante. Su amenaza de enviarme de vuelta al entrenamiento resonaba en mi mente, pero no lo dejé notar.
Mañana le demostraré lo buen alfa que puedo ser.
****
Llegamos al palacio y encontramos al alfa de la Manada Plateada, Alfa Kaden, ya sentado y esperando en la sala del trono.
Al parecer, tras recibir nuestra queja, la reina Alice lo convocó a la reunión para escuchar a ambas partes. Esta podría ser la primera vez que la conozco, pero he oído mucho sobre ella y los cambios que ha estado haciendo en la comunidad. Fue descubierta como la princesa perdida hace tres años, y desde entonces ha sido una bendición para la mayoría.
Poco después, se nos une la reina. —Buenos días a todos. Nos reunimos aquí para mediar en la disputa entre la Manada Blackwood y la Manada Plateada. —Su mirada recorre la sala, deteniéndose cuando llega a mi padre.
—Esta queja fue presentada por el alfa de Blackwood, así que le permitiré hablar primero —dice, indicando a mi padre que dé un paso al frente.
—Gracias por recibirme, mi reina —dice, inclinándose.
—Como todos sabemos, la sede se encuentra en el Territorio Creek, que resulta estar bajo el control de Blackwood y lo ha estado durante siglos.
—Mentiras —interrumpe el Alfa Kaden—. El Territorio Creek perteneció primero a la Manada Plateada.
—Basta, Alfa Kaden —le reprende la reina—. Entiendo que tienes mucho que decir, Alfa Kaden, pero me gustaría que esperaras tu turno.

Un breve silencio sigue antes de que mi padre continúe, guiándonos a través de la historia del Territorio Creek y cómo Blackwood ha estado a cargo de la sede, manteniendo meticulosamente el equilibrio entre el mundo humano y el de los cambiaformas mientras controlaba los asuntos a nuestro favor.
Muchos en la corte real asienten en acuerdo, mientras que otros eligen apoyar al Alfa Kaden. Cuando finalmente se le da la oportunidad de hablar, él data la historia a una época en la que ni siquiera los libros de historia podían dar cuenta, insistiendo en que el Territorio Creek fue fundado y gobernado por la Manada Plateada antes de que fueran intimidados por Blackwood y su número.
Su motivo para una toma de control es tan evidente como el sol, pero como nadie pudo contradecirlo por completo y la disputa ha estado ocurriendo durante siglos, la reina decide sugerir un terreno común.
—Este es un asunto muy delicado, y entiendo que ambos tienen reclamaciones sobre el territorio. Pero los problemas relacionados con los territorios y su propiedad son una disputa en la que el rey y yo hemos estado trabajando, y si pueden hacer una tregua y ser pacientes, se aprobará un nuevo proyecto de ley lo antes posible, y todos los territorios sabrán dónde están.
El decreto de la reina bien podría significar que el territorio pertenece a Blackwood. Los territorios se compartían siguiendo las divisiones naturales del terreno, y Creek estaba en el mismo lado que Blackwood, mientras que Silver Pack se encontraba al otro lado del río.
Alpha Kaden debió llegar a la misma conclusión, ya que levantó la mano. —Su Majestad, le agradezco que se haya tomado el tiempo de atender nuestras pequeñas disputas entre manadas y su deseo de ayudar, pero, como todos sabemos, los lobos somos seres territoriales. —Su mirada recorrió la sala y, al notar las cabezas que asentían, continuó—. Aunque apreciamos el deseo de aprobar una ley para mantener la paz, yo y mi manada preferimos apegarnos a las viejas costumbres y que se nos dé la oportunidad de luchar por lo que es nuestro. Además, una manada débil no tiene derecho a controlar un territorio.

Murmullos dispersos de intereses encontrados se extendieron por la sala del trono mientras los miembros de las manadas y la corte disentían. Vi ese momento como mi oportunidad.
—Su Majestad, mis ancianos —me dirigí a la corte, poniéndome de pie—. Como ha dicho Alpha Kaden, los cambiaformas somos seres territoriales y normalmente lucharíamos por lo que es nuestro, pero somos cambiaformas, no bestias sin mente. Tenemos una parte humana que nos permite pensar, a diferencia de los simples lobos. No sé cómo será en Silver Pack, pero yo priorizo las vidas de todos los miembros de mi manada y no los sometería a las pérdidas de una guerra si no es necesario. Sugiero que nos ahorremos el derramamiento de sangre y sigamos el protocolo. Creo que ya hemos evolucionado más allá de la sed de sangre.
Mi comentario fue recibido con silencio, y pude ver a la reina mirándome con aprobación. Algunos miembros de la corte que antes estaban agitados contuvieron sus garras, asimilando el significado de mis palabras.
—El joven ha hablado con sabiduría. Sugiero que esperemos a la ley —dijo un anciano de la corte, pero Alpha Kaden se negó.
—Si Blackwood tiene demasiado miedo para luchar, eso es una indicación de que son demasiado débiles para tener el control del territorio. Prolongar el asunto y esperar una ley que quizás nunca se apruebe no es lo ideal. Mi manada y yo hemos decidido luchar hasta la muerte por lo que es nuestro, y la ley actual nos lo permite. Blackwood es bienvenido a rendirse si no quiere luchar.
La tensión regresó a la sala tras la insinuación no tan sutil de Alpha Kaden, y me quedé helado. Ciertamente, no esperaba que esto terminara así. No ha habido una guerra en Blackwood desde hace muchísimo tiempo, y hemos hecho todo lo posible por mantener la paz. Incluso mi entrenamiento habló extensamente sobre la importancia de elegir preservar las vidas de los miembros de la manada por encima de guerras sin sentido que solo sirven al ego. Este era el peor momento, pero sé que se necesitan dos para iniciar una guerra, así que confiaré en que mi padre se niegue a complacer al maníaco.

—Me temo que tendré que estar de acuerdo con Alpha Kaden en esto —dijo mi padre, sus ojos ardiendo con furia silenciosa. Mis ojos se clavaron en él, sorprendido. Rápidamente disimulé mis sentimientos con un asentimiento, sin querer parecer asustado y débil frente a la corte—. Aprobar la ley podría llevar años, y no tenemos tiempo para eso. Resolveremos esto de la manera que mejor conocemos. Blackwood luchará. —La declaración de guerra no tan sutil provocó una ola de silencio en la sala mientras todos se tomaban su tiempo para digerir las palabras y sus implicaciones. Mi mente era un caos, intentando adaptarse a la nueva realidad, encontrar el mejor enfoque para la situación y estar un paso por delante.

La reunión terminó con una nota tensa, con la reina prometiendo encontrar una manera de evitar la guerra, pero todos sabíamos que eso podría llegar después de un amplio derramamiento de sangre. Cambiar una ley en la comunidad de cambiaformas no era tarea fácil en absoluto. El viaje de regreso a casa fue aún más tenso e incómodo.

—Esta lucha es tu única forma de demostrar lo capaz que eres, así que te la dejo a ti —dice mi padre en cuanto entramos en su despacho. No tengo tiempo de procesar el significado de sus palabras antes de que confirme mi sospecha. —Tendrás que ser nombrado alfa lo antes posible—. Este es el momento para el que he preparado toda mi vida, pero la sensación de libertad y euforia que esperaba sentir tras la declaración se vio ensombrecida por el sabor metálico de la guerra que se cierne. Mi lobo, sin embargo, estaba encantado con el ascenso.

Esperaba desempeñar un papel crucial en la guerra que se avecinaba. Lo que no anticipaba era liderarla. Un acceso de tos seca interrumpe mis pensamientos, y me concentro en los hombros encorvados de mi padre mientras tose en un pañuelo blanco. Estruja la tela y la guarda rápidamente en su bolsillo, pero alcanzo a ver la mancha característica de sangre en él.

Su enfermedad está empeorando, y sé que es una de las razones por las que me está entregando el mando. Pero la diosa probablemente se volverá mortal antes de que él admita cualquier

signo de debilidad. Probablemente por eso no dejará de fumar a pesar de su empeoramiento, para demostrar que no tiene miedo. Levanta la cabeza, y las palabras que pronuncia me hacen desear que sus ataques duraran lo suficiente como para que, como de costumbre, me despida. —Anunciarás tu compromiso con Selene Westwood antes de tu coronación—.
—¿Qué? —Estoy completamente desconcertado por sus palabras. ¿Casarme con Selene? Es cierto que estuvimos en una relación durante mi primer año de universidad, pero eso terminó hace mucho tiempo, y no la he vuelto a ver desde entonces.
—Creo que no he tartamudeado. Te casarás con Selene Westwood y luego serás nombrado alfa—. Su tono es plano y es pasivo, como si no acabara de tomar las riendas de mi futuro.
He sacrificado toda mi vida por la manada. Lo mínimo que podría hacer es dejarme pasar lo que me queda con una mujer de mi elección. Reúno todo el valor que fluye por mis venas.
—Selene no es mi alma gemela—.
—Tu madre tampoco lo era para mí, y aquí estamos—.
Abro la boca para contradecirle, pero él continúa. —La manada está en peligro, y Selene proviene de una larga línea de guerreros de sangre pura, una familia que se toma su linaje muy en serio. Con ella como tu compañera, estarás unido a ella de la manera más antigua y reconocida que existe: por la sangre. Y ellos te reconocerán como uno de ellos. Su hermano siendo tu segundo al mando es una ventaja añadida. Crearás una alianza que tendrá a todos los guerreros de sangre pura de la comunidad leales y dispuestos a luchar por ti. Es la mejor línea de acción, y es definitiva —.
—¿Y si ya he encontrado a mi alma gemela y tengo la intención de casarme con ella?—.
Suelta una carcajada fuerte mientras se enciende un nuevo cigarro.
—¿La medio sangre huérfana que vive en la cabaña cerca del límite? Solo te permití esa libertad porque sabía que tenías sangre en las venas y querrías un lugar para experimentar. No podrías haber pensado que ella era material de Luna—.

—Yo soy su destino, y me parece perfecta. Es inteligente, empática y tiene mucho que ofrecer a la manada—. La ira nubla mi visión, recorriendo mi sangre como un veneno ardiente. Mi lobo raspa por dentro, caminando inquieto y luchando por salir, pero me contengo, manteniéndolo dentro, sin querer escalar las cosas. Puede que sea mi padre y el alfa, pero faltarle al respeto a mi compañera es un insulto directo.
—Años enseñándote a ser lo que necesitas ser, y te plantas delante de mí para soltar esta tontería? Ata los cabos que necesites atar y proponle matrimonio a Selene. Eso o perderás tu posición como el próximo alfa—.
Sus palabras tienen un tono de finalidad. Juego con la idea de presentarle una alternativa, pero ¿de qué sirve? Por mucho que piense que Aurora será una Luna perfecta, tiene razón en una cosa. Con la situación actual, la manada necesita a alguien que sea más que simplemente adecuado y que no requiera un entrenamiento adicional para asumir su rol. En contra de mi mejor juicio y de las protestas de mi lobo, me encuentro lentamente viendo la lógica en las palabras de mi padre. Para él siempre ha sido la lógica y la practicidad por encima del corazón, y años de entrenamiento me han moldeado en un ser menos emocional. Saca una pila de archivos y se pone sus auriculares con cancelación de ruido, indicando el final de nuestra conversación.
Mi lobo todavía quiere luchar. No oculta su desagrado y desacuerdo sobre cómo he manejado la situación, pero yo sé más y entiendo cómo funcionan las cosas. Esta no es una batalla que podamos ganar, así que salgo de su oficina con una nube de derrota y angustia sobre mí.
¿Cómo se supone que debía contarle esto a Aurora? Hace apenas unos días, le prometí que sería mi Luna, y ahora tengo que decirle que me voy a casar con otra.
Liam está esperando en mi habitación cuando llego, mirándome como un halcón.
—Supongo que ya te has enterado —digo, alcanzando la botella de whisky de la mesa y sirviéndome una generosa porción.

—Casarte con Selene no puede ser tan malo. Ambos estuvisteis enamorados una vez. Estoy seguro de que encontrarás la manera de hacer que esto funcione —dice Liam.
Lucho por decidir si lo dice para hacerme sentir mejor o habla en nombre de su hermana. —Estuvimos en una relación hace cuatro años, una que no duró ni seis meses. Difícilmente puedes llamar a eso amor.
—Es justo —responde, cogiendo un vaso de la estantería y sirviéndose una copa. —Pero recuerdo que hablaste de tu mujer ideal y dijiste que Selene era el modelo perfecto de tu Luna soñada. Seguramente eso cuenta.
Mi mujer ideal. Recuerdo haber dicho esas palabras durante una de las noches que salí de copas con los chicos en el campamento. Intentaban ligarme con una camarera, y dije que no era mi tipo. La respuesta les llevó a preguntar sobre mi mujer ideal, y les conté basándome en lo que pensaba que debería ser una futura Luna. Uno de los chicos mencionó a Selene como ejemplo, y estuve de acuerdo en que sería una Luna perfecta, pero no era mi Aurora.
Una imagen de su suave rostro en forma de corazón y sus rizos castaños llena mi mente, y no puedo evitar el doloroso tirón en el pecho. Ella no estaba destinada a liderar. No era nada parecida a la mujer con la que debía estar, y dudo que supiera algo sobre política de manada o que pudiera aportarme algo, pero era la que la diosa eligió para mí.
—¿Esto va sobre Aurora? —La voz de Liam interrumpe mis pensamientos, y de inmediato levanto la guardia.
—¿Qué pasa con ella? —pregunto.
—Sé que siempre has sido amable con ella por su situación, pero no puedo fingir que no he notado que os habéis acercado en los últimos años. ¿Es ella tu alma gemela?
Las preguntas me toman por sorpresa, y un fuerte "no" sale de mi boca antes de que pueda detenerme.
Un amargo cóctel de culpa y frustración me quema la garganta, y trago un generoso sorbo de whisky para sustituir la desagradable sensación.

Mi decisión de mantener el vínculo entre Aurora y yo en secreto hasta que me convirtiera en alfa podría haber estado bajo la apariencia de querer terminar el entrenamiento, pero al reflexionar sobre todo, supongo que una parte de mí siempre supo que mi padre no la aprobaría. Quería esperar hasta ser alfa y estar fuera del control de mi padre para traerla.
Si ese es el caso, ¿no significaba que no era adecuada para ser Luna? Una fuerte ola de desagrado me recorre con tal intensidad que me siento instantáneamente mareado por su efecto. El mensaje era claro. Mi lobo no está contento con la conversación actual y está haciendo todo lo posible para mantenerse firme.
Aprieto los dientes, utilizando cada pizca de fuerza en mí para contenerlo. Lo último que necesito es que salga a la superficie y le dé a Liam la confirmación que busca.
Intenté ver a Aurora desde una perspectiva en la que mis sentimientos por ella fueran inexistentes, para ver si la encontraba digna. Pero me costaba mucho conjurar esa imagen. No me gustaba la respuesta que me devolvía.
Levanté la mirada y encontré a Liam observándome con ojos de halcón.
—Si entrecierras más los ojos, estoy seguro de que podrás vislumbrar mi alma.
—No tengo ningún interés en descubrir qué pasa ahí dentro, pero te dejaré con unas palabras que deberían guiar tu toma de decisiones —asumió su postura de sabelotodo, cruzando una pierna sobre la otra y reclinándose en el sofá—. Selene fue criada cerca del corazón mismo de los negocios de la manada. Su educación y sus aficiones preferidas fueron diseñadas para convertirla en el activo perfecto. Tomó cursos adicionales sobre negociación y mediación, incluyendo un estudio extenso sobre liderazgo y gestión de personas. Fue criada para gobernar. Aurora, por otro lado, por muy dulce que sea...
—Te lo dije. No tengo nada que ver con ella —espeté, con el pecho agitado por la frustración. No puedo permitir que sepa que Aurora es mi pareja destinada, no ahora que se espera que me una a su hermana. Eso solo complicaría las cosas para mí. Más que nunca, necesito que mi relación con ella permanezca en secreto. No puedo

permitirme ningún tipo de lío. —Tú mismo lo dijiste. Solo he sido amable con ella por su posición en la manada. Es un caso de caridad que la manada adoptó para evitar que se volviera renegada. ¿Por qué pensarías que una persona así estaría destinada a mí? —Tan pronto como las palabras salieron de mis labios, un fuerte estruendo resonó en mi puerta.
Me detuve, haciendo contacto visual con Liam, quien observaba la puerta con una ceja levantada. Corrí y la abrí de golpe, encontrándome con un pasillo vacío y el dulce aroma a miel y melocotón flotando en el aire. Aurora. Me quedé parado un rato, esperando a ver si alguien aparecía, pero no pasó nada. Finalmente, me convencí de que el ruido probablemente provenía de la construcción que estaba ocurriendo fuera de la casa de la manada, y que la situación actual probablemente estaba haciendo que mi lobo conjurara recuerdos de ella para influir en mi decisión. Además, ella no es una gran fanática de la casa de la manada. Por eso la mayoría de nuestros encuentros ocurren en su casa. Justo cuando estaba a punto de cerrar la puerta, una pequeña cesta de picnic en la esquina llamó mi atención. La cesta tejida resultó ser más pesada de lo que parecía, y la curiosidad se apoderó de mí. Quité la tapa y encontré una deliciosa selección de mis favoritos. Un escalofrío que no tenía nada que ver con el clima se extendió por mí. Miré hacia el pasillo y luego de nuevo a la cesta de picnic. Su contenido era evidencia suficiente para borrar cualquier duda que tuviera sobre la presencia de Aurora. Ella estuvo aquí, y debió escuchar algo.
—¿Todo bien? —Llamó Liam desde dentro, y cerré la cesta de inmediato, empujándola más hacia el pasillo.
—Sí. Probablemente los trabajadores de la construcción haciendo mucho ruido —respondí, intentando mantener el sentimiento de hundimiento en mi pecho fuera de mi voz. Debería ir tras ella antes de que sea demasiado tarde. Pero, ¿cómo lo explico todo después de afirmar que no significa nada para mí?
Me costó cada pizca de fuerza arrastrarme de vuelta a la habitación con mi lobo forcejeando y buscando dominancia. Las venas de mi cuello podrían estar a punto de reventar de lo duro que luchaba por contenerlo. Su fuerza es algo que aprecio en combate y otros

escenarios, pero ahora que la está ejerciendo sobre mí, no estoy tan agradecido.
Echo un vistazo rápido al reloj y tomo nota mental de ir a verla cuando esté anocheciendo. Espero que no haya oído demasiado.

CAPÍTULO TRES

Aurora

Hay millones de maneras de romper un corazón. Algunas son obra de las frías manos de la naturaleza. Otras son causadas por dioses y fuerzas fuera de nuestro control, el destino, como algunos lo llaman. Pero las peores de todas son las que nos infligen las personas que se supone que deben proteger nuestros corazones.

Aquellas a quienes entregamos voluntariamente la esencia de nuestro ser, confiando en que las cuidarían. El dolor corta más profundo que cualquier hoja, atravesando partes de ti que nunca supiste que existían, y gran parte de este dolor se debe al hecho de que, sin querer, contribuimos a este sufrimiento. Nos abrimos a ellas, y ahora lo único que queda es dolor, vacío, un montón de preguntas y una autoestima herida.

Es un caso de caridad que mi padre adoptó para evitar que se volviera rebelde. ¿Por qué pensarías que alguien así estaría destinado a mí?

Las palabras resuenan en mi cabeza como un disco rayado, cada vuelta cortando más profundo que la anterior mientras obligo a mis piernas a moverse más rápido. Me mordí el labio inferior, tratando desesperadamente de contener los temblores hasta llegar a casa. No voy a desmoronarme en la casa de la manada. No voy a abrirme para que todos vean lo que hay dentro de mí.

Con cada paso largo que doy alejándome de la habitación de Lucien, el ardor en mi pecho se intensifica. Una parte de mí quiere volver corriendo a su cuarto y exigirle que repita las palabras en mi cara, mientras que la parte más vulnerable de mí quiere preguntarle si las dijo en serio.

Había ido a ver cómo estaba y a saber si había regresado del palacio. Sé que la reunión con la reina fue su primera salida real, y también sé lo opresivo que puede ser el alfa actual. Quería asegurarme de que estuviera bien. Incluso preparé una cesta con su comida favorita y pasteles usando el viejo libro de recetas de su madre que tomé prestado la última vez que la visité, para que todo

fuera lo más reconfortante posible, y llegué a la puerta para recibir la proverbial bofetada en la cara.
Al principio, lo negué e intenté convencerme de que la voz característica de Liam hablaba de su hermana y de alguien que casualmente comparte el nombre de Lucien. Tenía que ser así. Me habría enterado si Selene y Lucien fueran ex. Lucien no me ocultaría algo así. Pero Lucien habló, y cada parte de mí se detuvo en seco. Mi corazón se desaceleró, mi pulso se volvió lento y pesado, y mi respiración se redujo a bocanadas superficiales, mi visión se nubló con las reacciones que se desarrollaban dentro de mí. El sudor cubrió mis palmas, y la cesta de picnic que olvidé que estaba sosteniendo se resbaló, cayendo al suelo con un estruendo sacudiéndome de vuelta al presente. Sin querer que me encontraran merodeando y escuchando a escondidas, entré en pánico y salí corriendo sin pensarlo dos veces.
Giro rápidamente al final del pasillo, eligiendo salir por el viejo garaje en lugar de la cocina y la entrada principal. Cuantas menos personas me vean, mejor. Justo cuando doblo la esquina, choco contra una pared sólida de músculos y pierdo el equilibrio. Cierro los ojos, preparándome mentalmente para el golpe que nunca llegó. Abro los ojos y me encuentro suspendida en el aire, con los fríos y duros ojos grises del Alfa William mirando profundamente en mi alma.
—Deberías tener más cuidado —dice, ayudándome a ponerme de pie. No puedo decir si me está regañando o mostrando preocupación, así que me limito a asentir mientras lucho por que mi corazón se calme.
No estaba usando su dominancia de alfa sobre mí, pero igualmente me sentía profundamente intimidada por él. Alpha William es, sin duda, el hombre más aterrador que conozco. A sus cincuenta y ocho años, se mantenía alto, con una cabeza llena de cabello gris que cubría cada parte de su cuero cabelludo, hasta la parte superior de su nuca, extendiéndose para formar una barba completa y espesa. Parecía un león blanco con cada pizca de confianza regia.
—¿Estás bien? —Levanta una ceja hacia mí—. Pareces un poco sonrojada y tus ojos están bastante rojos. ¿Has estado llorando?

No sé qué pensar de su repentino interés y preocupación. Nunca se preocupó por mí después de que la manada me adoptó para evitar que me volviera un lobo solitario tras la muerte de mis padres. Este interés de repente me resulta extraño y, dada la situación actual, no es precisamente ideal.
—Estoy bien, Alpha. Son solo alergias.
Me mira un segundo sin ocultar su incredulidad. —En ese caso, eres justo la persona que he estado buscando.
Mis cejas se fruncen en confusión. ¿Por qué me está buscando? Un extraño sentimiento me corroe las entrañas, instándome a inventar una excusa y alejarme de su presencia, pero parece que estoy clavada en el suelo. —¿También lucha con las alergias? —le solté, sin saber qué decir.
Se gira hacia la salida central. —Ven conmigo. —Mis pies comienzan a moverse antes de que el resto de mi cuerpo reaccione.
—No lo llamaría alergia, y yo no soy el paciente, pero alguien cercano a mí resulta que ha sido afectado por algo parecido a eso.
—Dobla la esquina, entrando en el comedor abierto, y de inmediato llama la atención de todos los presentes. La combinación de él y yo seguramente destaca como un pulgar dolorido.
—Es casi lo mismo que contaminar tu agua, pero debido a la contaminación, no te das cuenta de que estás tomando agua contaminada, lo que no hace que el agua esté menos contaminada.
—No tengo idea de qué decir o si se espera que diga algo, así que lo sigo de cerca, preguntándome qué tiene que ver todo esto conmigo.
—Ten en cuenta que esta contaminación es tal que se propaga a través de la sangre, infecta el ADN y reduce considerablemente su viabilidad. —Se detiene abruptamente—. Entonces, dime, si alguien cercano a ti está en peligro de arruinar su futuro, ¿lo salvarías?
No pienso antes de responder —Sí. —Es la respuesta obvia. Nunca me quedaría de brazos cruzados viendo sufrir a alguien que me importa.
—¿Entonces harías lo que sea necesario para liberarlo de dicha contaminación?
Abro la boca para decir que sí cuando un destello inconfundible en sus ojos me detiene. —No entiendo lo que me está preguntando,

Alpha —digo en su lugar, mientras una sensación de incomodidad me inunda como una ducha de agua fría.
—Eres una chica inteligente, Aurora. Te he visto crecer y he recibido múltiples informes sobre tu desempeño, y con la manera en que parecías desmoronarte hace unos minutos, deduje que no debería ser difícil para ti atar cabos.
Por primera vez, no desvié mi mirada cuando sus ojos se encontraron con los míos. Los sostuve, el significado detrás de sus palabras estaba claro para mí. Lucien es la persona querida. Yo soy la contaminación. No me da tiempo de recuperarme de la conmoción de su primera declaración antes de continuar.
—Sé que los dos han compartido una amistad muy cercana, pero si te importa él tanto como creo, entenderás que su camino es muy distinto al tuyo. Necesita ciertas... —hace un gesto con la mano, como si buscara la palabra adecuada— cualidades, que no se pueden enseñar, solo se adquieren desde el nacimiento. ¿Lo entiendes?
Me quedo petrificada. De repente, mi garganta está demasiado tensa para emitir un sonido, y mi lengua se relaja en mi boca. Mi piel se eriza, y los escalofríos que deja el frío se extienden por todo mi cuerpo. No puedo hablar. No puedo moverme. Solo miro. ¿Lo entiendo?
Cuando no digo nada, él continúa. —Entiendo que has desperdiciado algunos buenos años con él, así que te compensaré por ellos —su voz adopta un tono menos amistoso—. Te escribiré un cheque generoso, y podrás dejar la manada por un tiempo sin que te consideren una proscrita. Viaja a donde quieras. Aclara tu mente. Después de unos años, puedes decidir si volver o seguir disfrutando de la vida al máximo.
—¿Me estás pagando por la vida de Lucien? —Cada vez que creo que este hombre me ha dejado sin palabras, abre la boca y, de alguna manera, me hiere más profundamente. Viaja a donde quieras. Aclara tu mente. Esa tiene que ser la forma más articulada de decir "desaparece de la vida de mi hijo, y te pagaré a cambio" en la historia del universo. Era una advertencia clara, pero logró hacerla parecer una sugerencia y como si yo tuviera elección.

Dejó escapar una risita baja. —Cuando lo pones así, suena mal. Considera esto un favor de un alfa que se preocupa por tus años desperdiciados. Piénsalo, y te haré llegar el cheque al anochecer.
Sin decir nada más, se da la vuelta para marcharse, pero encuentro mi voz antes de que se aleje demasiado. —No necesito tu dinero —digo, sorprendiéndome a mí misma—. Puedes traer todo el dinero del mundo, y no lo tocaría ni con un palo. No le pongo precio a las personas que me importan. Pero gracias por preocuparte por mí.
Parece momentáneamente sorprendido por mi arrebato, pero no dice una palabra. Se da la vuelta y continúa por el pasillo.
Aspiro un tembloroso aliento, escaneo el pasillo para asegurarme de que nadie haya sido testigo de mi vergüenza antes de echar a correr y prácticamente salir disparada hacia casa.
No sé cuánto tiempo pasé envuelta en mis sábanas, pero para cuando sonó el timbre de mi puerta, eran las siete de la tarde, la hora habitual de reunión entre Lucien y yo. Me arrastro fuera de la cama, sintiendo el peso de mi corazón desgarrado cargando sobre mis huesos.
No he hecho nada desde que dejé la casa de la manada. No pude llorar. No pude gritar. Me había arropado, enterrada bajo el peso de mi manta, y había repasado los acontecimientos del día, diseccionándolos en un millón de piezas, tratando de encontrar un giro diferente y fracasando. Intenté convencerme de que no había terminado, no cuando no había escuchado de Lucien. Pero una parte de mí sabía que el resultado no sería diferente de lo que ya sentía en mi corazón.
Aun así, había otra parte de mí que esperaba. Una pequeña parte que se aferraba al vínculo que compartía con Lucien y se negaba a soltarlo. Seguramente, si la Diosa Luna nos emparejó, tiene que haber una manera de que resolvamos las cosas. Suena estúpido a la luz de los recientes acontecimientos, pero no puedo evitarlo. Todo duele tanto. Una combinación desgarradora de mi dolor y el de mi loba me deja colgando de un hilo. Desesperadamente necesito que esto sea solo una mala pesadilla.
Lucien está al otro lado de la puerta cuando miro por la mirilla. Tiene el mismo aspecto de siempre, tranquilo, con el pelo peinado a la

perfección sin esfuerzo y nada parecido al desastre con el que yo comparto actualmente un parecido. Probablemente no tiene ni idea de que escuché su conversación con él y Liam.
—Hola, cariño —dice sonriendo en cuanto descorrojo la puerta, dándome un rápido beso en la frente. Me siento tanto reconfortada como molesta por ese gesto. ¿Es que va a entrar aquí y va a fingir que su conversación con Liam nunca ocurrió? Al mismo tiempo, me encuentro esperando que el beso signifique que escuché mal algo o que todo fue simplemente una gran broma. Es la narrativa menos dolorosa, pero no soy tonta, y no veo a Alpha William teniendo tiempo para una broma.
—¿Has pasado por la casa de la manada hoy? —sigue detrás de mí, muy de cerca—. Juraría que vi a alguien parecido a ti, pero no estaba muy seguro. —Puedo percibir su esfuerzo por mantener su tono ligero y juguetón, pero sus ojos lo delatan. Eran casi del mismo color que los de su padre, pero carecían de su característica frialdad y oscuridad.
—Pasé por allí —respondo, sin dar más detalles. Tengo tantas preguntas, pero me contengo. Necesito saber qué piensa antes de decir nada.
Se queda quieto, sus ojos buscando en los míos alguna pista de algo. —¿Dejaste una cesta de picnic delante de mi puerta?
—Sí. —Me dirijo a la cocina para servirme un vaso de agua, necesitando algo que me distraiga de la tensión asfixiante en la habitación.
—Oh. ¿Por qué no entraste?
—No quise interrumpir tu conversación. Parecías bastante apasionado con el tema —digo con dureza, sintiendo que mi paciencia se agota. La ira está reemplazando lentamente el dolor que sentía.
—Oh... Sobre eso —deja la frase en el aire, sin mirarme a los ojos—, esperaba haber tenido tiempo para explicarte la situación yo mismo. No era mi intención que lo descubrieras de esa manera.
Un zumbido explosivo resuena en mi cabeza y giro la cabeza hacia él con tanta rapidez que me siento instantáneamente mareada. Está frente a mí, la imagen de la calma y la serenidad total, hablándome

como si estuviera dirigiéndose casualmente a la manada. —Escuché que estabas hablando de tu boda, ¿y eso es todo lo que tienes que decir? —Estoy furiosa de ira. Es todo lo que puedo hacer para no sacudirlo y exigir respuestas. Definitivamente no podría sacudir su cuerpo musculoso de 1,93 metros, pero al menos tendría dónde canalizar mis emociones.
Me observa en silencio antes de sentarse en el sofá y dar una palmada en el sitio a su lado. —¿Qué tal si te sientas? Cálmate un poco y podemos hablar de esto. Te prometo que no es tan malo como parece, y probablemente estás malinterpretando las cosas. Sigo siendo tuyo y definitivamente no me voy a ninguna parte.
Fruncio el ceño e intento dar sentido a sus palabras y a la conversación que escuché antes. —Entonces, ¿no te vas a casar con Selene? —No espero una respuesta antes de lanzar la siguiente pregunta—. ¿Y no negaste que yo era tu alma gemela delante de Liam? —He terminado de jugar a lo que sea que él estaba tramando y exijo respuestas directas. Puede guardarse los giros de palabras y las conversaciones serenas para una de sus reuniones de directorio.
Su postura pasa de relajada a tensa y adopta una posición defensiva. —Eso es completamente distinto. Acordamos mantener nuestro vínculo en secreto hasta que llegara el momento adecuado. —No, Lucien. No fue eso lo que pasó. Tú querías mantenernos en secreto. Yo simplemente accedí, y te saltaste por completo la primera pregunta. ¿Te vas a casar? —Mi voz tiembla, traicionando mis emociones.
Los ojos de Lucien se suavizan, se levanta del sofá, camina hacia mí y coge mi mano entre las suyas. —No es tan simple, Rora. Por eso te pedí que te sentaras para poder hablar de ello. En realidad, no es gran cosa si lo miras desde otra perspectiva. Estoy seguro de que acabarás viendo que probablemente es lo mejor y que sigue beneficiándonos.
No es tan simple. No es gran cosa. Probablemente es lo mejor. Tres frases que no deberían estar jamás en la misma oración dan vueltas en mi cabeza, intensificando tanto mi ira como mi confusión. Intento dar sentido a lo que está diciendo. No hay manera de que implique

que la situación no es tan sencilla y luego diga que nos beneficia en un solo aliento.
El dolor me golpea como un tren en movimiento, destrozando cada parte de mí. Esto es distinto a lo que sentí cuando escuché su conversación con Liam o al dolor que me causó que su padre me ofreciera dinero. Esto es crudo, sin filtros ni ataduras. Esto es él hablándome a mí. —Simplifícalo, Lucien. ¿Qué nos depara el futuro?
Inspira profundamente y retira su mano de mi mejilla. Distancia. Era la primera señal de traición. Rompen la distancia física antes de asestarte el golpe final. A pesar de que mi corazón se aferra desesperadamente a la esperanza de una respuesta diferente y del dolor de mi loba que se filtra en mí, me preparo para el impacto.
—Se avecina una guerra, Rora —comienza, sus ojos mirando a todas partes menos a mí—. Mi padre es demasiado mayor para liderar la batalla, y su hábito de fumar ha pasado factura a su salud. Así que tiene intención de nombrarme alfa pronto.
Finalmente va a ser alfa. Era el momento que habíamos estado esperando. El momento que iba a dar lugar a un nuevo comienzo para nuestra relación. Pero esto no se parece en nada al comienzo que había estado anticipando.
Asiento, animándole a continuar.
—Para asegurar nuestra victoria, necesitamos hacer alianzas que nos den ventaja sobre la Manada Plateada, y mi matrimonio con Selene aseguraría eso.
Sus palabras cortan como un cuchillo sin filo, pero indago más, queriendo llegar al fondo de las cosas. —¿Le dijiste a tu padre que soy tu alma gemela?
—Lo hice. Pero ya conoces mi posición. Mis padres ni siquiera eran almas gemelas. El destino rara vez se tiene en cuenta al elegir a una Luna en nuestra manada. Se trata más de quién es adecuada, posee los atributos necesarios y puede contribuir a la fuerza de la manada.
—Y yo no poseo esas cualidades —terminé, con voz baja y cargada de dolor. Ya había escuchado lo mismo de boca de su padre.
Si los corazones pudieran romperse de verdad, el mío estaría esparcido en el suelo en un charco de sangre, hecho añicos para que todos lo vieran.

No hace mucho, me dijeron que mi título y mi rendimiento académico no significaban nada para la manada, y ahora me dicen que no soy suficiente para la persona que la Diosa Luna eligió para mí. Renuncié a cada pedazo de mi vida para que me dijeran que no era suficiente.
—Aurora —Lucien da un paso hacia mí, y yo retrocedo otro, sin querer que se acerque demasiado.
—Esto no cambia nada, ¿sabes?
Lo miro con las cejas levantadas, la confusión plasmada en mi rostro. —Te vas a casar, Luc. Esto lo cambia todo.
Cierra la distancia entre nosotros en un solo paso, acunando mi cara entre sus manos. —No, cariño. Solo cambia las cosas si lo permitimos.
—¿Qué quieres decir? —No me avergüenza admitir que casi estoy suplicando en este momento, rogando que se le ocurra algo. Maldita sea, no me importaría que me propusiera fugarnos. Lo seguiría sin pensarlo dos veces. Cualquier cosa para calmar este ardor en mi pecho.
—Selene y yo no estamos enamorados y solo nos casaremos en papel por el bien de la manada, pero tú siempre me tendrás. Me aseguraré de que tengas la mejor vida. Todo lo que necesites estará a tu alcance, y no te faltará nada por el resto de tus días. Lo juro. No tenemos que permitir que esto se interponga entre nosotros.
Me quedo petrificada en el sitio, mirándolo como si acabara de ver un fantasma, mientras él mantiene su exterior tranquilo, como si no me hubiera pedido que viviera el resto de mi vida como un esqueleto en su armario lleno de oro.
La comprensión se filtra lentamente a través de la niebla del dolor que nubla mis sentidos, trayendo consigo una claridad que nunca antes había tenido. En ningún momento de su declaración dejó espacio para que yo diera una respuesta. No hizo ninguna pregunta. No hizo ninguna petición... nada. Lo dijo con el mismo tono con el que le dirías a un chef que te traiga la comida, como si fuera lo más natural del mundo y no requiriera ningún esfuerzo de su parte para convencerme. Está seguro de que aceptaré la oferta, y, como cualquier buen chef, cumpliré con exactamente lo que necesita.

Sin negociaciones, sin regateos. Solo él diciéndome qué es lo mejor para nosotros y sabiendo que lo aceptaré, como he hecho en el pasado.
Una parte ilusa de mí quiere luchar contra la verdad que tengo frente a mí. Quiero creer que lo escuché mal. Incluso más, quiero creer que malinterpreté su mensaje y que lo que siento es el resultado de una mala comunicación, y no de que está descartando mis emociones como si fueran una simple molestia. Pero con solo mirar su rostro perfectamente esculpido y sus penetrantes ojos azules, sé que quiso cada palabra que dijo y, lo que es peor, las respalda.
—Quieres que sea tu amante —finalmente digo, alejándome de su órbita. —¿Quieres que sea tu amante, Lucien?
Suelto una risa sin humor, completamente asombrada por el sentido del humor del universo. Lucien parece preocupado e intenta dar un paso hacia mí, pero lo detengo con una mirada.
—Suenas como si lo tuvieras todo resuelto.
—Aurora...
Levanto un dedo, interrumpiéndolo. —¿Siempre fue este el plan? Llenarme de promesas de un futuro juntos y luego desecharme con aún más promesas.
—Aurora, lo estás entendiendo todo mal. Si te calmases y fueras menos emocional y más sensata, verías que esto es lo mejor para nosotros. Podremos tenernos el uno al otro sin que las expectativas pesen sobre nuestros hombros. Seremos el refugio del otro, lejos de la presión de las reglas que tendremos que seguir. Será el paraíso.
—Guau —es el único sonido que logro articular mientras lo observo. Su exterior calmado finalmente se rompe, y una mezcla de frustración y desesperación se filtra por las grietas, pero desaparece a la misma velocidad que apareció, restaurando la calma inexpresiva.
—Di que lo pensarás, al menos. No planeé que esta conversación tomara este rumbo.
—Claro que no. —Mi voz se eleva, pero estoy demasiado enfadada como para importarme. Pasé tres años de mi vida aferrándome a cada una de sus palabras, cambiando planes y adaptando mi futuro

para encajar en el suyo, solo para ser reducida a la posición de una puta a su lado.
—Déjame adivinar, esperabas que montara un pequeño berrinche, pero cuando presentaras tu plan perfecto, me calmaría y lo aceptaría como una buena chica, y tú ganarías en ambos frentes. O espera, tengo algo aún mejor. Me comprometo eternamente contigo como tu cielo perfecto a escondidas, y tú sigues viviendo la mejor vida con tu esposa mientras yo observo desde la barrera, luchando por las migajas que me lances. ¿Es realmente esa la vida que quieres para mí?
Mis ojos arden, y mi visión se nubla entre lágrimas y rabia. Él desvía la mirada, clavándola en el suelo. No responde, y no me mira. Obtuve mi respuesta.
—Tres años, Lucien. Tres años de dedicar mi vida por completo a ti y aferrarme a tus promesas, y me ofreces la posición de tu puta privada.
Abre la boca para hablar, pero no lo dejo. —Han sido unos días curiosos, ¿sabes? —Una risa seca escapa de mis labios mientras los eventos se filtran en mi mente—. Dime, ¿es todo parte del plan? ¿Humillarme en la empresa antes de enviar a papá a darme un cheque en la cara? No tuviste las agallas para hacerlo tú mismo, así que tuviste que idear otros medios.
—Aurora… —abre la boca y la cierra, líneas de preocupación marcando su expresión confusa—. No tuve nada que ver con lo que pasó en la empresa, y… —hace una pausa, como si el significado detrás de mis palabras acabara de golpearlo—. ¿Mi padre te ofreció qué?
Si esto hubiera sido unas horas antes, habría caído en su expresión confusa y perdida, habría desestimado todo lo que había escuchado y me habría aferrado a sus palabras. Pero ahora, sé más. Acaba de hacerme la misma oferta. Es igual que ellos. Mejor dicho, es peor.
—Sabes, cuando solicité el puesto de asistente de finanzas y me ofrecieron el rol de conserje, me dolió muchísimo, pero estaba dispuesta a soportar el dolor si eso era lo que se necesitaba para estar contigo. Y cuando tu padre me prometió el estilo de vida más lujoso si dejaba la manada, dolió aún más, pero incluso después de

escuchar tu conversación con Liam, no pude cambiarte por dinero. Puede ser estúpido, pero una parte de mí esperaba que tuvieras la explicación perfecta. Confié en ti, Luc. Hasta el último momento, cuando no tenía ninguna razón para hacerlo. —Siento un cosquilleo húmedo en mis mejillas, pero no hago ningún intento de secarlo o esconderlo. Estoy cansada de mantener una fachada fuerte cuando por dentro me estoy desmoronando.
—Al menos tu padre fue lo suficientemente decente como para saber que estar cerca me haría daño y me ofreció una vida fuera de la manada, pero tú… —las palabras se atascan en mi garganta, y un sollozo doloroso se escapa de mis labios—. Me pides que me quede al margen como un pedazo de basura y atienda el fuego de tus instintos mientras tú vives tu vida soñada con otra mujer.
Lucien abre la boca y la cierra de nuevo, con los hombros caídos y los ojos brillando con algo que me niego a reconocer. Intenta acercarse de nuevo, pero niego con la cabeza y doy un paso hacia atrás. —Aurora, lo estás entendiendo mal —logra decir al fin—. Creo que todo esto ha tomado un rumbo distinto. Estoy seguro de que podemos arreglarlo si nos tomamos las cosas con calma.
—¿Lo estoy entendiendo mal? —No hago nada por ocultar la incredulidad que siento ante sus palabras—. ¿Rompiste una promesa que me hiciste, me redujiste a un caso de caridad frente a tu amigo, y yo lo estoy entendiendo mal?
No responde, y niego con la cabeza. Ahora que lo pienso, nunca he visto una línea de arrugas en su rostro. Siempre parece tan seguro de sí mismo, como si hubiera descifrado algún código secreto de la vida que solo él conoce. Solía confundirlo con confianza, pero ahora lo veo por lo que realmente es. Está presente en la forma en que se comporta y en la forma en que me mira ahora mismo, como si yo estuviera actuando fuera de lugar. El aire altanero de "soy mejor que tú. Soy mejor que todos los demás, y sé lo que es mejor" lo rodea, burlándose de mí y de mis emociones.
Una sonrisa dolorosa se dibuja en mis labios mientras la última revelación se asienta en mí, llevándose consigo toda pizca de esperanza que he estado alimentando. Podría seguir así durante años, llorar un río y abrir mi corazón para que él lo vea, y aún

encontraría una manera de imponer lo que cree que es correcto. Sin importarle ni mi corazón roto, solo él y lo que le conviene. —Merezco más que lo que tú y todos en esta manada siguen imponiéndome.
Los ojos de Lucien se abren brevemente, como si solo ahora estuviera entendiendo las implicaciones de sus palabras, pero eso no hace nada por hacerme sentir mejor. Él es quien es, y los intereses de la manada y los demás siempre vendrán antes que yo.
Sin decir nada más, salgo corriendo de mi casa, sintiendo cómo el vínculo entre nosotros se debilita con cada paso que me alejo. No miro atrás. En cambio, avanzo, canalizando toda mi energía para llevar mi cuerpo más allá de sus límites. Tal vez si corro lo suficiente, pueda escapar del efecto que nuestro vínculo tiene sobre mí y, posiblemente, de las garras del dolor insoportable que se extiende por mi interior.
Mis músculos comienzan a arder, mis pulmones están en llamas y estoy jadeando como loca, pero aún no puedo transformarme. Lo intento, pero mi loba solo se retrae en sí misma, el dolor es demasiado para ella. Me deja lidiar con mi lado humano, otro recordatorio de lo débil e inadecuada que soy—una enfermedad, como dijo Alpha Willams. El universo realmente tiene una forma de reírse en tu cara y echar sal en la herida hasta que el núcleo mismo de tu existencia se reduce a una búsqueda desesperada de alivio.
Finalmente, mis piernas ceden y caigo sobre un montón húmedo de hojas podridas y ramas caídas. Un grito fuerte se escapa de mis labios, asustando a los pájaros y enviando a las ardillas corriendo a un lugar seguro. Permanezco allí por un momento, aguzando el oído en busca de pasos o algún signo de vida, pero me envuelve el silencio ensordecedor del bosque.
Lucien no viene tras mí. Nadie lo hace. Entonces caigo en la cuenta de que podría morir en este bosque, ser alimento para algún depredador, y nadie notaría mi ausencia. La mayor parte de mi existencia estaba atada a Lucien y al papel que debía jugar en su vida, y con eso desaparecido, no soy nada. Solo una huérfana mestiza con el corazón roto y cicatrices que demuestran mi patética existencia.
¿Adónde debería ir?

CAPÍTULO CUATRO

Lucien

—Siempre supe que acabarían juntos. Recuerdo verlos siempre juntos cuando eran niños. Liam también está ahí, pero siempre se notaba que era el tercero en discordia —dice Aaron Clarke, uno de los amigos cercanos de mi padre. La mesa estalla en risas, en su mayoría dirigidas a Liam, mientras que algunas de las mujeres nos lanzan a Selene y a mí miradas soñadoras, como si revivieran sus días de amor juvenil a través de nosotros.
—Tendré que demostrar que se equivoca y proteger mi orgullo, señor Aaron. Nunca fui el tercero en discordia. De hecho, yo era el divertido y solo ofrecí acogerlos bajo mi ala para compartir un poco de mi genialidad —. Los hombres volvieron a reír, y Aaron y Liam entraron en una discusión juguetona, con Aaron diciéndole a Liam que tendrá que encontrar una pareja después de mí.
La conversación durante la cena se mantiene ligera y alejada de la política y temas similares, principalmente por las mujeres. Es algo que agradezco enormemente, ya que significa que tengo que hablar muy poco y sonreír cuando sea necesario.
Selene, por otro lado, parece haber sido criada para este momento. Sabía las palabras correctas que decir, la respuesta correcta para cada pregunta y la pregunta adecuada para parecer interesante sin parecer tonta. Debo elogiar el trabajo de sus padres. Su madre está prácticamente radiante de orgullo.
—Hijo —llama el padre de Liam—, ¿qué opinas de mi hija? Sé que hice un gran trabajo, pero me encantaría saber si su futuro

compañero la aprecia.
Mi padre soltó un gemido exagerado —No seas ridículo, Peter. ¿Qué quieres decir con futuros compañeros? Ya lo son. La ceremonia es dentro de casi un mes y solo es una formalidad.
Los demás vuelven a reír, pero es una risa corta, ya que toda la atención vuelve a mí, esperando mi respuesta.
Me aclaro la garganta y tomo su mano para hacer el momento más entrañable. —Selene es una mujer maravillosa. Estoy constantemente asombrado por ella y me considero extremadamente afortunado de poder llamarla mía —. Desvío mi atención al actual beta. —Usted dice que hizo un gran trabajo, señor, pero debo discrepar. Creo que se superó con ella —. Luego, dirijo mis palabras a su esposa —. Lo mismo digo para usted, señora —. Finalmente, me vuelvo hacia Liam —. Y, por supuesto, no gracias a ti.
La mesa es una mezcla de "ayes" y risas. Mi padre me envía un discreto gesto de aprobación, mientras que los labios de Selene se curvan en una sonrisa discreta, pero la noto. Debe estar orgullosa de sí misma por asegurar un alfa. Para eso fue criada.
Rora no parecerá tan engreída. Silencio la voz en mi cabeza, eligiendo concentrarme en la tarea que tengo entre manos. Lo último que necesito es una voz estúpida comparando a Selene con Aurora. Aurora es obviamente más guapa. Solo está siendo un poco demasiado testaruda en este momento.
Está intentando darme una lección.
Esa es la única explicación.
Aurora está enfadada, furiosa incluso, pero no se ha ido de verdad. Jamás me dejaría, no así.
Me reclino en la silla, apretando los puños bajo la mesa para ocultar lo tensos que están. Una vena enfadada late en la esquina de mi cabeza.
Me está poniendo a prueba. Uno de esos estúpidos juegos de empujar y tirar que las mujeres hacen para que caigas rendido a sus pies.
Un movimiento de poder. Está en algún lugar del bosque, esperando a que vaya arrastrándome tras ella. Solo el pensamiento deja un

regusto amargo. Lástima que no juego al ritmo de nadie.
Que espere.
Puede alargar esto durante horas, enfurruñada y haciendo pucheros por lo que pasó, pero volverá. No es como si tuviera otro lugar adonde ir. Nació y se crió en esta manada, y hasta donde yo recuerdo, no está en contacto con la parte humana de su familia, y apenas hizo amigos en la universidad.
Eventualmente verá la sabiduría en mi oferta y entenderá la magnitud del sacrificio que estoy dispuesto a hacer por ella.
Diablos, le dije a la mujer que siempre me tendría a mí, y que mi compañera solo sería relevante en título. Le dije que le daría la mejor vida, prácticamente me prometí a ella, y todo lo que recibí a cambio fue un número de desaparición. Cualquier chica de la manada mataría por estar en su posición. ¿Por qué está haciendo esto parecer otra cosa?
—Lucien —la voz suave de Selene me saca de mi ensueño—. Quería agradecerte tus amables palabras.
Parpadeo dos veces, un velo fugaz de confusión nubla mis pensamientos antes de recordar de qué está hablando. Notando las miradas sobre nosotros, fuerzo una sonrisa en mi rostro. —No son amables, querida. Son ciertas.
Es curioso cuánto tengo que forzar una sonrisa, el afecto y los toques fingidos cuando estoy con ella.
Estas cosas me vienen con facilidad cuando estoy con Aurora. Siento una atracción hacia ella que no puedo resistir. Quiero abrazarla. Quiero tenerla cerca en todo momento, y la risa nunca es forzada. Es cálida y sincera. Ahora que lo pienso, no recuerdo un momento con ella en el que no me sintiera transportado a otro universo.
Discretamente saco mi teléfono, deslizando el dedo por el registro de llamadas y los mensajes de voz, y no hay ninguna llamada de ella. Es todo lo que puedo hacer para no lanzar el teléfono contra la pared.
La charla en la mesa solo añade a mi creciente irritación. Siete días. Siete malditos días. Eso es lo que ha pasado desde que salió corriendo de su casa esperando que yo hiciera el papel de príncipe azul y la persiguiera.

No me malinterpretes, sé que a las mujeres les encanta ese tipo de cosas, y en un día muy bueno, no me importa complacer, pero se supone que ella sabe que no es lo ideal dada la situación.
Finalmente, la cena llega a su fin, y estoy muy feliz de dar por terminada la noche. En algún momento entre dejar a Selene y dirigirme a casa, termino en la casa de Aurora.
Todavía no me he decidido sobre lo que le voy a decir cuando la vea. Inicialmente planeé esperar a que viniera a mí, pero parece que tendré que tomar las riendas de esto, como siempre lo hago.
Ya está oscuro cuando llego a su casa, y el pequeño grupo de árboles detrás arroja una manta más oscura sobre los alrededores. Si está jugando al escondite, al menos debería volver a casa para comer algo. Inspiro profundamente, recordándome que debo mantener la calma antes de llamar a la puerta.
No hay respuesta.
Llamo con más fuerza, y cuando no pasa nada, giro el pomo, y el clic que sigue despierta una punzada de sospecha en mí.
Rora nunca deja su casa abierta. No importa lo urgente que sea la situación, siempre ha sido demasiado consciente de la seguridad, especialmente con la situación del Lobo Plateado y viviendo sola. No importa cuál sea la situación; Rora siempre cierra con llave su puerta.
Entro, encendiendo la bombilla en el proceso. Luego me quedo paralizado.
El aire está viciado. Las ventanas están cerradas, y la manta en la que se acurrucó la última vez que hablamos sigue en el mismo lugar. Incluso su aroma era apenas perceptible. Tuve que esforzar mi olfato para captar tenues ráfagas. Las alarmas en mi cabeza se dispararon de inmediato. Algo no va bien.
—¡Aurora!
Me dirigí a su habitación y encontré su cama perfectamente hecha. Su cepillo en la mesa había acumulado un poco de polvo, y su pijama estaba cuidadosamente doblado en la butaca del rincón.
—¡Aurora! —llamé de nuevo, esta vez con más fuerza y urgencia.
Abrí de golpe la puerta del baño—nada. Revisé la habitación

contigua y la cocina—nada. Incluso la nevera estaba medio vacía, y la mayoría de los alimentos de la cocina se habían puesto rancios. A mi derecha, había un cuchillo de untar con restos de mantequilla y migas de pan que ya empezaban a enmohecerse. La pequeña alarma en mis oídos se convirtió en sirenas estridentes, acompañadas de un latido cada vez más acelerado.

Abrí la puerta trasera de un golpe y entré en su improvisado jardín. Sus pequeñas plantas, mustias y moribundas, eran toda la confirmación que necesitaba. Rora preferiría morir de hambre antes que dejar que algo les pasara a estas plantas.

Mi respiración se volvió agitada, mi pulso un martilleo en el pecho mientras me movía frenéticamente, registrando la casa, abriendo armarios y cajones, buscando cualquier pista. Aún nada.

¿Dónde podría estar? Me esforcé por recordar si había mencionado algún nuevo amigo en la manada o en otro lugar, pero no se me ocurrió nada.

Recordé que había comentado que sería genial al menos conocer a su familia humana, pero nunca dijo nada sobre reunirse con ninguno de ellos. La familia de su padre prácticamente la repudió tras la muerte de su progenitor, alegando que su madre había manchado su linaje con sus genes humanos. Rora preferiría desangrarse antes que acudir a ellos.

Entonces, ¿dónde estaría?

Un dolor agudo atravesó mi pecho, haciéndome tambalear. No era un dolor físico. Algo más profundo, y fue seguido inmediatamente por una sensación de vacío que me hundía.

No le presté mucha atención. Probablemente era mi lobo, alterado por el peligro que podría estar corriendo nuestra compañera. Metí la mano en el bolsillo y saqué mi móvil.

Unos toques y apareció el número de mi mejor rastreador. No perdí tiempo en marcar.

La llamada se conectó, y no me molesté en formalidades. —Aurora Belmont. Necesito que la encuentres antes del amanecer.

Su respuesta fue rápida y afirmativa. Terminé la llamada después de dar algunos detalles útiles y guardé el teléfono en mi bolsillo. Intenté

que mi ritmo cardíaco se calmara y que mi pulso se aquietara, pero un pitido del móvil casi me sobresalta.
¿El rastreador ya la había encontrado? Sabía que solo estaba escondida en algún rincón. Abrí el móvil, y un sabor amargo de bilis subió a mi garganta.
Un programa de boda actualizado de mi padre. Había logrado adelantar la fecha dos semanas, dejando el día exactamente a once días de distancia. En este punto, podría incluso presentarse como el novio él mismo, tan involucrado está. Desde el día en que me dieron la noticia, ha sido un evento tras otro. Apariciones en la corte o reuniones de la manada juntos.
Sesiones de fotos en posiciones estratégicas, catas de pastel, pruebas de vestuario e incluso paseos sin sentido por la manada para mostrarnos a los miembros. Hago lo posible por no hacer quedar a Selene como una tonta ni faltarle al respeto a su familia. Una división entre las familias lo reduciría todo a polvo, pero he decidido intencionalmente no participar en la planificación y solo aparecer cuando sea necesario para mantener la fantasía que estamos vendiendo a los miembros de la manada.
Al principio, era principalmente porque no quería que Rora nos viera tan cariñosos en público tan pronto. Finalmente, simplemente me di cuenta de que no me gustaba que me pasearan. He accedido a casarme con la chica. Podemos darle un descanso a todo esto.
Los matrimonios arreglados no son ajenos a mi especie, especialmente para aquellos en el poder. Si acaso, son más comunes que un vínculo del destino. De todas formas, es importante mantener una fachada unificada. El más mínimo signo de división en la familia es una señal de debilidad, y es solo cuestión de tiempo antes de que alguien decida hacer una jugada astuta.
No me molesté en enviar una respuesta a mi padre. A pesar de mi irritación y la preocupación creciente por las acciones de Aurora, me encuentro deseando ligeramente que se quede donde esté hasta que la ceremonia de aparejamiento pase. Lo último que necesito es que ella sea testigo de todo. Con una última mirada a la casa, apago las luces y salgo con una pesada sensación de presentimiento que no logro identificar.

****
—¿No te ves elegante con ese traje? —silba Liam mientras se ajusta el cinturón en la cintura—. Con esa cara, cualquiera diría que vas camino de la guillotina y no de tu ceremonia de boda.
No le hago caso, centrándome en mi reflejo en el espejo mientras me ajusto la corbata. Espero que hoy sea muchas cosas. Feliz para algunos, satisfactorio para otros, y una razón para beber y festejar para el resto. Lo que nunca tuve en cuenta es el efecto que tendría sobre mí. Es solo una ceremonia. Todo lo que tengo que hacer es cumplir con los ritos y marcarla en presencia de testigos, y eso será todo. Pan comido. Todo el mundo feliz, y la vida sigue.
Este sentimiento de fatalidad inminente que me ronda es algo que nunca vi venir. Y para lo que valga, Liam tiene razón. Realmente siento que me están llevando a mi muerte.
—¿Has sabido algo de Aurora?
Por supuesto, el idiota decide sacarla a colación mientras me preparo para caminar por el pasillo con otra mujer. No ha dejado de mencionarla desde que me escuchó gritar a los rastreadores y ordenarles que la encontraran en las próximas 48 horas hace unos días. Pasaron cuarenta y ocho horas. Pasaron setenta y dos, y aún no había rastro de Aurora. Ni siquiera una llamada o respuesta a los millones de mensajes que le envié.
He estado intentando mantener mis pensamientos sobre ella a raya y convencerme de que esta es la mejor decisión, y que lo que hice, por doloroso que haya sido, es lo mejor y asegura el futuro de la manada.
—Parece que has desarrollado un interés muy profundo en ella. ¿Por qué no vas a buscarla tú mismo?
—No sé, tío. Tú mismo lo dijiste. No tiene adónde ir. No puedo quitarme la sensación de que fue atacada o, peor aún, capturada por la manada Silver.
—Ella está bien —espeto, respirando hondo para ocultar mi pecho agitado—. Está bien. Probablemente esté esperando a que la boda pase antes de aparecer.
Es la razón que me he estado dando a mí mismo. Se siente mejor que las demás, y también es más creíble. He llegado a la conclusión

de que no estaría feliz en un lugar donde el tema candente es la boda de su pareja del destino con otra, y ha decidido mantenerse al margen hasta que todo pase. De eso se trata: de preservación personal. No de depredadores estúpidos y huidas.
—Eso tiene sentido —concuerda Liam—. Yo también me mantendría alejado por un tiempo si fuera yo.
Caemos en un silencio cómodo. Él da los toques finales a su atuendo mientras yo alargo cada parte del mío.
Nunca he tenido planes para mi boda. Nunca he tenido tiempo para sentarme a pensar cómo sería ese día. La mayor parte del tiempo escucho a Aurora hablar de todo lo que quiere y prometo hacerlo realidad. Ella quiere una celebración al aire libre en uno de los valles, con peonías decorando la entrada para la boda y lirios blancos esparcidos por la ceremonia de apareamiento.
La mayoría de la gente se conforma con una ceremonia de apareamiento sin un banquete de boda, pero Rora lo quería todo. En sus palabras, después de esconderse durante tanto tiempo, quería experimentarlo todo conmigo. Quiere tener todos los recuerdos y la alegría que conllevan.
También quería un vestido de gala con una cola larga y un ramo enorme con muchas flores. Quiere sentirse como una princesa, y yo le dije que sería la princesa más hermosa.
La mayoría de mis comentarios eran para mantener la conversación sin hacerla sentir que estaba sola. Ahora, de pie en lo alto del podio en el salón multiusos de la manada, no puedo quitarme la sensación de que mis instintos me gritan que salga por la puerta.
No hay peonías, lirios ni entradas decoradas. De hecho, el lugar carece por completo de colores y flores. Paredes blancas con intrincados detalles dorados y un diseño minimalista. Todo es elegante y estéticamente agradable, pero le falta alma.
Suena la canción de entrada de la novia, y cometo el error de levantar la cabeza. Selene lleva un vestido de sirena con un velo muy corto y modestas rosas blancas. Ni rastro de un vestido de gala ni de un arreglo floral multicolor.
Un sabor amargo sube por mi garganta y me lo trago con fuerza. Para el público, probablemente parezco un novio embelesado

tragando la oleada de emociones al ver a su novia. Estoy tragando emociones, pero de otro tipo: las que te incitan a huir y no mirar atrás. Las que se cuelan en tus oídos y te dan una y otra vez todas las razones por las que esto es una mala decisión.
Escaneo rápidamente la multitud, buscando el rostro que ha estado pegado a mi mente los últimos días. Mis ojos encuentran a Liam, que ya me mira con preocupación. A veces, odio lo bien que me conoce ese idiota. No ha dicho nada sobre Aurora siendo mi pareja predestinada desde la primera conversación, pero no me pierdo la mirada en sus ojos.
Encuentro a mi padre mirándome con una expresión que dice: "No me avergüences". Veo otras caras conocidas, la mayoría sonriendo y enviándome pequeñas olas, pero no la veo a ella.
Selene llega al escenario, y yo le hago algunos cumplidos antes de que el ministro, usualmente el hombre más viejo de la manada, abra la ceremonia.
Esta parte suele ser para el público en general y es muy parecida a una boda humana normal. Es para la vista del público y nos da la oportunidad de celebrar con los amigos humanos que hemos hecho en el camino.
La ceremonia principal ocurre por la noche, donde tiene lugar el marcaje y el intercambio de juramentos. —Ahora puedes besar a la novia—.
La frase me llega como una amenaza. Había olvidado por completo esta parte de las bodas. El terror me invade mientras levanto el velo de Selene, tratando de mantener mis dedos sin temblar. Una mezcla de decepción, autodesprecio y tristeza me quema la garganta cuando descubro su rostro maquillado artísticamente.
Tomo una respiración profunda, inclinándome para capturar sus labios. Cuanto antes lo hagamos, más rápido acabaremos con esto. Sus labios son suaves y finos, nada que ver con los jugosos labios de ciruela de Aurora. Es insípido y no despierta ninguna emoción en mí. Quiero apartarme y limpiarme los labios, pero sé cómo se vería, así que profundizo el beso, tratando de imaginar el rostro de Aurora en lugar del de Selene.

Funciona durante un rato hasta que alguien suelta un silbido de lobo, sacándome del acto. Casi juraría que veo el rostro de Aurora pasar ante mis ojos cuando me aparto. La culpa se acumula en el fondo de mi estómago, y lucho contra el impulso de salir del escenario.

Nos trasladamos a la recepción, donde me abordan con felicitaciones de amigos y colegas comerciales. Me duelen las mejillas de tanto fingir una sonrisa, y cada vez que me llevan a un lado para una breve conversación con algunos de mis conocidos humanos, suspiro aliviado, contento de estar lejos del espectáculo.

No dejaré de buscar a Aurora. Cada vez que siento un movimiento en la entrada, mis ojos se clavan en esa dirección, y me inunda una montaña de decepción cuando aparece otro rostro desconocido.

No sé qué haré cuando la vea, pero sé que necesito verla. Nada de esto tiene sentido sin ella. Nada tiene sentido con ella. Me siento como un mono desfilando en un circo y representando un papel. Quiero deshacerme de este ridículo esmoquin, pedir a los invitados que regresen a sus hogares y olvidar que esto sucedió.

He llegado a entender por qué nunca pensé en bodas y todo eso. Cuando ya tienes una imagen pintada justo como te gusta, no te molestas en pintar una para ti mismo. Aurora lo tenía todo planeado, dándome el lujo de ser un pasajero en el viaje. Lo que no sabía era cuánto había interiorizado sus planes como míos, cuán profundamente están grabadas sus palabras en mi alma y cómo se han entrelazado nuestros sueños y nuestro futuro.

La revelación me golpea como un martillo contundente, y me agarro a la mesa que tengo al lado para apoyarme, sonriendo a los invitados frente a mí mientras una cascada de eventos caóticos se desarrolla en mi cabeza.

La ceremonia llega a su fin, y no pierdo tiempo en salir corriendo bajo la excusa de asuntos ineludibles de la manada. Por descabellado que sea, me encuentro conduciendo hacia la casa de Aurora. Revuelvo la casa de arriba abajo, buscando una pista sobre su paradero.

Mi ceremonia de apareamiento está a menos de cinco horas, y estoy en la casa de otra mujer examinando sus cosas para ver si

encuentro algo que me lleve hasta ella.
Deberías haber empezado antes, se burlan mis pensamientos, y suelto una sarta de palabrotas. ¿Cómo iba a saber que llegaríamos a esto? Cuando se escapó, pensé que necesitaba un tiempo para calmarse, reflexionar y volver cuando estuviera en un mejor estado mental. No podía buscarla yo mismo sin levantar sospechas, de ahí que comenzara una búsqueda. Pero, a medida que pasaba el tiempo, un nuevo miedo surgió en mí. ¿Y si se ha ido de verdad? Las probabilidades de eso eran casi nulas, pero no es completamente imposible. ¿Y si esto fue la gota que colmó el vaso y finalmente se marchó? Pero, ¿adónde iría sin sus pertenencias? No se llevó nada consigo.
Mi teléfono vibra por centésima vez, y finalmente lo cojo para ver un mensaje de Liam preguntándome dónde estoy y que necesito empezar a prepararme para la ceremonia. Me siento como un animal atrapado. La sensación de impotencia y falta de control me resulta ajena.
Siempre he tenido el control total de cada parte de mi vida, y ahora, una chica se va y no puedo encontrar mi rumbo. Suelto un grito de frustración y golpeo la pared con el puño. El dolor es más intenso de lo que debería ser, y mis huesos no vuelven a su lugar lo suficientemente rápido. Pero también me distrae del caos en mi mente, así que no le presto atención.
Decidiendo que es mejor concentrarme en la tarea que tengo entre manos y lidiar con los demás más tarde, regreso a la casa de la manada y me preparo para la ceremonia de apareamiento. Liam me observa todo el tiempo, sus ojos nunca se apartan del hematoma en mi puño, pero no dice una palabra.
La luna llena finalmente se pone, y nos trasladamos al centro del bosque, un lugar legendario donde se dice que se equilibran todos los elementos. Es un lugar donde la Diosa Lunar y los ancestros vienen a mezclarse con los vivos. Es el lugar para los rituales sagrados y las ceremonias de apareamiento.
La luna proyecta su luz plateada en el claro, proporcionando una amplia iluminación al lugar. Mi padre, la familia de Liam y algunos

miembros importantes de la manada entran al claro como testigos principales, mientras el resto de la manada espera unos pasos atrás. La ceremonia comienza con el intercambio de juramentos entre Selene y yo, una serie de promesas de amor y protección mutua antes de proceder a la parte que más temo. El marcaje. Tendré que clavar mis dientes en el costado de su cuello, y ella hará lo mismo conmigo, lo que hará que nuestros espíritus de lobo queden unidos entre sí.

Selene aparta su cabello, exponiendo su cuello ante mí. El movimiento envía un aroma suyo a mis fosas nasales: fresas y jazmín. Agradable, pero no despierta a la bestia primitiva en mí. Quiero vainilla.

—¿Lucien? —llama, inclinando su cuello para que lo muerda. El sudor se acumula en mi frente. Un cuello nunca me había parecido tan peligroso en mi vida. Siento como si estuviera a punto de morder veneno.

—Adelante —urge el ministro, y yo cierro los ojos. Justo cuando mis colmillos se extienden para marcarla, un grito desgarrador atraviesa la reunión, seguido de una extremidad arrancada volando por el aire y cayendo al suelo frente a mí.

Todo el lugar estalla en caos, las madres gritan por sus hijos y los padres reúnen a sus familias y las llevan a un lugar seguro.

—¿Qué está pasando? —pregunta Liam, de pie junto a mí, mientras el resto de los guerreros de la manada, incluidos los mayores, se reúnen, adoptando una postura de batalla.

Mis ojos se estrechan mientras espero al siguiente atacante. —La manada plateada.

Como si lo hubieran planeado, un lobo negro enorme sale de la oscuridad y se dirige directamente hacia mí. Otros emergen, y los guerreros se lanzan contra ellos. Los gritos de batalla llenan el espacio, seguidos de sangre y extremidades dispersas. Intento transformarme, pero por alguna razón, no puedo.

Me esfuerzo más, sin apartar la vista del lobo. Sus ojos están clavados en mí, esquivando hábilmente a los atacantes sin entrar en combate. ¿Qué diablos está pasando? Sé que mi lobo ha estado enfurruñado desde lo de Aurora, pero este no es el momento de

ponerse tonto. Hay vidas y propiedades en juego, por el amor de Dios.
Mi lobo no comparte mi preocupación por las vidas y los bienes y sigue bloqueándome. El lobo se acerca, y por primera vez, me enfrento a una emoción que nunca pensé que podría concebir: el miedo, crudo y sin filtrar, recorre mi cuerpo, helándome hasta los huesos. Mi corazón late tan rápido que puedo sentir la sangre corriendo hacia mis oídos. Mi frente está cubierta de sudor, pero mi piel se siente fría por los nervios que recorren mi cuerpo.
No puedo permitir que los miembros de mi manada me vean así, pero al mismo tiempo, no soy un cobarde. No huiré. Mi lobo no es el único que recibió entrenamiento en el campamento. Mi cuerpo humano sufrió mucho entrenamiento para poder contener a un lobo como el mío. Seguro que puedo defenderme en esta forma.
Rápidamente escaneo mi entorno, encontrando una rama baja a mi izquierda. La arranqué del árbol y me preparé para el ataque.
Me coloco en posición, esperando a que el lobo se acerque, y lo hace. No pierdo tiempo en atacar, mi arma improvisada apuntando al abdomen expuesto, pero el lobo se desvía a la derecha, esquivando mi ataque e intentando cortar mi costado.
Mis reflejos son rápidos y me muevo a tiempo para esquivar el ataque. Recupero el equilibrio y me preparo para el próximo ataque. El lobo me gruñe, con la saliva goteando por la comisura de sus labios mientras me acecha.
He tenido momentos en el entrenamiento en los que he tenido que enfrentarme a un lobo en combate en mi forma humana, pero no era nada como esto. Las peleas no eran tan hostiles y el atacante no buscaba acabar con mi vida.
El lobo ataca de nuevo, y esta vez me agacho al suelo, sacando la punta afilada de mi rama. Justo cuando está a punto de caer sobre mí, clavo la rama en su estómago, empujándola con tanta fuerza que la sangre brota por la herida y salpica mi cara. El lobo emite un gruñido de dolor antes de quedarse en silencio.
La victoria restaura un poco de esperanza en mí, así que me aferro a mi arma y me lanzo a la batalla sin pensarlo dos veces.

El caos está por todas partes, y con mi lobo ausente, apenas puedo diferenciar a los enemigos de los amigos. Me apoyo en los pocos lobos que puedo reconocer y en algunos miembros de la manada que luchan en su forma humana, siguiendo su dirección, pero eso apenas es suficiente.
Una garra pasa rozando mi cara, a un pelo de distancia de mis ojos. Me giro para defenderme, pero un lobo blanco se me adelanta, arrancándole el corazón al atacante de un solo movimiento. Selene. Es la única loba blanca capaz de tanta fuerza.
Otro lobo se lanza sobre mí, pero ella lo ataca en el aire, hundiendo sus garras en su costado y arrancándole un grito agonizante. Rápidamente veo a un lobo negro atacándola por la espalda, y lanzo mi arma contra él, apuntando directamente al cuello donde sé que no tendrá ninguna posibilidad de sobrevivir.
Es una muerte rápida, y eso me hace sentir un poco mejor por haber sido salvado dos veces por una chica. Veo a Liam arrancando la cabeza de un lobo enorme mientras se defiende del que tiene frente a mí.
Todo está en un estado de caos y desorden. Los gritos fuertes a la distancia me indican que este no es el único frente del ataque. Los bastardos eligieron el mejor momento para atacar. Con todos de celebración, nuestras defensas completamente bajas y sin armas para defendernos, somos vulnerables.
—¡Lucien! —una voz ruge por encima de los gritos de batalla y los lamentos de dolor. Me giro y encuentro a un Liam desnudo y ensangrentado forcejeando con un lobo—. A tu izquierda, tu padre.
Eso es todo lo que logra decir antes de transformarse y abalanzarse sobre el lobo. Mi cabeza gira hacia la izquierda para encontrar a mi padre rodeado por tres lobos, acechándolo como a una presa. Lo tienen arrinconado al borde del claro, casi oculto por la oscuridad del bosque. Escaneo el entorno, preguntándome por qué nadie está luchando junto a él. ¿Dónde está el padre de Liam?
Todos están profundamente involucrados en su propia lucha. Los lobos de la Manada de Plata nos superan en una proporción de más de dos a uno. Esta es mi lucha.

A pesar de estar en desventaja numérica, mi padre mantiene una postura firme, mostrando sus colmillos y desafiándolos a acercarse. El lobo del medio hace el primer movimiento, pero mi padre esquiva hábilmente sus garras, clavando las suyas en la pata trasera del lobo. No hay duda de que es un luchador excepcional. Fue el mejor en su época, y enfrentarse a él en batalla era sinónimo de muerte, pero eso fue hace años.

Ahora es mayor, y la enfermedad ha debilitado sus habilidades enormemente. No espero a que el siguiente ataque para dirigirme hacia ellos. Movilizo cada fibra de mi cuerpo, canalizando toda mi atención en forzar la transformación. Lo intento hasta que siento que mis músculos están a punto de estallar bajo mi piel y mi cabeza palpita por el esfuerzo de concentración, pero mi lobo no aparece.

Dos lobos se abalanzan sobre él al mismo tiempo. Uno salta sobre su espalda mientras el otro ataca por detrás. Pronto, se une un tercero, yendo directo hacia sus orejas. Su grito de dolor atraviesa mi corazón como un cuchillo.

Lanzo un grito de dolor, corriendo hacia él con mi arma en mano. No dejaré de intentar transformarme. Mi visión está borrosa, y no puedo ver a través de la ira que nubla mis ojos. Lo único que quiero hacer es lanzarme sobre ellos y arrancarles la cabeza con mis dientes.

—Liam —grito cuando me doy cuenta de que podría no llegar a tiempo para salvarlo. El lobo sobre su espalda retrae los dientes, mirándome fijamente antes de clavarlos en su cuello y morder con más fuerza. Mi padre grita de agonía. Esta vez, un lobo negro con rayas blancas salta por encima de mí, dirigiéndose hacia el lugar, pero ambos llegamos demasiado tarde.

El lobo frente a él hunde sus garras en su pecho, arrancándole el corazón y arrojándolo al suelo sin miramientos.

Un rugido atronador atraviesa el caos, su efecto provocando una pausa inmediata en la batalla en curso. El sonido es doloroso y tortuoso, reverberando con fuerza en mi cráneo y dejándome la garganta seca.

Estoy al lado de mi padre, agarrando su cuerpo inerte mientras sus ojos sin vida me miran fijamente, con una acusación claramente escrita en ellos. Los miembros de la manada comienzan a gravitar

hacia la escena, con los ojos desorbitados y las mandíbulas caídas, mientras asimilan lo ocurrido.
Casi como si el objetivo de la batalla se hubiera cumplido, los lobos enemigos comienzan a retirarse hacia el bosque. Veo al lobo que asestó el golpe final a mi padre, y la ira fluye por mí como lava ardiente, nublando mi visión con humo y calor.
Intento comunicarme con mi lobo una vez más, inyectando el dolor y la ira que recorren mi cuerpo para forzar la transformación. Nada me sanaría más que ver la cabeza de esa bestia patética rodando a los pies de mi padre. Desatar un baño de sangre sobre la manada Silver sería la manera perfecta de liberar el caótico torrente de emociones que recorre mis nervios, pero no ocurre nada. Cierro los ojos, apretando la mandíbula hasta que me duele la cabeza. Muerdo mis encías hasta que el sabor metálico de la sangre invade mis sentidos. Le ordeno a mi lobo. Le lanzo amenazas, pero nada. Ni siquiera un movimiento.
—Luc —la voz de Liam atraviesa la niebla de ira y desesperación que me envuelve. Sus ojos están llenos de preguntas.
Cambio la mirada y veo al último lobo desaparecer en el bosque, dejando Blackwood como un sangriento desastre de miembros destrozados y cuerpos maltrechos. Todo ocurrió ante mis ojos. Vi cómo atacaban mi hogar y nos destrozaban, y no pude hacer nada, ni siquiera por mi propio padre. He fracasado.

CAPÍTULO CINCO

Aurora

—Date prisa, Ro. ¡Vas a llegar tarde al colegio! —llamo mientras cargo el lavavajillas.
—No encuentro mi libro de dibujo, mamá —responde Ronan. Puedo oírlo revolviendo papeles en su habitación y tirando cosas por ahí. Pongo los ojos en blanco y me dirijo al salón. Esto pasa casi todos los días de colegio. Se retrasa con la excusa de que no encuentra su libro de dibujo, aunque sabe que lo dejo siempre en el mismo sitio cada noche.
Como imaginaba, hay un cuadernillo con formas y figuras en la segunda estantería de la pequeña librería en la esquina de la habitación. —Lo encontré.
Un gemido bajo responde a mi victoria, y poco después, los pasos ligeros de Ronan me siguen. —¿Dónde lo encontraste? Lo he buscado por todas partes.
Hace un gesto hacia los juguetes esparcidos por el suelo como prueba irrefutable de que lo ha buscado por todos lados.
Si no estuviera ya con el tiempo justo, quizás habría tenido tiempo para seguirle el juego en su pequeña farsa.
—¿Qué tal si empiezas a buscar desde aquí? —señalo la librería— antes de dar la vuelta a la casa entera.
Su rostro se ilumina con una gran sonrisa, con una pizca de travesura en los ojos. —Vale, mamá.
Es escalofriante lo mucho que se parece a Lucien cuando sonríe. Tienen el mismo hoyuelo en la mejilla derecha y los mismos ojos azules penetrantes.
Cuando le pedí a la Diosa que me liberara de cualquier apego que tuviera hacia Lucien, no esperaba que respondiera poniendo a su clon en miniatura dentro de mí.
Nunca pensé que fuera posible que un niño adoptara los gestos de un padre al que nunca ha conocido. Quiero decir, todo el mundo

sabe que el aspecto físico se hereda a través de los genes, pero las características de comportamiento suelen transmitirse mediante la presencia y la imitación.
Las reglas deben haber pasado de largo con mi hijo, porque cuando cogió su fiambrera de la mesa y se dirigió hacia la puerta, sus pequeñas piernas de alguna manera se movieron de tal forma que daban un ligero golpe hacia la izquierda, exactamente como camina Lucien.
—¿Vienes, mami? —pregunta, sosteniendo la puerta. Salgo de mi ensimismamiento, disimulando mi preocupación con una sonrisa.
Le echo un vistazo por el retrovisor y lo veo balanceando las piernas y mordisqueando una zanahoria. —¿Ya estás picando de tu almuerzo? —pregunto, con una sonrisa en los labios.
—Me gustan las zanahorias —responde, haciendo un puchero, y suelto una risita suave. Otra cosa que heredó de su padre fue un amor inagotable por la comida.
—Asegúrate de comer bien. Recuerda, no se come en clase. —Recuerdo su primer día en el colegio y a su profesora preguntando si su fiambrera no era un poco grande para un niño de su edad. Recuerdo sonreír y pedirle que esperara a ver. Cuando volví, no paraba de hablar de cómo le gustaría que su hija tuviera un apetito tan saludable como el de Ronan.
Una parte de mí sabía que era lo sobrenatural en él lo responsable de su fuerza y su capacidad para consumir tanta comida, pero ese es un tema que prefiero evitar hasta que llegue el momento adecuado.
Lo protegeré todo el tiempo que pueda. Me niego a que tenga la vida que yo tuve.
—Ya hemos llegado —digo mientras entro en el aparcamiento del colegio y salgo del coche para ayudar a Ronan a bajar. Capto las miradas de algunos transeúntes que se dirigen hacia nosotros, o mejor dicho, hacia mi coche.
El Mercedes es el último modelo que me compré como regalo de felicitación tras ser ascendida al puesto de directora de operaciones en la sucursal de Phoenix del Grupo Pinnacle. Fue un capricho, pero

cuando pienso en los años que me llevaron a este momento, lo considero un regalo merecido.
—Entonces, ¿qué dijimos sobre el recreo? —le pregunto a Ronan mientras lo acompaño a su clase.
Él recita las reglas sin perder el ritmo. —Mantenerse cerca de la profesora. No hablar con extraños y no aceptar nada de nadie.
—Buen chico —lo animo mientras entramos en su clase. Le entrego sus cosas a la profesora y me vuelvo hacia Ronan, agachándome a su altura. —Pórtate bien, y mamá vendrá a buscarte después del cole, ¿vale?
—Vale —responde, poniéndose de puntillas para darme un beso húmedo en la nariz. El pequeño encantador.
Hacemos nuestro saludo especial y él corre a reunirse con sus amigos en la esquina. Atisbo a uno de ellos sacando un juguete del bolsillo y mostrando cómo funciona antes de regresar al aparcamiento.
Encontrar un buen colegio que estuviera a menos de diez minutos de mi oficina fue sin duda la aguja en el pajar de mis preocupaciones cuando buscaba un colegio para Ronan. No perdí el tiempo en inscribirlo, y ahora disfruto de la tranquilidad de no tener que cruzar la ciudad cada mañana. Llego a la oficina temprano y fresca todos los días sin tener que lidiar con el tráfico.
—Buenos días, señorita Veronica —me saluda Lily, mi asistente personal, cogiendo mi bolso y entregándome una carpeta con mi agenda y una taza de café en cuanto entro en la recepción del enorme edificio que es el Imperio Pinnacle.
—Tiene una reunión con el señor Adams a las 10:00 a.m. Quiere hablar sobre la seguridad de sus fondos y las opciones de inversión. Lady Charlotte quiere expandir su línea de joyería y necesita consejos y sugerencias financieras. También tiene una comida con el señor Damon a la 1:00 p.m. —enumera rápidamente, y mis ojos siguen sus palabras en la carpeta, absorbiendo los detalles de cada actividad que menciona.
—Parece que será un día ajetreado —suspiró, preparando mi mente para lo que me espera.

—Siempre puedo sustituirla si lo desea —su voz es alegre y demasiado entusiasta. Nunca he conocido a alguien tan dispuesto a ayudar.
—Gracias, Lily, pero lamentablemente este es uno de esos días que tengo que manejar sola —digo mientras giro al final del pasillo, llevándonos a la puerta de mi oficina. —No querríamos que Lady Charlotte se quejara de nuestro servicio al cliente, ¿verdad?
Aunque encontrarme con Katherine hace casi tres años en un evento de networking es, obviamente, lo mejor que me ha pasado en la vida, y este trabajo es un sueño hecho realidad, mis clientes son un tema completamente distinto.
Tratar con la crème de la crème de la sociedad no es el trabajo más fácil del mundo, y satisfacerlos es una historia completamente diferente. Resultó ser el mayor desafío durante mi primer año aquí. En varias ocasiones estuve convencida de que Katherine decidiría que no era lo suficientemente buena, pero simplemente dijo que algunas de las mentes más brillantes que había conocido tenían las peores habilidades sociales y procedió a contratar a Lily para ayudarme a gestionar a nuestros clientes y realizar una verificación rápida de antecedentes antes de reunirme con ellos.
No creía posible que un desconocido tuviera tanta fe en mí hasta que me encontré con Katherine Lockhart, y nuestra interacción de menos de veinte minutos fue suficiente para que me contratara al instante. Nuestra relación laboral eventualmente se convirtió en una amistad plena, lo suficientemente cercana como para contarle mi pasado y la historia de Lucien y yo. Después de que descubrió que estaba emparejada con un hombre lobo, por supuesto.
Fue la amiga más solidaria durante el período más difícil y una jefa aún más increíble durante mucho tiempo. Fue mi confidente siempre presente hasta que tuvo que mudarse a Europa con su pareja para gobernar su reino. La distancia no afectó mucho nuestra amistad, y todavía hacemos lo posible por mantener el contacto. Aún así, hay momentos en los que desearía que estuviera físicamente aquí conmigo.
—Parece una mujer realmente encantadora —me dice Lily mientras me pasa su tableta, donde aparece una mujer que parece tener

unos cincuenta años. Carecía del aire altanero de "soy mejor que tú" que mis clientes habituales llevan como una segunda piel, pero tenía una nariz increíblemente recta y aristocrática, casi como la de Lucien.
Contuve un suspiro y le devolví el dispositivo a Lily, quien continuó llenándome los oídos con interminables detalles sobre Lady Charlotte. Por alguna razón que no logro entender, Lucien ha estado apareciendo sin motivo en mis pensamientos últimamente. No es que pase un día sin que piense en él en algún momento. Adoro a su clon en miniatura, pero la frecuencia definitivamente ha aumentado un poco.
Aparto esa ola de tristeza que su nombre siempre deja a su paso, obligándome a mantenerme en el presente. Probablemente sea mi loba expresando su descontento por mi próxima cita.
Ha estado inquieta desde que acepté salir con Damon después de que me lo pidiera por quinta vez.
Cinco años después de que nos tratara como alimañas y nos tomáramos un sabático autoimpuesto de los hombres, todavía encuentra formas de darle gracia a pesar del dolor que nos causó. La traidora.
—Puedes informar a Lady Charlotte y a todas las demás personas de la lista que los detalles de nuestra cita no han cambiado —respondo, agradeciendo a Lily por su arduo trabajo y despidiéndola por el día. Otra cosa que aún no entiendo es llamar para confirmar una cita ya establecida. De donde vengo, la gente fija citas y las cumple, pero aquí tienes que recordárselas.
Hago una rápida visita a mi baño privado, arreglo mi apariencia, retoco mi maquillaje y me preparo para el día que viene. Mi trabajo es ayudar a estas personas a aumentar su riqueza, dar consejos y proteger sus finanzas, no analizar sus patrones de comportamiento.
****
Son algo más de la una cuando termino con las consultas. Lady Charlotte resultó ser una mujer terriblemente difícil de complacer, sin apenas idea de qué quería hacer con su dinero. La reunión terminó conmigo enumerando opciones para que las considerara y

reprogramándola para otro día. Recojo mi bolso y me dirijo a mi próxima cita: el almuerzo.
A pesar de tomar atajos, me lleva casi quince minutos llegar a mi cita para comer. El restaurante tiene un ambiente suave. La mezcla de dorado, crema y marrón profundo se combina de manera deliciosa para transmitir una vibración que grita lujo, pero no de una manera tan obvia que te haga sentir que el menú te dejará la cartera vacía.
Veo a Damon saludándome desde la esquina. Su rostro se ilumina con su sonrisa juvenil característica. Cómo logra conservar su encanto de chico joven años después de la universidad es algo que nunca entenderé.
—Por un momento, temí que no aparecerías —dice, poniéndose de pie para sacarme una silla.
Le levanto una ceja mientras me acomodo en la silla. —¿Por qué pensarías eso?
—A ver… —se toca la mandíbula como si estuviese profundamente pensativo—. Llevó siete años y diez intentos conseguir un sí de tu parte. Supuse que probablemente dijiste que sí para quitarme de encima sin ninguna intención de aparecer realmente.
—Ni siquiera fueron diez intentos —me río de la obvia exageración, y él echa los hombros hacia atrás, con una sonrisa juguetona en sus labios.
—Vale, veinte. Definitivamente fueron veinte intentos, siendo este el vigésimo primero. Quien dijo que a la tercera va la vencida debería estar revolviéndose en su tumba. El dicho debería ser definitivamente: a la vigésima va la vencida.
Suelto una carcajada mientras él me mira como si mi humor le resultase incomprensible, y eso solo hace que me ría más.
Damon es un viejo amigo de la universidad con quien me crucé en un evento benéfico hace un año, y a pesar de sus afirmaciones de haberse enamorado de mí desde la universidad y de lanzarme constantes indirectas, siempre lo vi solo como un amigo hasta hace poco. Mi loba se agita ante el pensamiento, pero no le presto atención. Ella siempre puede volver a enfurruñarse por nuestra pareja perdida. Logró estar enfadada conmigo durante semanas

después de que rechacé a Lucien, y a veces, estoy bastante segura de que llamó a una tregua por Ronan. En cualquier caso, hoy tengo la intención de pasármelo genial.
El almuerzo llega poco después de que Damon haga una presentación completa de cómo se sabe el menú de memoria y de los sabores y le encantaría impresionarme con el mejor plato de la cocina.
—Guau, esto está realmente bueno —comento, dando otro bocado a la pasta. Me encanta cómo se derrite en mi lengua sin estar pastosa. Todo está tan delicioso.
—Mira, si me hubieses dicho que sí hace mucho tiempo, ya estaríamos a medio camino de probar los mejores restaurantes de Phoenix —señala la salsa de pollo a mi lado—. Deberías probar eso también. Es como sentir el cielo en tu boca.
Suelto una risita, sin entender cómo alguien sabe a qué sabe el cielo, pero le hago caso, cortando un trozo considerable y metiéndolo en mi boca mientras él me observa, esperando mi reacción.
Fiel a sus palabras, el pollo está delicioso. Sin duda, es uno de los mejores que he probado, pero la reacción que tengo al tragarlo es completamente opuesta a lo que siento.
Cierro la boca con fuerza, contrayendo la garganta para evitar que la comida suba. Damon me alcanza un vaso de agua, con el rostro lleno de preocupación. —¿Te has tragado un hueso?
Niego con la cabeza mientras me bebo el vaso de agua de un trago. La reacción se debe a que mi loba se niega a relajarse. Ha estado de los nervios desde que llegué a este lugar, pero no esperaba que se sintiera tan intensa por una cita inocente. Es como si estuviera agitada por algo que no logro identificar.
Mis intentos por calmarla se topan con una fuerte resistencia, así que dejo los cubiertos, sin interés en hacer el ridículo. —Debe ser el queso. Me tomé un vaso de leche en el desayuno, y ahora la parte de mí que es intolerante a la lactosa no me deja retener ni un bocado más de lácteos. —Miento descaradamente, esperando que Damon no conecte los puntos.

Él también es un cambiaformas, y no hace falta mucho para olfatear cuando otro lobo no está precisamente impresionado por tu presencia.
—Lo siento. ¿Debería pedir algo diferente? ¿Quizás algo seco y crujiente?
Abro la boca para decirle cuánto me encanta la comida y que pediré para llevar cuando terminemos, pero me golpea la combinación embriagadora de ámbar y sándalo. Mi nariz se ensancha y mis orejas se agudizan.
La agitación de mi loba da paso a la emoción, y mi corazón se detiene, hundiéndose en el fondo de mi estómago mientras la piel de gallina recorre la parte de mi cuello que siente como si alguien le estuviera disparando láseres. Mis articulaciones se bloquean y todo mi cuerpo se tensa.
Diosa, no, no, no. Cualquier cosa menos esto.

CAPÍTULO SEIS

Lucien

Mi reunión con Laurence Stone terminó llevando más tiempo del que había anticipado. El viejo conocía mis intenciones de adentrarme en la industria de la construcción y decidió aprovechar la oportunidad para hacer demandas descabelladas. Por desesperado que esté, no soy de los que se dejan manipular, y Laurence está a punto de descubrir por qué.

—Entiendo su interés en la próxima campaña para mi negocio de petróleo y gas. Demuestra cuánto tenemos en común y lo buenos socios que seremos.

Laurence asiente, llevándose un vaso de whisky a los labios. —Puedo prometerle que su empresa aparecerá en la campaña, pero no puedo ofrecerle una parte de mi compañía.

Sus manos se detienen y devuelve el vaso a la mesa. —Yo lo pensaría más si fuera usted, señor Ravenclaw. No encontrará una oferta como la mía en ningún otro sitio, y creo que un puesto en su empresa es un precio justo.

Me reclino en la silla, jugueteando con el anillo en mi dedo. En mi línea de negocio, me he topado con todo tipo de empresarios. Los buenos, los rectos y los sucios. Laurence es un tipo sucio salido de lo más profundo de un contenedor de basura, y si sigue jugando conmigo, estaré más que feliz de mostrarle dónde pertenece su clase.

—Señor Stone, creo que ha habido algún tipo de malentendido. No estoy pidiendo formar parte de su organización. Solo busco el acceso que su proyecto actual me puede brindar.

—Y le escucho, Ravenclaw, pero el acceso no sale barato —responde, esbozando una sonrisa burlona. —Rásqueme la espalda y yo le rascaré la suya.

—Si insiste —respondo sonriendo, sacando todos los archivos que he recopilado sobre él y sus negocios turbios. Contrabando, evasión de impuestos y todo lo que se pueda imaginar. —Supongo que tendré

que lanzar esto por la ventana y ver qué hacen los periodistas con ello, ¿eh?
Sus ojos se estrechan antes de arrebatarme los archivos, y sus pupilas se dilatan al leer lo que hay en los papeles. —No quería que llegara a esto, Laurence, pero ya ve, odio que me acorralen. Sacan lo peor de mí.
—Se arrepentirá de esto, Ravenclaw —amenaza, con los ojos encendidos, pero no paso por alto el temblor en su voz ni en sus manos. Sabe que no tiene nada contra mí, y esto será todo lo que necesito para derribarlo.
Tras la muerte de mi padre y la pérdida temporal de mi lobo, puse todo mi empeño en construir mi imperio empresarial y expandir la fuerza de la sede, penetrando en múltiples sectores y aumentando la influencia de los cambiaformas. Todo fue para distraerme de mi situación actual, pero en el camino he adquirido cierto grado de crueldad. Es la única forma de sobrevivir en este mundo, y me aseguro de que mis contrapartes sepan que no soy alguien con quien se pueda jugar.
—Déjeme a mí preocuparme por las consecuencias de mis acciones, Laurence —digo, poniéndome de pie. —Espero una invitación en mi mesa antes de que termine el día. No querríamos que el viento proverbial sople sobre el gallinero, ¿verdad? —Le lanzo un guiño antes de terminar mi bebida y salir de la zona privada del restaurante, con una sonrisa triunfante en los labios.
Phoenix está a unas dos horas de Sedona, pero no podrían ser más diferentes. Mientras que la ciudad es grande, calurosa y populosa, Sedona es un valle con vistas hermosas y naturaleza. Es un gran lugar para los cambiaformas, pero no tan bueno para los negocios. Por eso la mayoría de nuestras organizaciones están en Phoenix o Nueva York.
La construcción es lo último en mi lista, y después de esta reunión, estoy seguro de que estoy en el camino directo al éxito. Me deleito en mi felicidad postéxito, alcanzando el teléfono en mi bolsillo para llamar a Liam y darle instrucciones sobre cómo proceder, cuando una risa familiar llega a mis oídos, deteniéndome en seco.

Me tomó un momento reconocerla. Su cabello es rubio y liso, lo que le da a su rostro un aspecto levantado. Si no fuera por la forma en que sus ojos avellana se abrieron al verme, podría haberla pasado por alto.
—Aurora —el sonido apenas salió de mis labios, y estoy seguro de que no me escuchó, pero tenía que decir su nombre para asegurarme de que era ella en carne y hueso. Su nombre sabe como el primer bocado de tu comida favorita después de la peor semana o como un pájaro que he estado albergando en mi boca y me niego a liberar.
—Aurora —repetí, esta vez más fuerte y dando un paso hacia ella. No responde, y cuando intento tomar sus manos, ella se sobresalta, retirándolas de la mesa y colocándolas en su regazo.
La acción me dolió, pero lo entiendo. Yo tampoco estaría tan emocionado de verme.
—¿Quién eres tú? —pregunta una voz ronca, y solo entonces me doy cuenta del hombre pulcro con ojos oscuros, cabello negro azabache y una buena estructura ósea al otro lado de la mesa. Se nota que ha invertido mucho tiempo y dinero en su apariencia a pesar del aire relajado que lo rodea. No soy de los que se fijan en otros hombres. Francamente, nunca he conocido a un hombre al que sintiera la necesidad de medir, pero él está en una cita con Aurora, y no puedo resistirme. También es un cambiaformas, y eso despierta un instinto posesivo en mí.
El impulso de marcar mi territorio supera el sentido común, y antes de que pueda detenerme, suelto: —Soy Lucien, su pareja predestinada. ¿Quién eres tú?
Sentí a Rora tensarse ante mis palabras. Sus ojos se clavan en los míos, con una mezcla de ira e incredulidad brillando en ellos.
El señor Pulcro parece sorprendido, sus ojos saltando de Rora a mí.
—¿Está diciendo la verdad? —Dirige su pregunta a Aurora, quien toma un sorbo de agua antes de responder.
—No estoy predestinada a nadie —no me pierdo el ligero temblor en su mano al colocar el vaso sobre la mesa, ignorándome por completo.

Pulcro se vuelve hacia mí: —La señorita no le reconoce, y le sugiero que se vaya antes de que yo le obligue.
Hijo de puta. ¿Quién se cree que es?
—Creo que la señorita puede hablar por sí misma, y si quisiera que me fuera, lo habría dicho hace mucho tiempo.
Él se vuelve hacia Aurora con una ceja levantada, esperando que le dé luz verde, y decido que ya he tenido suficiente de esta farsa.
—Cinco minutos, Rora. Me debes eso —algo en mi voz debió sorprenderla, porque su cabeza se giró hacia mí como si quisiera confirmar que las palabras salieron de mí.
—¿Te debo eso? —repite mis palabras, con las cejas levantadas en incredulidad.
La miro fijamente. —No esperarás que me vaya como si no te hubiera visto después de todos estos años —no me importa que estemos en público y que esté arriesgando causar una escena. Todo en lo que puedo concentrarme es en que está aquí, en carne y hueso. Cinco años buscando a una persona te despojan de ciertas características, y la vulnerabilidad ya no es algo de lo que te avergüenzas.
Se toma su tiempo antes de volverse hacia Polished—me niego a reconocerlo como su cita—. —Volveré. Déjame ver qué quiere. —Su tono es plano y frío, pero también es la primera vez que escucho su voz en años. Si no tuviera miedo de que pudiera desaparecer, habría cerrado los ojos para dejar que el sonido fluyera a través de mí. No me había dado cuenta de cuánto la extrañaba.
—Te quedan cuatro minutos y veinticinco segundos. Si fuera tú, dejaría de quedarme boquiabierto como un pez y empezaría a hablar. ¿Qué quieres? —Aurora escupe las palabras en cuanto salimos del restaurante. Me aparto físicamente como si me hubieran dado una bofetada. Pensé que era fría cuando habló la primera vez, pero esto es de otro nivel. Nunca supe que tenía una voz así.
—Te ves bien —logro decir finalmente, y ella me lanza una mirada.
—¿Hubieras preferido verme hambrienta y sin hogar? Qué lástima que a los humanos no les importen etiquetas como mestiza o pura sangre.

La vergüenza me aparta la mirada de ella y la clava en el suelo. No puedo obligarme a ver la expresión en sus ojos, sabiendo que soy responsable de ella. —Lo siento mucho, Rora. No pasa un día en el que no me arrepienta de cómo te traté. He pasado los últimos cinco años buscándote por todas partes. Tengo rastreadores e investigadores privados en busca de ti. No te has ido de mi mente desde el día que te fuiste, y si me dan la oportunidad, lo desharía.
Ella hace una pausa, levantando ligeramente las cejas. —¿Hiciste qué?
Aprovecho el momento para dar un paso más cerca. Ella no se aparta. —Cuando te fuiste, sentí que una parte de mí había sido arrancada. Esperé a que volvieras a casa, pero pasaron los días y no lo hiciste. Tenía miedo de que te hubieran hecho daño. Me asusté y envié un grupo de búsqueda por ti. Volvieron sin noticias, y mi miedo aumentó. Había—
—Despacio —interrumpe, levantando un dedo, con las cejas fruncidas en confusión—. ¿Por qué tenías un grupo de búsqueda buscándome? No es como si me hubiera escapado en medio de la noche. Tú estabas allí. Me viste irte. No me detuviste. Incluso esperé —hace una pausa, tomando una respiración profunda—. No importa lo que hiciste o por qué lo hiciste. Todo eso es pasado.
—Pero nos hemos vuelto a encontrar, y podemos empezar de nuevo. Solo dame una oportunidad. Déjame compensar el daño que he causado.
—Esto no es un encuentro de segunda oportunidad predestinado, Lucien. Esto es pura coincidencia. Phoenix no está muy lejos de Sedona. Estábamos destinados a encontrarnos algún día. ¿Qué le pasó a tu cerebro calculador y omnisciente lógico?
Sus palabras me hieren profundamente, no solo porque son afiladas y despiadadas, sino por la verdad que contienen. Ojalá me hubiera preparado mejor para esto. Para alguien a quien he pasado gran parte de los últimos cinco años buscando, no tenía las palabras para responder a sus preguntas.
Una parte de mí todavía siente que todo esto es un sueño, y despertaré para descubrir que todavía está desaparecida. No puedo creer que esté frente a mí, hablándome—no importa cuán frías sean

las palabras—y luciendo muy bien. Quiero acercarme y tocarla, asegurarme de que no es un producto de mi imaginación. En cambio, meto las manos en los bolsillos para evitar que se acerquen. Este no es el momento para iniciar contacto físico, y si mi instinto es correcto, no tengo dudas de que gritará pidiendo ayuda si pongo un dedo sobre ella.
—Lo siento mucho, Rora. Era joven y tonto. No estaba pensando bien.
Sus ojos se encienden de inmediato de ira. —No, Lucien, no puedes jugar la carta de joven e insensato conmigo. Joven e insensato sería seguir cada capricho de tu padre sin oponer resistencia. Lo que hiciste no tiene nada que ver con la edad ni con la madurez. Ni siquiera un niño puede ser tan cruel. Fue intencionado. Fue premeditado. Lo pensaste detenidamente y decidiste que humillarme era la mejor línea de acción, y lo llevaste a cabo. Así que no me vengas con esa tontería de la exuberancia juvenil. Tú nunca fuiste como los jóvenes normales para empezar.
Su arrebato me deja sin palabras. Busco en mi cabeza palabras para explicarme. Abro la boca un par de veces, pero no sale ningún sonido. Nunca he experimentado este lado de ella, y no tengo ni idea de qué hacer con él. La Aurora que conozco es dulce, suave, amable y comprensiva. La mujer que está frente a mí no parece nada de eso, y me asusta un poco. Ella mira su muñeca, su voz carente de cualquier emoción. —Te queda un minuto.
Por alguna razón, las palabras tienen el mismo efecto que si te dijeran que solo te queda un minuto para respirar. —Fui un tonto. Fui estúpido, y me arrepiento de todo, de cada parte. Soy una persona diferente ahora. Solo dame otra oportunidad.
Mis ojos están desorbitados. Estoy sin aliento, y mi pecho se agita. Pero ella se mantiene como la imagen perfecta de la calma y la serenidad. —Se acabó el tiempo. Adiós, Lucien.
Mi cuerpo entra en acción cuando ella se da la vuelta, agarrando su muñeca con mi mano para detenerla. Ambos nos quedamos inmóviles, nuestras miradas se encuentran en el punto donde nuestra piel se toca. Chispas cargadas de electricidad estallan desde

ese lugar, recorriendo mi cuerpo y enviando un zumbido a través de mí.
Aurora se queda quieta por un momento antes de parpadear y apartarse de mí, frotándose la muñeca como si la hubiera quemado el fuego. Me lanza una última mirada de acusación antes de huir hacia el restaurante.
Me quedo allí, todavía aturdido por los efectos posteriores de nuestro breve encuentro. Ella permanece en el aire como un perfume, y mi cuerpo todavía zumba de emoción. Una parte de mí me grita que vaya tras ella y no me vaya hasta que dé una respuesta alentadora, no sea que desaparezca de nuevo. Pero la parte sensata de mí que sabe mejor se mantiene quieta.
Lo que sea que espere tendrá que esperar. La profundidad de mi traición todavía pesa mucho en el aire entre nosotros, y llevará un tiempo deshacer el daño. Pero seré paciente. Es suficiente saber dónde está. Le daré algo de tiempo.
****
—¿Tiene un niño de cuatro años? ¿Algún registro de un marido, pasado o presente? —pregunto, equilibrando el teléfono entre mi oreja y mi hombro mientras reviso el documento que me envió mi investigador privado. Dudo que el hombre del restaurante sea su marido. Mostró muy poca posesividad para serlo.
—No hay ninguno. Tampoco hay registro de relaciones pasadas. Solo ella, su hijo y su trabajo. Pasó un par de años difíciles antes de su ascenso en el mundo corporativo —responde el investigador, lo que me hace volver al principio del archivo, donde los registros de ella compaginando una fábrica de procesamiento de alimentos durante el día, un bar por la noche y un tutor privado los fines de semana me miran fijamente. La culpa me obstruye el pecho, apretándome la tráquea y dejando un sabor amargo en mi lengua.
—Gracias, Jared. Eso será todo por ahora. —Apago el teléfono y me concentro en el archivo que tengo frente a mí. Veronica St. Claire, directora de operaciones del Grupo Pinnacle. ¿Quién hubiera pensado que se había estado escondiendo detrás de un nombre falso todo este tiempo?

En menos de 24 horas, Jared consiguió reunir un informe detallado sobre ella, incluyendo su lugar de trabajo. Su éxito con los clientes y los múltiples premios en el sector financiero están plasmados en cada página.
Mi pecho se hincha de orgullo mientras repaso sus logros. Odio no haber estado allí para ninguno de ellos, pero me alegra que esté viviendo la vida que siempre quiso y haciendo lo que le apasiona.
Paso a la siguiente página y encuentro detalles sobre su hijo. Jared dijo que no pudo conseguir una foto ni nada tangible, pero sí obtuvo lo básico, como la edad, el color de piel y de ojos, y la idea general.
¿Estás casada? ¿Encontraste a alguien después de mí? ¿Mis acciones te llevaron a los brazos de algún idiota que te dejó embarazada y te abandonó con un niño? Una larga cadena de preguntas pasó por mi mente, cada una señalándome con un dedo acusador como la única causa de cualquier encuentro que ella haya tenido.
La idea de que esté casada ardía como ácido, pero no me sorprendería. Si logró mantenerse oculta durante años y mantener a su hijo lejos de miradas indiscretas, sin duda no tendría problema en ocultar a un hombre. Tal vez se divorció, o el marido murió.
Calculo el tiempo que tuvo para conocer a un nuevo hombre, casarse con él y tener su hijo. A menos que lo conociera inmediatamente después de dejar Blackwood y tuviera a su hijo primero, la línea de tiempo no cuadra. Al mismo tiempo, Aurora no es imprudente en absoluto y odia apresurar las cosas. Algo no encaja. Otro pensamiento se abre paso en mi mente, uno que sugiere una paternidad que no tuve el valor de explorar, lo que me hace cerrar el portátil de golpe.
Mi corazón late con fuerza por procesar demasiada información y por tener más preguntas que respuestas. Si continúo, podría encontrarme en un agujero del tamaño de Aurora sin salida. No es que me queje. Es mucho mejor que estar lejos de ella, pero necesito respuestas.
Vuelvo a abrir el portátil, y su hermoso rostro me mira fijamente. Lo dije en serio cuando le dije que se veía bien. Cada centímetro de ella parecía increíblemente mejorado, como si hubiera pasado por algún tipo de programa de actualización.

En la foto se puede ver lo bien que está. Su piel es exuberante y suave al tacto. Un ligero hormigueo surge en mis palmas, un recordatorio de cuando nuestras pieles se tocaron.
Sé que es una foto y que carece de emociones, pero no puedo mantener el contacto visual con ella. La culpa y la vergüenza de mis acciones no me permiten ser audaz con mis intenciones. Hay una posibilidad muy remota de que esté interesada en perdonarme, y mucho menos en darme una segunda oportunidad. Quiero decir, actuó como si le hubiera quemado la piel cuando la sostuve. Podría mandarme a paseo y conseguir una orden de alejamiento, pero tengo la intención de aprovechar cualquier oportunidad que tenga.
El pomo de la puerta gira y Selene entra en la habitación, vistiendo un camisón de encaje fluido y una suave sonrisa. —Pensé que habíamos acordado no trabajar en el dormitorio —murmuró, acercándose lentamente.
Le devuelvo la sonrisa, cierro el archivo de Aurora y apago el sistema antes de que se acerque. —Este es urgente y requiere un poco más de atención. Pero ya he terminado.
Ella me quita el portátil y lo deja en la mesilla de noche. —Bien, porque tengo algo que hacer contigo.
No pierde el tiempo y se sube a la cama, montándome, pero me apresuro a detenerla antes de que se deslice las finas tiras de su camisón.
—He tenido un día largo —digo con una sonrisa forzada. Selene es una mujer hermosa, y verla en esta posición debería despertar una serie de deseos en cualquier hombre de sangre caliente, pero no siento nada, ni siquiera una chispa. Ella ignora mi sutil rechazo y comienza a mover sus caderas sobre mí. No obtiene ninguna reacción. Suelta un resoplido frustrado antes de bajarse de mí.
—Han sido cinco años, Lucien, cinco años de matrimonio y, excepto el beso en nuestra ceremonia de apareamiento y los pocos que nos hemos dado para la vista del público, no me has tocado. Pensé que quizás estabas lidiando con la pérdida de tu padre y la situación con tu lobo durante el primer año y no le di demasiada importancia a tus acciones. Incluso te concedí algo de tiempo. Pero, ahora mismo, si no me soportas, ¿por qué seguiste adelante con este matrimonio?

—Selene, necesito más tiempo. Este asunto con mi lobo... Creo que podría haber afectado cada parte de mí.
—No me vengas con esas tonterías, Lucien, no lo hagas —me interrumpe, su rostro reflejando frustración—. Esto no tiene que ver con tu lobo. Tiene que ver con que ni siquiera puedes excitararte por mí. No hay vida ahí abajo, ni siquiera un movimiento.
Odio cuando ella se pone así y tenemos estas discusiones. Cada parte de nuestro matrimonio es fácil, y hemos establecido una especie de compañerismo. Ella se ocupa de algunas situaciones de la manada mientras yo manejo el lado de los negocios y me encargo de los problemas que ella no puede resolver.
Después de su muestra de valentía y de liderar a los guerreros para vengar la muerte de mi padre, los miembros de la manada han desarrollado una fe sólida en ella y confían en que maneje las situaciones, dándome tiempo para enfocarme en otras cosas.
Nuestra relación también es cómoda. Tenemos un respeto mutuo, mantenemos algunas conversaciones y compartimos unas risas. Este es el único lado problemático, y es culpa mía. No parece que pueda encontrar en mí ningún tipo de deseo por ninguna mujer desde que Aurora se fue. Incluso tocar a otra mujer se siente como una traición. Simplemente no puedo hacerlo.
Selene toma mi mano, obligándome a mirarla a los ojos. —Necesitamos un heredero, Lucien —su voz es más suave—. La gente está empezando a hablar. Se preguntan si eres impotente o si yo soy incapaz de tener un hijo. Hablan de los riesgos de tener un líder sin una forma de sostener su línea de sangre y cómo eso los expone a una lucha de poder después de tu muerte. Ambos sabemos lo que sucede en tiempos como esos.
Entiendo de lo que está hablando. Me he encontrado con algunas personas influyentes para discutir mi falta de hijos. Algunos me ofrecieron llevarme a un sanador si fuera necesario, y otros destacaron los peligros de esperar. Lo importante que es para mí tener un hijo a una edad en la que pueda transmitirle mi sabiduría y experiencia, como lo hizo mi padre y su padre antes que él.
Cuando se trata de criar a un nuevo heredero, el entrenamiento es un gran ejercicio, pero algunas cosas solo pueden transmitirse de un

alfa a otro, y esos son los detalles importantes.
Entiendo los riesgos, pero no es como si pudiera contarle la situación. ¿Cómo le digo a mi compañera que no puedo tocarla porque estoy tan comprometido con otra mujer que, incluso en su ausencia, tocar a otra se sentiría como una traición? ¿Cómo le explico el estado de mi corazón y cómo cada centímetro de mí clama por otra? Ni siquiera podría excitararme si lo intentara. Es duro admitirlo, y es aún más duro haberlo descubierto demasiado tarde. Aurora posee cada centímetro de mí. Incluso los respiros que he tomado desde el momento en que me di cuenta de que me había abandonado han sido un silencioso ruego por su regreso. Encontrarme con ella hoy ha empeorado las cosas considerablemente. Incluso el pensamiento de un beso con alguien me deja un sabor desagradable en la boca.
—Lo entiendo, Selene, y lo estoy intentando. Veré si puedo visitar de nuevo a los sanadores para averiguar la situación y qué hacer al respecto. Solo necesito más tiempo. Además, nada de esto es culpa tuya. No has hecho nada malo. —La mentira sale de mi boca tan suave como la mantequilla, y siento que Selene se relaja.
Siento un alivio instantáneo al saber que el asunto ha sido zanjado por el momento, pero con el alivio viene la culpa. Selene merece algo mejor. Ella fue arrastrada a esta situación igual que yo, pero de alguna manera ha logrado manejarlo con gracia y muy pocas quejas. No sé cuánto tiempo podré estirar mi mentira, pero espero que aguante hasta que descubra qué hacer con Aurora y cómo seguir adelante. La Diosa me ha dado una segunda oportunidad, y no tengo intención de dejarla escapar de mis manos de nuevo.

CAPÍTULO SIETE

Aurora

Sentada en mi escritorio, aprieto el bolígrafo con más fuerza, mis nudillos están blancos mientras trato de concentrarme en los números. Paso la vista por los informes financieros que tengo delante, los números se difuminan y mi cerebro se niega a enfocarse en nada.

Respira. Solo respira. Tomo una inspiración lenta, intentando alejar la inquietud que se enrosca en mi estómago.

Escucho el leve sonido de pasos fuera de mi oficina y mi mente se distrae porque sé quién viene.

Me es imposible ignorar el peso de la situación. Este proyecto es una inversión multimillonaria que elevará a mi jefe y a la empresa. Es la escapada perfecta.

A pesar de esperar a quien sea, el golpe en la puerta me sobresalta. Exhalo un suspiro profundo que no me doy cuenta de que estaba reteniendo. —Adelante —digo, esperando que mi voz no me delate.

La puerta de madera se abre de golpe y el aire del exterior me golpea en la cara antes de que pueda levantar la cabeza.

—Lucien —mi corazón late con fuerza en mis oídos.

Su presencia absorbe el oxígeno de la habitación mientras su aroma llena mis pulmones, casi ahogándome.

Mis dedos se tensan, pero trato de mantener una expresión neutra. Él se queda de pie al otro lado del escritorio, con los brazos cruzados y los ojos fijos en los míos.

Su traje negro está diseñado para ser perfecto en cada detalle. Su mandíbula afilada resalta contra su piel y sus labios forman una sonrisa intencionada.

Odio cómo parece una tentación andante.

Su voz rezuma diversión. —¿Ni siquiera un hola? —Inclina la cabeza.

Cruje mi cuello y enderezo los hombros. —¿Qué haces aquí? —Mi tono es profesional.

Su sonrisa se ensancha. —Vengo por negocios.

Suspiró profundamente, exhalando, esperando que mi pulso se calme. —No estás en mi agenda. Deberías haberme avisado que venías.
Estoy al límite, tratando de mantener un nivel de profesionalidad. No tengo intención de permitir que entre en mi lugar de trabajo, vestido de confianza y con la intención tácita de alterarme.
—Considéralo una sorpresa —da un paso más cerca y coloca una carpeta elegante sobre mi escritorio. Sus dedos rozan mi mano. Fue deliberado y se demoró lo suficiente como para que mi piel se erizara.
Agarrando el borde del escritorio, aparto mi mano bruscamente. —Lucien.
Se inclina más cerca, bajando la voz. —Señorita St. Claire —desliza un archivo sobre el escritorio hacia mí.
Aprieto la mandíbula mientras un escalofrío recorre mi espalda. Normalmente me llama Rora. No entiendo su juego. Primero aparece en mi cita para causar revuelo y decir que lo siente, y ahora está aquí siendo completamente... bueno, siendo completamente Lucien. Supongo que todo en el restaurante fue para impactar y probablemente para aparentar. El leopardo no puede cambiar sus manchas.
Arrebato la carpeta de la mesa, sin apartar la mirada de él mientras arranco la cubierta, exponiendo las letras en negrita que destacan el tema del contrato. El aire se me escapa de los pulmones.
Blackwood Enterprises. La empresa de Lucien es ahora un socio oficial en mi proyecto.
¿Por qué no verifiqué los detalles de esta reunión? Había estado distraída por mi encuentro con él hace semanas e intentaba purgarme de su presencia fantasmal sumergiéndome en el trabajo. Cualquier tarea era bienvenida.
Alzo la mirada, enroscando los dedos alrededor del papel para ocultar los temblores. —Tú planeaste esto—.
Sus ojos azules se oscurecen, impenetrables. —Es una asociación estratégica. Nada más—.
Mentiras.

Empujo el documento hacia él. —No queremos a Blackwood involucrado—.
Los dedos de Lucien golpetean la mesa lentamente. —Creo que sí lo quieres. Esta expansión requiere recursos que solo esta compañía puede proporcionar. A menos que tengas otro plan, lo cual retrasaría todo—.
Me paso los dedos por el cabello mientras un dolor agudo me oprime el pecho. He trabajado demasiado duro para llegar a este punto, y no dejaré que me arruine, aunque tenga que tragar mi orgullo.
—Está bien. Haz lo que quieras—.
Una sonrisa astuta cruza sus labios. —Por supuesto—.
No tengo ni idea de dónde viene este repentino calor. La oficina es asfixiante, y una cosa que sé con certeza es que Lucien se asegura de eso.
Saca una silla y se desploma en ella, ajustando su traje. —He traído algunas actualizaciones para el proyecto. Podríamos repasarlas ahora que has aceptado mis condiciones—.
Forzando una sonrisa que se siente más como una mueca entre dientes apretados, asiento. —Vamos a ello—.
Me siento en mi silla mientras nos sumergimos en los detalles del proyecto. Mi cuerpo está presente, pero mi mente no puede evitar divagar. Cada vez que me pasa un documento, su mano roza la mía, enviando una oleada de electricidad por mi cuerpo. El muy cabrón es muy consciente de lo que está haciendo. Lo conozco lo suficiente como para saber que, con él, nada ocurre por casualidad. Planea cada detalle hasta el último punto.
Coloca el portátil sobre el escritorio y revisa un documento en particular. Intento concentrarme en las palabras de la pantalla, pero lo único que hacen es desdibujarse ante mis ojos.
Cada vez que me giro o hago un movimiento, él hace lo mismo. Está justo a mi lado. Su brazo roza el mío cuando nos inclinamos para ver las hojas de cálculo. Su aliento quema mi oído mientras señala los datos.
Lucien se acerca más de lo que espero. Su presencia domina el espacio, y no puedo evitarlo cuando mi corazón se acelera en cada oportunidad.

—Entonces—, comienza Lucien, reclinándose en su silla, sus ojos nunca se apartan de los míos. —¿Cuál es el plan a partir de ahora? Necesitaremos horas extra para terminar esto—.
Parpadeo, sobresaltada. —¿Horas extra?— pregunto, con una voz demasiado aguda. —Podemos gestionar todo dentro del horario normal. Me aseguraré de ello—.
Lucien esboza una sonrisa burlona, su mirada parece divertida. —Estoy seguro de que te asegurarías de ello—, su tono es juguetón, —pero necesitarías a alguien a tu lado para hacerlo más rápido—.
Trago saliva con dificultad, sintiendo cómo mis mejillas se sonrojan mientras aprieto los puños. —Soy capaz de manejar esto sola—.
Una cosa de Lucien es que no se retira. Se inclina hacia adelante de nuevo, apoyando su brazo en el borde del escritorio. Veo cómo sus dedos se contraen como si quisiera alcanzarme... tocarme. Me hace sentir como si estuviera bajo una lupa mientras él intenta captar cada pequeño detalle de mí.
—Sabes algo —continúa, con la voz ahora más baja, más sensual—, he revisado una cláusula del contrato, y en algún lugar dice que tu jefe espera penetrar en la economía asiática. Es una competencia dura, pero es factible.
—No tengo ni idea de qué está insinuando, pero levanto una ceja, instándole a continuar. —Tengo una reunión próximamente en Hong Kong. Estaba pensando que podríamos usar eso como una oportunidad para ver con qué estamos trabajando —su mirada recorre mi oficina—, lejos de las limitaciones y distracciones aquí, en un lugar donde podamos tener una experiencia práctica de primera mano.
¿De qué diablos está hablando? Lucien es literalmente mi distracción en esta oficina.
Lo que sea que diga queda flotando en el aire, ya que no respondo, y lucho contra el impulso de decir algo. ¿Un viaje de negocios con Lucien? ¿Solos? Prefiero manejar estar aquí con él que ir a ese viaje de negocios.
—Lucien, eso no es necesario —rechazo, con un tono firme—. Podemos manejar todo aquí, y así lo haremos.

Lucien ladea ligeramente la cabeza, sus labios esbozando una sonrisa mientras cruza los brazos sobre el pecho. —Si tú lo dices. Pero a veces alejarse del lugar de trabajo ayuda a despejar la mente, ¿no? Y nos daría más inspiración sobre lo que estamos trabajando —hace una pausa, rascándose la mitad de la cabeza—. Si te preocupan los gastos, es un viaje con todos los gastos pagados, patrocinado por la empresa.
Tiene razón, y eso es lo que más me molesta. Aunque no quiera admitirlo, hay una parte de mí que está deseando la idea de estar a solas con él otra vez, igual que antes.
Pero todavía no quería que eso sucediera, no después de todo.
Cojo los papeles solo para hacer como si tuviera algo que hacer, y me levanto rápidamente. —Me encargaré de organizar los detalles restantes para ti —miro hacia el escritorio, esperando que mi tono dé por finalizada esta reunión—. Te enviaré los resultados finales a tu oficina.
Lucien se quita la chaqueta del traje, se arremanga las mangas y se inclina hacia adelante sobre la mesa. —¿Por qué no lo terminamos ahora?
Su mirada se encuentra con la mía, clavándome y posándose en mis labios antes de volver a mis ojos.
Me levanto, apago el portátil y lo agarro con los brazos. —Las horas de oficina han terminado.
Él se levanta y se aparta del escritorio, cerrando la distancia entre nosotros. —Dime, Aurora. ¿De verdad quieres irte?
No me muevo, aunque quiero hacerlo. Mi cuerpo me falla. Estoy clavada en el sitio mientras sus dedos rozan mi muñeca. No tengo ni idea de si es un recordatorio de que todavía sabe muy bien cómo arreglarme.
Trago saliva, sintiendo cómo mi garganta se cierra. —Lucien —hago una mueca.
Sus labios esbozan una sonrisa pícara. —¿Sí, cariño?
Mi pulso retumba en los oídos mientras aparto mi mano de inmediato. —No tienes derecho a llamarme así.
—Antes te gustaba —dice, con un tic en la mandíbula.

—Antes me gustaban muchas cosas —doy un paso atrás—. Pero ya no.
Un músculo de su mejilla se contrae. No aparta la mirada. Me observa como si estuviera intentando encajar las piezas de mí, pero no voy a dejar que lo haga.
Agarro mi bolso y meto el portátil dentro. —Hemos terminado aquí.
Doy un paso, pero Lucien se ajusta, bloqueando la puerta.
—En el viaje hay una conferencia —su voz es suave, pero no hay nada de suave en la forma en que sus ojos me clavan en el sitio—. Tenemos que ir. Juntos. No me importa si te gusta o no.
Me pongo tensa, maldiciendo en mis pensamientos. —Ve con alguien más de tu empresa.
Él sonríe con sorna, negando con la cabeza. —Somos los únicos que podemos manejar este trato. Solo somos nosotros, Aurora. Como en los viejos tiempos.
Los recuerdos me golpean cuando menciona los viejos tiempos. Los eventos se repiten en mi mente: las reuniones nocturnas, los planes susurrados y sus promesas de que construiríamos algo más fuerte juntos. La forma en que me besaba como si yo fuera todo lo que existía en su mundo.
Incluso con todo eso, me destrozó.
Doy un paso atrás. —No quiero los viejos tiempos.
Lucien da unos pasos hacia mí, levantándome la barbilla con dos dedos mientras respira hondo, haciendo que mi respiración se corte. Pasa su pulgar por mi mandíbula, su tacto suave y delicado. —Tienes miedo.
Le aparto la mano de la mandíbula. —¿De ti? —suelto una risa aguda y amarga—. Ni en tus sueños más locos. —Miento descaradamente, ocultando los hilos de preocupación que anudan mis entrañas con un trago sutil.
Encontrármelo en un restaurante público es una cosa. Tener que trabajar en un proyecto con él es otra, pero ¿ir de viajes de negocios con él? Eso es un nivel completamente diferente. Eso es demasiado personal para mí, y conociendo a Lucien, lo siguiente será que se presente en mi casa. No puedo permitir eso, no cuando tengo que mantenerlo alejado de Ronan.

Una escena rápida de él encontrándose con Ronan pasa por mi mente. ¿Sabrá que es su hijo? ¿Sentirá un vínculo instantáneo con él, o será el parecido asombroso lo que lo delate antes que nada? El nudo en mi estómago se aprieta hasta convertirse en una náusea, y descarto inmediatamente el pensamiento con un movimiento de cabeza, volviendo mi atención al diablo dolorosamente guapo y sonriente que tengo delante.
—Entonces demuéstralo yendo a ese viaje de negocios conmigo.
Intento dudar, pero maldita sea, no puedo. Sabe exactamente cómo usar mi orgullo para hacerme titubear. Además, si cedo ahora, tal vez pueda frenar sus excesos y mantener nuestra relación confinada a las cuatro paredes de la oficina. Puedo controlar cómo avanzan las cosas desde aquí, y no habrá razón para que me busque.
Aprieto los dientes, la rabia llenando mis ojos. —Está bien. Estrictamente negocios.
Su sonrisa se ensancha, victoriosa. —Por supuesto.
Gran mentiroso.
Sin decir nada más, lo aparto de mi camino y cierro la puerta de golpe detrás de mí.

El día siguiente se hace eterno, y cada vez que levanto la vista del ordenador, me encuentro preguntándome dónde está Lucien y si va a aparecer hoy, como mencionó en el mensaje.
Cada centímetro de mí está cargado de nervios erráticos desde que mi teléfono vibró con un mensaje suyo informándome que estaría en la oficina hoy para discutir los detalles de nuestro viaje. Casi me encontré reacia a venir a trabajar hoy, pero me niego a ser la cobarde en esta situación.
Por otro lado, este es el momento adecuado para echarme atrás porque, cuanto más me involucre en trabajar con él en este proyecto, más difícil será para mí escapar.
Mi cabeza se levanta bruscamente al oír un golpe en la puerta. Es Lucien. No espera mi aprobación antes de entrar. Simplemente avanza como si fuera su oficina. Todo lo que hace es sacarme de quicio sin decir una palabra. Intento actuar con normalidad

manteniendo la distancia entre nosotros, pero mientras trabajemos juntos, será un sueño imposible.
—Así que —Lucien se sienta frente a mí, ajustándose su traje azul marino—, ¿ya se te ha ocurrido algo?
—No tengo ni idea, ya que no fui yo quien sacó el tema. Lo que tú decidas estará bien —digo, intentando mostrarme indiferente—. Ahora estoy ocupada. Podemos concretar todo durante el viaje.
Una sonrisa torcida se dibuja en el rostro de Lucien, y sé que hay algo raro en su aprobación. De repente, un nudo se forma en mi estómago.
—Bien —golpea ligeramente la mesa con los dedos—. Lo organizaré todo, y el vuelo sale mañana por la mañana.
Asiento, evitando la tentación de mirarlo mientras me concentro en mi ordenador.
Nada más llegar a casa esa noche, hago la maleta para el viaje, intentando centrarme en el trabajo que tengo entre manos. Me tranquilizo diciéndome que solo se trata de un asunto de negocios y que no toleraré que se crucen límites.
Puedo manejar esto, y mantendré la distancia con Lucien. Pero en el fondo, sé que Lucien siempre estará observándome. Nunca hay un momento en el que no lo haga. Y algo me dice que esta vez no podré escapar de él.

O este avión es pequeño o Lucien es demasiado grande. Tiene que ser una de las dos cosas. Estoy tan incómoda que no dejo de moverme mientras Lucien se acomoda con todo su peso a mi lado. Sus muslos rozan los míos una y otra vez, a pesar de estar en un asiento de primera clase que es lo suficientemente amplio como para que una persona esté cómoda sin molestar a la otra.
No tengo ni idea de cómo el calor del cuerpo de Lucien se filtra desde él y llega hasta el mío. Está demasiado cerca de mí.
Quiero decirle que se mantenga en su sitio, pero no estaba preparada para una discusión. Así que intento concentrarme en mi portátil, pero Lucien estira el brazo y lo deja sobre mi hombro, en el respaldo de mi asiento.
Sabe perfectamente lo que está haciendo.

—Aurora, tienes que relajarte —murmura—. Estás pensando demasiado.
Inclino la cabeza, mirándolo con reproche. —Me pregunto por qué.
Lucien se ríe. —Porque sabes perfectamente en qué te estás metiendo. Simplemente no tienes elección.
Cierro el portátil de golpe. Odio que me haga esto. —Tú tampoco puedes saber si te estás metiendo en tu propia tumba.
Sus ojos se dirigen a mis labios, tragando con dificultad. —No me importa.
Lo odio. Odio que me mire así. Odio que mi cuerpo recuerde cómo se sentía estar con él, el calor de su cuerpo sobre el mío y su aliento rozando mi piel.
Y, por último, odio que, en lo más profundo de mí, la parte entre mis piernas todavía quiera ser tocada y saboreada.
—A diferencia de ti, no encuentro la idea de una tumba intrigante, así que te agradecería que te sentaras correctamente y dejaras de hablarme.
—No lo has probado conmigo —su voz es apenas un susurro, y me habría perdido su respuesta si no estuviera invadiendo mi espacio personal.
Levanto una ceja interrogativa hacia él. —¿Perdona?
Él me ofrece una sonrisa torcida. —La tumba, estaba diciendo que lo pasarás genial si estoy allí contigo.
Lo miro como si le hubiera salido una segunda cabeza mientras él mantiene esa estúpida sonrisa en su rostro.
—Primero, prácticamente me obligas a ir a un viaje de trabajo, ¿y ahora quieres matarme?
—Lo que estoy diciendo es que estoy seguro de que lo pasaré bien en cualquier lugar siempre que estés conmigo. —Su voz se vuelve aún más grave, y mi respiración le sigue. —Solo necesito que me des la oportunidad de demostrártelo.
Sus ojos están llenos de promesas no dichas, y puedo distinguir un destello de esperanza oculto tras ellos. Aprovecha el momento para acercarse más a mí, y el aire de nuestra suite de repente se vuelve demasiado denso para que lo inhale.

Mi piel hormiguea de anticipación mientras sus ojos recorren desde mis ojos hasta mi cuello antes de posarse en el colgante que descansa sobre mi cuello. Siento que la pieza de metal se calienta bajo su ardiente mirada, y lucho contra el impulso de arrancármelo y tirarlo a un lado.

Lucien no hace más movimientos, pero sus ojos bien podrían ser manos acariciando cada parte de mí y dejando una llama lasciva dondequiera que tocan. Ni siquiera me había tocado, y ya me sentía arrasada.

Rápidamente me giro, rompiendo el hechizo y dirigiendo mi atención al mundo que me rodea. Promesas. Las mismas que no pudo cumplir hace cinco años. Las mismas a las que me aferré y a las que adapté mi vida para que fueran tiradas a un lado como una muñeca de trapo. Las mismas que dejaron un agujero gigante en mi pecho. Ya no soy la joven e ingenua chica que fui, y a pesar de que una parte tonta de mí quiere lanzarme a sus brazos y dejar que me susurre dulzuras, sé que es mejor no hacerlo.

El efecto posterior es peor que una resaca de décimo grado y lleva aún más tiempo deshacerse de él o, en mi caso, manejarlo. Clavo mi atención en las nubes que pasan mientras el lado de mi cara arde con la conciencia de la mirada inquebrantable de Lucien. No le ofrezco una palabra de respuesta, ni me giro para enfrentarme a él. Finalmente, siento que el calor se desvanece y la presión se levanta de mis hombros. Lo que no esperaba era la ligera punzada de decepción que vino de no ser el objeto de su única atención. Lucien no se rinde fácilmente. Quizás finalmente entendió el mensaje, o quizás recordó que tenía todo el viaje para hacerse entender. Sea lo que sea, supongo que tendré que confiar en el tiempo para descubrirlo. La realización me deja con un sentimiento más profundo de inquietud.

CAPÍTULO OCHO

Lucien

La sala de conferencias está llena de murmullos por el sonido de papeles moviéndose y portátiles. Los últimos detalles del proyecto están expuestos. Me recuesto en la silla, sintiendo las miradas de la gente sobre mí.

Ejecutivos de cada departamento están sentados en la larga mesa, sus rostros mezclan escepticismo e interés, todos esperando una decisión, todos esperando que yo les guíe en la dirección que deseo.

Mis ojos recorren la habitación, buscando a Aurora. Entonces, mi mirada se posa en ella. Está sentada erguida frente a mí, pero ahora hay un muro palpable entre nosotros.

Desde que aterrizamos en el aeropuerto, me ha tratado como si fuera un desconocido. Intento no demostrarlo, pero no puedo ignorar lo que sea que esté pasando. Ella lo trata como si fuera algo más que hace cuando le apetece, y no puedo evitar sentir que se está escapando de mi alcance.

Ella no es como los demás que están aquí. No es como esos aduladores sin criterio que me lanzan halagos cada vez que hablo. Ella es diferente. No se desvive por mí y no le importa mi reputación ni mi encanto.

Sus ojos permanecen fijos en el proyector, en el problema que tenemos entre manos, y no en mí... me vuelve loco.

Aprieto la mandíbula con fuerza, ajustando mi corbata. Todo esto me resulta tan nuevo. Ella no es la Aurora que recuerdo.

Aurora siempre me ha mirado y ha querido verme. Incluso cuando estaba enfadada, incluso en silencio, nunca me ignoraba. ¿Pero ahora? Lo único que hace es actuar como si yo no fuera más que un socio de negocios que la ha traído de viaje para avanzar en nuestro proyecto.

Me reclino en la silla, agarrando con fuerza mi bolígrafo y golpeándolo contra la mesa. El equipo financiero continúa hablando de los riesgos y las variables del mercado, pero mi atención está completamente centrada en ella.

No me importa si se comporta de manera diferente conmigo.
No hay vacilación en ninguno de sus movimientos. Su voz es firme, y cuando habla, la gente escucha. Probablemente se sienten atraídos por su aura.
Observo con atención cómo hojea los informes, archivos y documentos, sus cejas frunciéndose, sus labios apretándose como si tuviera algo que decir, pero se está conteniendo.
Mi mirada recorre la suave curva de su mejilla y la inclinación de su cuello mientras trago con dificultad.
Lo único que quiero ahora es tocarla y domar esa compostura que ha construido frente a mí, hacer que me mire como siempre lo ha hecho en el pasado.
No lo ha hecho desde hace tiempo, ni una sola vez desde que volvimos a estar en contacto.
Una voz aguda corta mis pensamientos, resonando. —Lucien, ¿tienes algo que añadir?
Ni siquiera he estado escuchando de lo que estaban hablando, así que ¿qué podría tener que añadir? Pero necesito decir algo.
Parpadeo, escudriñando los rostros de los ejecutivos en la sala de conferencias, luego me aclaro la garganta.
La mirada de Aurora se dirige hacia mí por primera vez en la reunión. Atrapo su mirada, pero luego ella aparta la vista.
Odio que haya hecho eso.
—Todos hemos recibido los puntos y las cifras. Tengo un nuevo plan y sugiero que nos llevará al siguiente nivel. Es caótico, pero es la única manera de avanzar. —Mi voz se calma mientras capto la atención de todos. —Si queremos dominar el mercado, necesitamos asumir riesgos. Propongo que dupliquemos la inversión inicial. Necesitamos movernos rápido y con fuerza, sorprender a la competencia antes de que tengan la oportunidad de adaptarse.
Murmullos silenciosos llenan la sala de conferencias mientras algunos ejecutivos asienten en señal de acuerdo y otros fruncen el ceño.
Miro a Aurora para ver su reacción, pero ella permanece en silencio. Su expresión es inescrutable mientras sus dedos rozan el borde del informe que tiene en la mano.

Justo cuando concluyo que no tiene nada que decir, levanta la cabeza y nuestras miradas se cruzan.
—No estoy de acuerdo —dice, con una voz calmada pero desafiante.
Los ejecutivos se vuelven hacia ella. Me sorprende cómo sus palabras captaron de inmediato la atención de los demás miembros. Incluso si hice una sugerencia errónea, nadie se atrevía a discrepar, pero Aurora... ella es completamente diferente.
Intentando calmar la irritación en mi mente, pregunto: —¿No estás de acuerdo?
—¿Quieres duplicar la inversión? —Sus ojos se clavan en los míos, sin titubear.
Mantengo su mirada, sintiéndome descolocado. —Sí.
Ella niega con la cabeza y suspira, pasando una página del informe.
—¿Cuál es tu plan de mitigación de riesgos?
Ladeo la cabeza e ignoro su pregunta. —Aurora, no ganamos jugando a lo seguro.
Ella susurra, luego toma una respiración profunda y empuja los informes hacia mí. —Tampoco ganamos siendo imprudentes.
Mis labios se crispan al contener las palabras. Ahí está ella... Aurora. Es la mujer a la que una vez dejé escapar porque pensé que era frágil.
—¿Por qué no nos hablas de tu plan...? —hago una pausa y escruto la sala— ¿o es que no tienes ninguno?
Aurora endereza la espalda. —No hablo sin tener mi propio plan —me responde de inmediato y se levanta, caminando hacia el proyector y volviendo su atención a la sala. —Señor Ravenclaw, su plan es demasiado agresivo. El mercado no está lo suficientemente estable para una jugada tan audaz. Si nos precipitamos y sale mal, perderemos millones.
Señala el gráfico del mercado proyectado.
Algunos ejecutivos asienten, murmurando su acuerdo. La observo mientras discrepa con cada punto que expongo.
Ella continúa, pasando otra página del informe. —Un enfoque mejor sería una inversión escalonada. Necesitamos probar el terreno primero, y luego avanzar cuando tengamos una base más sólida.

Construimos nuestro dominio poco a poco. No lo conseguimos persiguiéndolo a ciegas.
Ese fuego en ella— arde en su voz mientras habla. Ahora, me mira, probablemente deseando conocer mi opinión o mi aprobación.
A pesar de eso, ahora ella domina la sala de conferencias, y no puedo mentir al respecto.
Un miembro de los altos ejecutos se aclara la garganta. —Señorita St. Claire, ha hecho un argumento válido. —Todos la aplaudimos mientras él dirige su atención a todos en la sala. —Su plan minimiza las pérdidas mientras nos asegura seguir creciendo en el juego.
Otro ejecutivo asiente. —Estoy de acuerdo. Es una opción más inteligente que la primera.
Sus votos comienzan a llegar, uno por uno, y todos se ponen de su lado. Estoy molesto porque acabo de darme cuenta de lo que he perdido. La perdí a ella. Sigo sus ojos mientras escruta la sala, que se va asentando en el acuerdo.
La observo en silencio, pero algo se retuerce dentro de mí. Es una mezcla de orgullo y admiración, pero en el fondo, es arrepentimiento. ¿Cómo no lo vi antes?
¿Cómo la dejé escapar sin darme cuenta de lo inteligente que es? Estuve equivocado todo el tiempo, y la perdí por mi ignorancia.
La reunión termina y los ejecutivos se dan la mano. Poco después, la sala de conferencias se vacía.
Me quedo junto a la mesa, fingiendo repasar algunas reseñas y documentos. Pero no, no estaba allí por eso. La observo mientras ella está a unos pasos de mí, recogiendo sus cosas.
Aurora se encuentra al final de la mesa, recogiendo sus documentos y actuando como si nada le importara, como si no se hubiera dado cuenta de que estaba a un par de sillas de distancia.
—Buen trabajo, Aurora.
Ella no levanta la vista para mirarme. En lugar de eso, fija sus ojos en el móvil, tecleando. —Gracias —responde, con un tono muy distante.
Me inclino hacia adelante, mi voz resonando por toda la habitación.
—Disfrutaste con eso.

Ella hace una pausa y levanta la mirada. Sus labios se curvan en algo que no es exactamente una sonrisa burlona, pero se acerca. —¿Disfrutar con qué?
Entrecierro los ojos y cruzo los brazos. —Con demostrar que me equivoqué.
Ella suelta una risita suave y niega con la cabeza. —No se trataba de demostrar que te equivocabas, Lucien. Solo hice lo que era mejor para la empresa.
Sé que mintió porque la expresión de satisfacción en su rostro decía lo contrario. Una cosa sobre Aurora es que siempre sabe exactamente lo que está haciendo.
Guardando su móvil, apoya las caderas en el borde de la mesa. Al menos ahora tengo su atención. —Deberías estar muy agradecido conmigo. Acabo de salvarte el culo de cometer un error imprudente que habría manchado tu nombre en muchos aspectos.
Me levanto, empujando la silla hacia atrás, acortando la distancia entre nosotros. —¿Has dicho agradecido? —murmuro—. ¿Para qué estamos aquí?
Ella inclina la cabeza, sus ojos clavados en los míos. —Sí. Agradecido, y estamos aquí por negocios.
Extiendo la mano, mis dedos rozan su muñeca. Puedo sentir que tiembla bajo mi toque, por mucho que intente resistirse. —¿De verdad es todo lo que hay para ti?
Ella respira hondo, sus ojos brillan, pero no se aparta ni dice una palabra. —¿No lo es?
—Has cambiado, Aurora —me inclino más hacia ella, tan cerca que puede sentir el calor de mis palabras en su oído.
Ella aprieta los labios. —Las cosas pasan, y cambian a las personas.
Mi agarre se endurece alrededor de su muñeca mientras me cierro sobre ella. —Has cambiado de la noche a la mañana.
Sus ojos se quedan fijos en mí durante un largo rato, como si buscara las palabras adecuadas. Luego, libera su muñeca con fuerza. —Algunos no tenemos elección —maldice y se marcha.
Dejándome allí plantado. La observo mientras cierra la puerta de golpe, y me ahogo en todo lo que nunca supe que quería. Hasta ahora.

Soy un gilipollas.
Sus palabras me cortaron profundamente y sintieron como un golpe en el pecho. De nuevo, me quedo viendo cómo aumenta la distancia entre nosotros. Cuando me la encontré en el restaurante aquel fatídico día, juré que mi mundo se detuvo de golpe.
Verla con una cita despertó en mí un nivel de furia que sabía que no tenía derecho a sentir. Tuve la tentación de apartarla de él y sacudirla hasta que recapacitara, pero algo en sus ojos me dijo que no lo apreciaría. Así que opté por el camino elevado, eligiendo disculparme. Eso tampoco funcionó. Así que aquí estoy, metiéndome en su vida de la única manera que sé, hasta que finalmente vea que soy el indicado para ella.
Apuesto a que por eso huye de ti —la estúpida voz en mi cabeza se burla, pero no le hago caso. Sé que la cagué de manera monumental. Siento la culpa corroer mis tobillos cada vez que mis pies tocan el suelo. Tengo la ausencia de mi lobo para demostrar lo desesperado que he estado sin ella. Pero estoy aquí ahora, ¿no?
Mi teléfono vibra, y lo saco rápidamente del bolsillo, esperando un mensaje de Aurora. Tras unos toques, mi bandeja de entrada revela un mensaje de Selene preguntando por mi viaje, y la decepción me invade como un jarro de agua fría. Le envío una rápida respuesta y guardo el dispositivo de nuevo en mi bolsillo.
Aurora no ha dicho nada sobre Selene ni ha preguntado por mi situación. O no le importa, o prefiere ser ajena a ese aspecto de mi vida. Rezo porque sea lo segundo, porque eso significaría que todavía siente algo por mí.
Sé que tarde o temprano saldrá el tema, pero para entonces estaré mejor preparado para afrontarlo. Por ahora, me preocupa más eliminar esa mirada de indiferencia de sus ojos cada vez que me mira.
Con eso en mente, saco mi teléfono y le envío un mensaje rápido.
Aurora, lo hiciste bien hoy.
Pulso el botón de enviar, todavía mirando el mensaje mientras se envía. Ella se conecta y lee el mensaje.
Un segundo, dos segundos... no hay respuesta de su parte. Me obligo a no arrepentirme de haber enviado el mensaje. Si no puedo

tener su atención completa, encontraré maneras de mantenerme en su mente.
Una sonrisa amarga se escapa de mis labios. Nunca pensé que llegaría el día en que estaría planeando y tramando para captar la atención de Aurora. Siempre la tuve mirándome con ojos de admiración, sus ojos avellana llenos de amor, pero ahora, lo máximo que consigo es una mirada fugaz.
Me froto la frente para aliviar el estrés y guardo el teléfono en mi bolsillo. Tengo cosas importantes que hacer, pero lo único en lo que puedo pensar es en ella... en su sonrisa... en sus palabras... en cómo se expresó hoy.
Más tarde, por la noche, estoy despierto, mirando al techo. Nunca la he echado tanto de menos. Cada vez que cierro los ojos para dormir, lo único que veo es su rostro. Pero ya no es la chica que conocía, y no tengo ni idea de cómo decir adiós. Olvídalo. No quiero decir adiós.

A la mañana siguiente, con ojeras bajo mis ojos, me encuentro caminando por el edificio donde se celebra la conferencia. He tratado con varias mujeres de negocios duras en mi vida, pero con Aurora, todo es distinto.
Entro en la sala de conferencias donde el equipo se reúne para otra reunión de seguimiento. Al entrar, veo a Aurora, sentada en la segunda silla del frente, hojeando unos informes.
De algún modo, levanta la mirada al entrar yo, con una expresión inescrutable. Asiento con la cabeza al resto de los miembros del equipo, tomo mi asiento y la miro una vez más, pero ella ya ha vuelto su atención a los papeles que tiene delante.
La reunión avanza, pero mi atención sigue volviendo a ella, y soy dolorosamente consciente de cada movimiento que hace y cada mirada que lanza al proyector. Me pregunto cómo puede estar tan concentrada.
Cuando la reunión termina, me levanto y camino hacia ella. Debemos tener una conversación, le apetezca o no. Yo la traje a este viaje, y ahora me está ignorando.

Sus ojos están clavados en los documentos que tiene delante mientras recoge sus cosas.
—Aurora —digo con calma, aunque por dentro mis pensamientos son un caos.
Ella levanta la mirada, con el rostro impasible, y arquea una ceja. —¿Sí?
Me detengo, sin saber qué decirle. Quiero decirle que he estado pensando en ella y que lamento cómo han resultado las cosas entre nosotros, pero no lo hago.
—Te veré más tarde, ¿vale?
Ella frunce los labios, inclinando la cabeza, mirándome fijamente. —¿Por qué?
Una cosa es que sé muy bien que ella no está insensible. De repente se le da bien ocultar sus emociones, pero yo no estoy ciego, y puedo ver cómo sus dedos aprietan el boli sobre la mesa.
—Vinimos juntos aquí, y desde entonces, no has hecho más que evitarme —.
—Estoy ocupada —me corta—. No tengo tiempo para esto.
—Siéntate —le digo, señalando con la cabeza la silla a su lado.
Ella se sienta, con la espalda recta, pero se niega a mirarme.
—¿Qué quieres, Lucien? —pregunta, como si no supiera por qué quiero hablar con ella.
—Sabes por qué estamos aquí. No es solo por negocios. Lo sabes —.
Odio estar diciendo esto, pero tengo que sacármelo del pecho.
Ella me fulmina con la mirada, estrechando los ojos con fastidio. —¿Otra vez esto? —Su voz está tensa, ese tipo de tensión que proviene de meses de frustración acumulada—. Lucien, ya te lo dije antes, estamos aquí por negocios. Has dejado claro lo que piensas de mí, y no voy a permitir que eso afecte a nuestro trabajo.
Trago saliva con dificultad, y mi garganta se contrae. Quiero decirle que está equivocada, pero no puedo.
Aurora se levanta y no me mira mientras pasa a mi lado con su bolso colgado del hombro, dirigiéndose hacia la puerta. La puerta se cierra con un clic tras ella, y de nuevo estoy solo.
Ojalá pudiera volver con ella. Ojalá me perdonara y pudiéramos empezar de nuevo. Pero ahora sé que no es tan sencillo. La he

herido, y ahora se ha ido para siempre.
Espero que no, porque seguiría intentándolo.
Poco a poco me estoy cansando de que me dé la espalda cada vez que lo intento.

CAPÍTULO NUEVE

Aurora

El sonido de la música resuena por todo el salón de baile, que está lleno de risas y el tintineo de las copas.
La mano de Damon sostiene mi cintura mientras nos movemos al ritmo de la música. Su agarre es firme, guiándome por la pista de baile, y su aliento caliente roza mi oreja. Su colonia es masculina y llena mi nariz mientras me apoyo en su brazo.
A diferencia de otras personas que entran y salen de mi vida, la presencia de Damon resulta reconfortante, como si pudiera confiar en que se quedará.
Y, sin embargo, a pesar de la comodidad que siento, hay algo que falta. Una parte de mí se siente fuera de lugar, como si estuviera fingiendo ser feliz, forzando la felicidad sobre mí misma, y no me gusta.
Cuando concluyó la conferencia, no perdí el tiempo en reservar el próximo vuelo a Phoenix, y después de eso, hice un esfuerzo consciente por reducir cada interacción con él a rápidos mensajes de texto y correos electrónicos, bloqueando todos sus intentos de verme.
Me he dicho a mí misma que es porque no lo soporto, y que su presencia me produce náuseas, pero ahora estoy en lo que se supone que es mi evento anual favorito con el hombre con el que debería estar enamorada, y aun así no puedo obligarme a estar presente y disfrutar de la noche.
Quizás sea el estilo de vida caro que veo en este baile o el hecho de que la atención de los invitados esté puesta en mí de una manera que no estoy segura de merecer, pero aún así no puedo quitarme la sensación de que algo está mal. Me he sentido así desde el primer día en que me encontré con Lucien en el restaurante, como si estuviera al borde de un precipicio y no tuviera ni idea de lo que podría pasar en el próximo minuto.
De repente, los pelos de mi nuca se erizan. Es esa sensación, la que conozco demasiado bien. Es una de las señales que recibo antes de

que él me honre con su presencia. Lucien está aquí.
—Estás distraída —murmura Damon.
Sacudo la cabeza, forzando una risa. —Estoy bien.
Damon me estudia, pero no insiste en interrogarme. En cambio, me atrae más hacia él, apretando los dedos alrededor de mi cintura, el calor de su cuerpo traspasando mi vestido. Debería sentirme segura en sus brazos, pero no es así.
Puedo sentir sus ojos recorriendo mi cuerpo, pero no me doy la vuelta, y mi corazón late más rápido.
Manteniendo la mirada fija en Damon, espero en silencio que mi cuerpo permanezca relajado. Tengo que fingir que no siento que él me está mirando.
Justo entonces, una mano agarra mi muñeca, apretándola con fuerza. Todo mi cuerpo se estremece, y un gemido se escapa de mis labios.
Damon deja de moverse mientras su agarre en mi cintura se tensa.
—Suéltala —dice con voz baja y peligrosa.
Lucien no dice nada. Su mirada recorre mi cuerpo, y de repente, parece que el salón de baile se desvanece. La música se vuelve baja, y las voces de la multitud se silencian. Solo somos él y yo contra el mundo.
—Necesito hablar contigo —responde, sin dirigirle a Damon ni una mirada.
El brazo de Damon alrededor de mí se tensa mientras me acerca más a él, intentando sacarme del agarre de Lucien. —He dicho que la sueltes —afirmó con firmeza.
—Y yo te sugiero que no te metas en esto. Si la señorita quiere que la suelte, estoy seguro de que puede hablar por sí misma —los ojos de Lucien no se apartan de los míos, y noto que un pequeño público comienza a formarse a nuestro alrededor.
—¿Señorita? —Damon esboza una mueca de desprecio—. Si así es como tratas a las mujeres que consideras señoritas, no quiero ver cómo tratas a aquellas por las que no tienes ningún respeto —sus ojos se endurecen de una manera que nunca antes había visto—. Claramente, nadie te ha enseñado una lección sobre el respeto, pero

si no la sueltas ahora mismo, estaré encantado de enseñarte una cosa o dos.
El ambiente en el salón cambia mientras los hombres se enfrascan en una intensa mirada de desafío, ninguno de ellos cede. Los ojos azules de Lucien reflejan furia, mientras que los de Damon destilan pura animosidad. La energía entre ellos es tan frágil como una bomba, y no tengo ninguna duda de que basta una sola respiración para desencadenar un caos total.
No conozco las habilidades de lucha de Damon. Siempre ha sido dulce conmigo, pero he visto pelear a Lucien, y sé lo despiadado que puede llegar a ser. No estoy segura de querer ser responsable del daño que puedan causar.
Abro la boca para intentar disipar la tensión, pero Lucien se me adelanta, con su voz impregnada de veneno. —No tomo las amenazas a la ligera. Esta será tu última advertencia para que dejes de merodear alrededor de mi mujer.
—No soy tu mujer —aclaro sin perder tiempo, pero Lucien simplemente continúa como si no hubiera dicho nada.
—Tú te irás de aquí, irás a hacer de héroe en otro lugar y nunca más aparecerás con tu fea cara por aquí. —¿O qué? —Damon da un paso adelante—. ¿Qué podría hacerme un debilucho cuya única forma de llamar la atención de una mujer es imponerse sobre ella?
—Los dos, basta ya con esta locura —susurro gritando, incapaz de levantar la cabeza para enfrentar las miradas inquisitivas del público —. ¿Qué os ha pasado?
Mi pregunta va dirigida a Damon. Sé que a Lucien no le importa un comino el público, pero Damon siempre ha sido tranquilo y sereno, y ver cómo deja que Lucien saque este lado de él es un poco decepcionante.
Su mirada se suaviza, y también su agarre alrededor de mí. —Lo siento. ¿Qué tal si damos por terminada esta noche y nos vamos? Te lo compensaré, lo prometo.
—No te vas con él, Rora —las palabras de Lucien caen con un tono de finalidad, y no tengo ninguna duda de que llevará esto hasta el final.
Damon respira hondo. —Aurora, no tienes que ir con él...

—Está bien, Damon. Puedo cuidar de mí misma.
—No tienes que dejar que se salga siempre con la suya. Él se aprovecha de tu naturaleza pacífica y de tu odio a la atención negativa para seguir metiéndose en tu vida.
Cierro los ojos, tomando una profunda inspiración para calmarme. Damon tiene razón. Lucien ha estado poniéndome deliberadamente en situaciones difíciles, pero él no conoce a Lucien como yo. Sus palabras no son amenazas ni promesas vacías. No se echará atrás hasta que salga de este salón con él, y conozco lo suficiente esta organización como para entender que si arruino esto tan mal, no seré invitada a las próximas cenas. Mi lista de clientes se verá afectada.
Levanto una mano, deteniéndolo. —Está bien —agarro el dobladillo de mi vestido fluido.
Damon se tensa. —Aurora —dice, cogiendo mis manos entre las suyas de nuevo.
—He dicho que está bien —repito, con voz firme.
Mis palabras son cortantes, autoritarias, y más altas de lo que pretendo. La mano de Damon se afloja alrededor de la mía, sus dedos se cierran en un puño, pero no discute más.
Da un paso atrás con una sonrisa tensa dibujada en su rostro, inclinándose levemente. —Por supuesto, Lucien es ese tipo —dice, su voz cargada de ira, las orejas enrojecidas.
Ojalá pudiera explicarme más, pero la situación no da cabida a eso. Además, conozco a Lucien. No parará hasta que ceda, y no estoy de humor para convertirme en el tema candente de la industria financiera.
Lucien no espera a que Damon se vaya antes de que su mano alcance mi cintura, atrayéndome hacia él. Esta vez, no está pidiendo permiso. Su acción es la herramienta definitiva que tiene.
Mi respiración se atasca en mi garganta, y me aparto antes de que mi cuerpo pueda tomar el control. —¿Qué estás haciendo? —No hago ningún intento por ocultar la furia en mi voz. No puede seguir imponiéndose en mi vida y poniéndome en situaciones difíciles.
—Sabes perfectamente lo que estoy haciendo, Aurora —gruñe Lucien, su voz baja y ronca. Me tira, y prácticamente corro a su lado

hacia la esquina del salón de baile. La multitud se abre como el mar para dejarnos pasar.
—Lucien —digo con brusquedad, mi pulso acelerándose—. Para. No voy a hacer esto. No esta noche. No contigo.
—No te voy a dejar, Aurora —dice, su agarre apretándose alrededor de mi muñeca, cogiendo mi hombro—. No esta noche. No cuando tenemos asuntos pendientes.
Casi le creo, porque ¿de dónde viene ese tirón familiar en mi pecho? El que hace que mi corazón duela cuando pienso en lo que una vez tuvimos.
—Nunca quise hacerte daño, Aurora —dice, su voz más suave ahora, casi suplicante—. Tienes que creerme. No era lo que pretendía.
—Entonces, ¿qué pretendías, Lucien? —Mi voz se quiebra un poco, pero la aclaro, culpando al alcohol que corre por mis venas. Quizá me dejé llevar por las conversaciones y tomé una copa o dos por encima de mi límite habitual—. ¿Para qué fue todo? ¿Tu matrimonio? ¿Tus mentiras? ¿Era todo parte de tu plan? ¿Para deshonrarme?
La mandíbula de Lucien se tensa. —No puedo creer que hayas venido con él.
Suelto una risa burlona. Por supuesto, ignora el tema principal y se centra en el que no le conviene.
—Eso no responde a mi pregunta, Lucien. ¿Para qué fue todo?
Se detiene, sus ojos buscando brevemente los míos antes de coger mi mano y dirigirse hacia las puertas dobles que llevan al balcón.
—¿Qué crees que estás haciendo?
—Me hiciste una pregunta, y tengo la intención de responderla, pero no puedo hacerlo aquí, no con todas las miradas puestas en nosotros —dice. Aprovecho el momento para escanear la sala, y, tal como dijo, gran parte de la multitud ha vuelto poco a poco a sus asuntos, pero no me pierdo a los curiosos y sus miradas persistentes.
Él me lleva escaleras arriba y finalmente llegamos a la azotea. Una vez lejos de miradas indiscretas, arranco mi mano de su agarre y me giro para enfrentarme a él, agarrándome a la pared cercana para mantener el equilibrio. Maldito vino tinto —¿Qué diablos te pasa?

¿Por qué te importa tanto mi vida y con quién me relaciono? ¡Me dejaste por otra mujer!—
Él da unos pasos adelante, con los ojos ardiendo intensamente. —No perteneces con Damon.—
—No pertenezco contigo.— Le respondo de inmediato.
Él se estremece, apretando los labios en una línea fina. —Todos estos años, te he buscado, Aurora.—
Cruzo los brazos. —No lo suficiente. Si lo hubieras hecho, me habrías encontrado porque estoy aquí. No desaparecí de la faz de la tierra. ¿Cómo esperas que me crea toda esta basura que estás soltando?—
Sus fosas nasales se dilatan. —Nunca dejé de buscarte, Aurora. No hubo un día en el que no lo hiciera.—
Siento cómo el muro que he construido alrededor de mi corazón comienza a agrietarse. De repente, siento el impulso de creerle. Quiero dejar que me abrace y borre todo lo que ha pasado. Pero no puedo, y no lo haré.
Odio sentirme así.
Levanto la barbilla. —Eso es un poco difícil de creer, teniendo en cuenta que me viste irme.— Sé que no debería estar alimentando esta conversación. Debería terminarla aquí e irme a casa mientras aún tengo tiempo.
Mi loba se agita con desaprobación. No la culpo. Solo trata de entender por qué su compañero sería tan cruel, y su necesidad de una explicación coincide con mi necesidad de claridad.
Lucien exhala, bajando la voz. —Mi matrimonio con Selene nunca fue real. Fue una farsa política... un negocio. Tú eras lo único real que he tenido.—
Mi pecho se oprime. —Creí que ya había dejado claro que no necesito tus disculpas—, digo con dureza. —Tampoco te necesito a ti.—
Él no se mueve.
Quiero gritarle y decirle cuánto me ha lastimado y cómo ha arruinado mi vida. Pero en lugar de eso, me doy la vuelta y me alejo de él, saliendo al otro lado de la azotea. Necesito distancia para estar lejos de él. No puedo pensar con él tan cerca, especialmente no cuando mi loba me está instando a escucharlo.

Las lágrimas me pican en los ojos. Respira hondo, intentando detener el llanto. Diosa, odio lo débil que este hombre me hace sentir. Odio cómo basta una mirada suya, un roce de piel, y su aliento en mis mejillas para tambalear los cimientos de un muro que construí durante años con mis lágrimas y dolor. No necesito esto. Pronto, escucho los pasos de Lucien detrás de mí, pero no me doy la vuelta.
—Dame otra oportunidad y lo arreglaré. Lo haré. Te lo prometo, Aurora.—
Sacudo la cabeza, mi voz apenas un susurro. —No hay nada que arreglar, Lucien.—
—No puedo perderte de nuevo, Aurora.— Se acerca, su voz cargada de emoción mientras me abraza por detrás.
Me libero de sus brazos, deseando gritarle que me deje en paz, que nunca más me toque.
No tiene derecho a decirme esas cosas.
—No puedes hacer esto —susurro.
Lucien me rodea los hombros con sus brazos y me da la vuelta. Me sostiene la mandíbula con sus manos. —¿Hacer qué?
—Jugar conmigo —digo con un hipo.
Esboza una sonrisa burlona. —No tengo que jugar contigo, cariño. —Sus dedos acarician lentamente mi mejilla. —Todavía lo sientes, ¿verdad?
Un escalofrío recorre mi cuerpo, y agarro su muñeca, alejándola. —No.
Sus ojos azules se oscurecen. —¿Cuánto tiempo crees que podrás reprimirlo o ignorarlo?
—Lo he reprimido, Lucien —digo, apretando los dientes. —Sobreviví durante años.
Él exhala, sacudiendo la cabeza. —Lo siento.
Parpadeo. Lucien nunca se disculpa, pero la cantidad de veces que lo ha hecho me desconcierta. ¿Es real?
Sus manos se cierran en puños. —Lo siento —dice con voz ronca. Su mano se acerca a mí, pero yo doy un paso atrás, con el corazón acelerado. —Debería haber luchado por ti.
Trago saliva con dificultad.

—Deberías haberlo hecho, pero no luchaste por mí, Lucien —susurro, sacudiendo la cabeza y conteniendo las lágrimas. —Me dejaste cuando más te necesitaba.
Lucien mete la mano en su bolsillo, saca un frasco de alcohol. Siempre tuvo la costumbre de llevar un pequeño frasco en el bolsillo de su traje. Solíamos bromear sobre cómo depende del alcohol para sobrellevar las incómodas reuniones sociales de la manada. Destapa el frasco, lo inclina hacia atrás, y el intenso olor a whisky llena el aire.
Traga con dificultad, con los ojos cerrados, y luego me lo ofrece. Sacudo la cabeza. Ya tengo suficiente alcohol corriendo por mis venas. Un sorbo más sería el clavo en mi ataúd. Cuando no cojo el frasco, sus labios se curvan en una sonrisa burlona, y da otro trago, manteniendo la mirada fija en mí. Me veo obligada a observar cómo el alcohol desciende por su garganta. La mueca en su rostro, el movimiento de su nuez de Adán, cada gesto se vuelve de repente más intenso y sensual.
¿Qué estás haciendo, Aurora?
Me aclaro la garganta e intento distraerme con una conversación. —¿Has estado bebiendo?
—¿Cuentan los cócteles?
—Lo digo en serio, Lucien. Si has estado bebiendo, no creo que debamos tener esta conversación. Necesitas irte a casa.
—Pero odio que él te toque. —Da un paso más cerca, descartando descuidadamente su frasco a un lado. —Odio que su olor aún se quede en ti. Demonios, Rora, odio la idea de que estés con otro hombre. Iba a esperar y actuar cuando se fuera, pero sus manos se envolvieron alrededor de tu cintura de una manera que solo las mías deberían, y te vi mirarlo de una forma en que no me has mirado en mucho tiempo, y no pude soportarlo más.
A pesar de estar en el espacio abierto de la azotea, me encuentro completamente sin aire. Un calor que no tiene nada que ver con el vino en mi cuerpo se extiende por mí. Mi garganta se siente demasiado tensa para inhalar, y mi cuerpo pica por la conciencia de todo.

Me obligo a decir algo, a decirle que ha pasado tanto tiempo y que he seguido adelante, pero no consigo articular las palabras. Me quedo inmóvil, tragando saliva como una presa ansiosa mientras él se acerca lentamente. Cada uno de sus movimientos está cargado de intención.
Finalmente, Lucien se detiene frente a mí. Me tiene justo donde me quiere, y no lo detengo. Debería detenerlo. Mi mente está confusa mientras mi vista se nubla.
Sus manos rodean mi cintura, acercándome a él. —Aurora —susurra en mi rostro, abriendo mis ojos.
Lo odio tanto, pero mi cuerpo recuerda la sensación. Sus labios chocan contra los míos, reclamándome y explorando mi boca con su lengua ardiente.
Ladeo la cabeza, respondiendo a sus intensos besos mientras su lengua entra y sale de mi boca. Un gemido agudo escapa de mí —¡Mmmph!—, pero no me aparto.
Las lágrimas que intento contener resbalan por mi rostro, y Lucien se separa, secándolas con su pulgar.
—Ahora estoy aquí —dice, colocando suaves y húmedos besos que descienden por mi cuello y pecho.
Todos los años de anhelo, nostalgia y rabia colisionan, y me aferro a su camisa, acercándolo más y con más fuerza.
Lucien gruñe, su voz dominante y cruda, sus manos se deslizan hacia abajo, agarrando mis muslos mientras me levanta, y yo enlazo mis piernas alrededor de él.
A través de la suave iluminación de la luz plateada que se filtra en el espacio, alcanzo a vislumbrar sus ojos, oscuros y cargados de tanta lujuria que me veo obligada a apartar la mirada. Estoy segura de que si me mirara en el espejo, estaría reflejando su expresión.
Él gira, y mi espalda choca contra la fría pared de piedra mientras su boca devora cada parte de mí: mis labios, ojos, nariz, frente, mandíbula, garganta y pecho.
Arqueo la cintura, sintiendo el calor recorriéndome. El whisky lo empeora, volviéndome loca. Sus manos agarran mis caderas, fuertes y exigentes, sus dedos presionan profundamente como si tuviera miedo de que me escape.

Mi cuerpo arde, mi corazón late con fuerza en mi oído, y cada contacto y respiración entre nosotros es puro fuego.
—Eres mía —gruñe, con voz áspera.
Quiero protestar y decirle que perdió el derecho a reclamarme hace mucho tiempo. Pero cuando sus manos se deslizan por mis muslos y abre mis piernas contra la fría pared, mi cuerpo me traiciona, y el gemido lascivo que escapa de mi boca es casi vergonzoso.
Su boca vuelve a chocar contra la mía, reclamándome, sus dientes rozan mi labio inferior como si estuviera castigándome y adorándome al mismo tiempo.
—No tienes idea, Aurora —susurra entre besos, su voz temblorosa en gruñidos escapados—. Cuánto he extrañado esto… Te he extrañado tanto.
Un gemido se acumula en mi garganta, pero lo contengo, mis manos arañan su camisa, desesperadamente tirando de los botones. La necesidad de sentir su piel sobre la mía casi me vuelve loca.
Él quita la tela de encima de su cabeza, y el aire fresco golpea mi piel desnuda y mi pezón endurecido. Como si no fuera suficiente, levanta mi vestido, sus dedos acarician mis muslos desnudos antes de agarrar mi trasero y levantarme.
Enrosco mis piernas alrededor de su cintura mientras su dureza presiona mis muslos doloridos. Puedo sentirla a pesar de sus pantalones y mis bragas.
En este momento, me doy cuenta de cuánto lo necesito y lo deseo.
Su respiración tiembla mientras gime, con la frente apoyada contra la mía. —Eres todo lo que siempre he deseado —murmura. Sus labios rozan mi oreja, y yo me estremezco.
Cierro los ojos con fuerza, permitiéndome ahogarme en el momento, a pesar de que no le creo, a pesar de que ya estaba dentro de mi alma.
Sus dedos se deslizan dentro de mi coño húmedo, empapado y desesperado. —Joder —jadea, gimiendo—. Ya estás mojada por mí.
Un suave gemido escapa de mis labios mientras sus dedos juegan, rodean y presionan la parte superior de mi coño.
Agarro su muñeca, jadeando entre lágrimas. —Lucien...

Sus ojos arden al mirarme, hambrientos y listos para devorarme. —Dime que pare —susurra—. Dímelo, y te juro que lo haré, Aurora.
Me quedo callada y arqueo mi coño contra su bulto presionante, mi cuerpo suplicando más. Y eso es todo lo que él necesita saber.
Obviamente, esta es la peor idea, pero no tengo el lujo de la lógica y el pensamiento racional. Todo en lo que puedo concentrarme es en lo fuertemente que mi coño se apretaba, necesitándolo.
Lucien me arranca las bragas, el material se rasga bajo su fuerza, y se baja los pantalones, liberando su polla. El grueso miembro golpea mis muslos, enviando una oleada de deliciosa anticipación a través de mí.
Jadeo cuando lo siento en mis pliegues, frotando desde la hendidura hasta el clítoris, esparciendo mi humedad por todo mi coño, provocándome y burlándose hasta que mi visión se nubla por la necesidad y mis ojos se vuelven hacia atrás.
—Mírame —exige, con la voz ronca y la mandíbula tan apretada que no puedo evitar pensar que podría romperse.
—Te necesito —susurra en mi oído—. Te necesito de verdad, Rora.
Suena como un lunático depravado, y me avergüenza admitir que el sonido de su voz envía una nueva oleada de escalofríos por mi espalda, haciendo que mis paredes se contraigan rítmicamente.
Lucien no pierde tiempo y levanta mi trasero, empujándome con fuerza y arrancándome un grito de placer de la garganta. Mis dedos se clavan en sus hombros mientras mi cuerpo lo acoge todo. Un dolor sordo estira mis paredes mientras lucho por adaptarme a su tamaño. Han pasado años desde que sentí esto.
Lucien gime, dejando caer la cabeza sobre mi hombro mientras entrelaza sus dedos en mi pelo. —Joder, estás tan apretada.
Se relaja al principio, sin moverse, simplemente enterrándose completamente dentro de mí, dándome tiempo para ajustarme a él.
—Di mi nombre —gruñe.
Me estremezco, y cortos jadeos escapan de mis labios. —Lucien.
—Otra vez.
—Luc... —El resto de su nombre se mezcla con un gemido ahogado mientras comienza a moverse dentro de mí. Lento y constante al

principio, sacándose por completo antes de empujar de nuevo, más profundo y más fuerte.
Mi cuerpo se tensa y se contrae, necesitando más con cada embestida profunda mientras él agarra mis muslos, abriéndome más de lo que puedo soportar, sus empujones cada vez más rápidos y bruscos.
Él gruñe. —Eres mía, Aurora. No perteneces a nadie más que a mí y solo a mí.
Araño su espalda, ayudando levantando mis caderas para contener sus embestidas. —Tú... me... dejarás... ir... de nuevo —jadeo, cada palabra interrumpida por el choque de nuestra piel.
Lucien gruñe. —Por encima de mi cadáver. —Sella su promesa con una embestida fuerte, empujándome más profundo contra la pared.
Su mano se desliza entre nosotros, sus dedos encuentran mi clítoris hinchado y frotan círculos al ritmo de sus fuertes empujones.
Mi visión se nubla mientras aprieto los dientes, y mis músculos se tensan ahí abajo. Lo siento. Estoy tan cerca, y él lo sabe.
Él aprieta su frente contra la mía, reclamando mis labios de nuevo. —Te quiero tanto —susurra, su voz quebrada mientras se clava en mí tan fuerte y profundo que siento su longitud en mi estómago.
Mis uñas arañan su espalda mientras me deshago, exploto, mi cuerpo convulsiona alrededor de él.
Lucien maldice mientras su agarre en mis caderas se tensa, hundiéndose profundamente. —¡Au...ro...raaaa! —gruñe, mi nombre escapa mientras él estalla dentro de mí.
Permanecemos en esa posición, jadeando y temblando, mientras seguimos enredados en los brazos del otro.

CAPÍTULO DIEZ

Aurora

Me despierto con la luz del sol entrando por la ventana de mi dormitorio. No recuerdo cómo llegué aquí. Mi último recuerdo consciente es de mí acostada en los brazos de Lucien en la azotea mientras sus dedos acariciaban mi cabello. Me envuelvo más en las sábanas para eliminar el tacto fantasma que recorre mi piel, pero no ayuda. Todavía puedo sentirlo, sus manos en mi piel, su olor en mi palma y su aliento en mi cuello.

Eso permaneció en mi piel, en mi cabello, y de alguna manera se infiltró en mis sábanas, provocando que mi estómago se revolviera. Su voz susurraba cosas que me niego a recordar porque, ¿por qué permití que eso sucediera en primer lugar?

Cierro los ojos con fuerza, sin permitir que nada de esto tenga sentido para mí. Pero los recuerdos pasan por mi mente, sus manos en mi cuerpo, su boca reclamando mis labios, la forma en que me adora... la forma en que le permití tenerme como quiso.

Mis uñas se clavan en las palmas de mis manos. Todo fue un error, uno que debería haber detenido, pero dejé que sucediera.

Fijo la mirada en el techo sobre mí mientras intento ignorar el picor en mis dedos que me insta a alcanzar el móvil. Pero sé que hacerlo solo me devolverá a su mundo, el mundo en el que ya no quiero pertenecer.

Incluso después de todo lo que sucedió anoche, sé algo con certeza, y es que no puedo perdonarlo... Nunca.

Aparto las sábanas y me pongo de pie, envolviéndome bien con el albornoz. Mis piernas se sienten débiles. Mi piel está demasiado sensible. Mis pensamientos son demasiado fuertes, y cada movimiento que hago me recuerda cómo me estiró.

Suena el timbre, y me llevo la mano al pecho, calmando mi latido cardíaco errático. No espero a nadie, pero algo me dice que sé exactamente a quién encontraré detrás de la puerta.

La curiosidad y su prima lejana, la estupidez, toman mi mano una vez más y me llevan a la puerta, obligando a mis dedos a agarrar el

pomo y a abrirla sin confirmar el rostro que hay detrás y teniendo todas las razones para no dejarlo entrar.
Lucien se apoya en el marco de la puerta, con las manos en los bolsillos, y sus ojos fijos en los míos. Mi corazón golpea contra mis costillas al verlo.
Parece que no ha dormido porque su corbata está suelta y su cabello un poco despeinado, como si hubiera pasado la noche inquieto o en un club. Me pregunto si anoche lo destrozó tanto como a mí.
—Aurora —dice con voz ronca.
Agarro el pomo con más fuerza. —Tienes que irte.
Su mandíbula se tensa, mirándome como si realmente necesitara hablar conmigo, pero yo ya he terminado con él. —Tenemos que hablar.
—No hay nada de qué hablar. —Echo una mirada rápida por encima de mi hombro. En cualquier momento, Ronan estará despierto y correteando por la casa. Cada momento que pasa aquí supone más problemas para mí.
—¿Después de lo que sucedió anoche? —Su mirada se oscurece. —No me lo creo.
Empujo la puerta para cerrársela porque no estaba lista para intercambiar palabras con él. Pero él atrapa la puerta con la mano y me detiene.
—No puedes simplemente fingir que anoche no sucedió —insiste.
Suelto una risa aguda y amarga. —Mírame actuar como si nunca hubiera pasado.
Lucien se acerca, su presencia demasiado abrumadora. —No fue solo sexo, Aurora. Hicimos el amor.
Siento que el calor sube a mis mejillas, haciendo que me ruborice y mi respiración se vuelva superficial.
Sacudo la cabeza. —Lo siento, pero para mí no fue más que eso. Una noche de pasión. Deberías saber cómo funciona este mundo. Buena música, comida deliciosa, alcohol de calidad y tienes la receta perfecta para el sexo. No seas ingenuo.
La mentira me quema al salir de mi lengua, pero prefiero ser una mentirosa antes que dejar que él vea cuánto me está afectando.

Su mano se aprieta en el marco de la puerta. —Entonces mírame a los ojos y dime que no sentiste nada. ¿Cómo puedes llamar una noche de pasión al amor que compartimos, Aurora?
Abro la boca, pero no me salen las palabras.
Lucien exhala, suavizando su voz. —No me importa lo que pienses porque te quiero.
Mi estómago se retuerce al escuchar sus palabras. Sigo diciéndole que no tiene derecho a decirme esa palabra. —No me quieres, Lucien —susurro—. Quieres la idea que tienes de mí, esa amante incondicional a la que dejaste ir.
Su expresión se endurece. —No voy a permitir que eso vuelva a ocurrir.
Trago saliva. Esto no es lo que quiero escuchar. Sacudiendo la cabeza, doy un paso atrás. —Ya me perdiste, Lucien. —Luego, cierro la puerta de golpe en su cara.
Me dirijo directamente a la ducha y me doy el baño más largo que he tenido en toda mi vida. Frotando mi piel con fuerza con la esperanza de eliminar cada marca suya y cada aroma. No le pertenezco, y nunca lo haré.
Inmediatamente después de ponerme el vestido, un golpe en la puerta capta mi atención. Sintiéndome más segura que antes, me acerco y la abro para decirle a Lucien lo que pienso, pero me encuentro con Damon.
He estado tan inmersa en un pozo del tamaño de Lucien Ravenclaw que me olvidé por completo de Damon y de cómo dejé las cosas entre nosotros.
Trago la decepción que me atasca la garganta y fuerzo una sonrisa educada.
—Hola, me preocupaba que pudiera despertarte —su voz es suave, del tipo que siempre me hace sentir segura.
—No pasa nada. Llevo un rato despierta. —Me siento y me froto la cara, dejándome caer en el sofá, tratando de sacudirme los recuerdos y emociones que aún revolotean dentro de mí.
Damon me tiende una taza de café. —Pensé que podrías necesitar esto.

Asiento, alcanzando la taza. —Gracias —murmuro, mi voz apenas un susurro.
Quiero contarle todo sobre anoche, sobre Lucien y cómo me siento, pero de alguna manera siento que no debería. Damon no conoce toda la historia, y no estoy segura de estar lista para sentarme a contárselo todo.
—¿Cómo estás llevándolo? —pregunta Damon, sentándose a mi lado.
—Estoy bien. —Fuerzo una sonrisa que apenas llega a mis ojos. —Solo estoy muy cansada.
Me lanza una mirada comprensiva. —No tienes que ocultármelo. Aurora, sé que todavía estás luchando con Lucien.
Me quedo helada al mencionar su nombre. Lucien. Mi mente da vueltas, y siento que esa vieja ira que guardo bajo llave se remueve dentro de mí.
—No estoy ocultando nada —respondo rápidamente, quizás demasiado rápido. —Solo estoy... intentando superarlo. Necesito centrarme en mí misma ahora y no permitir nada que me haga recordar lo que pasó entre nosotros.
Damon me observa durante un largo momento, con el ceño fruncido. Sabe que estoy mintiendo, pero no puede hacer nada al respecto.
—Lo entiendo. Estás dejando que él te afecte —su voz es suave—. Pero si necesitas hablar con alguien o si quieres una distracción, estoy aquí. Lo sabes, ¿verdad?
—No es así —le sostengo la mirada—. Gracias, Damon. Lo tendré en cuenta. —Paso un dedo por el borde de mi taza, mirando el líquido que gira en su interior mientras doy un sorbo.
—No tienes que dejar que te controle —insiste—. Tienes una vida fuera de él. Concéntrate en eso.
Respiro lentamente mientras Damon me observa un instante y luego se recuesta.
—Ven conmigo y con Ronan hoy. Vamos a despejar tu mente.
Dudo. La presencia de Lucien aún persiste como una sombra en mi mente. Damon tiene razón. Necesito tomar aire fresco.
—De acuerdo.

Más tarde, el parque está radiante y lleno de risas infantiles. Ronan corre delante de nosotros, sus pequeñas piernas se mueven rápido y su risa es despreocupada, como si este mundo fuera un lugar fácil para vivir.
Damon y yo caminamos detrás de él mientras entramos en un pequeño café. Suele estar abarrotado de gente, y hoy no es una excepción.
Nos acomodamos en una mesa en la esquina. Nuestra conversación se mezcla con el parloteo y las risas de otros clientes, con el suave tintineo de los cubiertos contra los platos.
Pero mientras hablamos, no puedo evitar sentir un destello de algo que me inquieta. Es esa misma sensación de ser observada. Se me eriza el vello de la nuca, y mi cuerpo siempre acierta con estas cosas. Aparto el pensamiento, diciéndome que estoy siendo paranoica y que no hay forma de que él aparezca aquí.
Justo cuando lo descarto y miro a Damon, la puerta del café se abre de golpe.
No sé por qué mis ojos se dirigen rápidamente hacia la entrada del café, mi pulso se acelera y mi estómago se revuelve en cuanto lo veo.
¿Qué hace Lucien aquí?
Aparto rápidamente la mirada para que no me vea aquí. Mis ojos se encuentran con los de Damon, y me obligo a sonreír, esperando que no mire hacia la dirección en la que está Lucien.
Damon debe de haber notado mi repentina quietud porque mira hacia allá y luego vuelve a mirarme con una expresión confusa. —¿Aurora? ¿Estás bien? —pregunta, y yo asiento.
—Aurora. —La voz de Lucien es firme, con las manos en los bolsillos mientras se acerca a mí. Su mirada está fija en mí.
En este momento, ya no quiero fingir, pues una ira repentina estalla dentro de mí.
Damon me mira. —¿Le dijiste dónde estamos? —Apoya el brazo sobre la mesa y fulmina a Lucien con la mirada.
—No, no lo hice —respondo casi de inmediato porque no hay razón para que lo hiciera, especialmente ahora. No quería volver a verlo.

No podía apartar los ojos de Lucien. Mi respiración se atasca en el pecho mientras él está ahí, justo delante de nosotros, como si hubiera sabido dónde estaría. Siento más bien que me ha estado observando.
Y sé, en el fondo, que me ha estado siguiendo. Acabo de rechazarlo, y aún así no quiere rendirse. Es exasperante. ¿Cómo se atreve a hacer eso?
Después de todo, después de cómo se fue sin pensarlo dos veces, después de cómo me trató como si fuera basura, ¿cómo se atreve a aparecer así frente a nuestro hijo?
No tengo ni idea de por qué cree que todo lo que ocurre entre nosotros puede barrerse debajo de la alfombra, como si pudiera volver a mi vida sin ninguna consecuencia.
Lucien me ha estado siguiendo, y lo odio.
Antes de que pudiera detenerme, mi voz fue cortante, atravesando el aire. —¿Qué haces aquí, Lucien? —bufé.
No se inmutó, su mirada firme, mientras metía la mano en el bolsillo.
—Intento verte —dijo con un tono demasiado calmado, como si no hubiera aparecido sin invitación.
Me levanto, acercándome a él. Mi movimiento podría parecer que voy a enfrentarme a él, pero en realidad solo estoy usando mi cuerpo como escudo para evitar que vea a Ronan.
Más que su aparición, me inquieta la presencia de Ronan. Ambos en el mismo espacio es sinónimo de desastre, y si juego bien mis cartas, tal vez pueda distraerlo para que no note al niño o, al menos, llevar esta confrontación fuera.
Lucien inclina la cabeza. —Buen día para un paseo, ¿no?
Aprieto los puños, sintiendo asco. —Me estás siguiendo.
Lucien se encoge de hombros, apoyando su peso en el pilar a su lado. —Eres difícil de evitar.
Lucien se acercó. Su presencia tiene un poder loco sobre mí, y mi corazón se acelera. Odio que aún sienta esta atracción hacia él, incluso después de todo lo que me hizo y de todo lo que hice para olvidarlo.
—Lucien —espeté—, ¿qué parte de «déjame en paz» no entiendes?

—¿Crees que voy a dejarte ir así como así, Aurora? —Su voz era peligrosa y me hizo estremecer. —¿Crees que necesito una excusa para dejarte tranquila?
—No eres tú quien decide eso —replicó Damon—. No puedes seguirla por ahí, apareciendo cuando te da la gana. No puedes volver a su vida como si no le hubieras hecho nada en el pasado. Madura, Lucien.
Miro a Damon mientras sus palabras salen de su boca como cuchillos, pero son ciertas. Lucien no tiene ningún derecho.
—Esto no es asunto tuyo —apretó el puño Lucien—. Si vas a quedarte, hazlo en silencio y no intentes interferir en nuestros asuntos.
—Nunca quise hacerte daño…
—Basta —le interrumpí, levantando la mano para detenerlo. —Solo para. No quiero oírlo.
No quería oírlo de nuevo. No podía contar cuántas veces me lo había dicho.
Se volvió hacia Damon, su mirada afilada mientras trataba de ocultar la furia que aún bullía en su interior. —Terminaste conmigo —dijo con voz tensa—. Para estar con él.
—¡Eso no es asunto tuyo, Lucien! —le advertí.
—¡Lo es! Eres mía y no puedes ser vista con otro imbécil como él.
—¿Y tú no eres un imbécil? Supongo que en alguna parte de esta búsqueda autojustificada, te ves como un príncipe azul. Noticia de última hora, Lucien. Eres el villano y nadie te quiere aquí. Vete ahora.
—Mamá —la voz de Ronan corta la tensión, y tanto mi cabeza como la de Lucien se giran hacia él al mismo tiempo. Los ojos de Lucien se abren de par en par, mientras que los míos se llenan de miedo. Debería haberlo dejado en casa con su niñera o haberlo dejado jugar con niños de su edad. Joder.
El pánico me arranca el aire de los pulmones cuando los ojos de Lucien pasan de Ronan a mí. No parece sorprendido, pero puedo detectar la pregunta que se esconde tras su mirada.
—Tenemos los mismos ojos —exclama Ronan con tanta emoción, señalando a Lucien. En ese mismo instante, veo cómo el tejido que

sostiene mi vida se rompe, y mi mundo se desmorona.

CAPÍTULO ONCE

Lucien

La habitación parece detenerse mientras permanezco de pie allí. Mi mirada firme está puesta en el niño, que no tiene más de cinco años y que me sonríe desde abajo.

Desde el color de sus ojos, la curva de su mandíbula hasta el conocido destello travieso en su mirada, todo me resulta familiar. Es como mirar una versión más joven de mí mismo, y no puedo quitarme de encima la sensación que tira de mi interior.

—¡Tenemos los mismos ojos! —exclama, afirmando lo obvio, mientras su sonrisa se ensancha. Parpadeo, mi mente es un torbellino de pensamientos.

Seguramente, si Aurora y yo tuviéramos un hijo, un niño para ser exactos, ella me lo habría hecho saber.

Levanto la vista en ese momento, encontrándome con su mirada. La pregunta en mis ojos es demasiado obvia. Pero antes de que pueda procesar mis observaciones, la voz de Aurora corta el denso silencio.

—Ronan, cariño, ¿por qué no te vas con Damon y me dais una ventaja? Yo os alcanzaré en un minuto —sus palabras parecen salir a toda prisa. Está nerviosa. Lo noto por cómo juega con el asa de su bolso de mano, algo que hace cuando está ansiosa. Es un hábito del que, en múltiples ocasiones, me burlé cuando estábamos juntos.

—Idos, vosotros dos —dice, ahuyentándolos con la voz un poco demasiado alta y forzada—, Yo... yo os alcanzaré pronto.

Siento un gruñido que se eleva en mi garganta mientras observo a Damon levantar rápidamente al niño del suelo, girándolo y provocando risas de alegría. Su risa llena el aire, aliviando momentáneamente la tensión que nos rodea.

Una ola de celos me recorre, involuntaria e irracional. Es un sentimiento que no puedo explicar del todo, una mezcla perfecta de posesividad, una necesidad primaria de protegerlo y algo más, algo más profundo.

Nuestras miradas se cruzan brevemente mientras ella se endereza el vestido, dando unos pasos educados hacia mí.

—Es ese... —comienzo, incapaz de soltar la pregunta que pesa en mi corazón.
Ella alza una ceja, la curiosidad reflejada en sus rasgos. —¿Es ese su padre? No, en absoluto. Damon y yo no llevamos tanto tiempo juntos.
Niego con la cabeza. —Esa no es mi pregunta, Rora. —Esta vez levanto la vista, sosteniendo su mirada con firmeza. —¿Es ese mi hijo?
Escondo mis manos, ahora temblorosas, en lo profundo de mis bolsillos, lejos de su vista. Recorro mi memoria, uniendo la línea de tiempo para ver si existe la más mínima posibilidad de que tenga un hijo.
Un calor recorre mi columna vertebral al pensar en la posibilidad de ser padre. Quizás esto es lo que siempre he querido. Pero ese sentimiento se ve rápidamente aplastado por la comprensión de que ella lo ha mantenido alejado de mí.
Mi ira burbujea, haciendo que apriete los puños ocultos.
Sus ojos se abren ligeramente, un destello de lo que interpreto como culpa aparece antes de que ella se ría, una carcajada forzada. —No seas ridículo, Lucien.
Pero lo veo: la forma en que sus ojos se desvían hacia el suelo y la breve pausa antes de forzar una sonrisa en su rostro. Todo eso plantea preguntas en mi mente. Además, si mis cálculos son correctos, Ronan parece haber sido concebido alrededor del tiempo en que Aurora y yo todavía nos veíamos a escondidas.
—¿Has estado alejándomelo todo este tiempo? —pregunto, con una voz más aguda de lo que pretendía.
Su expresión es inexpresiva mientras me mira, sacudiendo la cabeza como si la mera suposición fuera indigna de ella y no tuviera intención de complacerme con respuestas.
Lucho por contener mis emociones, no quiero armar un escándalo, especialmente aquí. Ella no se merece eso.
—Necesito que me des respuestas directas —respondo, con un rostro vacío de cualquier emoción que pueda sugerir algo que no sea seriedad hacia ella.

Se gira hacia mí. Su sonrisa ha desaparecido, y en su lugar hay una frialdad que ya conozco —No tienes derecho a quedarte ahí y exigirme respuestas, ya no.
Sus palabras me duelen. Sé que ella lo sabe, pero parece que no le importa lo más mínimo. O al menos, está intentando que no le importe.
Me paso los dedos por los mechones de mi cabello, apartando con cuidado los que están sueltos, un intento silencioso de calmarme. —Rora, esto es importante. Necesito saber la verdad.
Ella se burla —¿Quieres la verdad? —Su voz tiembla, pero parece no importarle—. ¡Ronan es el resultado de una noche loca que tuve con un humano después de dejar la manada!
Su respuesta me toma por sorpresa, porque esto está lejos de lo que esperaba escuchar. ¿Una noche loca? ¿En serio? Una celosía familiar recorre mi espalda una vez más, asentándose en el fondo de mi estómago, pero no le creo. La Aurora que conozco no es de las que se acuesta con cualquiera.
—¿Tú? ¿Una noche loca? Ambos sabes que no eres de comportarte así.
Ella soltó una risotada sin humor. —Prueba a que tu pareja te diga que no eres suficiente y que su padre te ofrezca dinero para mantenerte alejada, y luego regresa y dime qué crees que soy capaz de hacer y qué no. Han pasado años, Lucien, y no sabes nada de la mujer en la que me he convertido ni de las cosas que he tenido que pasar para ser ella.
Sus ojos rezuman tanta ira y desprecio que siento que mi corazón se hunde de decepción. Hasta ahora, no me había dado cuenta de cuánto había deseado que él fuera mi hijo.
Su mano se envuelve protectoramente alrededor de su pequeño cuerpo mientras continúa —¡Es mi hijo, mío! ¡Él es la razón por la que logré superar todos esos años después de tu traición! Así que no vengas aquí con suposiciones tontas, Lucien.
El par de ojos que me miran son feroces, y por un momento, siento el peso de su ira. Me quedo ahí, incapaz de decir algo más. Es una suerte que ella no haya terminado de hablar, porque yo estaba completamente en blanco.

—Eso, justo ahí —señala hacia un Damon desprevenido y el niño, que se ríen de algo—, es lo más cercano a una familia que tengo, y no permitiré que lo destruyas. Una lágrima resbala por su rostro, causando que mi corazón se apriete de dolor.
Escucharla llamarlos su familia me llena de una rabia nueva. Eso deberíamos ser nosotros, no él, pienso para mí mismo. Pero este no es el momento para mencionar eso.
La culpa me invade, una sensación a la que me estoy acostumbrando. No tengo derecho a lanzarle acusaciones como estas, ninguno en absoluto.
—Rora... lo siento. Es solo que... —me quedo callado por un momento—. Necesito saberlo. Tú, más que nadie, deberías entender eso.
La idea de tener un hijo por un momento me resultó satisfactoria, y que me lo arrebataran me dolió de alguna manera. A pesar del sorprendente parecido, no es mío. Aceptarlo es lo difícil, porque, aunque fue solo por un segundo, la posibilidad de ser su padre me llenó de una esperanza inusual.
Desesperadamente deseaba crear un vínculo con él y guiarle a través de los desafíos de la vida, como mi padre nunca hizo conmigo. Quería criarlo de maneras en las que yo no fui criado. Y no puedo negar esa otra parte de mí que brillaba ante la posibilidad de una vida con Rora. Un niño definitivamente inclinaría las cosas a mi favor.
—No necesito que lo sientas. Necesito que nos dejes en paz.
Me muerdo el labio inferior —No puedo hacer eso, no cuando acabo de encontrarte.
—No te lo estaba pidiendo, Lucien. Te lo estoy diciendo. Esto ha durado más de lo que debería. Acaba con ello. —Ella se da la vuelta para marcharse, pero se detiene tras unos pasos, girando de nuevo como si de repente recordara algo importante—. ¡Y deja de seguirme!
Sus palabras flotan a mi alrededor, resonando con una finalidad que deja poco espacio para la discusión. No digo nada mientras la veo alejarse, una sonrisa que se forma en su rostro mientras se inclina para plantar un beso en la frente de su hijo.

Él le sonríe de vuelta, sus ojos se desvían brevemente en mi dirección antes de apartar la mirada. Observo, con el corazón pesado, mientras me dejo preguntar si esta sería la vida que habríamos compartido si yo hubiera luchado por ella.
Espero a que estén completamente fuera de la vista antes de irme. No había necesidad de repetir esta desagradable situación.
Al mirar el reloj de correa de piel en mi muñeca, dejo escapar un pequeño suspiro. Es un poco más del mediodía, y si quiero llegar a la reunión de los ancianos de la manada, más me vale irme ya.
Me acomodo en mi coche, cerrando las puertas con más fuerza de la necesaria mientras conduzco de regreso a la manada.
El viaje de vuelta es silencioso, perdido en mis pensamientos, mi mente aún luchando por comprender todo.
Freno bruscamente al llegar a casa, dejando que mi mirada recorra el recinto. Hay algunos coches alrededor, clara evidencia de la presencia de los ancianos.
Me reclino aún más en el asiento, pasándome la mano por el pelo mientras suspiro. Va a ser un día aún más largo, pienso mientras me dispongo a salir del coche.
Recorro la casa con rapidez, dirigiéndome a la gran sala que siempre hemos reservado para reuniones como esta. Al escudriñar las caras presentes, noto que casi todos están sentados.
Echando una mirada rápida a mi reloj, me aclaro la garganta —Caballeros, gracias por estar aquí justo a tiempo.
Volviéndome hacia Liam, que está sentado a mi derecha, continúo —¿Alguna novedad hasta ahora?
—Nada sustancial aún, pero todos estamos atentos —responde casi al instante. Hay algo en sus ojos que hace que dude de su respuesta, pero no digo nada, al menos no ahora.
Asiento distraídamente, mi mente vagando hacia la última vez que registramos un ataque de nuestros enemigos.
—¿Puedo? —dice una voz, y me giro, asintiendo en su dirección—.
Adelante —digo, mi repentino interés ocultando mi distracción anterior.
—Tu compañera, Selene —hace una pausa, como si el resto de la frase me llegara por una especie de intervención divina.

Arqueo una ceja —¿Qué pasa con ella?
Mantiene mi mirada mientras responde —Incluso un niño puede percibir la falta de química entre vosotros. —Algunos hombres en la mesa gruñen de aprobación, y sus exclamaciones lo animan a continuar —Estamos en guerra. Este es el momento de mostrar un frente unido, ya que no podemos permitirnos parecer débiles ante nuestros enemigos.
—¿Me estás diciendo cómo debo llevar mi casa? —replico, con irritación evidente en mi voz.
—Simplemente digo que un niño mostraría un frente unido y cierta esperanza para la manada —continúa —. Cinco años sin un hijo no es una buena imagen, especialmente con las circunstancias que nos afectan.
Antes de que pueda responder, otro hombre retoma donde él lo dejó —En las últimas semanas, hemos sufrido pequeños ataques, algunos de los cuales pueden parecer insignificantes, pero sabemos lo que se avecina. —Hace una pausa para mirar brevemente alrededor, como buscando la aprobación de todos los presentes —. Es un intento evidente del Lobo Plateado de debilitarnos para luego atacar.
Me reclino más en mi asiento, con un incipiente dolor de cabeza presionando mis sienes —Ya estoy investigándolo.
—Reforzar nuestras defensas siempre ha sido una prioridad. Veremos qué más podemos hacer —dice Liam, viniendo en mi ayuda justo a tiempo.
El primer hombre niega con la cabeza —Es más que eso. —Me mira, y por un momento, sé que no voy a disfrutar escuchando su línea de pensamiento.
—Nos preguntamos si eres la persona adecuada para liderarnos, especialmente en un momento de guerra como este. —Su mirada baja hacia su palma abierta, como si algo interesante acabara de aterrizar allí —. La fuerza de una manada reside en las habilidades de su alfa. No podemos permitirnos ser...
—Les aseguro que no hay nada de qué preocuparse. Todo está en su lugar para garantizar la seguridad de la gente, y hasta ahora, parece estar funcionando.

—No dudo que todo esté en su lugar. Tu padre fue uno de los mejores alfas de la comunidad, y esperaría que te enseñara todo lo necesario. —Hace una breve pausa, su voz volviéndose más sugestiva —. Nuestro interés radica en un tema ligeramente diferente.
Ya sé de qué se trata. Tengo ganas de cortarlo de raíz ahora mismo y poner fin a la reunión, pero eso solo los animaría a volver con más fuerza. Así que le doy un suave asentimiento para que continúe —Como dije —prosigue—, tu padre te enseñó mucho, de ahí nuestra fe en ti. La gente está preocupada porque no tienes a nadie a quien transmitir tu conocimiento, de ahí el miedo a un futuro incierto.
Unos cuantos asentimientos y gruñidos de aprobación siguen sus palabras, dándole la confianza para continuar y el coraje para volverse más atrevido. No lo interrumpo.
¿Qué hay mejor que dejar que una serpiente crezca a su máxima longitud antes de cortarla?
Hago una pausa para mirar alrededor —Gracias una vez más por venir. Esta sesión ha terminado.
—En pocas palabras, nos preguntamos cuándo tú y la Luna nos daréis un heredero.
El silencio inunda la sala mientras todas las miradas se vuelven hacia mí, ansiosas, expectantes y esperando. Dejo pasar unos minutos por si alguien se siente especialmente apasionado y tiene algo nuevo que añadir —¿Eso es todo? —pregunto cuando nadie dice nada.
Unos cuantos murmullos se extienden por la sala antes de que otro hombre responda con un —sí— a una persona diferente que da la respuesta. Fue una decisión colectiva. Me guardo la observación en el bolsillo y vuelvo a prestarles atención.
—Creo que los hijos llegan en su momento, y no voy a permitir que nadie sometan a mi esposa a una presión innecesaria para que dé a luz a un heredero. Cuando sea el momento adecuado, la Diosa bendecirá a Blackwood con un heredero. Y si tienen más objeciones, discútanlas con la naturaleza —añado, lanzando una mirada silenciadora al hombre que parece prepararse para dar un discurso.
—Esta será la última vez que cualquiera de ustedes saque a relucir a mi familia para discutirla y analizarla. No lo voy a tolerar.

—La situación de la familia del alfa siempre es un tema de interés general para la manada —señala el primer hombre. Tengo que clavarme los nudillos en las palmas para controlar mi ira.
—Sí, lo es, pero solo cuando la situación está cien por ciento bajo mi control.
Sin perder el ritmo, él responde de inmediato. —¿Estás diciendo que tú y la Luna no son capaces de tener un heredero?
Un silencio mortal cae sobre la sala en el momento en que esas palabras salen de su boca, y puedo ver en sus ojos que acaba de darse cuenta de que ha cometido un grave error.
Le lanzo la mirada más dominante e intensa que puedo reunir. Él da unos pasos atrás, como si pudiera sentir el calor de mis ojos.
—Esta será la última vez que alguno de ustedes plantee este asunto a mis oídos. Ni siquiera de pasada, y si llego a escuchar un mínimo de falta de respeto hacia mi esposa, me aseguraré de que el culpable no tenga la oportunidad de pronunciar otra palabra en su vida —respiro hondo, dejando que mi mirada recorra la sala, deteniéndose en cada rostro—. ¿Queda claro?
—También está el tema de tu lobo desaparecido y la seguridad de la manada —una voz firme resuena desde el fondo. El silencio que desciende sobre la sala es casi palpable.
—Si quieren cuestionar mi capacidad para proteger a mi manada, deberían tener el valor de mostrar la cara —Sabía que este día llegaría. He estado escuchando pequeños murmullos aquí y allá. No pensé que ninguno de ellos sería lo suficientemente necio como para sacarlo a colación de esta manera, pero nunca me echo atrás ante un buen desafío.
Un hombre mayor con el pelo entrecano sale de entre la multitud. —Un alfa sin su lobo es un peligro inminente. Lo menos que puedes hacer es darle a la gente un heredero por el que ilusionarse.
Su voz es firme y no hay rastro de miedo en sus ojos. Pertenece a una de esas familias de sangre pura que se han tomado la libertad de defender los intereses de la manada.
Le levanto una ceja después de una breve evaluación. —¿Y cómo ha afectado negativamente a la manada la ausencia de mi lobo?

Abre la boca para responder, pero no le doy la oportunidad. Si hay algo que aprendí de mi padre, es que nunca le des a tu enemigo la oportunidad de manifestar sus fortalezas.
—Por lo que sé, mi beta me asegura que patrullan la frontera en todo momento. Mi esposa, una Luna capaz, se ha dedicado a entrenar a algunas mujeres para que se defiendan. Los niños pueden ir a la escuela y volver a salvo. Todos están seguros dentro de la frontera, así que, ¿de qué exactamente estás hablando?
Es prudente no responder, pero no paso por alto el tic de ira en su mandíbula inferior.
No pierdo tiempo en disolver la reunión antes de que me vea obligado a dar un ejemplo con alguno de ellos.
Mientras salen de la habitación arrastrando los pies, los susurros resuenan a nuestro alrededor. Liam y yo nos sentamos en silencio, observando a cada uno de ellos. Una vez que el último salió por la puerta, me volví hacia él: —En serio, ¿qué hay de nuevo?
Él sacude la cabeza: —Las bajas esta vez son demasiadas. Lo estamos manteniendo en secreto, pero esto terminará saliendo a la luz pronto.
Parece que quiere decir más, probablemente preguntar cómo me siento acerca del enfrentamiento, pero decide no hacerlo.
Agradezco su renuencia a sacar el tema delante de todos, pero aun así siento que mi pecho se oprime. La intención del primer anciano era obvia. Quería arrojar más luz sobre la naturaleza de mi matrimonio con Selene mientras ponía en duda mis habilidades. Puede que no entienda la situación con mi lobo. En los últimos cinco años, los sanadores no han podido encontrar una solución sostenible, solo que él se fue como resultado de un dolor intenso y el deseo de disociarse de mí. ¿Mencioné que esta condición es igualmente muy rara, y que lo único que puedo hacer es esperar?
De todas formas, no permitiré que un viejo entre en mi territorio y cuestione mi matrimonio y mi capacidad. Moriré antes de ver que eso ocurre. Este no es el momento para esto. Ya tengo a los ancianos del pack cuestionando mi capacidad para gobernarlos, y ahora más malas noticias se ciernen sobre nosotros. Respiro hondo, mi mente buscando una solución.

Necesito encontrar algo rápidamente. Noticias como esta son la pala que necesitan para enterrarme.

CAPÍTULO DOCE

Aurora

Recorro con los dedos suavemente el rostro de mi hijo, observándolo mientras duerme. Durante años, hemos estado solos hasta que Damon entró en nuestras vidas.

Mi mente divaga al azar hacia mi encuentro con Lucien hace poco y suspiro. Los nudos en mi estómago aprietan con más fuerza y el calor que suelen acompañar los recuerdos de él me invade.

Un calor sube por mi muslo, un vívido recordatorio de nuestra noche en la azotea. Cierro los ojos, intentando alejar los pensamientos mientras me inclino para dejar un beso en la frente de Ronan.

Lo observo un rato más antes de levantarme y salir, asegurándome de dejar la puerta ligeramente entreabierta.

Ahora sola, mi mente divaga por enésima vez hacia Lucien, y mientras me recojo los mechones sueltos detrás de las orejas, me pregunto cuánto de error fue aquella noche en el balcón.

Me dejé llevar por un momento de debilidad, y lo peor es que una parte de mí lo disfrutó.

Pero a pesar de todo eso, en el fondo, sé la profundidad del dolor que he alimentado todos estos años. No sé cuánto tiempo más puedo negarle a mi loba la intimidad reconfortante que viene de una pareja.

Me derrumbo sobre la cama con un suspiro profundo, buscando a ciegas mi móvil y derribando una lámpara de la mesilla.

Un gruñido de frustración escapa de mi boca mientras lucho por colocarla de nuevo en su sitio, examinándola brevemente para ver si tiene algún daño. No lo hay, por lo que puedo ver.

Vuelvo a centrar mi atención en el móvil, pasando por mis contactos hasta que encuentro el número de Katherine.

La miro mientras suena, jugueteando con un mechón de pelo, un hábito nervioso mío. Cuando descubrí que Katherine, una humana, estaba emparejada con un cambiaforma, y que aceptó el vínculo, estaba demasiado emocionada por hacerle saber que yo también formaba parte de esa comunidad.

Una amiga humana, a quien podía contarle todo sobre el mundo de los cambiaformas sin tener que filtrar los detalles, realmente hizo maravillas en mi proceso de sanación y me ayudó a seguir adelante. Hemos llegado a confiar la una en la otra en los asuntos más personales sin necesidad de secretos.
Contesta, aunque al segundo tono: —Hola.
—Soy un desastre —digo casi de inmediato, girándome para quedarme boca arriba.
—¿Pasa algo? —Su voz vuelve a sonar, con un matiz de preocupación.
—Me acosté con Lucien —me sale de golpe, y casi de inmediato siento la necesidad de añadir—: No sé en qué estaba pensando, la verdad.
El silencio se apodera de la línea durante un rato, y el vacío carcome mi conciencia. Estoy a punto de llamarla por su nombre cuando su voz vuelve a sonar a través del auricular.
—Vale... —vacila un momento, su voz tranquila y sin juzgar—, ¿y Damon?
Vuelvo a suspirar: —Me gusta, de verdad. Pero estoy tan confusa. No quiero que mi hijo se vea envuelto en medio de nada.
—¿Qué es lo que quieres? —pregunta, su voz adoptando ahora un tono serio.
Extiendo la mano y cojo una almohada, colocándola entre mis piernas y luego apoyando la cabeza en otra: —¿De ellos o de la vida en general?
La risa baja de Katherine alivia parte de la tensión que siento: —Vale, eso fue demasiado vago. ¿Qué quieres de ellos?
Su reformulación de la pregunta no la hace más fácil de responder. Así que, mientras miro al techo, con mi incertidumbre tan espesa como la niebla, me doy cuenta de cuánto he estado huyendo de dar respuestas a esa misma pregunta.
—No lo sé —mi voz es apenas un susurro ahora, pero ella no parece importarle.
—Rora —empieza—, creo que sí lo sabes. Hay una pequeña pausa en la que imagino que me está dejando reflexionar sobre lo que quiere decir antes de continuar—. Sabes lo que quieres, o en este

caso, a quién quieres. Decidir seguir en la duda es la manera en que tu cuerpo evita tomar una decisión. Has sido herida antes y ahora no confías en ti misma para tomar la elección correcta.
Me paso una mano por los mechones de mi pelo, dejando que sus palabras calen en mí.
—¿Y si realmente no lo sé? ¿Y si estoy atrapada entre ellos? ¿Entonces qué? —Contengo la respiración, preparándome para su respuesta.
Ella suspira y puedo sentir la sonrisa en su voz—: Entonces, sigue a tu corazón.
Pongo los ojos en blanco ante su respuesta. Qué típico. Claro que me dirá que siga a mi corazón. Ella siguió el suyo hasta Europa y ahora está viviendo su mejor vida. —Ya lo hice, y no terminó tan bien.
Katherine deja escapar una risita baja. —¿Cómo sabía que ibas a decir eso? Mira, te digo una cosa —dice, y puedo imaginármela cruzando las piernas y adoptando una postura más cómoda—. ¿Qué tal si esta vez solo sigues a tu corazón? Sin destino, sin poderes divinos, solo tú y tu instinto.
De algún modo, lo que dice tiene sentido. Sé que no estoy tomando una decisión ahora, pero cuando esté lista, sus palabras serán lo único que tomaré en consideración.
—Gracias —respondo finalmente, con una pequeña sonrisa asomando en las comisuras de mis labios.
—Cuando quieras.
Hablamos brevemente sobre nuestro día antes de colgar. Dejo el móvil boca abajo, mis dedos dibujan círculos en mi estómago descubierto mientras las palabras "Entonces sigue a tu corazón" resuenan en mi cabeza hasta que me quedo dormida.
****
El pitido de mi despertador me sobresalta y me despierto, gruñendo de desagrado mientras busco a tientas el dispositivo y lo apago.
Me obligo a sentarme, bostezando y soplando mechones de pelo lejos de mi cara. Mi rutina de esta mañana es sencilla. Preparar a Ronan para el día y prepararme para ir al trabajo.

Lo hago casi sin pensar, tarareando una melodía mientras preparo el desayuno y lleno la bañera. Hago una pequeña lista para la compra más tarde, ya que la nevera está casi vacía.
Una vez que está limpio y vestido, me concentro en mí misma, poniéndome la ropa que elegí la noche anterior. Me detengo ante el gran espejo, comprobando que todo esté bien, y cuando estoy satisfecha, salgo con Ronan.
Ronan quería caminar hoy —algo sobre su maestra diciéndole que aprovechara el sol de la mañana— y decidí complacerlo. El camino hasta su escuela fue corto y charlamos durante todo el trayecto. Se puso a hablar de sus amigos sin parar hasta que llegamos a nuestro destino.
Me agacho hasta su altura, en cuclillas para mirarlo a los ojos. —Intenta no meterte en líos hoy —digo, despeinándole suavemente el pelo.
Él ríe, un sonido reconfortante que me calienta por dentro. Le coloco la mochila cuidadosamente sobre ambos hombros, y mi corazón se llena de emociones mientras disfruto del momento.
—¡Adiós, mamá! —grita, agitando la mano, su emoción es evidente mientras me doy un último abrazo antes de dejarlo desaparecer con el resto de los estudiantes.
Lo observo mezclarse con los demás, el calor de su inocencia irradiando de ellos.
Cuando estoy segura de que ha entrado, me levanto, arreglo mi ropa y cambio el bolso a mi mano derecha. Hago una pausa para mirar la hora y sonrío al darme cuenta de que tengo tiempo más que suficiente para llegar pronto al trabajo.
Me dirijo en la dirección opuesta a su escuela, avanzando por las calles familiares con mi sonrisa aún intacta.
Mentalmente repaso lo que tengo que hacer en el trabajo, tomando notas mentales de cosas importantes mientras sigo avanzando.
El peso de las decisiones del día anterior se cierne sobre mí, arrancándome un suspiro bajo. Saco el móvil, escribo un mensaje a Lucien pero decido no enviarlo casi tan pronto como termino la primera frase.

Aún hay tantas cosas que no he resuelto, especialmente sobre él. Odio el efecto que sigue teniendo sobre mí, pero solo puedo culpar al hecho de que somos compañeros predestinados, y no hay forma de evitarlo.
Inspiro hondo y suelto el aire después de un momento. No puedo empezar el día así. Muevo ligeramente la cabeza como si intentara físicamente sacudirme los pensamientos sobre él.
Una ola de inquietud me invade justo entonces, una sensación que solo parece crecer a medida que pasan los momentos. Algo no está bien. Lo siento, los cosquilleos de un malestar inminente.
Me doy la vuelta, mis ojos escudriñan los alrededores. No hay nada inusual a la vista, pero no puedo quitarme la inquietante sensación de que me están observando o, peor, siguiendo. Acelero el paso, esperando deshacerme de ese sentimiento perturbador.
Pero no importa lo que haga, solo parece persistir y crecer. Echo miradas rápidas por encima del hombro, desesperada por determinar la naturaleza del peligro potencial que se cierne.
La sombra de un hombre llama mi atención por un instante antes de desaparecer, pero su aroma persiste. Cambiaformas. Tomo un giro equivocado para intentar despistarlo, y en ese instante noto la presencia de otros dos detrás de mí. Considero transformarme, pero soy lo suficientemente inteligente como para saber que no puedo enfrentarme sola a tres lobos, y por si fuera peor que no sea de sangre pura, también soy una mujer.
Cada uno de ellos mira en mi dirección, sin esforzarse mucho por ocultar sus intenciones.
Mi paso se acelera, una sensación de urgencia me invade mientras mi pulso se acelera con una nueva preocupación. Tengo tres hombres detrás de mí. La sola idea me hace estremecer.
Giro una vez más, desesperada por permanecer en un espacio público y privarlos de la oportunidad de una emboscada en un callejón.
Los hombres parecen enfocarse solo en la tarea que tienen por delante: yo. Sus ojos me siguen como un depredador observando a su presa antes del ataque.

Un escalofrío recorre mi cuerpo mientras agarro el bolso con más fuerza, chocando con desconocidos pero sin detenerme para ofrecer disculpas sinceras.
Algunos de ellos maldicen en voz alta, pero no me detengo a hablarles. No tengo el lujo del tiempo.
Giro una vez más, mi mirada va de uno a otro. No tengo idea de qué quieren conmigo, y no voy a detenerme el tiempo suficiente para descubrirlo. He pasado cinco años sin el más mínimo rastro de un cambiaformas detrás de mí. La aparición repentina de tres definitivamente no es una invitación a una reunión de té.
La distancia entre nosotros se reduce a medida que pasan los minutos, y entonces me doy cuenta de que no puedo permitir que me alcancen.
En un instante, me quito los zapatos y salgo corriendo, mis manos balanceándose salvajemente a mi lado mientras lucho por poner la mayor distancia posible entre ellos y yo.
No necesito volverme para saber que están pisándome los talones, y la idea de que quizás no pueda escapar de ellos hace que se me erice la piel.
Tengo la boca abierta, dejando escapar bocanadas de aire caliente mientras sollozos de pánico brotan de mí. No tengo ni idea de hacia dónde me dirijo y, en poco tiempo, me encuentro justo donde nunca querría estar: sola.
No hay nadie a la vista. Me giro, dándome cuenta de que probablemente están a pocos pasos detrás de mí. Tengo menos de tres segundos para pensar mi siguiente movimiento, así que me meto en el edificio más cercano, cerrando la puerta con llave mientras lucho con la correa de mi bolsa para sacar el móvil.
El edificio es bastante espacioso, con la mayoría de los muebles cubiertos con sábanas blancas.
Dejo que mis ojos se muevan rápidamente por el lugar, con las manos hundidas en el bolso. La bolsa cae con un fuerte golpe, y la dejo allí, corriendo más adentro de la casa mientras escucho un fuerte estruendo seguido del sonido de algo sólido estrellándose contra el suelo. Los pasos urgentes y pesados resuenan detrás de mí.

Corro hacia otra habitación, con las palmas sudorosas y temblorosas mientras busco algo que pueda usar como arma. Pronto, me encuentro en un armario que, por la cantidad de polvo que tiene, no se ha usado en años.
Consigo desbloquear el móvil después de cuatro intentos fallidos, con las manos aún temblando incontrolablemente. El número en la pantalla es el de Lucien, y sin dudarlo ni un segundo, le llamo.
—¡Extiéndanse! —grita un hombre, su voz fuerte y autoritaria, seguida de un ruido de pasos que obedecen la orden al instante.
Gotas de sudor me recorren la cara mientras aprieto el teléfono contra mi oído, con los ojos cerrados en una plegaria silenciosa: —Querida diosa, por favor, solo por mi hijo —logro decir. Nada más tiene sentido en este momento.
Lucien contesta tras unos segundos que se me hacen eternos, su voz baja pero expectante: —¿Rora?
Asiento, aunque no pueda verme: —Me están siguiendo. Por favor, por favor, ayúdame.
—¿Dónde estás? —pregunta, la urgencia en su voz me envía una ola de calma, al menos por ahora.
Miro a mi alrededor: —No… no lo sé exactamente, pero he tomado dos giros equivocados de camino al trabajo para intentar perderlos.
—Mi voz tiembla y casi no se me entienden las palabras.
Un sollozo amenaza con escaparse, así que me tapo la boca con la mano, el movimiento repentino hace que el móvil se me resbale de la ya resbaladiza mano.
El ruido no pasa desapercibido, me doy cuenta al escuchar que alguien entra en la habitación.
Oleadas de pánico me recorren al escuchar cómo la puerta cruje al abrirse y un par de pasos pesados entran en la habitación, avanzando decididamente hacia mí.
No hay otra opción, mi mente grita mientras la adrenalina recorre mis venas y el latido de mi corazón llena mis oídos. Las tablas del suelo crujen en anticipación, mi cuerpo tiembla mientras me preparo para lo inevitable.
Esto no puede estar pasándome.

CAPÍTULO TRECE

Lucien

Un hormigueo de calor se extiende por mi palma mientras reviso los documentos, intentando ponerme al día con el trabajo de varios días. El vaso de whisky frente a mí está casi vacío, y mi cabeza no deja de palpitar por la carga mental y los números que he manejado, y aún no me siento ni cerca de terminar. Más bien, los archivos parecen multiplicarse con cada minuto que pasa.

Me froto la frente suavemente mientras mis ojos se dirigen hacia fuera. El sol ya está alto, señalando el comienzo de un nuevo día. Un pequeño bostezo se escapa de mí, testimonio de mi noche en vela. Mi mano vuelve al vaso, vaciando su contenido por mi garganta. El licor arde al bajar, borrando cualquier rastro de sueño.

Alargo la mano hacia la botella, rellenando mi vaso con manos firmes. Mi mente es un laberinto de pensamientos. Las últimas semanas han sido de mantener la paz, o lo que queda de ella.

En nuestra última reunión, los ancianos destacaron sus preocupaciones sobre mi capacidad para gobernarlos, especialmente en un momento como este.

Aunque no puedo culparlos por tener preocupaciones, me vendría bien un poco de fe en este momento. Perder a mi lobo es algo que me ha estado pesando.

Mi mente divaga hacia Aurora, y juego con la idea de llamarla. Miro mi teléfono, decidiendo en el último momento no hacerlo.

El oportuno zumbido de la alarma de mi teléfono me hace levantar la cabeza, y cuando alargo la mano hacia el dispositivo, mi rostro se contrae en un leve ceño.

Es casi la hora de la reunión de estrategia. Con la creciente amenaza de la Manada Plateada y su brutalidad imprudente hacia las manadas más pequeñas, una fuerte ola de inquietud ha barrido la manada, dejando a todos ansiosos y mirando constantemente por encima del hombro.

Una reunión como esta les dará la confianza de que los líderes están haciendo algo al respecto y aliviará el pánico en sus corazones, al

mismo tiempo que nos permitirá idear la mejor manera de lidiar con la situación.
Una promesa que me hice durante mi entrenamiento fue nunca permitir que el derramamiento de sangre fuera mi primera línea de acción. Pongo la preservación de las vidas de aquellos que están bajo mi cargo por encima de las batallas de egos sin sentido y las competencias de fuerza, pero nunca me echo atrás a la hora de desatar el caos cuando es necesario. La Manada Plateada ha tenido que agradecer la ausencia de mi lobo por el aire en sus pulmones durante mucho tiempo. Está llegando al punto en que tengo que recordarles por qué Blackwood posee el poder que tiene.
Con una última mirada al escritorio, cojo mi teléfono y me dirijo hacia la puerta, guardando el dispositivo mientras abro la puerta y casi me choco con un Liam de aspecto angustiado.
—Bien, ya vas a salir. Entonces, supongo que ya lo has escuchado—. Mi pecho se aprieta con angustia, especialmente por el sentido de urgencia que emana de él. —¿Qué mala noticia traes?—.
Un sonido áspero sale de su garganta. Siento que mis hombros se tensionan al instante.
Hubo un ataque en la frontera este hace un rato, sin víctimas. Creo que fue solo una estratagema para inquietar a la gente o distraernos de algo más grande, pero los ancianos no están dispuestos a tolerarlo. Ya se han reunido en la sala de reuniones, y la mayoría está muy agitada.
Me paso los dedos por el pelo, tirando de los mechones con frustración. Los temores de las mujeres y los niños los puedo entender, pero estos hombres adultos, la mayoría de los cuales son guerreros retirados y ocupan puestos cruciales en la manada, dan asco. Cualquiera que haya rozado el combate sabe que generar angustia en el campamento enemigo es una de las formas más fáciles de instigar desunión y desestabilizarlos, dándote la ventaja para lanzar un ataque inesperado. Sin embargo, ellos permiten que estas cosas les afecten.
—Vamos —me dirijo rápidamente hacia la sala de reuniones, con Liam detrás de mí.

Llego a un entorno caótico de ancianos gritándose unos a otros. Algunos de ellos aún tenían unas cuantas neuronas funcionando y les pedían a los demás que se calmaran, mientras que los más estúpidos entre ellos esparcían mentiras y lágrimas como si fueran confeti.
Al verme, algunos de ellos comienzan a bajar la voz y a volver a sus asientos. Malditos cobardes. —Buenas tardes, caballeros —los saludo, moviéndome hacia mi posición a la cabecera de la mesa y sentándome. Liam se sienta a mi derecha.
—Alfa —responden al unísono.
—Me he enterado del ataque —digo, dejando que mis ojos recorran sus rostros. Hay algunos hombres mayores y otros más jóvenes representando a sus padres. —Aunque podemos presenciar claramente la creciente audacia de la Manada Plateada, creo que no nos hemos vuelto tan miopes como para no ver a través de sus juegos infantiles.
Un murmullo disperso y el sonido de pies arrastrándose recorre la sala. Algunos de ellos apartan la mirada, mientras otros tragan saliva con dificultad. Continúo.
—Lo que no voy a tolerar en un momento como este es que mis mejores cabezas discutan por tonterías y no sean capaces de controlar sus emociones para hacer lo que hay que hacer. Se supone que esta es una reunión importante de estrategia, ¿y permiten que un alboroto los desestabilice tan rápido? ¿De dónde esperan que las mujeres y los niños saquen su fuerza?
Doy un minuto para que las palabras calen y dejo que cualquiera exponga su opinión. Cuando no ocurre nada, le hago una señal a Liam para que saque los mapas.
—Hay un patrón en los ataques de la Manada Plateada —comienza Liam, señalando uno de los puntos marcados con una 'x'. —Este es el último punto de ataque, y según mi predicción, su próximo objetivo no debería estar muy lejos del perímetro.
—Si prestan atención, verán que no ha habido un golpe directo contra nosotros, pero están formando un círculo lento alrededor de nuestras fronteras, apoderándose de las manadas más pequeñas que nos rodean —hace una pausa, dejando que sus palabras se

asimilen antes de trazar una línea que conecta todos los puntos de ataque. —Nos están rodeando.
Miro el semicírculo formado por la línea de Liam, filtrando los murmullos a mi alrededor. Tenía mis sospechas sobre su ataque. Apoderarse de las áreas alrededor de Blackwood y luego cerrarnos el cerco.
—Yo digo que unamos a los guerreros de las manadas más pequeñas que aún no han sido afectadas y contraatacamos —dice un joven guerrero, con la vena de su frente a punto de reventar, la clásica muestra del ardor juvenil por la sangre.
—Supongo que esperarán algo similar de nosotros y estarán preparados para ello. Propongo que tomemos una línea de acción más sorprendente —responde el hombre mayor que está a su lado.
—¿Como qué?
La pregunta desata una cacofonía de voces que opinan al mismo tiempo.
Mi teléfono elige este momento para sonar, casi sobresaltándome. La persona que llama me preocupa aún más. Me muevo a un rincón de la habitación para evitar que el ruido interfiera.
—¿Rora? —pregunto en cuanto contesto, mi voz reflejando mis emociones. Es más que una sorpresa que esté llamando, especialmente tan temprano.
La voz que me saluda al otro lado de la línea está lejos de lo que esperaba. Es ella, pero tengo esta extraña sensación de que algo va mal.
—Me están siguiendo. Por favor, por favor, ayúdame —dice, su voz es un susurro distorsionado. Tenía razón. Odio tener razón en cosas como esta.
—¿Dónde estás? —pregunto, escuchando atentamente cualquier sonido de fondo que pueda indicar su ubicación, algo que pueda ayudar.
No hay nada, solo silencio en su extremo, y tomo eso como una señal de que ya no está en la calle, probablemente escondida en algún lugar. Es algo terrible, pero no puedo culparla, no ahora.
Ella hace una pausa, como si estuviera pensándolo—. No... no lo sé exactamente, pero me equivoqué dos veces de camino al trabajo

intentando perderlos.
Hago un mapa mental, tratando de ubicarla—. Aurora, intenta... —aún estoy hablando cuando escucho un fuerte golpe, seguido rápidamente por el arrastre de pies.
—¿Aurora? ¿Aurora? —repito, sintiendo cómo mi corazón se hunde en el estómago cuando no obtengo respuesta.
Marco su número, pero esta vez no consigo conectarme.
Lo intento de nuevo, moviéndome de un lado a otro, y esta vez suena, pero no responde. Cuelgo y guardo el teléfono.
Me apresuro a la mesa, donde los encuentro todavía discutiendo y Liam intentando hacer valer su punto. El problema de una reunión de lobos machos que tienen tanto fuerza como estatus social es lograr que se calmen y se escuchen unos a otros. Todos creen que su opinión es superior, pero eso es el menor de mis problemas. Cojo las llaves del coche de la mesa, haciendo que todas las cabezas se giren hacia mí.
—¿Va todo bien? —pregunta Liam. La habitación se silencia y todas las miradas están puestas en mí. La reunión es de gran importancia, y si algo, el ataque anterior demuestra lo crucial que es que lleguemos a algo. Liam y yo hemos trabajado mucho para recopilar los detalles y marcar los mapas.
—Hay una situación urgente de la que debo ocuparme —respondo, guardando la llave en mi bolsillo—. Liam se quedará aquí en mi ausencia para guiaros a través de las reuniones y las estrategias que hemos preparado.
—¿Esto tiene que ver con la manada? ¿Hay otro ataque? —pregunta el joven guerrero de antes, visiblemente preparado para una pelea.
Mis dedos se cierran en un puño. La voz asustada de Aurora ha estado en bucle en mi cabeza desde que colgó, y no tengo ni el tiempo ni la libertad de explicarme ante nadie.
Todas las miradas se vuelven hacia mí tras su pregunta. No es que las culpe. ¿Qué podría ser más importante que los asuntos de la manada? ¿Qué podría hacer que un alfa abandone una reunión de estrategia de guerra cuando su manada está prácticamente en llamas?

—Esto no tiene que ver con la manada, pero es igual de importante. Como he dicho, Liam os guiará a través del resto de la reunión en mi ausencia, e intentaré volver lo antes posible.
—No es lo ideal abandonar una reunión tan importante como esta, alfa, especialmente por algo que no tiene nada que ver con la manada.
—Creo que los mayores tienen razón —dice Selene, con una voz apenas más suave que las discusiones masculinas—. ¿No puede esperar la situación? Estamos casi en un punto de emergencia.
Mi mirada se desplaza hacia el reloj de la pared. Tres minutos. Ese es el tiempo que llevo discutiendo con ellos. Liam no dice nada, pero no paso por alto las preguntas en sus ojos.
—Os tengo a ti y a Liam, y confío en que ambos diseñaréis un plan excelente. Esta emergencia en concreto, sin embargo, requiere mi presencia.
—¿Más que tu manada necesita tu presencia? —pregunta Selene, y yo inspiro hondo, jugando con la idea de marcharme sin dar explicaciones. No es que puedan detenerme.
Me giro hacia Liam. —Encárgate de todo —digo antes de salir corriendo de la habitación, sacando el móvil del bolsillo. Aurora está en Phoenix, y eso está al menos a cuarenta y cinco minutos de Blackwood. No llegaré a tiempo, pero el investigador privado que contraté para investigar todo sobre ella sí puede.
—Es Aurora —digo en cuanto se conecta la línea—. Está en peligro y no tengo ni idea de dónde se encuentra. Necesito que la encuentres ahora mismo y la mantengas a salvo.
Escucho el rápido tecleo de los dedos en el teclado, y él pide detalles sobre sus movimientos y dónde fue vista por última vez.
—Dijo algo sobre que la seguían y que dio dos vueltas equivocadas de camino al trabajo. Encuentra a quienes la persiguen y cómo la encontraron, y contáctame de inmediato, cueste lo que cueste.
Mi corazón late a una velocidad imposible, y casi puedo escuchar los fuertes golpes en mis oídos mientras arranco el coche, salgo del aparcamiento y toco el claxon hasta llegar a la carretera principal. En un día normal, sería muy consciente de la velocidad a la que conduzco, pero ahora mismo, mi seguridad es lo último en lo que

pienso. Miro el móvil para ver si el investigador privado se ha puesto en contacto. Intento llamar a Aurora de nuevo, pero esta vez el teléfono está apagado.
El miedo me aprieta la garganta, y aprieto las marchas, pisando el acelerador para aumentar la velocidad.
—¡Mierda! —Piso el freno, deteniendo el coche bruscamente y observando la escena que tengo delante. Un bloqueo en la carretera. Hay un camión en medio de la calzada y otro al lado. Parece que ha habido un accidente, y varios espectadores se han congregado en el lugar.
—Joder. —Dejo escapar una larga retahíla de maldiciones. Vuelvo a arrancar el coche, intentando encontrar una ruta alternativa al accidente, pero todo parece estar bloqueado, y el camino de vuelta añadirá una hora extra a mi viaje.
No tengo tiempo para eso.
Abro la puerta de golpe y salgo disparado a la calle, echando a correr en cuanto mis pies tocan el asfalto. Esquivo los escombros, esperando encontrar un taxi en un tiempo récord. Por suerte, mi móvil suena con los detalles de la ubicación de Aurora. Pongo todas mis fuerzas en correr a toda velocidad. No veo al hombre que viene hacia mí hasta que me derriba, un dolor agudo se clava en mi muslo.
Un gruñido descontrolado escapa de mi garganta, y rápidamente nos giro, arrebatándole el cuchillo y clavándolo en su corazón. Los árboles que bordean la carretera nos ocultan de la vista del público. Miro alrededor y descubro que otros dos vienen hacia mí, y me aparto de la esquina de la carretera con rapidez.
Ambos son hombres lobo, y si no me equivoco, son de la Manada Plateada. Con mi muslo sangrando y mi lobo ausente, no podré hacerles frente a los dos hombres que se acercan, pero si estoy al descubierto, no podrán actuar. Estarían rompiendo las mismas leyes que rigen el mundo sobrenatural y arriesgándose a ser descubiertos.
Hay un taxi al otro lado de la carretera, y no pierdo tiempo en hacerle señas y soltar la dirección. El taxista me lanza una mirada extraña, pero se calla cuando saco unos cuantos fajos de billetes, desbloquea la puerta y me deja entrar. El dolor en mi muslo se

intensifica, arrancándome un silbido agudo cuando me muevo para ajustar mi postura en el coche.
Examino la herida con cuidado. Es profunda y tiene bordes irregulares. No es lo suficientemente grave como para necesitar cirugía, pero no se está curando. Ni siquiera hay una mínima contracción de la piel. Ha logrado dejar de sangrar profusamente, pero la herida sigue fresca.
—¿Cuánto nos falta?
—No más de diez minutos —responde, y maldigo en voz baja.
—¿Puedes conducir más rápido? El hombre me lanza una mirada extraña por el retrovisor, y yo le devuelvo una mirada seria. —¿Puedo comprarte el coche, entonces?
Sus ojos casi se duplican de tamaño.
—Sé que no querrás saltarte las normas de tráfico, pero tengo una emergencia de vida o muerte, y no puedo permitirme preocuparme por las normas ahora mismo. Si colaboras, puedo transferirte el dinero ahora mismo. No me importa pagar el doble.
No me responde, pero pisa el acelerador, avanzando a una velocidad menor de la que yo habría elegido, pero mucho más rápida que antes. Echo un vistazo a la hora en el reloj digital. Han pasado casi treinta minutos desde que salí de Blackwood. Perdí el móvil durante el ataque, así que no tengo noticias del investigador privado. Trago el nudo de miedo que se forma en mi garganta y me obligo a mantener la cabeza despejada. El investigador privado me escribió hace unos minutos, así que debe haber llegado a ella. Está a salvo, me digo a mí mismo. Está a salvo. No hay motivo para alarmarse. No me lo creo, pero me aferro a ello. Es mucho mejor que imaginar que le ha pasado algo. No lo sobreviviría.

CAPÍTULO CATORCE

Aurora

La puerta del armario se abre de golpe, y el rostro familiar de uno de los hombres que me siguen asoma. Una sonrisa siniestra se extiende por sus labios al verme. No pierde el tiempo y se lanza hacia mí.

Grito, arañándolo lo mejor que puedo, mis manos vuelan en todas direcciones mientras grito a todo pulmón con la esperanza de que alguien, cualquiera, venga en mi ayuda.

Él ríe, una carcajada profunda que me hace estremecer de miedo —Nadie puede oírte, cariño. No te lo pongas más difícil. —Se inclina aún más— No quiero tener que hacerte más daño del necesario.

El armario parece hacerse más pequeño, amenazando con encerrarme dentro. Respira hondo, desesperada por mantener la calma.

En ese momento, mi mente se evade hacia Ronan, mi corazón se retuerce de arrepentimiento al preguntarme por qué no lo abracé con más fuerza la última vez que lo vi.

El hombre me agarra del pelo, obligándome a salir tambaleante del armario justo a tiempo para ver a los otros dos hombres entrar.

—Esta es dura —les dice, con una sonrisa que se ensancha—. Creo que incluso podremos divertirnos con ella.

La habitación, me doy cuenta, es pequeña y carece de cualquier rastro de muebles, excepto por una silla que obviamente le falta una pata, situada en un rincón.

El aire está cargado de polvo, un recordatorio constante de que esta casa no ha recibido visitas desde hace tiempo.

Puedo sentir cómo el pánico crece dentro de mí mientras mis manos tiemblan. La necesidad de rezar una oración es abrumadora, pero me pregunto cuán oportuna será la respuesta.
Él se gira hacia mí, sus ojos se estrechan amenazadoramente, y toma mi mentón entre sus dedos, obligándome a mirarlo a los ojos —Vamos, cariño, no seas tan dura contigo misma. No hay necesidad de eso.
Un olor a cigarrillos y whisky barato emana de su aliento, la combinación repugnante me hace revolverse el estómago de asco.
—¡Suéltame! —grito, mi cuero cabelludo arde mientras lucho contra su agarre.
Puedo notar que es el líder por su actitud y la forma en que los otros dos se encogen ante él. Se quedan parados, mirándome, mientras sonríen por algo que no logro comprender.
Él niega con la cabeza levemente, la mirada enfermiza no desaparece de sus ojos —No puedo hacer eso, no después de todo el esfuerzo que he puesto en encontrarte.
—Te lo prometo, no soy la persona que buscas. No causo problemas. Me meto en mis asuntos. Ni siquiera soy importante —argumento, tratando de hacer que razone conmigo. Sinceramente, no se me ocurre ninguna razón por la que alguien invertiría tanto esfuerzo en encontrarme. Vivía en una cabaña al final de mi manada y apenas me notaban, por el amor de Dios.
El hombre solo logra esbozar una sonrisa, lo que lo hace parecer aún más siniestro de lo que ya es. —Alguien debió pensar de otra manera, pero te diré algo —dice con una luz enfermiza en sus ojos que se intensifica mientras me observa de arriba abajo, su agarre en mi pelo se vuelve aún más fuerte—. Si nos haces muy felices, tal vez intercambiemos favores. ¿Qué te parece?
Le escupí en la cara, una acción que lo hace retroceder de repente con asco, pero no antes de darme una bofetada tan fuerte que mi cabeza se gira bruscamente hacia la izquierda.
Con una mano, me empuja al suelo y me arrastro hacia un rincón. Levanta la pierna en mi dirección, fallándome por unos centímetros. Eso parece agitarlo aún más mientras me mira desde arriba. Su

sonrisa ha desaparecido, y en su lugar hay una mueca fría y sin emoción. —¡Perra!
Noto el sabor de la sangre, pero no me importa. —Le aseguro que alguien notará mi ausencia y vendrá a por mí —intento sonar convincente a pesar de no creer una palabra de lo que digo, pero el hombre debe haber visto claramente mi farol.
Se ríe, señalándome con su índice mientras dice, más para los hombres que para mí: —Oh, ella cree que Lucien va a venir corriendo a salvar a su damisela en apuros —estalla más risa en la habitación, lo que me hace inquietarme mientras rodeo mis rodillas con los brazos, tratando de encontrar algo de consuelo a pesar de mi situación. ¿Conoce a Lucien? Entonces, ¿esto no es una emboscada al azar?
Seguro, después de mi mensaje, Lucien vendrá a por mí. No tengo ni idea de por qué fue a él a quien llamé, pero eso no importa. Todo lo que quiero es salir de esto lo antes posible.
—Tiene asuntos importantes que atender, cosas más importantes que alguien como tú. Me aseguré de eso —dice el hombre, todavía sonriendo, aunque ahora parece algo forzado. Sus ojos siguen brillando con intenciones maliciosas.
Me apoyo aún más contra la pared, luchando por aceptar mi destino, mientras un peso de miedo y ansiedad me abruma.
Un sonido fuerte corta el aire, haciendo que abra los ojos de golpe. El hombre baja su arma y se gira hacia los demás: —Id a ver qué es. Pero casi no es necesario, ya que justo en ese momento una figura entra en la habitación, su mirada recorre brevemente el espacio hasta posarse en mí.
—¡Damon! —llamo, sintiendo un alivio que me aligera el pecho. Antes de que pueda responderme, los dos hombres se abalanzan sobre él.
Jadeo, intentando correr hacia él en ese momento, pero me detiene un firme agarre en la muñeca: —No tan rápido, cariño —dice el hombre de nuevo, y me giro justo a tiempo para ver cómo la culata de su arma choca contra mi sien antes de que todo se oscurezca.
****

La próxima vez que mis ojos se abren, hay alguien erguido sobre mí.
—¿Lucien...? —llamo, pero mi voz solo sale como un débil susurro ronco.
Niega con la cabeza justo cuando mi vista se aclara del desenfoque que tenía al despertar.
—Es Damon —dice, inclinándose para tomar mi mano, dándole un suave apretón mientras lo miro.
Intento sentarme, pero mi cuerpo está demasiado débil para sostenerme. Mis piernas están entumecidas, y el dolor en mi cabeza parece intensificarse.
—¿Cómo me encontraste aquí? —pregunto simplemente, haciendo una mueca ante la sensación punzante que irradia de mi cráneo.
Se inclina más cerca, examinando mi sien: —Ten cuidado. No te esfuerces demasiado todavía. Tienes un corte feo aquí arriba.
Miro a mi alrededor en ese momento, sin ver rastro de los hombres, ni siquiera de Lucien. Una ola de dolor me envuelve, apretándome con fuerza a medida que la realidad se impone en mi mente.
Lo llamé en un momento de peligro. Había imaginado que su demora se debía a que no conocía mi ubicación exacta, pero las palabras del hombre repugnante con la pistola resonaban en mi cabeza: —Tiene asuntos importantes que atender, cosas más importantes que alguien como tú.
No llegó tarde. Simplemente no se molestó en aparecer.
Suspiré tristemente y cerré los ojos mientras dejaba que mi cabeza cayera hacia atrás. Una ola de decepción me inundó, haciendo que me encogiera ligeramente hacia adelante. Mi decepción era más hacia mí misma por esperar algo diferente de él.
Debería haberlo sabido mejor —murmuré para mí misma, inaudiblemente.
—¿Qué ha pasado? —pregunté, mis ojos recorrieron brevemente la habitación antes de posarse en su rostro.
Sus ojos siguieron los míos brevemente, como tratando de discernir lo que estaba preguntando: —Ya se han ido. No tienes nada de qué preocuparte —dijo simplemente. Se inclinó hacia adelante para darme un ligero beso en la frente, una pizca de alivio y preocupación en sus rasgos.

—¿Aurora? —Una voz familiar llamó, haciendo que ambos nos girásemos hacia la puerta. Un suspiro escapó de mi boca al ver a Lucien, y sentí cómo mi respiración se entrecortaba.
Está aquí, pero aunque quiero encontrar algún tipo de consuelo en eso, el hecho de que no estaría aquí ahora mismo si no fuera por Damon lo impide.
—Estás bien —dijo, acercándose a donde yo estaba sentada y tomando mi mano entre las suyas. Noté entonces que su ropa estaba rasgada en algunos lugares, algunos de sus botones desabrochados, exponiendo más de su clavícula de lo que normalmente sería aceptable, y su camisa arrugada como si se la hubiera puesto rápidamente.
Sus ojos estaban oscuros, como si no hubiera dormido ni un minuto en días. Quiero acercarme a él y preguntarle si está bien, pero mi ira sugiere lo contrario.
Lo aparto con un gesto, volviéndome en cambio hacia Damon: —¿Puedes ayudarme a levantarme? —Él asintió rápidamente antes de ayudarme a ponerme de pie con cuidado, como si fuera frágil.
Dejé que mi peso reposara sobre él mientras me movía para salir, sin prestar atención a Lucien, que seguía inclinado, sus ojos fijos en mí.
—Lo siento, de verdad, surgió algo justo cuando me dirigía hacia aquí —dijo Lucien, el tono de disculpa haciendo que una burbuja de rabia se elevase dentro de mí.
Se puso de pie y enderezó su postura, sus ojos nunca apartándose de los míos.
—Siempre es algo contigo, siempre. Y cada vez que tomas una decisión, nunca soy yo —mi pecho se aprieta al hablar, la sensación abrumadora mientras las lágrimas comienzan a llenar mis ojos, pero no las dejo caer. Me niego a desperdiciarlas en él.
Sus ojos se suavizan mientras la culpa lo consume por completo, sus labios separándose mientras me alcanza.
Retrocedí, limpiándome los ojos con ira con el dorso de la mano. —No deberías estar aquí. Olvida que te llamé —dije, dando otro paso atrás mientras él se quedaba inmóvil, con las manos colgando indefensas a los lados, sus hombros caídos.

Estoy cubierta de polvo, noté, pero eso es lo de menos en este momento.
—Aurora, por favor, escúchame —empezó, cerrando la distancia entre nosotros: —Hubo otro ataque. Intenté venir lo antes posible…
—su voz se apagó, un dejo de tristeza evidente en su tono.
Como si tomara mi silencio como una invitación a continuar, prosigue: —Por favor, no te abandoné. Vine corriendo en cuanto tuve la oportunidad.
Mis ojos se suavizan, y la ola de furia dentro de mí parece calmarse. Aunque entiendo su dilema, no puedo traerme a aceptarlo en este momento.
Sacudo la cabeza con violencia: —Nunca cambias… —digo en voz baja, incapaz de terminar la frase. Siento cómo mi corazón se rompe bajo el peso de mis palabras.
No puedo evitar sentir que esto es una repetición de hace cinco años. La última vez, eligió su posición por encima de mí, y ahora, ha elegido los asuntos de la manada por encima de mi vida. Nada podrá compensar esto.
—No es lo mismo… —dice, intentando seguirme, pero sacudo la cabeza con firmeza, deteniéndolo en seco.
—Quiero que te mantengas alejado, Lucien. Esta vez lo digo en serio. Me observa durante un largo momento, mirándome en silencio como si tratara de asegurarse de mi seriedad mientras mis lágrimas continúan cayendo. Finalmente, baja la mirada, su barbilla cae derrotada.
Dirigiéndome a Damon: —Por favor, salgamos de aquí. Rodea mis hombros con su brazo, apoyándome con su peso mientras nos guía fuera del edificio.
—Rora… —escucho que Lucien comienza, su mano extendiéndose hacia mi brazo, pero me aparto, sin detenerme ni girarme para reconocerlo, sin siquiera importarme lo suficiente como para escuchar sus últimas palabras.

CAPÍTULO QUINCE

Lucien

Recuerdo el sonido de mi respiración entrecortada y la sensación del suelo frío bajo mí cuando me desplomé en el suelo. Mi mundo se reduce a un único y abrasador punto: el dolor.
La voz de Aurora se repite sin parar en mi cabeza. El dolor en ella es demasiado evidente mientras sus palabras se clavan más profundamente en mi corazón.
Mis dedos tiemblan ligeramente, y los coloco boca abajo en el suelo, dejando que el frío se filtre en ellos con la esperanza de que me brinde algo de calma.
Recuerdo esa mirada en sus ojos, una profundidad de dolor inconfundible. No es la primera vez que la veo. Estuvo ahí hace cinco años. Está ahí ahora. Una ola de dolor me atraviesa. Odio lo mucho que la he lastimado y me culpo a mí mismo, aunque haya casi nada que pueda hacer para calmar su ira.
Su voz resuena en mi cabeza —Fue igual que hace cinco años. Siempre habrá algo más importante para ti, siempre, y estoy cansada de permitir que me lastimen—.
Un gruñido escapa de mis labios entreabiertos mientras lucho por fortalecerme contra la oleada de emociones que arremolinan dentro de mí, amenazando con estallar y abrumarme.
Pienso en todos esos años atrás, una parte de mí desearía haber tenido el valor de tomar mejores decisiones, las que no alejarían a la mujer que amo de mi alcance.
Pero no soy el hombre que era hace años.
Como alfa, la carga de la manada es mía, y he hecho las paces con sus inconvenientes hace tiempo. Pero cuando Aurora está en el medio, mi juicio se nubla, y lo único que me mantiene aferrado a mi deber es una voz baja de razonamiento, una voz que apenas era audible bajo el miedo que me invadió cuando ella llamó. Lo dejé todo por ella.
Todavía no puedo quitarme de encima el peso de su mirada. Recuerdo sus ojos iluminándose con un cariño familiar cuando me

vio entrar, pero eso se desvaneció rápidamente, y en su lugar quedó una especie de ira, el tipo nacido de la decepción constante.
Ella me odia, y con razón. Nadie debería pasar por tantas traiciones. Uno pensaría que, sin mi lobo, mi vínculo con ella es más débil, pero no es así. Como imanes, me siento constantemente atraído hacia ella, incapaz de evitar sentir el peso de los celos cada vez que Damon está cerca.
Me pregunto cómo supo él encontrarla allí. ¿Lo llamó antes que a mí? ¿O soy su primera opción? Lo último debería explicar su decepción, pero todavía no puedo estar seguro.
Pero cuando pienso en lo desesperada que sonaba su voz al teléfono, me siento ligeramente agradecido de que él haya podido llegar sin mí. No quiero imaginar qué habría pasado si llegaba demasiado tarde.
Tres hombres, joder, tres hombres contra una mujer. Ella no habría tenido ninguna posibilidad. ¿Fue un ataque al azar, o la estaban buscando? Pero, ¿por qué alguien la buscaría a ella? Ella es solo Aurora, simple y sencilla—mis pensamientos se detienen en ese punto.
Ya no es la chica sencilla de la cabaña al final del parque. Ahora es la directora de operaciones de una de las mayores firmas financieras que conozco, y una vez que entras en el mundo corporativo, no se sabe quién ha puesto una diana en tu espalda ni por qué. Aun así, no puedo sacarme de la cabeza la sospecha que me roe por dentro. Primero, atacan a Blackwood. Luego atacan a Rora, y de camino hacia ella, me tienden una emboscada. No soy supersticioso en absoluto, pero soy un hombre de negocios, y más que nada, entiendo de estadísticas, probabilidades y coincidencias, y esto está muy abajo en mi lista de sucesos naturales.
Por otro lado, nadie sabe de la conexión entre Rora y yo. A nadie se le ocurriría usarla para llegar a mí. Entonces, ¿cuál es el denominador común que une todo esto?
Un pequeño suspiro se escapa de mis labios, y sacudo ligeramente la cabeza para disipar los pensamientos que se acumulan en forma de un dolor de cabeza palpitante en mi frente.

Aunque todo mi ser dice lo contrario, sé que tengo que respetar sus deseos y dar un paso atrás. No puedo presionarla para que se vaya de nuevo. Sé cuánto tiempo tardé en encontrarla la última vez que se cometió ese error.
Un dolor agudo brota en mi muslo, sacándome de mi ensimismamiento. Hago una mueca de dolor mientras rasgo la tela manchada de sangre de mis pantalones para revelar una herida profunda, una que me hice durante el ataque no hace mucho.
El olor metálico de la sangre permanece suspendido en el aire como una colonia, y miro la herida abierta, pasando los dedos ligeramente sobre las líneas profundas. Hago otra mueca de dolor, la herida palpita con sangre. Trazo las líneas evidentes causadas por la garra de un lobo, y un alivio me invade al recordar que no vivió lo suficiente para disfrutar de la gloria de herirme.
La combinación del dolor de la herida y la pérdida de sangre casi me hizo perder el conocimiento, pero tuve que reunir cada ápice de fuerza para luchar y llegar hasta Rora.
Sin mi lobo, mi proceso de curación es más lento, y ahora tardará más de lo habitual en sanar por completo. Una oleada de náuseas me invade, un testimonio de la cantidad de sangre que estoy perdiendo. Rasgo más tela, dejándola lo suficientemente larga para atarla alrededor de la herida.
Una sonrisa de satisfacción se asienta en mis labios mientras miro hacia abajo a mi trabajo manual, esperando que sea suficiente para mantenerme con vida el tiempo necesario para conseguir la ayuda que necesito.
Quizá tenga que cojear durante un tiempo, solo hasta que me cure por completo.
Aurora no notó la cojera en mis pasos antes, y estoy agradecido por eso. No es que importe, pero no quería explicar por qué no me estaba curando. Liam había intentado disuadirme de ir, diciendo que podría estar muerto antes de llegar a ella y que sería inútil para ella en mi estado, pero no podía confiar en nadie con ella. Además, no quedaría bien de mi parte.
El dolor se intensifica, obligándome a bajar la mirada mientras agarro una parte de mi pierna, gruñendo audiblemente. Estoy

perdiendo sangre, demasiada, y necesito ayuda.
Con ambas manos apoyando mi peso, lucho por ponerme de pie, mis manos ensangrentadas dejando finas huellas dondequiera que tocan.
—¿No eres tú una visión para los ojos cansados? —dice Liam con una mirada de preocupación brillando en sus ojos mientras me estudia, abriendo la puerta de par en par.
Me río a pesar de mí mismo. Por supuesto que encontró la manera de seguirme. —Esta es la vez que más contento estoy de verte.
—No puedo decir lo mismo de ti —dijo inclinando la cabeza hacia la sangre y las evidencias de lucha que había en el suelo. —¿Qué ha pasado?
—¿Cómo me has encontrado? —Evité la pregunta con otra de las mías. Por muy agradecida que estuviera de verle, no recuerdo haberle dado a nadie detalles sobre mis movimientos.
Dudó un momento. Su mirada recorrió el almacén antes de volver a posarse en mí y soltar un suspiro de derrota. Sabía que no iba a darle detalles. —Poco después de que te fueras, la reunión se convirtió en un concurso de machos. Todo el mundo quería sentirse importante. Selene se apresuró a calmar la tensión y encontramos una solución temporal hasta tu regreso.
Arqueé una ceja. —¿Temporal? —La situación distaba mucho de ser ideal para compromisos temporales. Estábamos en riesgo de ser rodeados.
—No se pudo llegar a un acuerdo unánime en tu ausencia —respondió, dando un paso perezoso hacia el interior del edificio. —En cualquier caso, recibí noticias de un bloqueo en la carretera y un ataque. Los exploradores en la frontera fueron a investigar y encontraron tu coche en la escena, junto con rastros de sangre y tu teléfono. Seguí la dirección que había en él.
El detective estaba tan absorto en todo lo que ocurría ante mí que no me percaté de su ausencia en la escena. Él me envió la dirección. Debería estar por aquí en algún lugar.
—¿Viste a alguien al entrar? ¿Un coche o algo? —pregunté, esperando que, por arte de magia, me hubiera enviado la dirección

en cuanto la recibió y yo hubiera llegado antes que él. La presión de ser la causa de otra muerte casi me arrancó el aire de los pulmones.
Liam entrecerró los ojos ligeramente. —No presté mucha atención a los alrededores, pero recuerdo haber visto un BMW negro cerca del lugar donde aparqué.
Asentí, esforzándome por ponerme de pie y fallando de nuevo. Un BMW vacío en un lugar como este. No hace falta ser un genio para atar cabos.
Liam se colocó inmediatamente a mi lado, sosteniendo mi peso con su cuerpo. —¿Vas a contarme qué era tan urgente que tuviste que dejar una reunión de estrategia y por qué demonios estás herido en un almacén abandonado?
Apreté los dientes, canalizando mis fuerzas para levantarme. Una regla vital es nunca guardar secretos de tu beta, pero cuando tu beta es el hermano de tu pareja, la situación se complica un poco más.
Asintió, acercándose. —Ese hijo de perra... —su voz se apagó mientras estudiaba la herida. —¿Cuándo sanará?
—El sanador de la manada, llévame allí.
Con un rápido movimiento de cabeza, ayudó a levantarme, colocando la mayor parte de mi peso sobre él mientras caminábamos juntos hacia la puerta, con mi brazo apoyado en sus hombros.
Gruñí, saltando sobre mi pierna buena y dejando la otra colgando en el aire, sin querer forzarla más. Salimos, dejando yo un rastro de sangre.
Una ola de gratitud me invadió al salir del edificio y notar un coche aparcado justo delante. Me acomodó en el asiento delantero, asegurando el cinturón de seguridad antes de sentarse en su propio asiento.
Me recliné todo lo que pude, relajando la cabeza contra el reposacabezas mientras soltaba un suspiro. Me giré hacia él. —Gracias —logré decir, con mi gratitud evidente en el tono.
Asintió, encogiéndose de hombros ligeramente. —No es nada que no harías por cualquiera de nosotros.

Confianza. El solo pensamiento me oprime el pecho. Eso es en lo que se basa nuestra manada: en la confianza. Ellos saben que no puedo defraudarles. Confían en mí tanto, y por eso siempre me resulta difícil elegir entre mi deber y cualquier otra cosa que considere importante. Pero hoy no tuve elección. No podía dejar a la mujer que amo en peligro para planificar guerras.
El coche cobra vida en ese momento, y él arranca, esquivando el tráfico del día. Sin nada más que hacer, me encuentro mirando por la ventana, con mi dolor convertido casi en un recuerdo lejano. Llegamos al lugar del sanador de la manada en un santiamén, y con urgencia, me atienden.
—Has perdido mucha sangre —dice una voz, y asiento distraídamente, sin molestarme en abrir los ojos.
—Tenemos que tratar sus heridas y comenzar una transfusión. Tiene suerte de seguir aquí.
Siento una aguja deslizarse en mi vena, pero no parpadeo. Me quedo tendido, escuchando el ruido de fondo de las cosas, con varios pensamientos rondando mi mente hasta que me sumerjo en un sueño tranquilo.
****
La luz de la mañana se filtra a través de las persianas, y lentamente me incorporo. Tengo la boca seca y un dolor familiar en la cabeza que se aloja detrás de los ojos, haciéndola pesada.
Me doy cuenta entonces de que estoy en casa, en la comodidad de mi habitación. La habitación está oscura, a excepción de algunos rayos de sol que se cuelan lentamente. Selene entra con una taza humeante de lo que huele a café en la mano. Sus ojos se abren de par en par al encontrarme.
—¡Estás despierto! —chilla, sacándome una pequeña sonrisa. Noto que su teléfono no para de sonar con notificaciones de mensajes.
—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? —pregunto, haciéndome una mueca por el doloroso tirón en el muslo al intentar sentarme. Siento el agotamiento filtrándose en mis huesos, a pesar de haber abierto los ojos hace un momento.
—Solo un par de horas —dice. Luego, como si notara mi leve incomodidad, añade—: ¿Necesitas algo?

Asiento con la cabeza. —Sí, por favor. Agua estará bien.
—¡Enseguida! —anuncia mientras se acerca para dejar la taza en la mesa antes de salir corriendo de la habitación.
Suspíro, cogiendo una almohada y colocándola detrás de mí para apoyarme, reclinándome de nuevo y cerrando los ojos mientras dejo escapar un suspiro. El calor de mi cama es reconfortante, la suavidad me arrulla hacia un sueño más profundo. Una sonrisa de satisfacción se dibuja en mis labios mientras tarareo una melodía baja. El solo hecho de estar vivo es suficiente para ponerme de buen humor. No tengo planes para hoy, no en mi estado.
Los pensamientos sobre Aurora invaden la paz a la que empiezo a acostumbrarme, haciendo que mi pecho se oprima con los familiares pellizcos de arrepentimiento.
Me pregunto si está herida y si se ha curado por completo, al recordar el feo corte en su sien. Recuerdo haber pasado la mirada sobre ella, buscando si tenía más heridas. Nada destacaba excepto la de su sien.
Juego con la idea de llamar, solo para asegurarme. Pero sus palabras de ayer aún no se han enfriado. No quiere que me ponga en contacto con ella, nunca más, y con la forma en que terminaron las cosas entre nosotros la última vez, sería poco ideal que me inmiscuyera en su vida sin darle algo de tiempo para sanar.
Las puertas se abren en ese momento y Selene regresa. Esta vez, sostiene con firmeza un vaso de agua.
—Aquí tienes —dice, entregándomelo, mientras una pizca de preocupación se asoma en sus rasgos—. ¿Cómo te sientes?
Por primera vez desde que desperté, una sonrisa genuina cruza mi rostro al coger el vaso y beber rápidamente. Se nota en mi voz cuando respondo: —Mucho mejor.
Ella asiente, separando los labios como si estuviera a punto de decir algo más, pero el sonido estridente de su teléfono la interrumpe. —Lo siento —dice, con una sonrisa disculpante, mientras desbloquea el dispositivo. La calidez de su sonrisa resplandece mientras teclea frenéticamente.
—¿Un nuevo admirador? —pregunto, colocando el vaso ya vacío en la mesilla de noche y acomodándome de nuevo. Casi no me oye.

La sonrisa en su rostro desaparece de repente y apaga el teléfono, sus rasgos se tensan y se retraen. —Es solo un amigo, nadie importante —dice mientras guarda el teléfono en el bolsillo.
—Tu cara dice algo diferente, sin embargo —replico, levantando ligeramente las cejas.
Sus mejillas se sonrojan y evita mi mirada, ocupándose con la taza de café que estaba en la mesilla. —Bueno —comienza, haciendo una pausa demasiado larga antes de continuar—, como he dicho, solo un amigo.
Me acomodo en una posición más cómoda. —Sabes que puedes contarme cualquier cosa, ¿verdad? —digo, negándome a dejar el tema. Normalmente, lo dejaría correr tras la primera vez que lo preguntara, pero algo me dice que no es una conversación ordinaria. Selene casi nunca es tan reservada. Hay una parte de mí que quiere descubrir algo. Tal vez sea la culpa por Aurora. Si descubro que Selene está viendo a alguien, por extraño que parezca, me sentiré aliviado.
Tras unos segundos jugueteando con su pulgar, finalmente levanta la vista para mirarme a los ojos. —He encontrado a mi pareja predestinada.
—Oh.
No me da oportunidad antes de añadir con angustia: —No es nada, en realidad. Simplemente me dejé llevar por la novedad de conocerlo después de todos estos años. Pero no es algo de lo que debas preocuparte. Conozco mis deberes y sé dónde están mis prioridades.
—Selene.
—Sé que debería habérselo dicho y cortar la comunicación con él, pero no fui capaz. Nunca he sentido algo tan intenso —su voz baja con un ligero temblor.
Una sonrisa asoma en mis labios. Reconozco perfectamente lo que acaba de decir: la atracción, la conexión, la incapacidad de alejarse. La primera vez que vi a Rora y la forma en que su rostro brillaba bajo las luces del baile se reprodujo en mi mente como escenas de una película antigua. Todo en ella era tan perfecto, y sentí un cosquilleo recorriendo mi cuerpo, con los dedos deseando apartar el

mechón de pelo que me impedía ver sus ojos. Era etérea. Ojalá no hubiera tenido que perderla para darme cuenta de lo mucho que significa para mí.
Mi mente vuelve al presente y a todo lo que Selene ha dicho. Ella está arrepentida. Si supiera los pensamientos que rondan mi cabeza, si supiera lo que he estado haciendo estos últimos días, la razón por la que voy a trabajar todos los días y la razón por la que no puedo soportar tocarla.
A pesar de mi culpabilidad, un destello de esperanza palpita en mi interior. ¿Qué posibilidades hay de que encuentre a su pareja ahora, de entre todos los momentos, si no es por obra del destino? La Diosa debe estar dándome una segunda oportunidad.
—Di algo, Luc —me urge, sus labios tiemblan como los de un niño pillado con la mano en la caja de galletas. Lucho por encontrar la mejor manera de manejar la situación. ¿Sería raro si no mostrara ningún signo de celos? Cualquier marido se enfadaría al descubrir que su esposa está entreteniendo a otro hombre, pero nosotros no somos una pareja cualquiera.
—Estoy feliz por ti, Selene. No mucha gente tiene la suerte de encontrar lo que acabas de recibir.
Parpadea dos veces, la confusión grabada en sus rasgos. —¿No estás enfadado?
Dejo escapar una sonrisa suave. —Duele un poco, pero no somos exactamente una pareja normal, ¿verdad?
Mi confesión debe haber aliviado sus emociones, pues respira hondo, soltando una risa temblorosa con ello. —Supongo que es cierto.
Un breve silencio se instala entre nosotros, y lo dejo durar un rato antes de preguntar. —¿Lo amas?
Se detiene un momento, probablemente debatiendo la respuesta. —No lo sé. ¿Supongo?
—¿Es bueno contigo?
Una sonrisa cariñosa aparece en sus labios, y me encuentro sonriendo con ella. —Es muy amable y gentil. No es algo que esperara de un alfa guerrero.
Mis cejas se elevan ante la información, mientras sus ojos se abren aún más. —Un alfa guerrero, ¿eh?

—Lo siento mucho. No era mi intención. Es la primera vez que hablo de él, y no sé...
—Selene, respira.
—Estás siendo tan tranquilo con esto que me está intranquilizando.
Dejo escapar una risa, jugando con la idea de compartir mi historia con ella. —Una vez encontré a mi pareja, ¿sabes?
—¿Tenías una pareja? —Su expresión es una mezcla de sorpresa e incredulidad, y no la culpo. Rora y yo hicimos un gran trabajo escondiéndonos.
—Aurora Belmont.
No sé cómo es posible, pero sus ojos se abren aún más. —¿Rora es tu pareja?
—Lo fue —corrijo, sintiendo un tirón en el pecho al admitirlo—. La perdí.
Selene hace una pausa. Sus cejas se fruncen mientras lucha por darle sentido a las cosas. De repente, se elevan como si acabara de descubrir la cura para el hambre en el mundo. —¿Fue por eso por lo que se fue? ¿Nuestro matrimonio?
Ahora que la pregunta estaba frente a mí, no podía encontrar una respuesta clara. ¿Se fue por mi matrimonio con Selene, o fueron mis palabras? Si hubiera manejado las cosas mejor, ¿se habría quedado?
—Sinceramente, no puedo decirlo. Pero sí sé que la forma en que manejé las cosas jugó un papel clave en el curso de los eventos.
Selene asiente con comprensión sin hacer más preguntas, y lo agradezco. No estoy seguro de querer recordar los eventos de ese día.
—Encontré a mi persona, y la perdí. Lo pagué caro. El dolor sigue fresco y me persigue cada minuto. No es algo que desearía a nadie. Te deja vacío, hueco y sin propósito. Una vez que encuentras a tu persona, todo gira en torno a ella, y si eres tan tonto como para perderla, nada volverá a tener sentido.
Selene estudia mi rostro, sus ojos buscan desesperadamente los míos. —¿Qué estás diciendo? —Su voz es baja y casi sin aliento. Sabe lo que digo, pero necesita confirmación.
—No lo sé, Selene. ¿Qué te parece a ti?
—No puede ser que quieras decir que…

—No puedo pedirte que dejes tus deberes a un lado y sigas tu corazón. —Completo las palabras por ella mientras me mira con la boca abierta—. Como alguien que ha dedicado toda su vida a sus deberes, te diré que, en algún momento, te despojará de todo lo que aprecias, y la Diosa sabe que los deberes no envejecerán contigo ni te harán sonreír en los momentos más duros. —Mis palabras salen más fuertes de lo que pretendo. La expresión de Selene lo confirma. Así que respiro hondo, eligiendo mis palabras con cuidado esta vez—. Puede que tengamos el matrimonio más poco convencional, pero eres mi amiga, Selene, y me importas. Odiaría verte pasar por la mitad del dolor que he sufrido. Nunca te recuperarás de algo así.
—Ironclaw —susurra Selene.
—¿Perdón?
—Ironclaw. —Su voz es más clara—. Es el alfa de Ironclaw.
—Mira eso, otro alfa para ti —digo divertido, y ella se ríe. Puedo ver cómo sus hombros se relajan y la calma regresa poco a poco a sus facciones. Por razones egoístas, estoy increíblemente agradecido por este desarrollo.
Pero, a pesar de mi obvia distracción, no puedo dejar de notar el brillo en sus ojos. Lo he visto antes e incluso lo he tenido en algún momento. Le gusta ser la Luna de Blackwood, y, pareja o no, nuestra manada es una de las más fuertes e influyentes. El orgullo que le da su título es más que suficiente, y temo que no sea algo de lo que esté dispuesta a desprenderse fácilmente.
Llaman a la puerta, poniendo fin al silencio que se prolongaba—. Sí, pasa —digo lo más alto que puedo, ambos mirando hacia la entrada con anticipación.
Liam entra, cerrando la puerta suavemente detrás de él antes de volverse hacia mí—. Veo que estás despierto. —Lleva un sudadero azul brillante y un par de pantalones. Su actitud irradia una sensación de tranquilidad.
Asiento, volviéndome hacia Selene, que ahora está de pie—. Os dejo a los dos solos —dice, antes de desaparecer tras la puerta.
—Llevo despierto un rato —respondo finalmente, conteniendo un bostezo.

Liam asiente, caminando hacia mi lado de la cama y sentándose en el lugar que Selene acaba de dejar.
—¿Alguna novedad? —pregunto, sin necesidad de elaborar más mi pregunta.
—Eh... se han hecho varios arrestos desde el ataque. Estamos intentando averiguar cómo tantas personas entraron sin ser detectadas.
Asiento, mi mente volviendo a pensar en Aurora. Necesito asegurarme de que no vuelva a estar en peligro. Es lo menos que puedo hacer.
—Tengo un gran favor que pedirte —digo, sentándome derecho—. ¿Podrías pedirle a una o dos personas que vigilen a Aurora?
Arquea las cejas con curiosidad, pero no se niega. —Claro —dice—, me pondré con ello enseguida. Solo he venido a ver cómo estás.
Inspiro hondo y luego exhalo. —Estoy bien. Me estoy recuperando bien. Lentamente, pero bien.
Asiente con la cabeza. —Vale, me voy. Llama si necesitas algo más.
—Con eso, se dispone a marcharse pero se detiene en la puerta. —¿Lo sabe ella? —Sus ojos se dirigen a mi pierna, que está prácticamente curada.
Reflexiono un momento antes de decidirme por una mentira. —No.
—Odio mentir, pero una respuesta positiva solo traería más preguntas. No creo que Selene esté dispuesta a que nadie se entere de su vínculo creciente y, francamente, odiaría que algo perturbara el ritmo actual de las cosas.
Con un breve gesto de comprensión, sale de la habitación, dejándome de nuevo sumido en el silencio.
No me permiten acercarme a ella, pero eso no es razón suficiente para no vigilarla. Necesito saber que, en caso de otro ataque, está a salvo.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Aurora

La fría punta del arma presiona mi frente, provocando que escalofríos de miedo recorran mi espalda.
—Así que aquí es donde nos separamos, preciosa —dice una voz, su rostro oculto por la oscuridad. Hay una pizca de sonrisa en su cara, una que hace que mis entrañas se revuelvan de asco.
Trago algunas palabrotas, con cuidado de no molestar a mis secuestradores. Pienso en Ronan entonces, preguntándome si volveré a verlo alguna vez. Cierro los ojos con fuerza, preparándome para el desenlace a pesar de mi tembloroso exterior. Susurro una oración, pero no llego al final de mi súplica.
Justo entonces, el fuerte sonido de un disparo me obliga a abrir los ojos y salir de mi sueño. Me incorporo de golpe, mi cuerpo empapado en sudor mientras intento entender mi entorno. Mi corazón late descontroladamente en mi pecho, mi cerebro es una niebla de pensamientos incoherentes.

Coloco una mano sobre mi pecho mientras me susurro palabras tranquilizadoras: —Está bien. Estamos a salvo ahora.
Estos sueños han sido un recordatorio constante de aquel día, mi mente no me da la oportunidad de olvidar el encuentro. Suspiro, me siento erguida y me dirijo al baño.
Me detengo frente al lavabo y dejo que el agua fría del grifo empape mis manos. Luego, me inclino para lavar las gotas de sudor de mi cara. La frescura del agua es reconfortante, calmándome y anclándome en el presente.
Los últimos días han pasado en un torbellino de momentos. La mayoría de ellos consistieron en Ronan y yo teniendo largas charlas tontas y jugando juegos de mesa. Ha sido nosotros haciendo las cosas que me habría perdido si Damon no hubiera llegado a tiempo para salvarme.
Vuelvo a sentarme al borde de la cama, la rigidez en mis músculos pesándome. Mi mano sube a mi cabeza, y mis dedos rozan ligeramente el lugar donde la culata del arma había chocado con mi cráneo. El dolor, ahora un recuerdo lejano, había sido insoportable. Afortunadamente, ahora estoy curada, aunque solo físicamente.
El dolor en mi corazón persiste, al igual que mis pesadillas, recordándome los posibles peligros que acechan justo fuera de mi puerta. Pedí unas semanas libres en el trabajo y le pedí a Ronan que faltara a la escuela por un tiempo.
No lo hice porque él estuviera herido. Simplemente siento la necesidad de tenerlo cerca para asegurarme de que esté a salvo.
Pienso en Lucien, mi corazón pesado de rabia una vez más mientras los recuerdos de sus acciones inundan mi mente. Una vez más, puso a su manada antes que a mí, y esta vez, las apuestas eran más altas.
Por mucho que quiera entender lo desgarrado que debió sentirse, no puedo perdonarlo ni justificarlo, especialmente porque no es la primera vez que lo hace.
La idea de dejar que mi hijo crezca cerca de un hombre cuya prioridad no es la familia no me parece bien, y nunca lo hará. Pero, a pesar de mí misma, siento una mezcla de alivio y decepción por el hecho de que no lo he visto desde el ataque.

Con todo lo que dije la última vez, me pregunto si alguna vez volverá. La idea de que se vaya, de que no quiera tener nada que ver conmigo, me aterra por alguna razón.
Miro mi teléfono, preguntándome si pareceré desesperada si lo llamo ahora, solo para escuchar el sonido de su voz y tal vez preguntarle por qué.
Aparto rápidamente ese pensamiento. Ya me decepcioné lo suficiente al volver a sus brazos y tener sexo con él en la azotea mientras otro hombre me esperaba. Me niego a seguir poniéndolo por delante de todo mientras él sigue demostrando una y otra vez lo poco que soy una prioridad para él.
Me estiro ligeramente, me pongo unos zapatos cómodos y salgo de mi habitación para ir a despertar a Ronan.
Empujo su puerta suavemente, camino directamente hacia las ventanas y las abro para dejar que la luz del sol filtre en la habitación. Algunos juguetes de anoche están esparcidos por el suelo, y los recojo, tirando cada uno de ellos en una caja.
—¿Ronan? —llamo, casi distraídamente, mientras me muevo por la habitación, colocando todo en su lugar.
Por el rabillo del ojo, lo veo moverse, pero no dice nada. —Es hora de levantarse, pequeñín —bromeo, con un tono de seriedad juguetona.
Él emite un gruñido bajo, sin hacer ningún intento por moverse.
Siento un peso de preocupación asentarse en mi estómago, formando un pequeño nudo, del tipo que pone mis sentidos en alerta.
—¿Cariño? —llamo esta vez con los ojos puestos en él. Cuando no hay respuesta de nuevo, me quedo paralizada, dejando caer todo lo que tengo en las manos al suelo mientras corro hacia él, me hundo en el espacio a su lado y lo recojo apresuradamente en mis brazos, mi corazón latiendo con fuerza contra mi caja torácica.
Recojo su pequeño cuerpo en mis brazos, apartando mechones de cabello para exponer su rostro.
Su temperatura está alta. Puedo sentir su piel ardiendo contra la mía. —¿Ronan? ¿Qué te pasa? —pregunto, con el miedo evidente en mi tono.

—¿Qué ha pasado? —pregunto de nuevo, esta vez con un sentido de urgencia, mientras mis dedos recorren su cabello enredado.
Él murmura algo, aunque sus palabras no son claras, y me acerco, forzando a que abra un ojo. Susurro una oración inaudible a la Diosa, sin querer que mis miedos se hagan realidad.
Me inclino, mi aliento en su rostro mientras miro de cerca. Mi pecho se oprime cuando lo veo, el tenue destello amarillo en sus ojos.
—Querida Diosa —susurro en una oración, dándome cuenta de la situación. Ha estado lejos de su manada durante tanto tiempo, lejos de los suyos.
Los lobos, especialmente los jóvenes, deben estar juntos. El vínculo con los suyos es lo que los convierte en lo que serán como hombres. Se lo negué el día que decidí irme. Un pequeño sollozo amenaza con escaparse, pero me llevo la mano a la boca para sofocarlo.
Lo que está pasando ahora es solo la punta del iceberg de lo que está por venir. He oído hablar de ello, pero nunca pensé que le pasaría a mi propio hijo, no después de todos estos años lejos.
Mi respiración se vuelve más pesada al darme cuenta de cuánto peligro puede estar corriendo mi pequeño ángel.
Hago todo lo posible para no derrumbarme en lágrimas aquí y ahora, con mi bebé en mis brazos. Todo esto es culpa mía. Nunca debería haberlo alejado. Pero este no es el momento de llorar, no con él así.
Necesito ordenar mis pensamientos y elaborar un plan. Eso no será demasiado difícil porque solo hay una solución para la enfermedad que lo aqueja. Necesito llevarlo a casa y de vuelta a la manada a la que pertenece. Solo entonces estará bien.
Bajo la mirada, observándolo atentamente, mis ojos se nublan con lágrimas contenidas. —Estarás bien, cariño. Me aseguraré de eso.
Lo mezo lentamente, sin apartar los ojos de él, y me pregunto cómo no pude ver esto venir desde lejos. Soy una madre. Debería saber estas cosas.
Una sola lágrima se desliza en ese momento, cayendo sobre la mejilla de Ronan mientras mis dedos la acarician suavemente. Estoy intentando desesperadamente no llorar. Siento que tiemblo por el esfuerzo.

Él se mueve un poco, y yo lo acerco más a mí. Mi corazón se agita, incapaz de resistir el impulso de besar su frente.
Me inclino entonces, dejando un beso en su frente antes de colocarlo de nuevo en la cama y retroceder para coger las llaves del coche.
No soy ajena a esta enfermedad. La vi desarrollarse hace unos años en Blackwood, y sé lo grave que puede volverse sin un sanador adecuado.
Los lobos son criaturas de manada, y la comunidad es importante para nosotros. Con la edad, puedes decidir irte y convertirte en tu propia persona, pero mientras aún eres joven, el vínculo con la comunidad es necesario para fortalecer la conexión entre el humano y el espíritu lobo. De lo contrario, el cuerpo humano se debilita demasiado para albergar el espíritu y comienza a decaer.
Le envío un mensaje rápido a Lucien para avisarle de que voy de camino, pero no recibo respuesta. Para cuando vuelvo a la habitación de Ronan, está casi tan pálido como una sábana, y el brillo amarillo de sus ojos se ha intensificado. Es la forma en que su espíritu lobo inmaduro pide ayuda.
Rápidamente tomo a Ronan en brazos y corro hacia el coche, sin perder tiempo en arrancar el motor y dirigir el mapa hacia Blackwood. No puedo perder a mi bebé.

CAPÍTULO DIECISIETE

Lucien

Me detengo en la puerta, dejando que mis ojos escaneen brevemente la habitación, mientras una sonrisa de satisfacción se asienta en mis labios. Nunca pensé que echaría tanto de menos mi despacho como lo hago ahora.
Miro la pila de archivos que parece no reducirse nunca, dejando escapar un pequeño suspiro mientras me acerco a ella, el sonido puntual de mi bastón resonando por toda la habitación.
El sanador de la manada insiste en que camine con este bastón, una talla de uno de los mejores árboles de caoba. Mis heridas no están completamente curadas, y esto ayuda a aliviar la presión al caminar.
Sacando mi silla, me desplomo en ella, girando brevemente para mirar por la ventana. La vista sigue siendo tan fascinante como siempre. Aspiro profundamente, dejando que el olor a papel y madera llene mis fosas nasales.
Alargo la mano hacia la botella de whisky en un cajón debajo del amplio escritorio, cogiendo un vaso junto a ella y colocándolos uno al lado del otro.
Sirvo una generosa cantidad en el vaso, acercándolo a mi nariz y aspirando profundamente, dejando que el fuerte aroma del whisky me queme desde la nariz hacia abajo.
Ha pasado tanto tiempo, y he echado de menos el fuerte olor del whisky.
Un golpe en la puerta me devuelve al presente, dejando escapar un suspiro de mis labios —Pasa— digo simplemente, tomando un sorbo de mi bebida.
La puerta cruje al abrirse mientras Liam entra, su sonrisa se ensancha cuando sus ojos se posan en la botella de whisky —Escuché que habías vuelto al trabajo y no entendía por qué. Ahora todo tiene sentido—.

Me río, alcanzando otro vaso y deslizándolo hacia él —No podría soportar un día más de reposo en cama aunque lo intentara—. Asiente, acomodándose en la silla de cuero justo frente a mí —¿Cómo va eso?— pregunta, señalando con la cabeza hacia mi pierna. Me reclino en mi asiento —Mejor que ayer es todo lo que puedo decir—. Odio lo lento que estoy sanando, y el hecho de que tenga que caminar fingiendo que soy inmune a los murmullos me enfurece aún más.
Su teléfono suena, el dispositivo ruidoso arruinando la atmósfera tranquila. Metiendo la mano en su bolsillo, saca el aparato, su ceño se frunce aún más mientras lo presiona contra su oído.
—Continúa— dice, sus cejas fruncidas mientras mira distraídamente la ventana, obviamente perdido en sus pensamientos.
—¿Hace cuánto tiempo pasó esto?— pregunta, un dedo suspendido en el aire mientras pausa su intento de coger la botella entre nosotros.
—Vale. Mantenme informado— añade finalmente, lanzando el dispositivo sobre la mesa y suspirando, sus dedos rodeando la botella mientras sirve su vaso.
—Bueno, resulta que no somos los únicos a los que la tragedia sigue golpeando—. Sus ojos no se apartan de la botella hasta que ha servido una cantidad generosa.
Mantengo su mirada —¿Ha pasado algo?—.
Con un ligero encogimiento de hombros, coge el vaso, tomando un largo sorbo —Ha habido un ataque—.
Siento cómo mi cuerpo se tensa —¿Dónde?—.
—Ironclaw fue atacado por el Lobo Plateado esta mañana. Todavía no han terminado de determinar el número de bajas que tienen, así que supongo que son muchas—.
El whisky se vuelve amargo en mi boca, pero lo trago de todos modos. Ironclaw. El compañero de Selene es el alfa de esa manada.
—¿Y el alfa? Necesitamos contactar con él, al menos, y averiguar si necesita algún tipo de apoyo o algo —respondo casi de inmediato.
Es una buena idea. Con ambos grupos unidos y con la fuerza y los recursos que podemos reunir juntos, creo que tenemos una oportunidad de luchar.

—Ha muerto. Esa es la parte triste —la voz de Liam resuena sobre mis pensamientos, obligándome a volver a prestarle atención.
—¿Su alfa? —pregunto, solo para asegurarme de que he oído bien.
Asiente de nuevo, y la indiferencia en su expresión deja muy claro que no es consciente de que, de hecho, es el compañero de su hermana.
Como si notara mi incomodidad, me mira con una ceja levantada en señal de interrogación— ¿Qué te pasa? Pareces demasiado afectado por la noticia. ¿Lo conocías personalmente?
Asiento, aunque eso no es del todo cierto. —Es el compañero predestinado de Selene. Ella acaba de descubrirlo.
Me mira, y su expresión cambia de indiferencia a preocupación y luego a ira, todo en un instante— ¿Y no se le ocurrió contarme todo esto antes?
—Ella acaba de descubrirlo —repito, bajando la mirada mientras lucho por procesar la noticia. Recuerdo lo animada que había estado las últimas semanas, su teléfono explotando constantemente con mensajes y su necesidad constante de desaparecer durante días.
—Tienes que decírselo tú mismo, ya lo sabes —Liam apenas es audible en este momento, su vaso casi vacío ya olvidado.
Cierro los ojos, intentando imaginar la forma más fácil de tener esta conversación con Selene. Cada escenario que se me ocurre termina con ella rompiendo a llorar o algo peor.
Asiento— Lo sé.
Vacio mi vaso y luego lo golpeo con fuerza contra la mesa, sorprendido de que no se rompa— No pueden seguir saliéndose con la suya.
Liam asiente, incapaz de hacer más que eso en este punto de nuestra conversación. Tiene una mirada distante en los ojos, acompañada de un brillo calculador.
El silencio en la habitación es espeso después, con ambos aparentemente perdidos en nuestros pensamientos, cada uno pensando lo mismo. El Silver Pack necesita ser controlado en este punto. Ya hemos tenido suficiente de este derramamiento de sangre sin sentido.

Me quedo sentado en silencio mucho después de que Liam se haya ido, incapaz de salir y arriesgarme a encontrarme con ella. Pero en el fondo, sé que no es el tipo de noticia que pretendo ocultarle, especialmente con la rapidez con la que viajan las malas noticias.
Cojo mi bastón de apoyo, poniendo un pie delante del otro mientras bajo las escaleras hacia donde creo que la encontraré.
Justo como supuse, está estirada en un sofá, su rostro arrugado en un ceño fruncido, sus ojos en el teléfono.
El tintineo de mi bastón contra el suelo delata mi presencia, y cuando levanta la vista, su ceño fruncido es rápidamente reemplazado por una sonrisa.
—Ya estás de pie, veo —bromea, con un tono juguetón pero serio.
Me siento frente a ella, logrando una pequeña sonrisa— No puedo quedarme quieto. Hay demasiado que hacer.
Se encoge de hombros— Podrías haberme llamado fácilmente para que fuera a verte a tu oficina si necesitabas compañía, una alternativa mejor a que bajaras todas esas escaleras así.
Niego con la cabeza, sin querer aceptar su lástima— Estoy bien.
Deja su teléfono a un lado, baja la pierna y me presta toda su atención— Muy bien entonces.
Me quedo sentado un rato, sin saber cómo sacar el tema hasta que ella habla de nuevo. —Tengo noticias. —Parece insegura, y su rostro es un museo de emociones, un cóctel clásico de culpa, miedo, duda y un pequeño destello de esperanza y emoción que bulle por debajo.
—Pensé que ya podías contarme cualquier cosa.
—Lo sé, pero esto es un poco diferente. —Sus ojos no se encuentran con los míos, y hay una evidente culpa en su actitud, así que claramente no está al tanto de la situación. Eso me da un poco de alivio, pero tampoco tengo dudas de que lo que está a punto de decir tiene que ver con su pareja. ¿Se van a casar? Por favor, diosa...
—Estoy embarazada —suelta de golpe, haciendo que mis pensamientos se detengan en seco—. Lo siento. Juro que no quería que esto pasara. Un momento estábamos hablando, y al siguiente...
Su voz se desvanece, y se lleva un dedo al regazo, con los ojos clavados en sus pies.

Siento que mi corazón se hunde en el estómago, y mi boca se abre por sí sola mientras asimilo la noticia que, en otras circunstancias, habría sido buena.
—Estoy intentando contactar con él, pero no está disponible. Quería compartirlo primero con él. —Añade, con los ojos posados en su teléfono, a solo unos centímetros de ella.
—Quizás solo estoy siendo paranoica, pero no puedo quitarme la sensación de que algo malo va a pasar. He estado más mareada de lo normal. Mis emociones están un poco descontroladas, y siento como si el centro de mi mundo se hubiera movido mientras dormía. Me he estado diciendo que son las hormonas del embarazo, pero algo no me cuadra. Mi lobo también está inquieto.
—¿Crees...? —se aclara la garganta, con los ojos en todas partes menos en mí—. ¿Crees que ha perdido el interés? ¿Quizás ha encontrado a alguien más, o ha decidido que la situación es demasiado complicada para él?
Sus ojos finalmente se encuentran con los míos, y el miedo en ellos me parte el corazón. Necesita que la tranquilice, y ojalá pudiera hacerlo. Ojalá pudiera decirle que enviaré a alguien a buscarlo o algo así, pero no puedo. No miento. De repente, la noticia me parece demasiado pesada.
—Selene —comienzo, y el sonido de mi propia voz me sorprende.
—Lo sé. Sé que probablemente estoy perdiendo el control, y que son las hormonas, pero él siempre contesta mis llamadas. No importa lo ocupado que esté, siempre hace tiempo para mí, y esto no es algo que pueda simplemente enviarle por mensaje. —Sus ojos se iluminan como si una bombilla se hubiera encendido en algún lugar.
—¿Crees que debería hacerle una visita sorpresa? Quiero decir, intentamos mantener nuestros encuentros en privado porque... —hace un gesto entre ella y yo—, pero realmente necesito verlo.
Respira hondo antes de volver a prestarme atención. —Lo siento, te he interrumpido. Es que tengo muchas cosas en la cabeza ahora mismo. Querías decir algo. —Arquea una ceja, instándome a continuar.
Me aclaro la garganta, sin saber cómo abordar el tema. Decido, después de sentir que sus ojos aún me observan, que es mejor

soltarlo de golpe.
—Su manada fue atacada esta mañana, y él no logró salir con vida. Se detiene, con los labios apretados, su expresión cambiando. —¿Quién no...? —se interrumpe en ese momento—. ¿Quién no logró salir con vida? —Su voz es ahora unos tonos más aguda.
La miro, sin hacer ningún esfuerzo por elaborar más porque veo en sus ojos que ella sabe de quién hablo.
Observo cómo la emoción inicial se evapora de su expresión, dejando en su lugar una tristeza profunda y sofocante.
—Lo siento... —logro decir mientras aprieto sus manos entre las mías, transmitiéndole mi apoyo.
—¿Quién es el responsable? —pregunta, secándose una lágrima. Me detengo un momento antes de contarle con detalle todo lo que escuché de Liam.
Cuando termino, ella cierra los ojos con fuerza, sus manos tiemblan mientras solloza, de esa manera que hace que su cuerpo se sacuda incontrolablemente.
Verla así destroza lo que queda de mi corazón, y me acerco, envolviéndola en mis brazos mientras llora, sus lágrimas empapando la tela de mi camisa, pero no me importa.
Paso un dedo por su hombro, murmurando palabras tranquilizadoras hasta que se calma de nuevo, sus sollozos ahora salen en jadeos silenciosos.
—No tengo ni idea de qué se supone que debo hacer ahora, ninguna. Siento que una parte de mí se ha ido, dejando un vacío profundo que nunca podré llenar —sus palabras salen entre hipidos cortos.
—No se lo merecía, ya lo sabes —asiento, murmurando una respuesta afirmativa mientras ella continúa—: Necesito saber quién hizo esto. Necesito un nombre, cualquier cosa.
—Veré qué puedo hacer para ayudarte con eso —me hago mentalmente la nota de avisar a todos los que podrían proporcionar las respuestas que necesita, que su servicio sería recompensado.
—No necesito que veas qué puedes hacer para ayudar, Lucien. Necesito saber cada detalle de este ataque, hasta la persona que

asestó el último golpe. Iré por ellos, aunque sea lo último que haga. La Manada Plateada sentirá la ira de una mujer herida.
Otro ataque de llanto sacude su cuerpo, y la sostengo firme, mi mente es un laberinto de pensamientos.
Una idea viene a mi mente, y me tomo mi tiempo para compartirla.
—Selene —comienzo, haciendo que levante la cabeza, mirándome con ojos llenos de lágrimas—, Ahora él está... —me detengo, sin querer repetirlo—, Hay una posición de liderazgo vacante en su manada —hago una pausa, esperando que mis palabras resuenen en ella.
—Puedes desafiar a su guerrero más fuerte. Eres una loba de sangre pura. No dudo de tu capacidad de combate.
Ahora está sentada erguida, un pequeño espacio entre nosotros mientras asimila lo que acabo de decir.
—Todavía estamos casados —dijo con firmeza.
Su respuesta es un mensaje claro. No está en contra de la idea. Lo único que la detiene es el hecho de que todavía está ligada a mí. La entiendo. Si algo le pasara a Rora, yo saldría con dientes y garras, dejando un rastro de sangre hasta encontrar al culpable y hacerle pagar.
Sonrío a pesar de mí mismo. —Eso se puede anular si quieres — necesita sacar su ira de alguna manera. Entiendo su necesidad de venganza, y también sé que si no es capaz de vengar su muerte, nunca se perdonará a sí misma.
Los cambiaformas somos criaturas de una lealtad feroz, y nuestro amor se mide por lo lejos que estamos dispuestos a llegar por nuestros seres queridos. Nada rompe a un lobo como no poder expresar su amor y lealtad por un ser querido. Es pura tortura. Es un regalo que no le voy a negar: la oportunidad de luchar por un ser querido, de mostrarle cuánto importa incluso en la muerte, y de hacerle saber a la manada que fue amado.
Ella levanta la vista en ese momento, sus ojos vidriosos por las lágrimas, —¿Harías eso?
Asiento, reafirmando sus palabras, —Lo haría.
****

La anulación de nuestro matrimonio fue mucho más fácil que el proceso de matrimonio en sí. Aparentemente, aparte del consentimiento de ambas partes y la aprobación de los ancianos, no hay nada más que hacer.
Pero ahora, mientras estoy aquí, mi posición en mi manada bajo escrutinio, me pregunto si cometí un error al dejar ir a Selene.
Es una ley que si el alfa no se considera apto para gobernar, cualquiera puede desafiarlo a un combate. Me han desafiado a luchar por lo que es mío, el mayor insulto, como diría mi padre. Ya puedo imaginarlo frunciendo el ceño con desaprobación dondequiera que esté.
Pero sin una pareja fuerte y la pérdida de mi lobo, sumado a mi incapacidad para sanar, siempre he sabido que esto pasaría.
Mientras estoy de pie en un patio abierto, con las piernas hundidas en la arena, escucho los vítores de la multitud seleccionada.
Miro fijamente a mi contrincante, un hombre corpulento con bíceps voluminosos y hombros anchos. Su expresión es fría, y hay un hambre inconfundible en sus ojos. Esas órbitas de fuego intenso me evalúan, probablemente fantaseando con la vida que tendrá una vez que acabe conmigo.
Que un alfa sea desafiado para demostrar su competencia es un evento que no ha ocurrido en mucho tiempo. Los alfas somos típicamente los lobos más grandes y fuertes de la manada, y desafiar a uno es una sentencia de muerte. Supongo que eso es para alfas que tienen a sus lobos intactos.
—Esto va a ser muy divertido —se ríe, crujiendo los nudillos—. Solías pasear como si fueras el amo y todas las chicas se te lanzaban. No puedo esperar a probar un poco de esa buena vida.
—¿Has ido a ver a un curandero? He oído que la mierda que sale de tu boca es tan letal como la que sale de tu culo. No querría que murieras de diarrea verbal antes de que tenga la oportunidad de enterrarte.
—¿Enterrarme? —suelta una risa sin humor—. No sé si has estado prestando atención, pero solo uno de nosotros carece de lobo. Yo seré quien selle tu lápida, alfa —dice mi título como si escupiera una palabra sucia, sus ojos ardiendo de odio.

No puedo negar la tensión creciente en mis músculos. Puedo ocultarla, pero no negarla. A pesar de toda la basura que ha estado escupiendo y su arrogancia, mi contrincante está bien formado y parece muy fuerte. No tengo dudas de que su lobo será enorme. Solo puedo confiar en mi velocidad humana para seguir atacando y no darle un momento para cambiar. La herida en mi muslo elige ese momento para punzar, recordándome mi situación, y una sarta de maldiciones sale de mis labios. Estoy en desventaja tanto como humano como lobo.
—Debes haber estado soñando con el título durante tanto tiempo, lástima que solo serás recordado como el tonto que se atrevió a desafiar a su alfa.
Sus labios se estrechan en una línea recta, y sé que he tocado un nervio. Aprovecho rápidamente la oportunidad. —¿Cuál es el problema? ¿Tu padre no te dejó nada, y ahora estás peleando con otros por lo que tu padre no pudo darte? Un luchador emocional y enojado rara vez es calculador y tiende a cometer muchos errores ciegos. Espero que muerda el anzuelo.
—No sabes nada de mí —bufa, dando un paso amenazante en mi dirección.
—Exactamente mi punto —mi respuesta es automática, con una ligera risa y un giro de ojos—. Un don nadie, tratando desesperadamente de ser visto. Dime, ¿hay alguna mujer en la multitud a la que le hayas prometido hacerla Luna? Te aconsejo que retires tus palabras mientras aún tienes tiempo.
Adopto mi postura, la rabia nubla mi visión. —Me encantaría verte intentarlo.
Con eso, se lanza hacia mí, y yo me agacho. Un salvamento oportuno que lo envía volando a una esquina. Eso solo parece enfurecerlo más.
Gruñe, golpeándose el pecho con furia mientras carga de nuevo. Esta vez, no soy lo suficientemente rápido para esquivar su palma abierta, y cuando la siento golpear mi hombro, reprimo un grito.
La multitud vitorea, todos ansiosos por ver. Sacudo el ruido, mis ojos fijos en él como un depredador.

Unos cuantos golpes más suyos conectan con mi abdomen, haciéndome doblarme momentáneamente.
Me enderezo, a pesar del dolor punzante en el estómago, y aprieto los puños mientras adopto una postura defensiva. Si voy a caer, entonces voy a luchar. Esto no va a ser fácil para él.
Recibo unos cuantos golpes, pero no antes de que su codo impacte en mi mandíbula, obligándome a tambalearme hacia atrás y perder el equilibrio, cayendo al suelo. Él no se lanza sobre mí. En lugar de eso, se toma su tiempo para disfrutar de la euforia de este momento.
Puedo saborear la sangre en mi boca mientras me esfuerzo por levantarme, una ola de fatiga me abruma y las heridas de mis lesiones anteriores parecen enviar oleadas de dolor por todo mi cuerpo.
Me arrodillo en el suelo, dejando que el ruido se desvanezca lentamente. Quizás esto sea el final. Quizás no estoy preparado para gobernar. Justo entonces, capto el destello de alguien por el rabillo del ojo y me giro, parpadeando rápidamente para despejar la visión borrosa.
De pie en un rincón lejano de nuestra reunión están Aurora y un niño que reconozco como Ronan, sentado firmemente en su agarre. Una ola de pánico me recorre al preguntarme por qué está aquí. Su cabello es una caricatura de lo que suele ser. Ella siempre está tan compuesta, pero ahora no hay nada de eso en la mujer que me mira.
Sea lo que sea, no puedo permitir que me vea así, una sombra del hombre que solía ser, débil y fácilmente derrotado.
A través de la niebla de mis emociones, no veo el puño que vuela hacia mi cara, y mi cuello se tuerce de la manera más dolorosa, la fuerza del golpe me derriba al suelo.
De alguna manera, entre los vítores de la multitud, distingo un grito agudo, y mis ojos se entreabren para encontrar a Aurora con los ojos muy abiertos, llevando a Ronan a su lado y protegiendo sus ojos de la brutalidad frente a él.
Quizás fue la vergüenza, quizás la ira por toda la falta de respeto que he sufrido, pero una oleada de rabia me envuelve, atenuando al

público y el ruido a mi alrededor.
Mi oponente se lanza sobre mí de nuevo, pero esta vez esquivo su ataque rápidamente, rodando hacia el otro lado para darme tiempo de recuperarme.
Me levanto, mis ojos apenas se apartan de ella mientras me lanzo hacia mi oponente, esquivando dos de sus golpes y asestándole uno propio.
Eso parece ser suficiente, ya que cae de cara al suelo, como un saco de grano. La multitud estalla en aplausos, pero mi atención está en otro lugar.
Pero, aparte de Aurora, hay algo más, una sensación que no puedo sacudir fácilmente. Tardo un momento en darme cuenta de lo que es, pero finalmente lo hago, y mis ojos se dirigen hacia su hijo.
Además de lo anormal de su visita, algo no está bien. El niño no parece estar bien, y por alguna razón, el pánico se hunde en mis huesos, y una necesidad urgente de protegerlo anula la rabia de antes.
Es una sensación extraña, ya que el instinto protector suele estar reservado para los padres, pero él se da la vuelta y me mira directamente. Una mirada cruza sus ojos, y casi puedo jurar que veo el espíritu de su lobo asomarse a través de ellos.
Mis ojos se abren de par en par al darme cuenta de lo que está pasando. Paso por encima de todos los que están en mi camino y me lanzo hacia Rora. Tengo muchas preguntas.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Aurora

Puedo sentir la intensidad de su mirada clavándose en mi nuca, pero aun así, elijo ignorarla, sin inmutarme mientras nos lleva al interior de la casa de la manada.

—Llévalo a mi curandera personal e indícale que use todas las medidas a su alcance, incluso más allá de sus poderes, para asegurarse de que mejore —lo oigo decir, y esta vez me giro, enfrentando su mirada lo mejor que puedo. Él sabe que puedo notarlo por la forma en que sus ojos van de Ronan a mí.

Observo cómo la sirvienta se lleva a Ronan, mis ojos no se apartan de los suyos, cansados y hundidos, hasta que la puerta se cierra suavemente tras ella. Respiro hondo, preparándome mentalmente para esta conversación largamente aplazada.

Un incómodo silencio flota en el aire durante lo que parece una eternidad antes de que finalmente hable, poniendo fin al sofocante silencio.

—Ahora, Aurora —su voz es calmada, como si no estuviera enfadado conmigo—, voy a preguntarte una vez más. No me mientas —dice, cerrando la distancia entre nosotros.

Puedo sentir su aliento en mi rostro, caliente y húmedo. —¿Es Ronan mi hijo? —gruñe, la brusquedad de su tono hace que me aparte involuntariamente, haciéndome tropezar un poco antes de recuperar el equilibrio.

Respiro hondo, entrelazo mis dedos y me compongo antes de intentar responder. Al igual que ocurre con las parejas, los cambiantes sienten una atracción hacia sus hijos. Nunca es tan fuerte como el vínculo entre parejas, pero en caso de peligro, el sentimiento puede intensificarse, casi como si el hijo estuviera enviando una señal a su protector. No tengo dudas de que eso es lo que Lucien sintió. Temía que esto ocurriera, pero no iba a permitir que mi terquedad y mis problemas personales costaran la vida de mi hijo.

Parpadeo para contener las lágrimas, alzo la barbilla en un gesto de desafío. —Sí, lo es —digo simplemente, sin apartar la mirada.
Muerdo el impulso de decir más. No hay necesidad de explicarme, no cuando él no me lo ha pedido.
Él suelta una risa leve, el dolor en sus ojos tan claro como el día. —¿Cómo pudiste ocultarme esto durante cinco años? ¿Cinco años enteros, Aurora?
Mientras habla, niega con la cabeza. Suena enfadado y traicionado, pero no lo culpo por eso. Sin embargo, hay algo que no permitiré: que él haga que esto sea completamente mi culpa.
—Pregunté, y me mentiste. Dijiste que fue una aventura sin importancia. ¿Por qué no fuiste sincera entonces?
Mi labio tiembla, y lucho contra el impulso de limpiar la humedad de mis mejillas. Siento cómo las lágrimas caen por su cuenta, pero no hago nada para detenerlas. Inspiro profundamente, intentando calmar el pánico que empieza a bullir dentro de mí.
—No estaba preparada para decírtelo entonces.
Él me observa, sus ojos tiran de la máscara de valentía que llevo puesta.
—¿Así que me perdí cinco años de su vida solo porque no estabas preparada? —Hay un dejo de acusación en su tono.
—Dejaste muy claro que yo no tenía lugar en tu vida —replico casi de inmediato.
—¡Era joven!
Suelto una risita sarcástica. —Sí, claro. La misma excusa de siempre.
—¡Por Dios, Aurora, tú tampoco eres completamente inocente!
—Hice lo que creí que era mejor para mi hijo. No puedes culparme por eso —digo, manteniendo mi tono calmado a pesar de mis labios temblorosos.
—Nuestro hijo —lo corrige—. ¡Decidiste sin siquiera avisarme!
Un suave risotada se me escapa—: Tu padre me amenazó, por si lo habías olvidado. ¡Me fui de la manada mucho antes de darme cuenta de que llevaba un hijo dentro de mí!
Me paso los dedos por el cabello ya despeinado—: Yo no decidí nada. Tú tomaste tu decisión. No querías saber nada de mí. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Quedarme atrás y tener a tu hijo

mientras tú andabas de juerga con tu pareja, y que él fuera conocido como el hijo bastardo del mestizo?
Ahora guarda silencio. Tiene la boca abierta, pero no sale nada de ella. Así que continúo—: Luché con él durante años, solo éramos él y yo, y la única vez que te di la oportunidad de compensarlo, lo arruinas. —Ahora estoy llorando. Lágrimas calientes caen por mi rostro y no puedo dejar de sollozar.
—No lo arruiné intencionalmente —dice, extendiendo la mano para ofrecerme consuelo, pero me aparto de él.
—Siempre hay una excusa, siempre. ¡Por una vez, reconoce tus errores y luego pide disculpas!
Baja la mirada, pero no antes de que yo atrape un destello de arrepentimiento en sus ojos.
Empieza a decir algo, pero decide no hacerlo, sus ojos se apartan de los míos. La culpa, la vergüenza y la tristeza bailan en sus facciones.
—No puedes elegir cuándo quieres estar en nuestras vidas, Lucien. ¡No le haré eso a mi hijo! —grito, perdiendo finalmente el control sobre las emociones que han ido creciendo desde que entramos en la habitación.
El dolor que siento es abrumador. No hay manera de que lo vuelva a permitir, no después de todo. Esto ya ha ido demasiado lejos.
—Aurora —comienza, sus ojos suavizándose ligeramente—, hay mucho que no sabes, mucho.
—Quizás si me lo explicaras todo con claridad, no estaría tan perdida —respondo, mi voz quebrada por el peso de mis emociones. Tengo la sensación de que hay mucho que no me está contando, pero no tengo ganas de presionar más allá de lo debido.
Suspira, sus hombros se relajan ligeramente—: Ya no importa.
Típico de Lucien, nunca da la historia completa pero espera que lo entienda de todos modos. No me impresionan sus tácticas.
Giro para mirarlo de frente y continúo—: No estoy aquí por ti. No alimentes esa idea. Ronan está enfermo. —Siento como mi voz se desvanece en este punto, así que hago una pausa, tomándome un minuto para recomponerme antes de continuar—: Solo estamos aquí el tiempo que tarde en recuperarse y ni un día más.

Me sorprende ver cómo su expresión se suaviza. Está herido, pero no entiendo por qué. Hay un rastro de una emoción que no logro comprender del todo.
Asiente lentamente—: Haré los arreglos para un lugar donde puedan instalarse durante su estancia.
—No me quedaré en tu casa, si es eso lo que estás ofreciendo —digo, casi a la defensiva.
Me siento estúpida por decirlo cuando noto una sonrisa en las comisuras de sus labios—: No es mi casa lo que te ofrezco. Es la tuya.
****
Lo sigo en silencio mientras él guía el camino hacia donde está Ronan, haciendo pausas para dejar que mis ojos recorran su casa. Hay retratos en las paredes, desde fotos de personas hasta pinturas al azar de atardeceres.
—Después de usted —dice, sosteniendo la puerta abierta y haciendo un gesto hacia dentro.
Asiento con brusquedad, pasando a su lado mientras mis ojos escanean la habitación por un momento antes de posarse finalmente en él.
—¡Ronan! —grito al encontrarlo sentado, con una mujer extraña a su lado. Ambos levantan la vista hacia mí, pero solo Ronan comparte mi alegría.
Abro los brazos de par en par y lo abrazo, enterrando mi nariz en la curva de su cuello.
Él me devuelve el abrazo, su agarre casi tan firme como el mío.
—Está mejor ahora. Pero aún no está completamente fuera de peligro —dice la mujer, con una sonrisa que ilumina su rostro y revela una dentadura perfecta.
Asiento, rompiendo el abrazo mientras me giro hacia ella. —¿A quién le debo las gracias? —pregunto, extendiendo una mano en su dirección.
—Soy la curandera —responde simplemente, tomando mi mano brevemente para un apretón.
—Gracias —respondo, con mi gratitud evidente en mi expresión. No es la curandera de la manada que conocía cuando aún estaba aquí,

pero tiene la misma calidez y empatía que la anterior.
La mujer se encoge ligeramente de hombros. —No es nada. —Se levanta, coge una bolsa y se gira hacia mí. —Volveré más tarde para hacer mi magia con él. Por ahora, solo mantén un ojo atento.
—En realidad —comienzo, obligándola a detenerse—, no nos quedaremos aquí. —No pude evitar notar la suposición anterior y sentí la necesidad de corregirla.
—Oh —su rostro se descompone ligeramente—. Mis disculpas entonces. Solo dile a alguien que me informe de dónde estarán y pasaré por allí.
Asiento, con mi sonrisa intacta, mientras mis ojos la siguen hasta que sale de la habitación. Noto por primera vez desde que entré que Lucien sigue apostado en la puerta, con las manos en los bolsillos y los ojos puestos en mi hijo. Nuestro hijo. Necesito acostumbrarme a eso.
Vuelvo mi atención a Ronan en ese momento, agachándome a su altura, con una rodilla presionando contra el frío suelo. —Me diste un susto de muerte —le susurro, intentando contener un sollozo que amenaza con escaparse de mi garganta. Paso mis dedos por su cabello, oliendo su aroma como si mi vida dependiera de ello.
Su frente descansa sobre la mía, con los ojos cerrados. —Lo siento.
Muevo la cabeza suavemente. —No, no lo sientas —digo, conteniendo una lágrima—. No es tu culpa en absoluto. —Lo sostengo, presionando su frágil cuerpo contra el mío, con mi mente en paz ahora que sé que estará bien.
Lucien se aclara la garganta, poniendo fin prematuramente a nuestro momento íntimo. Se alza sobre nosotros, con una cálida sonrisa en su rostro. —¿Cómo te sientes? —pregunta, sin que su sonrisa flaquee.
Me inclino hacia atrás, dejándolo ir a regañadientes para que puedan hablar.
—Mejor —responde Ronan, sin apartar los ojos del hombre, como si intentara determinar si es amigo o enemigo.
Lucien asiente. —Déjame mostrarte tu nuevo hogar.
Los ojos de Ronan se abren de par en par. —¿Por qué no podemos quedarnos? Me gusta aquí —protesta, con un tono casi suplicante.

Lucien se agacha a nuestra altura. —Tengo la sensación de que te gustará mucho más adónde vamos.
Mi hijo sonríe, con los ojos brillando de alegría. —Vale —dice, saltando feliz hacia la puerta. —¡Mamá, vamos! —Por un breve instante, las similitudes en sus rasgos me desconciertan, el parecido sorprendente casi palpable.
Me levanto, girándome hacia Lucien para murmurar un audible "gracias" mientras me apresuro a alcanzar a mi hijo, que parece rebosar de emoción.
Aseguro a Ronan en el asiento del copiloto antes de colocarme detrás, que es mi manera de poner algo de distancia entre Lucien y yo.
Observo en silencio cómo ambos mantienen una conversación relajada, con el corazón cargado de una admiración que no puedo sacudir fácilmente. Me permito imaginar por un momento cómo habrían sido nuestras vidas si Lucien hubiera estado presente desde el principio.
Un calor se instala en mi pecho mientras me deleito en mi ilusión. Pero eso es todo lo que es: un simple escenario imaginario.
El coche se detiene. Mi casa, de una vida pasada, se yergue ante nosotros. Mientras salimos del vehículo, mi boca se abre en una obvia sorpresa mientras entro, mirando a mi alrededor con los ojos saltando de un lado a otro.
Me detengo en medio de la habitación, volviéndome hacia Lucien: —Esto… ¿lo has hecho tú?
Él sonríe, negándose a responder mientras se ocupa de mi hijo. La casa, tanto por dentro como por fuera, está ordenada y, por lo que parece, se ha mantenido adecuadamente a lo largo de los años.
Siento un tirón en el pecho mientras los recuerdos de nuestro tiempo juntos giran en mi mente. Casi puedo oler su colonia mientras los recuerdos de su piel presionando contra la mía llenan mis sentidos.
—¿Mamá? —Una voz baja me llama, sacándome de mi ensueño. Parpadeo, asintiendo en dirección a mi hijo: —¿Sí?
—¿De verdad vamos a quedarnos aquí? —Sus ojos están llenos de esperanza, arrancándome una pequeña sonrisa mientras tiendo la

mano para acariciar su cabello.
—Sí, lo haremos.
Su sonrisa se ensancha y corre, desapareciendo tras una puerta. Ahora, con Lucien y yo solos, hay una sensación de inquietud que flota en el aire.
Me aclaro la garganta, alzando los ojos para encontrarme con su mirada: —Gracias por todo. —Soy tan educada como debo ser.
Él asiente, deslizando sus dedos por su rostro. —Si necesitas algo, estoy a una llamada de distancia.
Asiento como respuesta, caminando hacia la puerta y manteniéndola abierta para él. Se queda incómodo en el umbral, con las manos metidas en los bolsillos. Empujo la puerta más abierta, recordándole que se estaba yendo.
—Esto se siente como en los viejos tiempos —dice, su voz cargada de nostalgia.
—Esto no tiene nada que ver con los viejos tiempos, Lucien.
Da un paso más cerca, haciéndome retroceder un poco. —Pero puede serlo. Estás aquí ahora. Esto debe ser una señal. —Esto no es ninguna señal, Lucien, estoy aquí porque mi hijo es…
—Nuestro hijo —me interrumpe. —Rora, por favor. Solo necesito otra oportunidad, y juro por mi vida que te haré la mujer más feliz —su voz baja un tono—. Y seré el mejor padre para Ronan. Sabes que lo necesita.
—No intentes chantajearme con él —exclamo, con el pecho agitado. —No te atrevas a usar a Ronan para comprar tu vuelta a mi vida. Él merece un padre que se quede. Un padre que lo ame y lo valore por encima de todo. Merece un hombre que lo priorice.
—Y me quedaré —dice, su voz firme en contraste con mi agitación. —Lo protegeré. Lo cuidaré. Te cuidaré a ti. Solo dame otra oportunidad.
Respire profundamente, recuperando mi posición en la puerta. —Tienes que irte ahora. Necesito vigilar de cerca a Ronan.
Sus ojos buscan los míos por un momento antes de asentir. —Cada palabra que he dicho es en serio, Rora, y pretendo pasar el resto de mi vida demostrándotelo —sus ojos se mueven detrás de mí,

escaneando la habitación antes de volver a mi rostro. —Cuídate. Volveré al amanecer.
No pierdo el tiempo y cierro la puerta de golpe en cuanto se marcha. Sabía que esto iba a ser difícil. Lo que no esperaba era su resistencia y el efecto que tiene sobre mí.
Es solo cuestión de tiempo, Rora. Ronan mejorará pronto y tú te irás de aquí lo antes posible. Me susurro a mí misma mientras me froto la zona del pecho que no deja de inquietarse.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Aurora

Hay una calma en el aire, del tipo que te libera de todos los dolores que vienen con la preocupación. Me quedo quieta, con una sonrisa en el rostro, mientras observo, con gran admiración, a Lucien y Ronan jugar en círculos.

Ha pasado una semana desde nuestra llegada, y hasta ahora, la salud de Ronan ha mejorado notablemente. Está lleno de vida de nuevo, y eso es más que suficiente para que yo esté contenta.

Una pequeña sonrisa ilumina mi rostro cuando él me mira, saludándome con entusiasmo en mi dirección. Siento que mi estómago se hace un nudo cuando Lucien encuentra mi mirada, su cuerpo sudoroso brillando bajo la intensidad del sol.

Consigo hacer un gesto educado en su dirección, y él lo devuelve. Ronan y Lucien han estado pegados el uno al otro desde el momento en que Ronan empezó a sentirse mejor.

Él pregunta por él todo el tiempo, lo sigue a la casa de la manada en algunas ocasiones e insiste en que venga todos los días. Lucien también es realmente bueno con él. Puedo ver la ternura en sus ojos cada vez que Ronan habla sin parar sobre un nuevo interés o le cuenta sobre sus juguetes en casa. Parece que no quiere estar en ningún otro lugar, y lo que Ronan tenga que decir es lo más importante, incluso si es mayormente un galimatías.

Los he visto jugar a la pelota y he visto a Lucien llevarlo por la manada para enseñarle el lugar. En una ocasión, entré en la sala de estar y los encontré durmiendo. Lucien estaba tumbado en el sofá mientras Ronan yacía sobre él, su peso sostenido por los brazos de Lucien mientras Guardianes de la Galaxia pasaba en la pantalla del televisor.

La escena me provocó una sensación extraña, y si la situación hubiera sido diferente, habría tomado una foto y la habría atesorado para siempre, pero sabía que no debía. No iba a empezar a crear recuerdos permanentes con un hombre temporal. Así que les eché una manta encima y me fui.

Continuaron de manera similar, pasando los días jugando y las tardes viendo películas hasta que Ronan se dormía. Me he asegurado de mantenerme al margen y limitar mi contacto con Lucien.
La naturaleza del vínculo y lo rápido que Ronan se encariñó con él me sacudió al principio. Me preocupaba cómo lo llevaría cuando nos fuéramos. Pero no voy a privarlo del amor de un padre, por corta que sea la duración.
Empujo mis miedos a un rincón, permitiéndome disfrutar de este momento casi íntimo en familia. Mi hijo está sano y ha estado conectando con su padre durante la última semana. Eso es más que suficiente para mí. No necesito ni quiero más que esto. Odio lo a menudo que tengo que recordármelo.
Un coche familiar entra en el camino de entrada, interrumpiendo su juego mientras se dirigen, de la mano, hacia la curandera de la manada.
—¡Hola! —dice ella alegremente, saludándome con la mano.
Me llevo una mano a la frente, entrecierro los ojos y luego me inclino para ver qué lleva antes de devolverle el saludo.
Es una bolsa pequeña, y su contenido no es obvio de ninguna manera.
Lucien y Ronan la alcanzan, y los tres se sumergen en una conversación. Me pregunto de qué estarán hablando, pero lucho contra el impulso de acercarme a ellos.
Cuando empiezan a caminar hacia mí, estoy nerviosa, y mi sonrisa se desvanece ligeramente.
—Bienvenida —digo, dejando que me abrace. Huele a lavanda y lima, una mezcla extraña que le va perfectamente.
Ella asiente, echándose hacia atrás para hablar—: He venido a dejarle esto a Lucien.
Mi ceja se eleva, una pregunta danzando en mis ojos, pero me mantengo callada. Él se acerca para aceptar la bolsa, sosteniéndola firmemente a su costado mientras intercambian cumplidos antes de disculparse y marcharse, con Ronan pisándole los talones.
Entonces se vuelve hacia mí—: Además —comienza—, esperaba poder hablar contigo.

Mi corazón se acelera mientras dejo que mi mente divague sobre las posibles razones por las que querría hablar conmigo. Pienso en Ronan, preguntándome si quedan complicaciones de salud para él. No se me ocurre nada, así que camino con ella de vuelta a su coche —: Vale, sigue —la animo, deseando acabar con esto lo antes posible.
Ella suspira, tomándose su tiempo—: ¿Has pensado en quedarte aquí más tiempo?
Sin pensarlo, niego con la cabeza—: No lo he hecho. ¿Por qué?
Hace una pausa, volviéndose para mirarme, su expresión mucho más seria ahora—: Él está mejor. Lo puedes ver. Quedarse aquí es bueno para él ahora, hasta que sea lo suficientemente mayor para decidir qué es lo mejor para él y su lobo sea lo suficientemente fuerte para existir sin una comunidad.
Parpadeo rápidamente, luchando por entender de dónde viene todo esto—: ¿Te puso él a hacer esto? —pregunto, con un tono acusatorio. Esto suena como una artimaña para que nos quedemos aquí y vivamos aquí si es posible. No voy a caer en estos juegos mentales retorcidos.
Ella ríe, un sonido reconfortante que parece resonar a mi alrededor —: No, en absoluto. Tu hijo es mi paciente. Solo estoy preocupada por él —su mirada se endereza en ese momento, la sonrisa se desvanece mientras un ceño fruncido la reemplaza—: Sacarlo de aquí puede provocarle otro episodio.
—¿Es esa la única manera que tiene que ser? ¿No hay forma de que se sienta mejor en otro lugar, incluso si recibe el mejor cuidado? —pregunto, mordiéndome el labio inferior. Necesito que Ronan esté en su mejor momento. Verlo volver lentamente al chico que solía conocer y verlo crecer más fuerte en presencia de Lucien ha sido la mejor experiencia. Pero no podemos quedarnos aquí. Es solo cuestión de tiempo antes de que empiecen los rumores, y no puedo arriesgarme a problemas.
La sanadora me mira, sus ojos cargados de preocupación—: Tiene que estar cerca de su familia.
—Lo pensaré —digo, sin querer alargar más el tema.
Ella asiente—: Por favor, hazlo.

Se gira para abrir su coche, y le hago señal para que espere—: ¿Puedo hacerte una pregunta?
—Claro —su confusión es casi palpable mientras se aparta mechones sueltos de pelo detrás de las orejas, sus ojos en mí, mirando expectante.
—¿Trajiste medicamentos para Lucien? —pregunto, tratando de no sonar como una entrometida.
—Ah, eso. Son para su lesión. Le doy una dosis semanal —dice casualmente, como si ya hubiéramos hablado de esto antes y estoy familiarizada con el tema.
—¿Lesiones? —repite, arrepintiéndome al instante cuando ella me mira, la sorpresa en su rostro insinuando que quizás yo sea la única que no está al tanto de este tema.
—Sí, una herida. Se hizo una bastante fea durante el último ataque. Perdió tanta sangre que casi muere en el proceso, porque, en lugar de buscar tratamiento, estaba empeñado en correr a salvar a alguien a quien insistía que estaba en peligro. Fue la cosa más imprudente que he visto jamás.
Siento que mi corazón se hunde un poco, una ola de culpa me invade. ¿Él resultó herido en una batalla cuando a mí me atacaron, y aún así vino a salvarme? ¿Por qué no me dijo nada? ¿Y no fue esto hace semanas? ¿Cómo es que sigue lesionado? Pregunta tras pregunta surgen en mi cabeza, y parpadeo varias veces para despejar la niebla mental.
—Perdona, ¿cómo es que sigue tomando medicamentos por unas heridas de hace semanas? —insisto, necesitando entender qué está pasando. Hasta ahora, la curandera ha sido la única dispuesta a responder mis preguntas. Liam solo pasa por aquí para revolvernos el pelo a Ronan y preguntarme si necesito algo, pero nunca se queda para una conversación real.
Ella echa una rápida mirada a su reloj —Él… ejem… perdió a su lobo hace unos cinco años. Por eso se cura más lento de lo que debería. Los suplementos que le proporciono ayudan a acelerar el proceso, aunque no mucho.
Hace cinco años, eso fue más o menos cuando yo me fui. Un pensamiento molesto de que su situación sea el resultado de mi

rechazo invade mi mente, pero lo rechazo. Los compañeros se rechazan de vez en cuando, y nadie pierde a su lobo. Nunca es tan grave.
Siento a mi loba inquietarse. La noticia debe de haberla asustado. Ha estado ablandándose poco a poco hacia Lucien desde que estamos aquí, incluso instándome a darle una oportunidad, pero yo he hecho un gran trabajo ignorándola.
Asiento ante su explicación —Gracias. Has sido de gran ayuda.
Ella me lanza una de sus sonrisas —Cuando quieras. Solo dile que me llame cuando hayas tomado una decisión.
Con eso, se marcha, dejándome inmersa en un laberinto de mis propios pensamientos. Intento recordar aquel día para ver si recuerdo alguna herida, pero mi mente apenas puede evocar una imagen decente.
Regreso a casa justo a tiempo para ver a Lucien despidiéndose de nuestro hijo. Mi corazón se llena de felicidad al escuchar la risa fácil que brota de Ronan.
Una cosa que echaré de menos cuando nos vayamos es el hecho de que aquí, en su manada, está rodeado de personas que lo quieren casi tanto como yo.
Él se detiene al verme, su sonrisa se desvanece —Hola —dice, jugueteando con la bolsa que lleva en la mano.
Asiento en respuesta, entrelazando mis dedos mientras lo observo. Su camiseta se pega a su cuerpo, dejando líneas grises de sudor en casi todas partes.
—Estaba pensando —comienza—, si tú y Ronan queréis venir a cenar. —Hay un dejo de incertidumbre en su tono, como si estuviera probando suerte conmigo.
Fruncio el ceño, sin saber cómo espera que reaccione a esto. —Yo… —mi voz se desvanece al ver a Ronan, con los ojos brillando de felicidad mientras nos mira.
—¿Cenar? ¡Sí! —grita con esa emoción infantil en su voz. Sujeta un juguete con una mano libre.
Fruncio más el ceño, dándome cuenta de que esto ha llegado a un punto de no retorno. Echando un último vistazo a mi hijo, dejo caer los hombros en señal de derrota —Vale, pero solo esta vez.

Ellos tienen sonrisas idénticas mientras celebran, haciendo planes ruidosos para la cena mientras Lucien deja que Ronan le diga una lista de comida que quiere para la cena.
Dejo que mi mirada se detenga en él mientras se marcha, sujetando a Ronan en su sitio mientras este le dice adiós a Lucien. Una vez que se ha ido, dejo escapar un suspiro, la fatiga es evidente ahora mientras volvemos al interior.
Han ocurrido tantas cosas que han quedado sin hablar entre nosotros. Me pregunto si alguna vez todo saldrá a la luz.

CAPÍTULO VEINTE

Aurora

No estoy segura de qué me llevó a aceptar la invitación de Lucien para cenar, pero aquí estoy, en el umbral de su casa, con un peso incómodo asentándose en mi estómago. No es la casa en la que viví antes, pero tiene el mismo olor a madera envejecida y un leve aroma a pino—su aroma. Y los fantasmas de nuestras noches a escondidas rondan cada pilar. La familiaridad me inquieta más de lo que me reconforta.

—Pasa —dice Lucien, sosteniendo la puerta abierta. Su voz es firme, pero hay algo más debajo, algo contenido. Vacilo un segundo antes de entrar, mientras la pequeña mano de Ronan agarra la mía con fuerza.

Al ver a Ronan, Lucien sonríe, se agacha a su altura y le despeina el pelo. —Hola, campeón. —Ronan emite un chillido en respuesta,

estirándose para alcanzar el pelo de Lucien. Después de varios intentos fallidos, Lucien baja la cabeza, dejando que Ronan le despeine sus rizos.
Me quedo al lado, luchando contra la sonrisa que tira de mis labios. Nunca me acostumbraré a la sensación que me produce verlos juntos.
—Vamos, la cena está lista —Lucien le tiende la mano a Ronan, quien la agarra con fuerza. Lo seguimos hasta el comedor abierto de la casa de la manada.
No tengo expectativas para esta noche, pero seguramente no esperaba platos recién cocinados y una cocina que parece muy utilizada.
Eso me sorprende. —¿Tú... has cocinado?
Una pequeña sonrisa casi infantil cruza su rostro. —Sé cómo alimentarme, Aurora.
Trago saliva pasando por el nudo que se forma en mi garganta. Hay algo tan antinatural en ver a Lucien así—doméstico y casi tierno. Siempre he visto su lado calmado, calculador y práctico. Esto es diferente. Ahora me mira como si fuera algo frágil, algo que no puede permitirse manejar mal de nuevo.
Ronan, ajeno a la tensión en la habitación, corre hacia la mesa del comedor, atraído por la variedad de comida. —¡Mamá, mira! ¡Mi favorito! —Señala el plato de pollo a la parrilla y puré de patatas, saltando sobre los talones.
Mi respiración se corta. Junto a la comida había mis espaguetis favoritos con albóndigas y salsa extra de tomate, lo que hace que la pasta esté más jugosa. Es justo como me gusta. Pero eso no es lo que me aprieta la garganta. Él me conoce lo suficiente como para saber y posiblemente recordar mi comida favorita. Lo de Ronan es lo que me deja asombrada.
Lucien recordó cada detalle. Recuerdo vagamente a Ronan parloteando sobre su amor por el pollo y el puré de patatas y cómo piensa que el puré es mucho mejor que el helado. Lucien se rió durante la mayor parte de la conversación, y supuse que lo atribuiría a las divagaciones sin sentido de un niño, pero no lo hizo. Escuchó, y no solo escuchó, sino que hizo buen uso de la información.

Me esfuerzo por mantener una expresión neutral mientras me siento al lado de Ronan. Lucien se sienta frente a nosotros, su mirada nunca se aleja demasiado de la mía. Los primeros bocados se comen en silencio, los únicos sonidos proceden de los gemidos de satisfacción de Ronan mientras engulle la comida.
—Cocinas bien —admito finalmente, con una voz más baja de lo que pretendía.
Los labios de Lucien se contraen, su tenedor se detiene a mitad del aire. —Tenía una buena razón para aprender. —Sus ojos se encuentran con los míos, y el peso de esas palabras se posa entre nosotros como una fuerza tangible.
Desviando la mirada, me concentro en mi plato, insegura de cómo navegar esta frágil tregua en la que nos habíamos encontrado. Aunque me he vuelto moderadamente civil con él—no quiero que Ronan nos encuentre discutiendo y peleando—todavía no me he acostumbrado a él, y estos gestos me incomodan.
—Así que, Ronan —dice Lucien, cambiando de tema—, ¿te ha gustado pasar el día con la manada?
Ronan asiente con entusiasmo, sus rizos rebotando con el movimiento. —¡Sí! El tío Liam me enseñó los campos de entrenamiento. ¡Vi a los guerreros transformarse! Fue genial.
Lucien se ríe. —Quizá algún día entrenarás con ellos.
Los ojos de Ronan brillan. —¿De verdad?
—Si eso es lo que quieres.
Aprieto los labios, observando cómo Lucien interactúa con nuestro hijo. Era natural, incluso sin esfuerzo. Pero esa era la parte más cruel, ¿no? Las promesas y la esperanza.
Aunque no puedo negar los esfuerzos que está haciendo, tampoco puedo ignorar la parte de mí que sigue en guardia. Estoy preocupada por Ronan. Me preocupa que Lucien entre en su vida, le dé una muestra de su encanto y dulzura característicos, y se vaya justo cuando más lo necesite.
He pasado los últimos años criándolo de la mejor manera que he podido. No ha sido fácil, pero me he asegurado de que nunca le falte nada. Si alguna vez voy a traer oficialmente a un hombre a nuestras vidas, tengo que asegurarme de que sea alguien que pueda

quedarse. Alguien en quien confiar, alguien que lo haga una prioridad y lo elija por encima de todo. No estoy segura de que Lucien pueda ser ese hombre.
Y está el caso de Selene. No hemos hablado de ella, en parte porque no he preguntado, pero ella se cierne sobre nosotros como una nube gris.
He sabido por la curandera que está de visita de pésame en Ironclaw. Algo sobre la pérdida de su alfa a manos de la Manada Plateada, pero volverá y asumirá su posición como su Luna.
Es parte de la razón por la que me resulta difícil confiar en él. Afirma que quiere ser parte de mi vida, pero ya tiene una aquí, y por muy despiadado que sea Lucien, no abandonará a su esposa. No le permitiré hacer eso. Me niego a someter a otra mujer al dolor que yo sufrí.
El pasado araña los bordes de mi determinación, pero antes de que pueda sucumbir a él, Ronan bosteza, frotándose los ojos.
—Creo que es hora de ir a la cama —digo suavemente, apartando mi silla.
La expresión de Lucien parpadea, solo por un momento, antes de asentir. —Yo lo llevaré.
Antes de que pueda objetar, levanta a Ronan en brazos con una familiaridad que me parte el corazón. Ronan apenas protesta, ya medio dormido sobre el hombro de Lucien.
Los sigo por el pasillo, deteniéndome en la puerta mientras Lucien acuesta a Ronan, arropándolo con las mantas. Vacila, luego pasa una mano por los rizos de Ronan, su pulgar se detiene en su mejilla. La escena era casi demasiado para soportar.
Lucien se gira, su expresión indescifrable. —¿Podemos hablar?
Debería decir que no. Debería despedirme de él e insistir en volver a mi casa y dejar el pasado enterrado. Pero algo en su voz, algo crudo y desprotegido, me hace asentir.
Nos lleva al porche trasero, el aire fresco de la noche envolviéndonos. La luna cuelga pesada en el cielo, arrojando una luz plateada sobre el paisaje. Durante un rato, ninguno de los dos habla. Nos sumergimos en el silencio, absorbiendo el resplandor de la luna

mientras los grillos y otras criaturas de la noche nos deleitan con su caótica armonía.
—Nunca dejé de buscarte —dice Lucien finalmente. Su voz era suave, áspera.
Cruzo los brazos, preparándome. —No buscaste lo suficiente.
Su mandíbula se tensa. —Aurora—
—Elegiste a Selene —lo interrumpo, las viejas heridas abriéndose a pesar de mis mejores esfuerzos por mantenerlas cerradas—. No luchaste por mí. No creíste en nosotros.
El arrepentimiento oscurece su expresión. —Era joven e imprudente, y pensé que estaba haciendo lo mejor para la manada.
Una risa amarga escapó de mis labios. —¿Y qué hay de lo que era mejor para mí, Lucien? No puedes volver a aparecer en mi vida y exigir todo lo que tiraste a la basura.
Muerdo mi labio inferior para evitar que tiemble. Odio cómo esta conversación todavía me afecta después de todos estos años. Casi como si las heridas se reabrieran una y otra vez.
—No me di cuenta de que perderte me costaría todo —respondió él en voz baja, casi mezclándose con los suaves susurros de los árboles que nos rodeaban.
Las palabras quedaron suspendidas entre nosotros, pesadas e implacables. Siempre he querido preguntarle por su lobo desde que la curandera lo mencionó, pero no he encontrado el momento adecuado. Lucien no es precisamente de los que se sientan a hablar de sus sentimientos, y no puedo imaginar lo difícil que debe haber sido para él gobernar sin su lobo.
Inspiré profundamente, calmando mi voz antes de hablar. —¿Cuándo ocurrió?
Lucien levantó una ceja. —¿Cuándo me di cuenta de que perderte me costó todo?
—Tu lobo, ¿cuándo desapareció?
Se tensó ante mi pregunta, su puño se cerró fuertemente alrededor de la barandilla. La conversación no iba a ser cómoda, pero tenía que ocurrir. De repente, todo cobró sentido: mi loba había estado muy callada desde que entramos en Blackwood.

Había asumido que estaba paralizada por la nostalgia y que estaba tomándose su tiempo para absorber la sensación de estar en casa, pero me equivoqué. Esta era la razón. Ella no puede sentir o conectar con su compañero.
—¿Cuándo ocurrió? —repetí, mi tono más suave, instándolo a hablar. Podría haber obtenido fácilmente la información de la curandera de la manada o de alguno de los miembros, pero quería escucharlo de él.
—El día que te fuiste —admitió, volviéndose hacia mí. —No fue solo por el vínculo, Aurora. Fuiste tú. Tú eras mi fuerza.
Mi determinación flaqueó, pero no podía permitirme derrumbarme. Todavía no. Aún había mucho que desentrañar. —Lucien...
Levantó la mano, acercándola a mi mejilla antes de dejarla caer. —Sé que no merezco perdón. Pero lucharé por él si me lo permites.
El aire cambió entre nosotros, pasando de fresco y ventoso a caliente y sofocante. Tragué saliva, mi corazón era un caos de anhelo y miedo.
—No sé si puedo —susurré.
—Déjame intentarlo al menos —dijo, dando un paso más cerca. —Déjame mostrarte cuánto deseo que esto funcione. Déjame mostrarte cuánto te he echado de menos. Otro paso más cerca. —Déjame mostrarte la hermosa familia que podemos tener.
—Ya tienes una familia, Lucien. —Mi voz sonó entrecortada y más débil de lo que pretendía, pero el mensaje quedó claro.
Lucien esbozó una pequeña sonrisa y enderezó su postura, pero no se alejó de mí. —Me preguntaba cuándo ibas a sacar ese tema.
—No le quitaré el marido a otra mujer, y desde luego no pasé por todo esto para terminar siendo tu amante al final.
—Rora —pronunció mi nombre como una silenciosa oración. —No le estarás quitando nada a nadie. Siempre he sido tuyo.
Solté una risa burlona, alejándome de su zona de influencia para aclarar mi mente. —Creo que todos tendrían una respuesta muy diferente.
—Selene encontró a su compañero, y actualmente está en su manada ayudando a su gente en un momento difícil.

Las ruedas de mi cerebro giraron a toda velocidad, conectando los puntos. Un jadeo escapó de mis labios. —¿El alfa de Ironclaw? ¿No es él...? Dios mío. ¿Cómo está ella?
—No está en su mejor momento, pero Selene es fuerte. Saldrá adelante.
Aunque nunca tuve una relación cercana con Selene, siempre fue una de las mujeres que admiraba en la manada. No tengo ninguna duda de que saldrá adelante. Prácticamente fue criada para ser una líder, pero al mismo tiempo, no puedo imaginar el dolor de perder a un compañero.
Lucien y yo podríamos haber estado separados durante mucho tiempo, pero el mero pensamiento de su muerte me helaba la sangre.
No me doy cuenta de que Lucien ha cerrado la distancia entre nosotros hasta que está prácticamente en mi cara. —Te dije que esta vez sería diferente. Incluso las circunstancias están alineándose a nuestro favor.
A pesar de la niebla de emociones que nubla mi mente, me resulta difícil estar en desacuerdo con él. La situación parece casi diseñada a nuestra medida, pero no se lo admito. La esperanza solo me hará daño, y no puedo permitirme confiar en las palabras de un hombre ni cometer errores imprudentes. Tengo que pensar en mi hijo.
—Rora. —Lucien recoge un mechón suelto de mi hombro, enrollándolo suavemente alrededor de su dedo índice. El movimiento es inocente y casi inconsciente, pero hace que mi estómago se revuelva de la manera más antinatural.
Tiene que ser su cercanía. Incluso el aire ha pasado de ser refrescante a estar impregnado de pino y ámbar. Su aroma nubla mis pensamientos, y es todo lo que puedo inhalar.
Intento dar un paso atrás y recoger mis pensamientos antes de cometer un error, pero Lucien elimina la distancia tan pronto como la creo.
—Deja de luchar contra esto. Sé que tú también lo sientes. —Su voz es ronca y cargada de necesidad, y sus ojos arden en cada punto que tocan. Me maldigo en silencio por las emociones que fluyen a través de mí.

—Lucien...
—Shhh —coloca su frente contra la mía, nuestras respiraciones se mezclan. Mi pecho se eleva contra el suyo, el volumen de mis pechos se tensa a través de la suave tela de mi camisa y roza su musculoso torso.
Sus ojos recorren desde mis ojos hasta mis labios, bajan a mis pezones endurecidos y vuelven a mi rostro.
Justo cuando se dispone a cerrar la distancia, mi teléfono suena, el sonido agudo corta la quietud de la noche y me saca del momento.
Lo busco a tientas en mi bolsillo. Lo saco y encuentro un nombre muy familiar parpadeando en la pantalla.
Damon.
Mi garganta se aprieta. Siento a Lucien ponerse tenso a mi lado, su mirada se oscurece al vislumbrar el nombre que parpadea en mi pantalla.
Dudo un instante demasiado largo, y Lucien exhala bruscamente. —No lo cojas.
Lo miro y encuentro sus ojos fijos en mí, suplicantes, y luego vuelvo a la pantalla, con mi dedo flotando sobre el botón.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Lucien

El aroma a vainilla y los rastros del perfume de Aurora se quedan en el aire mientras me siento tras mi escritorio, con los dedos presionando la sien.
Selene está sentada frente a mí, sus ojos escanean el mapa que tiene delante y marcan los territorios que han sido atacados por el Lobo Plateado y los puntos débiles.
—Estos cabrones están avanzando más de lo que creemos. Están tomando cada manada pequeña en su camino y usando a sus guerreros para aumentar sus números. Tenemos que hacer algo rápido.
—Estamos trabajando en ello —respondo, observando con cuidado cómo sus ojos se iluminan de rabia.
—¿Trabajando en ello? En este punto, espero que estemos ejecutando, no trabajando.
Mis labios se curvan. —Por eso no eres guerrera. —Me reclino en la silla, apoyando los brazos en los reposabrazos. —El Lobo Plateado es astuto y, sin duda, calculador. Son conscientes del daño que han causado, y ahora mismo están esperando a que nos dejemos llevar por las emociones y demos un paso en falso.
—¿Y tú no estás emocionado por esto? ¿Necesito recordarte que perdiste...?
—Estoy muy consciente de lo que ambos hemos perdido por culpa del Lobo Plateado, Selene, pero las emociones no son buenas

estrategias de guerra. Les golpearemos una vez, y lo haremos de forma letal, pero no tendremos éxito si nos dejamos llevar por la ira.
Ella toma una respiración calmada, y su puño cerrado sobre la mesa se relaja. —Entonces, ¿cuál es el plan?
—Liam y yo estamos trabajando en algo, y te lo haremos saber en cuanto esté listo.
—No quiero que me lo digas —corta ella—. Quiero ser parte de cada paso que des.
—Selene —bajo la voz, enviándole una mirada directa a su abdomen —, eso no es precisamente ideal para tu situación.
Su embarazo solo tiene unas semanas y todavía no se nota, pero eso no significa que su cachorro no pueda resultar dañado.
Ella se burla. —Por eso necesito que esto ocurra pronto. Necesito arrancarle la cabeza al asesino de mi compañero antes de que este embarazo empiece a notarse y me debilite. —Su voz baja hasta un susurro defensivo—. Necesito vengar su muerte. Necesito mirar a mi bebé y decirle que su padre no murió en vano.
Asiento con comprensión. No puedo imaginar que me pidieran calmarme si algo le pasara a Rora. Desataría el infierno sobre los responsables, y sería una carnicería allá donde fuera.
Sus ojos escanean mis rasgos, deteniéndose brevemente en mis piernas antes de volver a subir. —No te has recuperado del todo, ¿verdad?
—Selene —mi tono es bajo y con una advertencia muy clara que parece pasarle por alto.
—Maldita sea, Lucien, no puedes liderar una guerra así.
—Anotado —murmuro, reclinándome en mi silla. Mi cuerpo todavía duele. La lenta curación es un recordatorio constante de lo que he perdido, de lo que renuncié la noche en que Aurora se fue.
Selene exhala, apoyando una mano en su estómago de forma inconsciente. —Deberías pedírselo —dice, mirándome con una paciencia medida—. Sabes tan bien como yo que restaurar el vínculo de compañeros traería de vuelta a tu lobo.
Aprieto la mandíbula. —¿Y qué? ¿Obligarla a algo que no quiere?
—Ella es tu compañera, Lucien.

—Fue mi compañera —corrijo con amargura—. Perdí ese derecho hace mucho tiempo.
Selene suspira, frotándose la sien. —Sí, pero ahora necesitas recuperarlo.
—No creo que mi lobo se haya ido porque Selene se marchó. Me está castigando por cómo la traté, y forzar el vínculo no hará que vuelva.
—No eres el hombre más noble de Blackwood —bromea Selene, las esquinas de sus labios se curvan ligeramente antes de que su expresión se vuelva seria—. Sé que quieres que esto funcione entre ambos, pero esto no es solo sobre ti. Tu manada te necesita. Tu gente necesita a su alfa. Necesitan sacar fuerza de su fe en ti.
—Eso es rico, viniendo de una manada que desafió mi posición.
Ella deja escapar un suspiro suave. —Te quieren, Lucien. Solo están asustados.
Sus palabras tienen un toque de vulnerabilidad, y mientras la observo volver a frotarse la barriga, puedo ver que es la madre que hay en ella la que está hablando.
—Serás una madre maravillosa, Selene. —Intenta ocultarlo, pero los constantes caricias en su barriga son una señal de nerviosismo. Tiene miedo del futuro.
Quizás las cosas no hayan funcionado entre nosotros, pero con los años hemos desarrollado un respeto mutuo. Si necesita una palabra de afirmación para seguir adelante, estaré encantado de ofrecérsela.
Sus ojos saltan hacia mi rostro, y su mano se detiene sobre su vientre. —Espero que así sea.
—Sé que lo serás.
—De verdad espero que así sea. —Suelta una risa inquieta. —Aunque estoy agradecida de haber podido conservar una parte de él, no puedo evitar pensar que podría equivocarme. Nunca he sido madre antes, y quizás suene loco, pero a veces me da miedo.
La confesión definitivamente no era algo que esperaba, pero me hizo pensar en Aurora. Si Selene, con todo el amor y el apoyo que tiene, puede tener miedo de hacer esto sola, ¿cuánto miedo tuvo Aurora cuando descubrió que estaba embarazada?

¿Cuánto miedo le dio darse cuenta de que tendría que hacer esto sola, sin ningún tipo de apoyo? Ni siquiera de la persona que la dejó embarazada. Paso un puño por mi cabello, tirando con fuerza de los mechones para darle a mi dolor un lugar en el que concentrarse. Le fallé.
Y aunque sigo estando agradecido por haber criado a nuestro hijo y haber luchado contra todo, me odio por no haber estado ahí. Me perdí las partes cruciales de la vida de mi hijo porque fui estúpido. Estoy seguro de que en su casa hay algún álbum lleno de fotografías de los recuerdos que construyeron juntos y de todos los hitos de Ronan. Su primer paso, su primer día de escuela, y cada evento importante, y yo no aparezco en ninguna de esas páginas.
Como si fuera convocada por mis pensamientos, la puerta cruje y la atmósfera cambia de ligera a pesada e intensa. Aurora.
Se quedó incómoda en la puerta, ofreciendo un pequeño saludo a Selene y a mí.
Selene toma su presencia como su señal para irse, levantándose con gracia de la silla y ofreciéndole a Aurora una sonrisa y una suave palmadita al salir.
—Pasa —digo, invitándola a entrar en mi despacho.
—Es un espacio bonito —dice mientras sus ojos se empapan de la decoración de madera. Odio que mi espacio aún le sea ajeno y que tenga que rondar a mi alrededor, pero no puedo evitarlo. Necesitará algo de tiempo.
—Gracias —respondo, observándola con delicadeza. Es la primera vez que busca mi compañía durante su estancia aquí, y no sé qué pensar al respecto.
—Estaba aquí por asuntos de la manada. Estrategias de guerra y todo eso, nada personal. —Me descubro dándole detalles de la situación sin que me lo pida.
No sé por qué de repente me siento nervioso, pero supongo que es por la frágil naturaleza de nuestra relación. No querría que malinterpretara algo.
Los labios de Aurora se curvan, y sus ojos finalmente pasan de observar mi despacho a mi rostro. —Lo sé. Escuché vuestra

conversación. No estaba escuchando a escondidas ni nada —se apresura a añadir, con un tono rosado tiñendo sus mejillas.
—Está bien. No me habría importado si lo hubieras hecho. Tienes derecho a tener tus preguntas y sospechas.
Se toma un momento, como si estuviera pensando en sus próximas palabras. —Tiene razón, ¿sabes? —Da un paso más dentro del despacho. —El deber con tu lobo necesita arreglarse.
—Aurora…
—Sí, Lucien. La situación lo exige.
—Me importa un bledo si la situación lo exige o si el equilibrio del universo pende de un hilo. Lo que me importa eres tú y tu perdón. No voy a permitir que hagas nada por obligación. La manada estará bien con o sin mi lobo, pero necesito que tú también quieras esto.
Mis palabras salen un poco demasiado fuertes, y mi pecho se agita cuando termino. Aurora me mira con los labios entreabiertos antes de parpadear dos veces, como si quisiera asegurarse de que soy yo el que está frente a ella.
—Vale —dice finalmente, con un tono casi tan jadeante como el mío. Se aclara la garganta. —Quería darte las gracias por tu hospitalidad y decirte que Ronan y yo nos iremos pronto.
Mi corazón se hunde tras sus palabras. Sabía que este día llegaría. Ronan se recuperó por completo hace un tiempo y lleva ya un buen rato en pie y activo, pero escucharlo de su boca se siente como el inicio de una condena.
Sus ojos no se apartan de los míos, y por un momento, podría engañarme pensando que quería que le pidiera que se quedara, pero no lo hago.
El yo de antes habría hecho precisamente eso. Habría ido hasta el final para asegurarme de que las cosas salieran exactamente como yo quería, pero ya no soy ese hombre.
No la obligaré a sucumbir a cada uno de mis caprichos. Le demostraré que tiene el control total de la situación y que puede tomar cualquier decisión que desee.
Lo único que puedo prometer es estar siempre a su lado, no darle nunca una razón para dudar de mi amor o de mi lealtad hacia ella, y demostrarle que puede contar conmigo.

Así que, en su lugar, digo —Está bien—. La palabra sabe a serrín en mi boca. No es lo que quiero. Quiero darle todas las razones para quedarse y mostrarle el buen rato que podríamos pasar juntos, pero me quedo quieto en mi silla, agarrando el brazo para evitar levantarme y mostrarle por qué debería quedarse.
Algo que se parece inquietantemente a la decepción ronda sus rasgos, pero desaparece antes de que pueda registrarlo, reemplazado por la expresión estoica que parece llevar cuando está cerca de mí. —Gracias—, murmura antes de darse la vuelta y huir de la escena.
No puedo quitarme la sensación de que quizás he hecho algo mal, pero mi instinto insiste en que este es el camino correcto. Puede que esté decepcionada, pero sé que si intentara influir en ella, solo añadiría más ladrillos al muro que ya estoy tratando de derribar. Llegaremos allí, pero primero, necesito ganarme su confianza, y estoy dispuesto a privarme de mis deseos personales y arrastrar mi pie descalzo sobre alquitrán caliente si es lo que se requiere.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Aurora.

Las luces de la ciudad se extienden ante mí mientras entro en nuestro camino de entrada, la familiar vista de nuestro hogar pequeño pero acogedor ofrece una extraña sensación de consuelo y desplazamiento al mismo tiempo.

El viaje de regreso fue silencioso. Ronan apenas ha dicho una palabra desde que salimos del territorio de la manada Blackwood, su energía habitual apagada por algo más pesado, algo no dicho. Sabía exactamente lo que era. Pasó todo el trayecto con cara larga y mirando por la ventana. Ni siquiera tocó el pollo a la parrilla que le preparé.

Apago el motor y me giro para mirarlo. Está sentado en el asiento trasero, con sus pequeñas manos agarrando los bordes de su asiento elevado, sus ojos fijos en nada en particular. Su actitud entristece.

—Ya estamos en casa —anuncio con voz cantarina, pero no recibo la emoción que esperaba.

Ronan parpadea como si volviera al presente y asiente. Pero no hay entusiasmo, ninguna prisa por desabrocharse y correr dentro como suele hacer.

Trago saliva duramente, alcanzando hacia atrás para acariciar sus suaves rizos. —Ronan —comienzo, escogiendo mis palabras con cuidado—, ¿quieres llamar al tío Lucien?

Su rostro se ilumina, brillante y esperanzado de una manera que me calienta y me destroza al mismo tiempo. —¿Puedo?

—Por supuesto, cariño —digo, forzando una pequeña sonrisa—. Adelante.

Marco el número de Lucien y le paso el teléfono antes de salir del coche, pero no antes de captar la emoción en su voz cuando saluda.

—Hola, tío Lucien.
No puedo oír la respuesta de Lucien, pero la siento—el profundo timbre de su voz, la calidez que siempre lleva cuando habla con Ronan. Me abrazo a mí misma y me apoyo en el coche, mirando al cielo.
Salí para darle a Ronan la sensación de privacidad, pero la parte curiosa de mí abrió un poco la ventana.
Está despejado esta noche, y las estrellas están esparcidas como pequeños puntos de luz, muy parecido a como estaban en Blackwood.
Blackwood.
No puedo creer que lo diga, pero lo echo de menos.
La realización me golpea con fuerza, presionando mi pecho con un peso inesperado. He pasado años construyendo una vida lejos de la manada, convenciéndome de que había seguido adelante. Pero los días que pasamos allí, los momentos tranquilos, la forma en que Ronan encajó tan perfectamente entre ellos—se sintió bien. Más bien de lo que quiero admitir.
Y luego, estaba Lucien.
Cierro los ojos, recordando la conversación que escuché entre él y Selene—la honestidad en su voz, el arrepentimiento y el anhelo. Él no quería ese matrimonio. Realmente lo lamenta, y quiere hacer las paces. Nunca quiso a nadie más que a mí.
Pero, ¿es eso suficiente? ¿Cubre todos los años y la forma en que me trató? ¿Podré perdonarlo alguna vez por las noches en las que dormí en la calle, o la noche en la que entré en labor de parto y estaba aterrorizada?
¿Dónde estaba él cuando a Ronan le salían los dientes y tuvo una fiebre tan alta que tuvo convulsiones? Mis ojos se llenan de lágrimas al recordar aquellos horrendos momentos. No sé cómo se supone que voy a dejarlo todo atrás.
La puerta principal chirría detrás de mí. —Mamá, él quiere hablar contigo.
Dudo por un momento, aclarándome la garganta para deshacer el nudo en mi pecho antes de tomar el teléfono. —Lucien.
—Aurora.

Su voz está tensa, como si estuviera conteniendo lo que realmente quiere decir.
—Gracias —digo, con voz apenas un susurro— por estar ahí para él.
—No tienes que agradecérmelo, Rora. Es mi hijo. No hay nada que no haría por él.
Sus palabras me envían un escalofrío, pero antes de que pueda responder, un golpe en la puerta interrumpe el momento. Me giro, frunciendo el ceño. Es tarde para visitas.
—Tengo que irme —murmuré.
Lucien suspiró. —¿Está todo bien? Con Ronan y la casa. ¿Encontraste todo como lo dejaste?
—Sí. Todo está bien —respondí, sintiendo la repentina necesidad de terminar la conversación. Que él se muestre tan protector y posesivo me confunde. —Buenas noches, Lucien.
Creo que captó el mensaje porque no hizo ningún esfuerzo por continuar la conversación. —Buenas noches, Aurora.
Mi actitud puede ser fría, pero una de las razones por las que regresé a la ciudad es para despejar mi mente y darme espacio para pensar lejos de su influencia. Eso no funcionará si paso horas al teléfono con él y dejo que se encargue de todo.
Terminé la llamada y abrí la puerta para encontrarme con Damon al otro lado, con las manos en los bolsillos y una sonrisa fácil en el rostro. ¿Cómo sabía que estaba en casa?
—Damon —dije con cautela—. Es tarde.
—Lo sé —dijo él, entrando sin esperar una invitación—. Pero necesitaba hablar contigo.
Cerré la puerta y crucé los brazos. —¿Sobre qué?
Su expresión se volvió seria. —Lucien.
Me tensé, apretando más el brazo alrededor de mí misma. —¿Qué pasa con él?
Damon suspiró, pasándose una mano por el cabello. —Aurora, sé que crees que ha cambiado y que lamenta lo que te hizo. Y quizás sea así. Pero eso no cambia el hecho de que Blackwood es peligroso. Que tú y Ronan estén allí los pone a ambos en riesgo.
Fruncí el ceño. —Lucien nunca permitiría que nos pasara nada.

—Quizás no intencionalmente —admitió Damon—. Pero hay fuerzas en juego más grandes que él. La Manada Plateada, alfas rivales... hay personas que te usarían para llegar a él. Y sabes lo que les pasa a las personas atrapadas en el fuego cruzado.
Mi estómago se retorció en nudos horribles. No estaba equivocado. El mundo de los cambiantes es brutal, y las alianzas cambian como la marea. Pero algo en la forma en que Damon habló me hizo sentir incómoda, como si su preocupación fuera más profunda que solo política.
Lo estudié, mis ojos recorriendo el contorno de sus rasgos. Sus manos seguían en los bolsillos, sus hombros tensos y sus ojos un poco evasivos. —Esto no es solo por Blackwood, ¿verdad?
Su mandíbula se tensó y sus ojos se desviaron de nuevo. —No.
El aire entre nosotros se espesó, y supe lo que iba a decir antes de que lo hiciera.
—Me importas, Aurora —dijo con una voz más suave, menos segura —. Siempre me has importado.
Exhalé lentamente, cerrando los ojos por un breve momento. — Damon...
—Solo escúchame —interrumpió, su respiración entrecortada—. Te mereces algo mejor que un hombre que te dejó ir. Que te dejó sufrir sola durante años. Yo nunca te haría eso.
El dolor se retorció en mi pecho. Sé que Damon tiene buenas intenciones, pero no lo entiende. Las cosas se han vuelto mucho más complicadas desde Blackwood.
Ronan está apegado ahora. Ha conocido a Damon durante gran parte de su vida, pero nunca formó un vínculo como el que tiene con Lucien, y no quiero privarlo de eso. Quizás no sea solo a Ronan a quien no quiero privar de algo.
—No puedo, Damon —dije suavemente—. Eres mi amigo, y no quiero perder eso.
Su rostro se oscureció ligeramente. —Te daré algo de tiempo para pensarlo.
—No necesito pensarlo, Damon. No quiero darte esperanzas.
—Bueno, te estoy pidiendo que lo hagas —dijo con un tono cortante, haciéndome estremecer un poco.

—Lo siento —dijo en un tono más suave—. No soporto la idea de que te lastimen de nuevo.
—Lo entiendo, y te agradezco que te preocupes por mí, pero tengo que hacer esto a mi manera.
Me miró por un momento, con una expresión que no pude describir, antes de que rápidamente la reemplazara con una sonrisa. —Lo entiendo.
Pero no estoy segura de que sea así.
Después de que Damon se marcha, me quedo en el salón, mirando al vacío. Mi mente es un torbellino de pensamientos y emociones que me arrastran en direcciones opuestas. Lucien. Damon. Blackwood. Ronan.
Y entonces, como si la respuesta hubiera estado ahí todo el tiempo, me llegó.
La manada Blackwood me había criado y me había dado un hogar cuando no tenía ninguno. Los ancianos y los guerreros, incluso aquellos que alguna vez habían dudado de mí, todos habían jugado un papel en moldear a la persona en la que me he convertido. Y a pesar de todo, a pesar del dolor y las traiciones, habían aceptado a Ronan sin dudarlo.
No podía simplemente alejarme de eso.
No lo haría.
Tomando una respiración profunda, cojo el móvil y busco el número de Lucien. Mi dedo se cierne sobre el botón de llamada durante un largo momento antes de que finalmente lo presione.
Contestó al primer timbrazo. —¿Aurora?
Cierro los ojos, reuniendo mi determinación. —Quiero ayudar.
Silencio. Luego, con cuidado, responde: —¿Ayudar en qué?
—A la manada —digo—. Quiero ayudar a la manada.
Lucien exhala lentamente, y cuando vuelve a hablar, hay algo casi reverencial en su voz. —Aurora, no puedo permitir que te involucres en esto.
—Ya estoy involucrada, Lucien. Es mi manada. Blackwood me crió y aceptó a mi hijo sin...
—Nuestro hijo —interrumpe, pero lo ignoro y continúo con mi discurso—. Sin preguntas. Si Blackwood desaparece, Ronan no

tendrá una manada.
—¿Es esa la única razón por la que quieres entrar? ¿Para darle a Ronan una comunidad?
No respondo a la pregunta. La respuesta es algo que prefiero no confrontar en este momento. —Solo quiero devolverle a la manada que me crió, Lucien.
Se queda en silencio un momento antes de responder. —Está bien. Ayudarás, pero sin combate para ti, y quiero que tú y Ronan estéis lejos antes de que empiece la guerra.
—Lucien, eso es...
—Es la única manera en que esto va a suceder, Rora. No voy a perderte, y desde luego no voy a permitir que le pase nada a mi hijo.
Su voz lleva un tono de finalidad, y sé que esto es lo máximo que voy a conseguir de él. —Está bien.
No estaba segura de muchas cosas.
¿Pero de esto? ¿De devolverle al lugar que una vez fue mi hogar? De eso, estoy segura. No soy de las que piden favores o se endeudan con la gente, pero ciertas situaciones requieren que te entregues por completo, así que cojo el móvil y busco el único contacto en el que puedo confiar en momentos como este.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Aurora

Estoy sentada en mi escritorio, mirando la lista de contactos de mi teléfono. Mis dedos se ciernen sobre el nombre de Katherine, mientras la indecisión se enrosca en mi estómago como un fuego que arde lentamente. Hace mucho tiempo que no me pongo en contacto con ella para algo más que una conversación casual. Pero esto ya no es solo sobre mí. Es sobre Blackwood, sobre Ronan y sobre todo lo que me ha llevado a este momento.

Dudo entre llamarla o enviarle un mensaje. Un mensaje sería menos urgente y le daría tiempo para pensar y responderme, pero, al mismo tiempo, no estoy segura de tener la paciencia necesaria para dejar que las cosas sigan su curso.

Cada momento que paso sosteniendo el teléfono y retrasando lo inevitable solo aumenta el tiempo que el Silver Pack tiene para causar el próximo estrago.

Tomando una respiración profunda, pulso el botón de llamada. Suena dos veces antes de que Katherine conteste, y su voz familiar y segura me envuelve como un recordatorio de la vida que había construido fuera de la manada.

—Aurora —me saluda con calidez—. Me preguntaba cuándo llamarías.

Exhalo una risa suave. —Siempre sabes cuando algo me preocupa.

—Es un don. O quizás simplemente te conozco demasiado bien. ¿Qué pasa?

—Necesito un gran favor.

—Continúa.

—Necesito reunirme con la reina Alice.

Hubo una pausa. —Eso no es una petición pequeña.

Al igual que yo, la reina y Katherine se conocieron en un proyecto de trabajo mucho antes de que ella se convirtiera en reina y antes de que Katherine conociera a su pareja predestinada. Formaron una amistad a través de los negocios. Descubrir que ambas tenían parejas cambiantes parecía el destino y solo ayudó a profundizar el

vínculo de su amistad, así que sé con certeza que, si hay alguien que pueda ayudarme a conseguir una audiencia especial y la colaboración de la reina con muy poco tiempo de antelación, será Katherine.
—Lo sé. Pero es importante.
Katherine suspira. —Siempre has tenido una forma de meterte en los líos políticos de la manada.
—Esto es más grande que la política.
Otra pausa, luego un cambio en su tono, más serio ahora. —No quiero que te lastimes de nuevo, Rora. Sé lo rápido que eres para sacrificarlo todo por aquellos a quienes amas, pero esta gente no ha sido muy amable contigo y te ha tratado como a una ciudadana de segunda clase en tu propia manada—
—Pero aún así me acogieron cuando no tenía a nadie —la interrumpo, manteniéndome firme en mi decisión—. No me perdonaré si me quedo sentada viendo cómo todo se va al traste, sabiendo que puedo ayudar.
Entiendo el punto de Katherine. Le he contado casi todo sobre mi vida en Blackwood, y solo está haciendo su papel como amiga para protegerme del dolor. Pero sé lo que estoy haciendo. Les debo más que antes, especialmente después del cuidado que le han dado a mi hijo.
—¿Y estás segura de que esto no es por Lucien?
Por supuesto que sacaría eso a relucir. Me muerdo el labio inferior, reflexionando sobre su pregunta. Claro, hay una parte de mí que todavía se preocupa mucho por Lucien y que podría hacer lo imposible por ayudarlo, pero esto va más allá de nosotros y de la historia que compartimos. Se trata de una comunidad y de las vidas que se pueden perder si no se hace nada.
—No es por él. Blackwood sigue siendo mi manada, y solo busco protegerlos.
Katherine suelta un suspiro profundo antes de responder. —Lo organizaré. Pero Aurora, ten cuidado.
Asiento, aunque ella no puede verme. —Lo tendré.
***

La reunión con la reina Alice está programada para la tarde siguiente. Dejo a Ronan con su niñera y conduzco hasta el lugar designado: una finca en las afueras de la ciudad, escondida tras unas gruesas puertas de hierro y un perímetro de seguridad que hacía parecer incluso al Blackwood Pack como descuidado en comparación.

Cuando entro, Alice me espera en un gran salón, su presencia imponente pero sorprendentemente cálida. Me indica que me siente y me estudia con una mirada aguda y perspicaz.

—Aurora Belmont —murmura—. Has estado causando bastante revuelo.

Sonrío con tensión. —No intencionadamente, su majestad.

—No, pero así es como suelen comenzar los cambios más importantes —se inclina hacia adelante—. Dime, ¿por qué estás aquí?

No dudo. —Gracias por concederme una audiencia con tan poca antelación. Significa mucho para mí y para mi manada.

Ella me sonríe con dulzura. —Una amiga de Katherine es una amiga mía. Continúa.

—Blackwood y Silver Pack han estado en guerra desde hace más tiempo del que puedo recordar. La situación está empeorando, y Silver Pack está empezando a dañar a otras manadas. La gente está muriendo, y no hay forma de frenar los excesos de Silver Pack sin una guerra total o la intervención de la familia real.

—¿Es esto lo que te trae a mí? —pregunta con una ceja levantada. No la culpo. Probablemente se esté preguntando por qué una nadie mestiza está tan preocupada por los asuntos de las manadas.

—Sí, mi reina. La situación está poniendo en peligro las vidas de aquellos a quienes quiero profundamente.

—Sabes —comienza, reclinándose en su silla—, hace unos cinco años, los alfas de ambas manadas estuvieron aquí buscando una solución al mismo problema.

El recuerdo de Lucien contándome sobre esa reunión se filtra lentamente en mi presente. Fue alrededor del momento en que él eligió a Selene sobre mí, y había enterrado ese recuerdo muy dentro para mantener el dolor a raya. —Recuerdo que sucedió, pero nunca

entendí el contexto ni la explicación detallada sobre la rivalidad o su historia.
Alice me observa un momento antes de asentir. —La rivalidad entre tu manada y Silver Pack no es solo una simple disputa territorial. Se remonta a siglos atrás, a la época en que el reino aún estaba estableciendo su dominio. Blackwood siempre fue una de las manadas más fuertes, pero Silver Pack era despiadado y siempre creyó que merecía todo lo que tenía Blackwood. Hubo un tiempo en que casi derrocaron el equilibrio de poder.
Un ceño fruncido aparece en mi rostro. —¿Y ahora?
—Ahora, todavía anhelan ese poder. Su alfa actual ha estado esperando el momento oportuno para atacar.
—El liderazgo del alfa Lucien se debilitó cuando perdió a su lobo —digo, dándome cuenta—. Eso hizo que Blackwood fuera vulnerable.
Alice inclina la cabeza. —Exactamente. El sistema legal del reino nunca ha estado bien estructurado para manejar conflictos entre manadas como este. Siempre hemos confiado en el equilibrio, en que los alfas respeten sus fronteras. Pero Silver Pack no juega según esas reglas. Está claro que necesitamos una reforma, y tengo la intención de hacer que eso suceda.
Una oleada de admiración surge en mí. La reina Alice es una de las pocas líderes que ha visto los defectos del sistema y quiere cambiarlos. —¿Cómo puedo ayudar?
Alice me estudia con cuidado. —Haciendo lo que ya estás haciendo: situándote en el corazón de este conflicto y haciendo las preguntas correctas.
Asiento, absorbiendo todo. Pero una sensación inquietante se instala en mi estómago. Hay más en esta guerra que solo territorio. Y entonces, como si el destino mismo decidiera dejar caer la última pieza del rompecabezas en mi regazo, Alice habla de nuevo.
—También sospecho que hay espías trabajando dentro de ambas manadas.
Sus palabras me hacen estremecer. —¿Espías?
Alice asiente. —Personas con vínculos ocultos, pasando información a la Manada Plateada. Algunos tienen rencores personales. Otros lo hacen por poder.

Mi mente se acelera. Espías. Alianzas ocultas.
—Me interesé especialmente en el conflicto entre tu manada y la Manada Plateada, y no hace mucho, una de mis fuentes confirmó que el alfa de la Manada Plateada tiene un hijo ilegítimo.
—¿Un hijo ilegítimo? —repito sus palabras, preguntándome cómo encaja todo en el gran esquema de las cosas.
—Sí. Escuché que lo tuvo con una humana antes de casarse, y ahora le ha prometido el puesto de alfa si demuestra su valía derrotando a Blackwood.
Dejo que la información se asimile. De repente, todo cobra sentido. La resurrección de una hostilidad ancestral con un detonante razonable. Todo esto es para que un hijo bastardo demuestre su valía ante su padre. ¿Qué pasa con los alfas y su necesidad de que sus hijos demuestren su valía?
—Este hijo, ¿sabes cómo es o cómo se ve?
La reina Alice duda, y eso me hace saber que sabe algo. —Por favor, las vidas de muchas personas inocentes dependen de esto. Esto puede evitar la masacre.
Tarda otro minuto antes de responder. —Damon, se hace llamar Damon White. Es un tipo escurridizo, pero mis fuentes—
El resto de las palabras de la reina se desvanecen bajo el zumbido en mis oídos. El aire de repente es demasiado espeso para respirar, y siento que la habitación se cierra sobre mí.
Mis ojos arden, y todo da vueltas. El mundo entero se inclina sobre su eje, y el equilibrio que sostenía todo lo que creía saber se desplaza, dejando todo fuera de lugar.
—Aurora, Aurora. —La voz de la reina suena como un eco lejano en una parte olvidada de mi cerebro antes de volverse más fuerte.
—Aurora.
Parpadeo, recuperando el enfoque en ella y forzándome a mantener una expresión neutral. —Lo siento. Solo estaba repasando el nombre para asegurarme de no haber conocido a alguien como él.
Ella suelta una risita ligera. —Estoy segura de que no. No es conocido por quedarse en un lugar por mucho tiempo.
Todo cobra sentido. Cómo está convenientemente presente en áreas de las que no le dije nada y cómo siempre está allí antes de que lo

necesite.
Lo que no logro entender es por qué se quedó. ¿Por qué siempre intentaba salvarme en lugar de matarme? ¿Intentaba usarme para llegar a Lucien? ¿Esperaba casarse conmigo y usar a Ronan como un futuro alfa para derrocar a Lucien?
Pregunta tras pregunta llena mi cabeza, y me masajeo la sien para aliviar la tensión creciente.
Juego con la idea de decírselo a la reina, pero decido no hacerlo. Lucien debe estar al tanto de cada decisión que tomo.
El ceño de la reina se frunce de preocupación. —¿Está todo bien?
Antes de que pueda responder, mi teléfono vibra. El nombre de mi niñera parpadea en la pantalla.
Frunciendo el ceño, contesto. —¿Hola?
Su voz asustada casi me detiene el corazón. —Aurora, Ronan ha desaparecido.
La habitación da vueltas, casi derribándome. —¿Qué?
—Solo lo dejé un momento, estaba jugando en el patio trasero, y luego desapareció. Lo he buscado por todas partes—.
El hielo llena mis venas. —Llama a las autoridades. Ahora.
Cuelgo, con las manos temblando. Alice ya está de pie, su expresión mortalmente calmada. —¿Qué ha pasado?
Mi voz sale ronca y temblorosa. —Mi hijo ha desaparecido.
Los ojos de Alice se oscurecen, su autoridad entrando en acción al instante. —Entonces, no tenemos tiempo que perder.
No esperé a que ella diera órdenes. Ya me estaba moviendo. Mi mente grita un nombre una y otra vez.
Damon.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Lucien

Los mapas del territorio de Blackwood y del Silver Pack estaban extendidos sobre la gran mesa de roble de mi despacho, marcados con tinta roja donde sabemos que están estacionadas sus fuerzas. Liam está a mi lado, con los brazos cruzados y el rostro tenso. La habitación está débilmente iluminada, con la única luz procedente de la lámpara del escritorio y el tenue resplandor de la luna fuera de la ventana.

—Esta guerra está escalando más rápido de lo que anticipamos —murmura Liam, frotándose la sien—. Necesitamos un plan sólido si queremos ponerle fin de una vez por todas.

Asiento, revisando la información que hemos recopilado durante las últimas semanas. Silver Pack ha estado realizando movimientos estratégicos, atacando a nuestras patrullas más débiles, cortando rutas comerciales y sembrando el descontento entre las manadas aliadas más pequeñas. Pero algo no encajaba. Su alfa, Alpha Kaden, siempre había sido despiadado, pero nunca imprudente. Sin embargo, sus acciones recientes parecen desesperadas, como si se le estuviera acabando el tiempo.

—Nos estamos perdiendo algo —digo, agarrando el borde de la mesa—. Kaden no es del tipo que actúa sin una razón. Está

presionando demasiado y demasiado rápido.
Liam suspira. —Quizás sabe algo que nosotros no. Tal vez tiene un as bajo la manga.
Niego con la cabeza. —O tal vez lo están presionando desde dentro. Ese pensamiento había estado rondando mi mente desde hace un tiempo. Los ataques, la agresión repentina... no parecían el estilo de Kaden. —¿Está terminada la investigación detallada que ordené sobre cada miembro principal de la manada?
—No estoy seguro —dice Liam, sacando su móvil—. El investigador dijo que se pondría en contacto conmigo hoy, pero no lo ha hecho. Después de unos toques en la pantalla, su rostro se frunce ligeramente antes de que sus cejas se eleven con sospecha. —¿Conoces a este tipo?
Me pasa el móvil, y en la pantalla está el desagradable rostro de Damon mirándome fijamente. La vista de él me hace subir la bilis a la boca. Como dije, desagradable. —¿Qué pasa con él? —respondo, devolviéndole el móvil.
—No estoy seguro, pero hay rumores de que es el hijo perdido de Kaden —dice Liam, mientras mi ceja se eleva hasta la frente y mis alarmas se disparan. Arrebato el móvil de Liam, dando una segunda mirada al rostro en la pantalla para asegurarme de que es Damon. Aunque ese bastardo siempre me ha dejado un sabor amargo en la boca, y en más de una ocasión he querido arrancarle la cabeza, nunca lo consideré como alguien importante. —¿Estás seguro de esto?
Liam me lanza una mirada cuestionadora. —La información está ahí mismo. Dice que tiene una madre humana y que fue criado en secreto, mientras Kaden les proporcionaba la ayuda y el apoyo necesarios con la clara instrucción de que no quería tener nada personal que ver con ellos. Su reunión con su padre nació únicamente por necesidad. Kaden no tiene heredero y se acercó a él cuando se dio cuenta de que la edad ya no estaba de su lado. Le dio a Damon la condición de que podría asumir su lugar como su hijo si demostraba su valía asegurando Blackwood.
Mis ojos no se despegan de la imagen, y hago un esfuerzo supremo para no lanzar el móvil contra la pared. —¿Cuánto tiempo lleva esto?

¿Su reunión con su padre?
Este cabrón ha estado rondando a Aurora desde el primer día en que me la encontré. No tengo ninguna duda de que está al tanto de nuestra situación y de que Ronan es mi hijo. Es casi imposible que su relación sea una coincidencia.
—Un poco más de seis años. Casi al mismo tiempo que comenzaron los ataques. Pero aquí está la cosa. En el momento del primer ataque, el que nos llevó a la reina, Kaden no había encontrado a Damon. Su reencuentro ocurrió en algún momento intermedio.
—El ataque —completo, atando cabos. El ataque en mi noche de bodas fue Damon—. Hijo de puta traicionero.
Liam levanta una ceja. —¿Lo conoces?
—Es la alimaña que ha estado rondando a Aurora.
Los ojos de Liam casi se duplican de tamaño. —¿Cómo dices?
—Ella dijo que eran compañeros de universidad, así que nunca me molesté en investigarlo, pero ahora todo está encajando.
—¿Qué está encajando? —La confusión de Liam sigue siendo evidente en su tono.
—Su aparición, cómo siempre está cerca. Una vez dijo que es como un ángel de la guarda y que siempre aparece cuando lo necesita, pero ahora que lo pienso, ¿y si siempre está ahí porque...?
—Las situaciones fueron creadas por él para darle una falsa sensación de seguridad mientras perpetúa su maldad sin levantar sospechas —termina Lucien, y una nueva oleada de rabia me recorre. El cabrón ha estado merodeando alrededor de mi familia como un buitre. Lo convertiré en un cadáver.
—Quiero que lo encuentren. Sea lo que sea, quiero que lo encuentren y me lo traigan vivo. ¿Está claro?
Antes de que Liam pudiera responder, mi teléfono sonó, cortando la tensión espesa. En el momento en que veo el nombre de Aurora en la pantalla, un instinto protector me invade.
Contesto de inmediato. —¿Aurora?
Su voz tiembla y suena frenética. —Lucien, ha desaparecido. Ronan ha desaparecido.
El mundo a mi alrededor se ralentiza. Aprieto el teléfono con fuerza.
—¿Qué quieres decir con que ha desaparecido?

—Estaba en el jardín. Estaba jugando con su niñera, y ella se distrajo un momento, y entonces... —Su voz se quiebra—. Creo que Damon se lo ha llevado.
Un gruñido sale de mi pecho, tan profundo que hace temblar las paredes. La cabeza de Liam se levanta de golpe, sabiendo ya que algo ha salido terriblemente mal.
—Voy hacia ti —digo, mi voz oscura con promesa—. Lo encontraré, Aurora. Te lo juro.
***
Llego a la casa de Aurora y la encuentro caminando de un lado a otro en la sala, con los ojos enrojecidos y las manos temblorosas. En el momento en que me ve, se lanza hacia mí, agarrando mis brazos.
—Lucien —susurra, como si decir mi nombre fuera lo único que la mantiene en pie—. Tenemos que encontrarlo.
Le acaricio la cara, obligándola a mirarme a los ojos. —Lo haremos.
Ella exhala temblorosamente, asintiendo, pero puedo ver el miedo en su mirada. —Es solo un niño —susurra—. No entiende nada de esto. No ha hecho nada malo.
La rabia me consume, oscura y voraz. —Lo mataré —prometo—. Nadie toca a mi hijo y vive para contarlo.
—No puedo creer que nunca lo viera como realmente es —dice Aurora, su voz quebrándose al final—. Cumplía con todo, dulce, cariñoso, confiable, y siempre estaba ahí, y lo traje a mi casa, a la vida de mi bebé, sin saber que es el diablo en persona.
La abrazo con fuerza y le doy un beso en la frente. —No es culpa tuya, cariño. No puedes martirizarte por algo que está fuera de tu control.
Ella solloza. —Pero podría haber tenido más cuidado.
—No eres adivina. Como dijiste, él cumplía con todas las expectativas. No había motivo para sospechar de él.
—Cuando lo atrape, juro por la Diosa que voy a... —Su voz se quiebra en un llanto—. Solo quiero a mi bebé.
—Y lo encontraremos —respondo, meciéndola suavemente en mis brazos.
Miro el reloj de la pared, preguntándome cuándo llegará Selene. Le pedí a Liam que le informara de la situación y que cancelara todos

los planes que teníamos. Esto requiere un nuevo plan y acción inmediata.
Un golpe en la puerta nos hace girar bruscamente. Instintivamente me coloco delante de Aurora. Pero cuando la puerta se abre, es Selene, y junto a ella está Liam.
—Vine tan pronto como lo supe —dijo, mirándonos a ambos—. ¿Cuál es la situación actual?
Aurora se tensa a mi lado, pero no dice nada. Ahora no es el momento para viejos rencores. Ahora es el momento de la guerra.
—Lo llevaron del patio trasero. He enviado exploradores y rastreadores. La gente lo está buscando por todas partes.
—Necesitamos actuar rápidamente —dice Selene, sacando un mapa de una bolsa que no me había dado cuenta de que llevaba—. Si Damon se llevó a Ronan, lo llevará a la Manada Plateada. Querrá usarlo como prueba para mostrarle a su padre cuánto progreso está haciendo. Lo que significa que probablemente viajará por este punto. —Señala un punto en el mapa con el dedo índice.
—Hay una estación de tren que va directamente a la Manada Plateada, ahorrando horas de viaje por carretera.
—¿Es esta la única ruta hacia allá? No creo que quiera viajar públicamente —pregunto, observando el punto con desconfianza. Es un sistema de transporte público, y la mayoría de las personas presentes serán humanos. Dudo que Damon sea tan estúpido como para arrastrar a un niño entre la multitud.
—No lo es —responde Selene—, pero es la más rápida, y Damon es un rostro conocido. Dudo que Ronan entienda el peligro en el que está, lo que será a su favor. Se verán como un niño y su tío viajando juntos.
—Oh, Diosa —gime Rora, hundiéndose en el sofá detrás de ella y cubriendo su rostro con las manos—. ¿Qué he hecho?
—No has hecho nada —responde Selene—. No eres responsable de la maldad en los corazones de los hombres.
Liam, que ha estado recopilando información en silencio al fondo, aclara su garganta. —Lucien, acabo de recibir noticias de la reina Alice.
Me giro hacia él. —¿La reina Alice?

—Hablé con ella antes —dice Aurora—. Iba a contarte. Es amiga de una amiga, así que pude conseguir una audiencia.
Asiento con la cabeza, indicándole a Liam que continúe.
—Está presionando para aprobar las nuevas leyes más rápido de lo previsto. Si lo logra, la Manada Plateada perderá su capacidad de actuar sin control y pagará caro por sus acciones.
Son buenas noticias, pero no salvarán a Ronan. —No es suficiente —digo—. Necesitamos actuar ahora.
Aurora se endereza, sus ojos arden con determinación. —Entonces vayamos a buscar a nuestro hijo.
La miro, realmente la miro. Es muy diferente de la chica tierna y vulnerable que conocí. En su lugar hay una mujer con una ferocidad que ridiculizaría a un guerrero y una voluntad que doblará los mismos hilos del destino. Y por primera vez, lo llamó nuestro hijo.
Nuestro hijo.
Le extiendo mi brazo y ella desliza sus delgados dedos en mi palma sin dudarlo. No tengo ninguna duda de que estamos juntos en esto.
Le doy un beso en el dorso de su mano. —Vamos a buscar a nuestro hijo —repito sus palabras, guiándonos hacia la puerta mientras Liam teclea agresivamente en su teléfono detrás de nosotros y Selene da órdenes por el suyo, reuniendo a todos sus guerreros.
Esto es la guerra.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Aurora

La finca abandonada en las afueras del territorio de la Manada Plateada era nuestra mejor pista. El aire se espesa de tensión en el momento en que llegamos, un silencio inquietante se cierne sobre el perímetro. Ni siquiera los pájaros trinan, y se podría oír caer un alfiler. Saben que estamos llegando. Nuestros guerreros se posicionan en las sombras, esperando la orden.

Me coloco al frente, con todos mis instintos en alerta máxima. Mi loba, aunque silenciosa, late bajo mi piel, ansiosa de sangre y venganza. Es la más furiosa que la he visto jamás. Todos sus instintos protectores están al descubierto, y no puede esperar para destrozar a Damon.

Selene se acerca a la entrada, parándose a mi lado, sus ojos afilados escaneando el perímetro. —Está ahí dentro —murmura.

Mi respiración se atasca en mi garganta, y siento una mano que aprieta suavemente la mía. No necesito girarme para saber quién es. Su presencia siempre ha tenido una forma de tranquilizarme.

—Quédate cerca de mí —dice. Tengo ganas de decirle que puedo defenderme sola, pero la mirada en sus ojos me hace entender que no lo dice de manera autoritaria. Al igual que yo, está preocupado, y a pesar de lo mucho que intenta ocultarlo, la situación es delicada.

Asiento con la cabeza, mis ojos ardiendo de determinación. Liam hace una señal de que los guerreros están listos, y Selene hace una revisión rápida con los suyos.

Todos están preparados. La Manada Plateada ha lastimado a mucha gente y ha arrebatado seres queridos a muchos. Por fin es hora de que paguen por todo.

Selene hace una señal de que está lista, y Lucien me mira fijamente, con una ceja levantada en gesto de pregunta. Aspiro profundamente antes de enviar una rápida oración a la Diosa.

Soy mestiza y no tengo entrenamiento previo en combate. Lo único que me impulsa es el instinto maternal y la rabia por haber sido manipulada y traicionada.

Detrás de estos muros hay guerreros entrenados para matar. No soy rival para su fuerza. Como si pudiera leer mi mente, las manos de Lucien aprietan las mías de nuevo. —Estoy aquí, Rora, y moriré antes de que te pase algo.
Le creo. Nuestra historia quizás no deje mucho espacio para la confianza, pero sé con cada fibra de mi ser que él me protegerá. Mi loba también lo sabe, porque un brillo de confianza la recorre, enderezando mi espalda.
Un movimiento rápido atraviesa la ventana. Le doy a Lucien un rápido asentimiento, y él da la señal.
El caos estalló en el momento en que irrumpimos en la finca. Los lobos chocan, el metal se encuentra con la carne, y los gruñidos y gritos resuenan por los pasillos. Me muevo entre ellos como una tormenta, derribando a cualquier enemigo en mi camino.
Hay miembros y partes del cuerpo volando a mi alrededor, pero se funden en un borrón. Mi único enfoque es encontrar a Ronan.
Un lobo gris se lanza hacia mí, obligándome a sacar la daga que Lucien me puso en la mano de camino aquí.
No es un lobo muy grande, y estoy segura de que puedo enfrentarme a ella fácilmente, pero intento mantener mi forma humana. Es la única forma en que Ronan me reconocerá.
El lobo me gruñe, con los dientes al descubierto y la saliva goteando de la comisura de su boca. Sus ojos son oscuros y maliciosos, y algo me dice que ha estado esperando este momento.
Me posiciono para atacar en el momento en que ella se lance, pero es cortada en el aire por un lobo blanco que muerde su cuello con tanta fuerza que el sonido de su columna vertebral crujiendo llena el aire.
Selene. Me dirige un leve asentimiento, sin soltar al lobo que gime bajo su control. Le devuelvo un gesto de gratitud antes de adentrarme más en la finca.
Entonces, lo oigo.
El llanto de un niño.
Mi cabeza gira hacia el sonido, y mi visión se estrecha. Cada parte de mí se detiene, concentrándose hasta que los gritos de batalla se ahogan y puedo identificar exactamente de dónde proviene el llanto.

Corro, mis pies golpean el suelo con fuerza y rapidez hasta que entro en el edificio.
Damon está de pie en el centro de la habitación con Ronan en su poder. Una hoja afilada presiona su pequeña garganta. Los ojos de mi hijo, llenos de terror, se clavan en los míos.
—¡Mamá! —grita Ronan, forcejeando contra el agarre de Damon.
Mi corazón se despedaza.
—Suéltalo. —La voz de Lucien llena la habitación, firme y autoritaria.
No me había dado cuenta de que me seguía.
Los ojos de Damon se desplazan hacia el lugar a mi lado, y sus labios se curvan en una sonrisa malévola. —Si no es el hombre del momento.
Lucien emite un gruñido, dando un paso adelante. —He dicho que lo sueltes.
Damon responde apretando la hoja con más fuerza, y mi respiración se corta con el contacto. —Un paso más, y muere.
—Damon, por favor. Es solo un niño. —Mi voz es más débil de lo que pretendía, pero no me importa. Ver ese cuchillo tan cerca del cuello de mi bebé me ha despojado de toda rabia. Un movimiento en falso de él o de Damon provocará un corte limpio.
Algo parpadea en su expresión: duda. Solo un instante, pero desaparece tan rápido como llegó.
—Retira a tus lobos, o el niño muere.
—Damon…
—Aurora, no te metas. —Su voz es cortante y cortés, golpeándome como una bofetada, pero no cedo. Si tengo que suplicar para sacar a mi hijo de aquí con vida, que así sea. Definitivamente me vengaré de Damon, pero primero necesito alejar a Ronan de él.
La batalla a nuestro alrededor se intensifica, pero no hace falta mucho para saber quién está ganando. Los gritos, los gruñidos y el crujir de huesos son testimonio de las vidas entregadas por lo que cada lobo cree.
Un guerrero entra en la habitación, susurrando algo al oído de Damon, y la mirada fría y asesina que tenía antes regresa a su rostro.
—Acaba con esto.

—No puedes ganar esto. —Liam interviene, con Selene pisándole los talones. —Más de la mitad de tus guerreros están muertos, y lo que queda de ellos no costará mucho acabar. Suelta al niño.
Damon suelta una risa seca. —No lo entiendes, ¿verdad? Siempre puedo criar un nuevo grupo de guerreros, pero a él —sus ojos se mueven hacia Ronan—, nunca podrás reemplazar la pérdida.
Se endereza, fijando esta vez sus ojos en Lucien. —Te aconsejo que elijas sabiamente esta vez. He oído que tienes historial de tomar malas decisiones.
Los ojos de Lucien se estrechan, y sus manos se cierran en puños, apretando con fuerza. Las venas de su cuerpo se marcan, y su mandíbula está tensa por lo fuerte que aprieta los dientes.
—Está faroleando —dice Selene, estudiando a Damon.
Damon sonríe, apretando su agarre sobre Ronan. —¿Estás dispuesto a apostar su vida a eso?
Mi estómago se retuerce. Doy un paso adelante antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo. —Damon —digo, con una voz firme a pesar del terror que me atenaza—. Por favor.
Damon suelta un suspiro lento y exagerado. —Tenía planes para nosotros, ¿sabes? No esperaba que me gustaras, pero resultaste ser bastante fascinante.
Siento cómo mi estómago se revuelve de asco. —Nunca fui tuya.
Su expresión se endurece, algo siniestro reluce en su mirada. —No. Pero fuiste útil. Usarte para atraerlo fuera de su manada mientras atacábamos y quedarme cerca de ti para obtener información. Contribuiste a mi éxito, cariño.
Una sonrisa desagradable se dibuja en su rostro, y siento el impulso de lanzarle un proyectil de vómito. Por eso Lucien llegó tarde a salvarme. También explicaría que Damon apareciera sin avisar, pero estaba demasiado enfadada con Lucien como para prestar atención a todo eso. La aparición estratégica en mi casa poco después de que regresara de Blackwood. Todo para evaluar la situación. En todo esto, una cosa me llamó la atención. Lucien. Vino directamente de una batalla con una pierna herida.
La comprensión me golpea como un peso enfermizo en el pecho. —Me usaste. —Siempre tuve sospechas, pero escucharlo de su boca

fue diferente.
Un destello de algo—quizás arrepentimiento—cruza su rostro. —No del todo.
Aprovecho el momento, dando otro paso hacia adelante. —Entonces, ¿cuál fue la excepción? ¿Había algo que hubiera cambiado tu opinión? —No sé cuál es mi objetivo final, pero puedo notar que la conversación ha distraído un poco a Damon. Su agarre sobre Ronan se afloja.
—Deberías haber sido mía. Juntos, lo habríamos derrotado fácilmente, pero lo elegiste a él en vez de a mí —escupió Damon, mirando a Lucien con asco.
—Míralo. Es tan débil y patético que ni siquiera puede acceder a su lobo o mantenerte a salvo.
—Prefiero morir antes que ser tuya. —Las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerme, y al instante me doy cuenta de la gravedad del error que he cometido.
El rostro de Damon se retuerce de furia. —Entonces puedes ver cómo muere tu hijo.
Todo sucede en un abrir y cerrar de ojos. El brazo de Damon se mueve, y un destello afilado de su cuchillo brilla bajo el rayo dorado del sol de la tarde, su punta presionando la garganta de Ronan. Ronan gime, su pequeño cuerpo tiembla, y un grito se acumula en mi pecho. Mi loba atraviesa mi carne y se libera en un instante. Algunos lobos que nunca noté escondidos en el fondo irrumpen en el espacio, dirigiéndose directamente hacia Selene, Lucien y Liam. Lucien se mueve primero, pero su movimiento se ralentiza por la falta de su lobo y la ligera cojera en su pierna, lo que le da a Damon la oportunidad de cambiar el cuchillo a su otra mano y cortar a Lucien.
La herida sangra, manchando su camisa y dejando pequeñas gotas en el suelo, pero Lucien no se detiene. No puede. Sus manos encuentran la garganta de Damon, apretando y apretando con fuerza, sus ojos llenos de furia.
Vuelvo a mi forma humana, mis piernas se mueven antes de que dé la señal. Aprovecho la oportunidad para sacar a Ronan del debilitado agarre de Damon.

Sus pequeños brazos me rodean al instante. Sus sollozos se ahogan contra mi pecho. El alivio es tan intenso que duele, atravesándome. Damon se debate bajo Lucien, jadeando, pero Lucien no flaquea. Aunque herido, mantiene su agarre.
La voz de Selene corta el caos. —¡Aurora!
Y es entonces cuando lo veo. La cantidad de sangre que se ha acumulado en el suelo y el ligero temblor en los hombros de Lucien. Está haciendo todo lo posible por aguantar, pero se está debilitando, y Damon está ganando terreno lentamente.
En una fracción de segundo, Damon los voltea, atrapando a Lucien bajo su cuerpo y clavando sus dedos en la herida. El grito de angustia de Lucien rebota en las paredes y me atraviesa el pecho.
Miro a mi alrededor. Todos están ocupados. Liam está luchando con un lobo encima, y Selene tiene a una loba lanzándole zarpazos.
Estoy paralizada. No tengo ni idea de lo que debo hacer. Nunca he estado en combate antes. Lucien grita de nuevo. Esta vez, su voz es ahogada por la risa psicótica de Damon.
—¿Este es tu alfa? ¿Este es al que has elegido para proteger a tu manada? Míralo —Damon agarra a Lucien por la mandíbula, obligándole a mirarme—. ¿Este es el compañero que has elegido para ti?
Las emociones me aprietan la garganta al ver la escena frente a mí. Acojo a Ronan contra mí, protegiendo sus ojos con mis manos. No merece ver a su padre humillado así. —¡Aléjate de él!
—¿O qué, Aurora? Mira a tu alrededor. Todos están ocupados. Nadie va a salvarte —dirige sus siguientes palabras a Lucien—. Voy a desangrarte primero. Luego, me casaré con tu linda compañerita de allí y la llenaré de mis hijos.
Los ojos de Lucien se iluminan de rabia. Intenta golpear a Damon, pero sus reflejos son lentos y su golpe débil. Damon atrapa su brazo, lo retuerce de manera antinatural antes de clavar una garra en su costado y arrojarlo a un lado como si fuera un muñeco roto.
—¡Lucien! —grito, corriendo hacia su lado con Ronan a mi lado mientras Damon ríe—. Patético.
—Eh, eh —le doy unas palmaditas en las mejillas a Lucien, obligándole a abrir los ojos.

Intenta mantenerlos abiertos, pero está demasiado débil. La sangre de su primera herida y de la nueva se mezclan, formando un pequeño charco a mi lado.
Extiende un brazo hacia mí, gimiendo por el dolor del esfuerzo. No pierdo tiempo en deslizar mis dedos entre los suyos. —Quédate conmigo, por favor. Por favor, Lucien, quédate conmigo —me giro hacia Ronan, que me abraza con los ojos llenos de lágrimas—. Quédate con nosotros.
Mi voz tiembla, y siento las lágrimas quemándome los ojos. Lucien intenta hablar, pero solo logra toser. La luz en sus ojos comienza a apagarse lentamente.
—Matar tanto al padre como al hijo. Qué felicidad me da —se burla Damon detrás de mí, enviando un escalofrío por mi espalda. Fue él. Él mató al padre de Lucien.
La mano de Lucien se aprieta alrededor de la mía, y puedo ver lo mucho que está luchando con la situación.
La voz de Selene atraviesa la densa niebla de emociones en mi cabeza.
—Aurora. ¡El vínculo!
Damon se ríe socarronamente. —Ningún vínculo puede resucitar a un muerto.
Selene lanza un grito de guerra, abriéndose paso entre el lobo frente a ella para lanzarse sobre Damon, pero es derribada por otro lobo que aparece de la nada. Este edificio está lleno de ellos, y siguen apareciendo en grandes números. Esto era una trampa.
El miedo me paraliza, congelándome en el sitio. El vínculo entre nosotros ha estado roto durante tanto tiempo, enterrado bajo el dolor y la traición. No tengo ni idea de cómo se supone que debo recuperarlo. Yo no hice nada para romperlo en primer lugar.
El pánico se extiende por cada centímetro de mí. Selene está luchando contra un lobo que la tiene acorralada, y Liam sigue intentando defenderse de dos lobos frente a él. Mi agarre se aprieta alrededor de Ronan, que tiembla de miedo, acercándolo más a mí. No hay nadie que ayude. Soy lo único que se interpone entre Lucien y la muerte. No tengo ni idea de lo que debo hacer.

La voz de Selene resuena, urgente y cargada, mientras clava un cuchillo en el lobo que está encima de ella y lo empuja hacia un lado. —¡Hazlo ahora!
—¡Lucien! —Mi voz se quiebra, temblorosa de desesperación, pero él no responde. Sus ojos se abren por un momento, vidriosos de dolor, sus labios luchan por formar palabras. —¡Quédate conmigo, Lucien! ¡Por favor, no puedes dejarme!
Logra susurrar, su voz tan débil como la chispa titilante en sus ojos. —Aurora... yo... —Las palabras fallan, su fuerza se disipa como humo en el viento.
Aprieto mi frente contra la suya, mis lágrimas se mezclan con la sangre en su piel. El vínculo entre nosotros zumba débilmente, un fantasma de lo que alguna vez fue, y siento a mi loba arañando dentro de mí, suplicándome que actúe. Me toma un momento entender lo que necesita que haga. Rápidamente le paso a Ronan a Selene y tomo un aliento tembloroso.
Mis manos se presionan contra su pecho, sobre su corazón, y cierro los ojos, adentrándome en mí misma para encontrar los restos de nuestra conexión. La magia se agita, vacilante y cautelosa, pero vierto cada onza de mi amor, mi dolor y mi esperanza en ella.
Una oleada de calor se extiende desde mis yemas de los dedos, envolviéndome antes de extenderse. No puedo ver la ráfaga de energía, pero siento hacia dónde se dirige. Canalizo cada pizca de fuerza para empujar la energía a mi alrededor hasta que siento que se conecta con algo salvaje pero tierno, fuerte y audaz. Es una energía tan poderosa que siento mis rodillas temblar bajo su presencia dominante, haciendo que mi loba se agite y sepa que lo he encontrado.
En un momento rápido, el vínculo se establece con la fuerza de una ola gigante.
Lucien emite un gruñido gutural, sacudiendo las paredes del viejo edificio y levantando el aire a nuestro alrededor. El momento siguiente es magnífico e intenso mientras su cuerpo se transforma, los huesos se reacomodan, el pelaje brota en cuestión de segundos. El enorme lobo negro que ha estado desaparecido durante años está frente a nosotros, los ojos brillantes, los dientes al descubierto.

Damon apenas tiene tiempo de asimilar la escena que se desarrolla frente a él antes de que Lucien ataque.
Sus dientes se hunden en su garganta, arrancando su tráquea y todo el tracto respiratorio en un solo movimiento. La muerte es rápida y sin esfuerzo.
El silencio desciende en la habitación, y solo entonces sentimos el silencio afuera y a los pocos guerreros reunidos fuera del edificio. La batalla está ganada.
Lucien se yergue sobre el cadáver de Damon, su enorme pecho subiendo y bajando con respiraciones entrecortadas antes de deshacerse del cuerpo con una patada.
Se da la vuelta, su mirada de lobo se fija en mí. Y luego, en un movimiento lento y deliberado, se transforma de nuevo. Todavía está sangrando, pero no tanto. Obviamente está exhausto por la cantidad de sangre que ha perdido, pero alcanza a Ronan y a mí, sus brazos nos envuelven, abrazándonos como si nunca nos fuera a soltar.
No lo combato.
Selene exhala, inspeccionando el campo de batalla. —Se acabó.
No tenemos la oportunidad de disfrutar de nuestra victoria cuando llega un convoy de coches, levantando polvo en la vieja finca. Con mi apoyo, Lucien se pone de pie, y salimos del edificio para enfrentarnos al intruso.
Los coches se alinean frente al edificio, y el polvo se asienta para revelar el escudo real estampado en cada uno. Mi respiración se corta. Es la reina Alice.
Como si hubiera sido convocada por mis pensamientos, el coche del centro se abre para revelarla en todo su esplendor. Ella observa la escena que tiene delante. Su nariz se arruga ante el penetrante olor a sangre que impregna el aire. Esto bien podría ser un camposanto glorificado. Todos nos inclinamos para saludarla en el momento en que se acerca a nosotros.
—Esperaba entregarte esto a tiempo antes de que hubiera un baño de sangre, pero está claro que ya has tomado la ley por tu cuenta —dice, extendiendo un pergamino hacia Lucien, mientras sus ojos saltan de un cuerpo a otro—. Esta es la nueva ley. Establece que todo alfa debe mantener sus límites. No habrá más guerras

innecesarias, y Blackwood conserva el derecho sobre la empresa y todo lo relacionado con la economía, las finanzas y la política en esta región.
Lucien da un paso al frente, postrándose tanto como su herida le permite, antes de tomar el pergamino. —Él se llevó a mi hijo. No iba a quedarme de brazos cruzados sin hacer nada.
La reina Alice asiente con comprensión, sus ojos finalmente se posan en los míos antes de desviarse ligeramente hacia Ronan. —Lo entiendo.
Todos contenemos la respiración mientras Lucien examina el contenido del pergamino, cada uno de nosotros esperando que el veredicto sea a nuestro favor.
Lo cierra y asiente hacia la reina, quien dirige su atención a los guerreros del Lobo Plateado que se han rendido.
Alice da un paso al frente, su presencia es imponente. —Vuestro líder ha muerto, y vuestro alfa Kaden será sancionado. Un nuevo líder debe surgir.
Silencio. Entonces, finalmente, un guerrero que parece mucho más joven que Damon, pero que demuestra fuerza en su porte, da un paso al frente. Se arrodilla. —Yo lideraré.
Alice lo estudia, luego asiente. —¿Alguno de vosotros tiene objeciones a su liderazgo?
Murmullos bajos se extienden entre los guerreros, pero nadie presenta una objeción.
—Entonces, os regiréis por las nuevas leyes de esta tierra. No habrá más derramamiento de sangre. Llevad este mensaje a vuestro alfa e indicadle que debe presentarse en la corte real mañana a primera hora. Las acciones tienen consecuencias.
Con una suave sonrisa en mi dirección, la reina regresa a su coche y abandona la finca en una nube de polvo y buena voluntad.
Instantáneamente, siento que un peso se levanta de mis hombros, y me dejo caer en los brazos de Lucien, que me espera.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Aurora

Aferro a Ronan más fuerte contra mi pecho y le doy un beso en la sien. No puedo imaginar lo cerca que estuve de perderlo. El peso de todo lo ocurrido durante el día pasado me golpea como un tsunami, trayendo consigo pequeños destellos de todas las formas en que las cosas podrían haber salido mal.

Estoy agradecida de que todos estemos bien, pero no puedo dejar de culparme por no haber visto a través de Damon. Dejo que mi mirada recorra lo que queda de la finca y decido que todas las vidas que se perdieron lo hicieron a causa de la avaricia.

Los dedos de Lucien rozan los míos, su tacto vacilante al principio, pero cuando no me aparto, agarra mi mano con fuerza. Su contacto me eriza la piel, no por miedo o incertidumbre, sino por la certeza de que, a pesar de todo, a pesar del dolor y la traición, nunca estuvimos destinados a rompernos.

—Es hora de ir a casa —dice, con una mirada suave que se queda en sus ojos mientras me mira fijamente.

Casa. ¿Dónde está eso? ¿Blackwood? ¿Mi apartamento en Phoenix? He creado una vida para mí, una por la que he luchado con cada gota de mi sangre. Y aunque mi sueño hace unos años era ser Luna, es seguro decir que tengo compromisos más grandes ahora.

—Mamá, ¿vamos con el tío Lucien? —pregunta Ronan, tirando de mi otra mano.

El tío Lucien. Vamos a tener que hacer algo con eso rápidamente. No hay nada agradable en la expresión que tiene Lucien en este momento.

—No lo sé, cariño. Pensaba que te gustaría volver a casa. —

Él arruga la nariz en desaprobación. —Pero quiero ir a Blackwood. El tío Liam dijo que podría correr con él cuando sea más grande. —

Levanto la mirada y encuentro a Selene observándonos con delicadeza. Se acerca a mí, apartándome de Lucien y Ronan.

—Sé que nuestra relación no ha sido la mejor y que nuestro pasado es bastante complicado, pero créeme: no hubo un solo día en el que

él no te buscara.
Esta es la primera vez que mantengo una conversación a solas con Selene, y desde luego no esperaba que fuera tan profunda y directa. Ahora entiendo por qué es tan respetada. Es valiente y nunca muestra miedo.
—Fue tu compañero de alma— son las únicas palabras que consigo articular, y sus labios esbozan una cálida sonrisa.
—Lucien y yo tuvimos una amistad maravillosa. También fuimos buenos compañeros, pero nunca fuimos la pareja perfecta— dice mientras me agarra suavemente la mano. —Sé que perdonar no es fácil, pero como alguien que está pasando por la pérdida de un compañero de alma, te digo que es mucho más sencillo que lidiar con una pérdida eterna.
—Y si te sirve de consuelo, Lucien nunca me tocó, ni una sola vez en los cinco años que pasamos juntos— añade. Hago todo lo posible por ocultar la sorpresa en mi rostro.
Ella se ríe, me suelta y vuelve a apoyar su mano sobre su vientre, acariciándolo lentamente. No puedo apartar la mirada de ese gesto. Me recuerda todas las veces que me sentí sola y cómo la sensación de ese pequeño ser dentro de mí fue lo que me mantuvo firme.
—Él lo habrá valido— respondo, y ella sonríe. Algunas conversaciones no necesitan palabras.
—Espero poder recurrir a ti cuando las cosas se pongan difíciles— lo dice como una broma ligera, pero no paso por alto el destello de miedo en sus ojos.
Dudo que la historia de Selene sea similar a la mía. Ella tiene el apoyo de su manada, de Blackwood y de su familia, pero nada supera la presencia de tu compañero de alma o el viaje de la paternidad en solitario. Es algo que he aprendido a lo largo de los años. —Puedes recurrir a mí en cualquier momento.
Ella asiente, dejándome para volver con sus guerreros mientras yo regreso junto a Lucien y Ronan, quienes ya están parloteando como pájaros.
Se le ve diferente con su espíritu de lobo. Parece más fuerte y más alto. Todo en él parece magnificado, y lo siento como el aire en mi

piel. Mi loba ha estado inquieta desde que sintió el regreso de su compañero.
—Hola —sonríe al verme. —¿Qué va a ser?
Lo miro a él y luego a Ronan, y encuentro mi respuesta. —Vamos a casa.
—Estamos listos, Alfa —grita Liam, haciendo una reverencia con un saludo burlón que le arranca una risita a su amigo. No sé si es posible, pero de alguna manera parece más feliz por el regreso del lobo de Lucien que el propio Lucien.
Liam nos guía hacia los coches que nos esperan. Selene insiste en regresar con su manada, pero promete mantenerse en contacto, y para mi mayor sorpresa, Ronan elige sentarse con Lucien en lugar de conmigo.
El resto del viaje transcurre en un silencio cómodo, con algunos chistes livianos aquí y allá. Ronan no para de hacer preguntas sobre cada curva y recodo del camino.
Llegamos a Blackwood de noche y encontramos a la manada reunida frente a la casa del pack. Sus ojos están llenos de curiosidad, reverencia y algo más: esperanza. Pueden sentir el cambio, el giro en el poder y en el destino.
Lucien da un paso al frente, su voz firme y autoritaria. —La batalla está ganada. El Silver Pack ha sido derrotado y ya no representará una amenaza para nosotros ni para ninguna otra manada.
Un aullido estalla en la multitud, una declaración de lealtad y unidad. Mi pecho se oprime cuando Lucien se gira hacia mí, su mirada dorada ardiendo con algo más profundo que la posesión, algo crudo y real.
—Una cosa más —dice, su voz más baja ahora. —Quiero presentarles a su Luna, Aurora Belmont, mi compañero de destino.
El tiempo se detiene y los murmullos se extienden por la manada. Siento una ola de nervios estallar dentro de mí mientras observo las caras de sorpresa en la multitud. El amargo y familiar sentimiento de insuficiencia levanta su fea cabeza. ¿Y si no creen que soy lo suficientemente buena? Puede que haya logrado alturas impresionantes en el mundo humano, pero aquí sigo siendo la huérfana mestiza que vive en la cabaña cerca del bosque.

—Ven —Lucien me tiende el brazo y yo deslizo mis dedos temblorosos en él—. Te adorarán —susurra, y yo inspiro con un aliento tembloroso.
—¡Vamos! ¡Márcala ya! —Una voz potente bromea desde la multitud, y un coro de afirmaciones ahoga los suspiros y murmullos de asombro.
Siempre tuve una idea clara de cómo quería que fuera mi ceremonia de emparejamiento, y esta decisión apresurada es obviamente muy distinta, pero todo parecía estar perfectamente en su lugar.
—No tienes que hacer esto ahora.
Nuestras miradas se encuentran, y mis dedos se aprietan alrededor de él. —Quiero hacerlo.
Es el sí más fácil que he dicho en mi vida, y no tengo la más mínima duda. Esta es la vida que quiero, y esta es la persona con la que quiero compartirla.
El aliento que deja escapar es tembloroso, lleno de alivio y de algo que suena peligrosamente cercano a la reverencia.
Antes de que pueda procesarlo, sus labios chocan contra los míos, robándome el aire, reclamándome como solo él sabe hacerlo. Mi cuerpo se funde con el suyo, y mis dedos se enredan en su pelo. El vínculo entre nosotros brilla como un incendio. No es solo pasión o un error ebrio en una azotea. Son años de anhelo, arrepentimiento y amor enterrados bajo el peso del orgullo y los errores.
La manada ruge en celebración, pero apenas los oigo. Lo único que sé es Lucien, la manera en que me sostiene como si pudiera desaparecer, cómo tiembla contra mí y cómo susurra mi nombre como una oración.
Nos separamos para recuperar el aliento, y mis ojos se posan en Ronan, que lleva la sonrisa más bobalicona. Lucien sigue mi mirada y se ríe. —Es igual que tú —finalmente lo digo después de varios años.
Lucien sonríe con suficiencia, —claro que lo es, soy su padre.
Le pongo los ojos en blanco. Parece que la arrogancia no va a desaparecer.
****

He tenido que entregar trabajos con plazos muy ajustados en el trabajo y hacer que mi equipo logre lo imposible en poco tiempo, pero nada me preparó para la velocidad con la que Blackwood puede organizar una ceremonia de emparejamiento. Tomó exactamente tres días tener todo en orden.

Ya puedo escuchar la suave melodía que llega desde el jardín mientras unas jóvenes me preparan para la ceremonia.

Con un último toque de carmín, la maquilladora se aparta para admirar su trabajo. —Estás lista —dice, y la mujer que ha estado jugueteando con mi pelo añade un último detalle antes de llevarme al espejo.

Mi mandíbula cae al ver lo que tengo delante. Llevo un vestido blanco y vaporoso con pequeñas figuras de lunas bordadas. Mi pelo está recogido en un moño elegante, dejando mi cuello al descubierto —un lugar que llevará la marca de Lucien en la próxima hora.

—Serás la Luna más hermosa —dice la maquilladora, radiante a mi lado, y las demás asienten con aprobación.

—La reina ha llegado para bendecir vuestra unión. Literalmente, esta es la mejor ceremonia de apareamiento que he visto.

—¿La reina está aquí? —solo le envié un mensaje para agradecerle por lo que hizo y mantenerla al tanto de cómo iban las cosas. Mi ceremonia de apareamiento solo surgió como un comentario adicional en el mensaje. Nunca me molesté en enviar invitaciones porque pensé que estaría muy ocupada, pero vaya.

—Llegó hace poco —dice la mujer que me ayudó con el vestido, sonriéndome radiante—. Debes haber encontrado favor en sus ojos.

—Él está aquí —anuncia alguien, y tomo una profunda inspiración antes de dirigirme a la reunión.

Lo veo sin dificultad, destacando sobre todos los demás y luciendo absolutamente irresistible con el atuendo tradicional de la manada.

—Eres... —deja la frase en suspenso, sus ojos recorriéndome de arriba abajo y dejando destellos de fuego a su paso—. Eres absolutamente hermosa, Rora.

El calor se extiende desde mi cuello hasta mi rostro, y fuerzo mi mirada a apartarse de la suya para romper la intensidad del momento.

Los ancianos comienzan su canto, bajo y constante. Sus voces tejen magia antigua en el aire. La ceremonia es sagrada. Es el vínculo final que une a un alfa con su Luna. Trago saliva con dificultad mientras Lucien toma mis manos y las lleva a sus labios, sus ojos dorados nunca dejando los míos.
—¿Estás lista, amor mío? —
Mi pecho se oprime ante la muestra de cariño y la forma en que su voz me envuelve como un juramento susurrado. —Más que nunca. —
Lucien inclina la cabeza, ofreciéndome su cuello, una invitación no verbal, y parpadeo, sorprendida. El alfa suele dar la marca primero.
—Quiero entregarme a ti primero —dice, y mi loba avanza, instintivamente. Me inclino y clavo mis dientes en su carne. Un gruñido profundo y gutural retumba en él, su cuerpo se estremece ante la fuerza del vínculo que se establece.
Mío.
Sus brazos me aprietan, acercándome más, y no pierde tiempo al hundir sus colmillos en mi cuello, un acto que desencadena una poderosa ola de deseo y placer tan intensa que tuve que agarrarme de sus hombros para no caerme.
Su aliento ardiente me alcanza el oído. —Te quiero, Aurora. —
Lo miro, mis dedos recorren la nueva marca en su piel. —Yo también te quiero, Lucien. —
La manada estalla en aullidos, su alegría resonando en la noche, pero todo lo que oigo es el latido constante del corazón de Lucien bajo mi palma, fuerte y seguro.
—¿No eres la Luna más hermosa que he visto? —Mi cabeza gira tan rápido que casi se desconecta del resto de mi cuerpo.
—¡Katherine! —Lanzo un chillido emocionado, abrazándola con fuerza. —No me dijiste que vendrías. —
Ella suelta una pequeña risa, apretándome más en nuestro abrazo.
—Eso habría arruinado la sorpresa. —
—Te he echado tanto de menos. —
—Y yo a ti, pero ese no es el tema de hoy —me dice con su sonrisa torcida característica—. Hablemos de cómo ahora eres una Luna y

de cómo tu pareja te está mirando como si acabaras de caer del cielo.
Sigo su mirada y descubro que Lucien me está observando. Está rodeado de Liam y unos cuantos más, pero su atención está completamente puesta en mí. La intensidad de sus ojos provoca un dulce escalofrío que recorre mi espalda.
—¡Uy! Conozco esa mirada —bromea Katherine, moviendo las cejas, y yo le doy un golpecito juguetón en el hombro—.
—Nunca cambias.
—No, pero me quieres así.
No discuto ese hecho. Cuando estaba en un lugar muy oscuro, la calidez y la energía luminosa de Katherine jugaron un papel clave para que siguiera adelante. Siempre supo qué decir para hacerme sentir mejor y nunca dudó en ayudarme.
—Gracias —me escucho decir—. Gracias por todo.
Mi voz se quiebra un poco, y Katherine me abraza de nuevo.
—No llores en tu gran día. Vas a arruinar el maquillaje.
Como dije, cálida y luminosa.
Por el rabillo del ojo, veo a Selene conversando con algunos miembros de la manada, y la llamo con un gesto.
—Selene, esta es Katherine. Katherine, esta es Selene —intercambian rápidas cortesías, y, como todas las mujeres que he conocido, Selene me llena de elogios y bendice mi unión antes de excusarse para hablar con su hermano.
Paso un rato extra hablando con Katherine, y nos ponemos al día sobre los últimos años y bromeamos hasta que ella se excusa para pasar un rato con la Reina Alice, dándome la oportunidad de observar el mundo a mi alrededor.
La celebración se animó y no estaba muy lejos de mí. Veo a Ronan sentado en el regazo de Liam y mordisqueando un trozo de pollo. Un sentimiento de plenitud llena mi corazón ante esa hermosa imagen, pero Lucien tiene otros planes.
El calor presiona mi espalda, unos brazos fuertes me rodean la cintura y un aroma familiar me envuelve. Lucien entierra su rostro en mi cuello, sus labios rozando la marca que dejó en mi piel.

—Ven conmigo —susurra, tirando de mí mientras nos alejamos de la reunión y nos dirigimos a la casa de la manada.
La puerta de su habitación se cierra con un clic suave, separándonos del mundo exterior.
Lucien no pierde tiempo en atraerme hacia él. —Gracias —murmura, sembrando besos en mi cuello— por darnos una segunda oportunidad. No te arrepentirás.
—Lo sé —respondo, con la voz tensa y cargada de anticipación.
—Ronan tiene que dejar de llamarme tío —dice entre besos, y yo me río.
—No estoy tan segura. Creo que me encanta cómo suena.
Lucien me da un mordisco rápido en la piel y yo grito.
—¿Decías? —Levanta una ceja y hay un destello de diversión en sus ojos.
—Hablaré con él mañana por la mañana. Lo prometo.
—Mmm… —Vuelve a su dulce asalto en mi cuello. —¿Y qué le vas a pedir que me llame?
—Papá —susurro con una voz tan lasciva que no puedo creer que salga de mí.
Un sonido escapa de él, algo crudo y sin filtro, y entonces sus labios están sobre los míos, reclamándolos y consumiéndolos. No pierdo tiempo en igualar su fervor, mis manos vuelan a su cabello y tiran de los mechones mientras me embriago con cada sonido que hace.
Siento que hemos estado bailando alrededor de un preludio prolongado, y mi cuerpo ha estado colgando de un hilo, esperando este momento.
Mis manos comienzan a tirar de los botones de su camisa.
Normalmente, me gusta un poco de preludio, pero esta noche no.
He pasado una buena parte de la ceremonia de apareamiento devorándolo con la mirada, y ahora no puedo esperar a sentir todo de él.
Los botones no ceden, así que me conformo con arrancarle la camisa.
—Tan impaciente —murmura Lucien entre risas contra nuestro beso antes de inclinar la cabeza para tragarme en un rápido movimiento.

El beso es más intenso que el primero. Su mano rodea mi cuello, inclinándome para un mejor acceso y apretando ligeramente.
La combinación de sus labios sobre los míos y su mano en mi cuello me produce una sensación embriagadora. Mis rodillas flaquean por la intensidad del sentimiento, pero Lucien es rápido en sostenerme, envolviendo mis piernas alrededor de él con destreza sin romper nuestro beso.
No siento que Lucien se mueva. Solo siento la suave tela del colchón en mi espalda cuando me deja caer sobre la cama.
Rompe el beso para deslizar sus labios hacia la nuca, succionando mi zona del pulso mientras su mano agarra mi pecho, apretando suavemente la suave redondez antes de proceder a rodar el pezón entre sus dedos.
Un gemido bajo escapa de mis labios, mi espalda se arquea por las ráfagas calientes de placer que recorren mi columna.
Lucien juega un poco con mi pezón antes de soltar un gruñido frustrado y despojarme de mi vestido.
Sus labios descienden sobre el pezón, calientes y abrasadores. Chupando, tirando y mordisqueando, mientras su otra mano juega con el otro, extrayendo un gemido más profundo de mí.
—Lucien...
—Me encanta cuando dices mi nombre así —gruñe, presionándose contra mí para que pueda sentir su miembro palpitante en mi coño.
Mis paredes se contraen ante la sensación, y puedo sentir una oleada inimaginable de excitación brotando dentro de mis bragas.
—Te quiero —gimo en sus oídos, agarrando sus hombros y envolviendo mis piernas alrededor de él.
Muevo mis caderas sobre su miembro, amando la sensación de sus músculos tensándose bajo mi toque.
—Si sigues así, voy a correrme antes de tener la oportunidad de follarte.
Por alguna razón, la idea de que se corra solo por frotarme contra él me parece tan excitante que aumento el ritmo de mis movimientos. Envolviendo mis piernas con más fuerza y frotándome con más intensidad.

Lucien suelta un gruñido al mismo tiempo que yo gimo. El acto se supone que es para hacerlo correrse, pero la presión de su miembro en mi clítoris es demasiado para mí. Me encuentro aumentando mi ritmo y persiguiendo un clímax que casi puedo saborear.
Justo cuando estoy a punto de caer al borde, Lucien agarra mis caderas, manteniéndome en su lugar y atenuando la sensación que se acumula dentro de mí.
Dejo escapar un sonido de protesta, pero su agarre solo se vuelve más firme. —La única manera en que vas a venir es bajo mis dedos, mi boca o mi polla. Nada de orgasmos egoístas. ¿Está claro?—
Mi estómago da un vuelco ante la autoridad en su voz, y mi cabeza asiente por sí sola. Siempre me ha encantado cuando toma el control.
—Ahora, sé una buena chica y quítate las bragas.—
Me suelta lo suficiente como para que pueda deslizar mi ropa interior.
Oigo cómo le cambia la respiración y una serie de palabrotas le siguen. —Joder, qué hermosa eres.—
—Ábreme las piernas.—
La posición me hace sentir de manera antinaturalmente expuesta. Él aún lleva puestos sus pantalones, mientras que yo estoy completamente desnuda y abierta para él.
—Más abierta—, me urge, con la voz rota y casi sin aliento.—
Una ola de autoconciencia me invade, y solo puedo separar las piernas unos centímetros.
—Ábrelas más, Aurora. No sabes cuántas noches he pasado soñando contigo. Quiero grabarme la imagen de tu coño en mi mente.—
Mis piernas deben haber adquirido voluntad propia, porque se abren con más facilidad que un cuchillo caliente en mantequilla tras sus palabras, y siento el calor de su mirada en mi sexo.
Algo en el hambre que veo en sus ojos me da valor, y comienzo a tocarme para él.
Sus ojos hambrientos siguen mis manos desde mis pechos, donde los acaricio y juego con la suave carne, hasta que lentamente se detienen entre mis piernas.

Dudo un momento antes de rozar mi dedo sobre mi clítoris, temblando por los pequeños destellos de electricidad que recorren mi cuerpo.
Los ojos de Lucien están clavados en mí, abiertos y sin parpadear, y su respiración se vuelve cada vez más regular. Pero la vena que late en su frente delata lo difícil que lo está pasando para contenerse.
—¿Te gusta verme?— susurro, con la voz temblorosa, mientras trazo pequeños círculos sobre mi clítoris.
Lucien no responde. Simplemente traga con dificultad, profundamente cautivado por el movimiento de mis manos.
Abro más las piernas, deslizando un dedo dentro de mí. El sonido húmedo se mezcla con mi suave gemido. —¿Te gusta...
Lucien no deja que las palabras salgan de mi boca antes de arrebatarme el dedo y reemplazarlo inmediatamente con su boca.
—¡Joder! El calor se extiende por cada parte de mí, asentándose profundamente en mis venas y llegando a áreas de las que ni siquiera era consciente.
Lucien chupa y juega con mi clítoris con su lengua antes de introducir lentamente su dedo grueso y largo dentro de mí.
Lo que sentí antes no es nada comparado con lo que hace su dedo. Casi me llena. Y cuando añade un segundo dedo, curvándolos para llegar a ese punto interior, me convierto en un desastre jadeante de sudor y deseos desenfrenados.
Su lengua y su dedo encuentran un ritmo constante, y lo mantienen, desgarrando las costuras que sostienen mi mundo hasta que ya no pueden soportar su peso bajo la velocidad de sus dedos, y todo se derrumba de golpe.
—¡Lucien!
Mi orgasmo me golpea como un destello de luz blanca, apagando otros sentidos y amplificando la sensación entre mis piernas. Mis caderas se arquean fuera de la cama, moviéndose sin control, pero Lucien me sostiene en su lugar. Su boca no me abandona hasta que atravieso las olas con gritos fuertes y ojos llorosos.
Finalmente, la boca de Lucien se separa de mí mientras me desplomo en la cama, un desastre de huesos líquidos y ojos pesados, pero él no ha terminado.

No recuerdo haber escuchado el sonido metálico de su cinturón al chocar contra el suelo ni el ruido de él quitándose los pantalones. Todo lo que siento es la gruesa cabeza de su polla separando mis labios y entrando en mí antes de que pueda abrir los ojos.
Casi me desmayo por la ola de placer que me golpea. Siempre he escuchado que el sexo con tu pareja después de haberos marcado era increíble, pero increíble no se acerca a cómo mi sangre hierve ni a cómo mis paredes tiemblan y se aferran con fuerza a él.
—Encajas jodidamente bien conmigo —gruñe, sacándose por completo antes de empujarse de nuevo dentro de mí y mover las caderas para estimular mi clítoris.
—Diosa —grito, con la voz ronca por los gritos y las lágrimas asomándose en los bordes de mis ojos.
Lucien atrapa mis labios en un beso brutal, bebiendo mis gemidos mientras sus caderas chocan repetidamente contra las mías, ahogando la habitación en sonidos húmedos de carne contra carne y el sonido casi embriagador y húmedo de mi coño.
—Podría follarte todo el día y aún querer más —gruñe en nuestro beso, y solo espero que cumpla su palabra.
He tenido relaciones con Lucien varias veces, pero todo esto se siente diferente, desde la profundidad hasta la vulnerabilidad, pasando por la pasión y la intensidad. Es demasiado, y sé que no se trata solo del vínculo de apareamiento.
Es por los años que pasamos separados. El vínculo roto que tuvo que repararse por sí solo. Un nivel de confianza que ha sido puesto a prueba y reconstruido, y un amor que ha tenido que renacer desde cero.
Somos más de lo que nunca fuimos el uno para el otro, y cada parte de nosotros lo reconoce.
—Te quiero —dijo la confesión antes de que él diera una larga y firme embestida, llevándome con él a las nubes y de vuelta.
Me aferro a él, abrazándome mientras cabalgamos juntos por las olas de placer hasta que sus movimientos se vuelven lentos y perezosos.
—Te quiero, Aurora Ravenclaw —susurra entre respiraciones entrecortadas, presionando un beso en mi cabello.

—Yo también te quiero —murmuro, dividida entre los suaves arrullos del sueño y la sensación de mi vagina insaciable apretándose alrededor de su pene que se endurece de nuevo.
Esta va a ser la noche más larga, y no la cambiaría por nada. Prefiero tener estas noches en vela con él que una noche de largo descanso sin él.
Sé sin la menor duda que el resto de mi vida acaba de comenzar y que será mucho mejor que la anterior. Voy a disfrutar cada capítulo de ella, y, honestamente, no puedo esperar para sumergirme en ella ya y explorar todas las cosas hermosas que la Diosa tiene reservadas para nosotros.